

CRIMEN & CIA.

Ellery Queen

**UN CASO
DIFÍCIL PARA
EL INSPECTOR
QUEEN**



Un bebé ha sido hallado asesinado en su cuna y, por desgracia, algunos indicios hacen suponer que el asesino puede atacar de nuevo. El inspector Queen descubre una pista que le conduce a un antro de vicio que explota a madres solteras, pero el Departamento de Policía decide apartarlo del caso porque a su edad ya no le considera capacitado para enfrentarse a un peligroso asesino. Sin embargo, el veterano inspector Queen, seguro de sí mismo, decide continuar sus pesquisas al margen de la ley. Este será, verdaderamente, «Un caso difícil para el inspector Queen».



Ellery Queen

Un caso difícil para el inspector Queen

Crimen & Cia. - 37

ePub r1.2

Titivilius 05.07.15

Título original: *Inspector own case*
Queen's

Ellery Queen, 1956

Traducción: Jordi Fibla

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



1

AL PRINCIPIO, EL NIÑO

EL CHEVROLET de color gris claro estaba estacionado a cinco metros de la entrada del hospital. No era un coche nuevo ni viejo, sino sólo un turismo familiar con aspecto de haber recibido un lavado dominical y unas cuantas abolladuras respetables en los guardabarros.

El hombre gordo sentado al volante armonizaba con el coche, como un neumático usado. Llevaba un traje azul oscuro no muy bien planchado, con algunas manchas de comida en las solapas, una camisa blanca ya húmeda a causa del sol temprano de la mañana de junio y corbata azul con el nudo arrugado. En el asiento del pasajero reposaba un sombrero de fieltro con la cinta manchada de sudor.

Su propósito era tener el mismo aspecto que millones de neoyorquinos. Al gordo le gustaba decir que, en su negocio, dejarse ver demasiado, era una mala política. Lo principal era no llamar la atención de algún paseante fisgón que luego podría señalarte con el dedo en la sala de justicia. Por suerte, no tenía que molestar en impresionar a sus clientes. Riendo entre dientes, el gordo solía decir que las personas con las que hacía negocios recurrían a sus servicios aunque se presentara al trabajo en bikini.

El gordo se llamaba Finner, A. Burt Finner. Muchas damas que trabajaban en los clubs nocturnos le conocían como Fin, y sabían también de su afición a introducirles billetes de cinco dólares bien

doblados en el escote. Tenía un despacho pequeño y destartelado en un viejo edificio de oficinas, en la calle 49 Este.

Finner se limpió los dientes con el borde de un librillo de fósforos y se dispuso a digerir el desayuno.

Había llegado temprano, pero en aquellos casos el pájaro tardón se encontraba ante el hoyo vacío de la lombriz. Finner se quejaba a menudo de que cinco de cada diez veces, los clientes con su mente estrecha y confusa querían cambiar de idea en el último segundo.

Contempló sin excitarse la entrada del hospital. Mientras lo hacía, sus labios empezaron a formar una O de trazo grueso, sus ojos, sin un parpadeo, se hundieron más en la cara peroide, dándole aspecto de concentración, y antes de que se diera cuenta estaba silbando. Finner escuchó satisfecho su propia música. Era un gordo feliz, toda una rareza.

La canción que silbaba era *¡Ah, dulce misterio de la vida!*, y la consideraba su favorita.

Cuando la muchacha salió del hospital, el gordo estaba en los escalones para saludarla, sonriente.

—¡Buenos días! —dijo el gordo—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí. —La chica tenía una voz profunda, algo ronca.

—¿No ha habido ninguna complicación?

—No.

—Y nuestro recién nacido está bien, ¿verdad?

Finner empezó a levantar el borde de la mantita azul que cubría el rostro del bebé que la muchacha llevaba en brazos, pero ella alzó el hombro para impedirselo.

—No le toque.

—Vamos, vamos —dijo el gordo—. Apuesto a que es una criatura muy cariñosa. ¿Cómo no iba a serlo con una muñeca así por mamá? —Seguía insistiendo en echar un vistazo al bebé, pero ella le tenía a raya.

—Bueno, vámonos —dijo Finner bruscamente.

Cogió la bolsa con pañales y biberones que sujetaba la muchacha y se dirigió al coche andando como un pato. Ella le siguió, apretando contra su seno el bulto envuelto en la pequeña manta.

El gordo le abrió la portezuela delantera. Ella le apartó la mano y subió.

—¿Dónde quieres que te deje?

—No me importa. En mi piso, supongo.

El gordo condujo lentamente. La chica apretaba el bulto azul.

Llevaba un traje de ante verde y un sombrero de fieltro poco femenino, inclinado sobre un ojo. Su aspecto era llamativo, teatral, el pelo dorado con reflejos verdosos, grandes ojos de color avellana y la boca ancha que no cesaba de moverse. Aquella mañana no se había maquillado. Tenía los labios pálidos y agrietados.

Alzó la manta y miró la carita arrugada del bebé.

—¿Alguna deformidad o marca de nacimiento? —preguntó de pronto el gordo.

—¿Qué?

Él repitió la pregunta.

—No. —La muchacha empezó a mecer al bebé.

—¿Hiciste lo que te dije con su ropa?

—Sí.

—¿Estás segura de que no había ninguna señal de identificación en la ropa? —insistió él.

—¡Se lo he dicho! —La chica se volvió hacia él, furiosa—. ¿Es que no puede callarse? Está durmiendo.

—Duermen como borrachos. Te ha sido fácil, ¿verdad?

—¿Fácil? —La muchacha se echó a reír, pero se interrumpió de súbito y miró de nuevo a la criatura.

—Era sólo una pregunta —dijo Finner, estirando el cuello para ver el rostro del bebé—. A veces los instrumentos...

—Es una mercancía en perfecto estado —dijo la muchacha.

Empezó a arrullar al niño con una voz de contralto dulce y palpitante, meciéndole de nuevo. El bebé se puso a berrear y la chica no pudo ocultar su nerviosismo.

—¿Qué te pasa, cielo? No, cariño, no llores, estás con mamá...

—Son gases —dijo el gordo—. Hazle eructar.

Ella le dirigió una mirada de odio. Apoyó el bebé contra su hombro y le dio unas palmadas en la espalda. El pequeño eructó y volvió a dormirse.

A. Burt Finner condujo en silencio, respetando el sueño de la criatura.

—¡No puedo, no lo haré! —exclamó la muchacha de repente.

—Claro que no puedes —dijo Finner al instante—. Créeme, Hannah, no soy un hombre sin entrañas. Tengo tres críos. Pero ¿qué me dices de él?

Ella se limitó a aferrar al bebé, sintiéndose atrapada.

—Lo importante en un caso como éste es no pensar en ti mismo —dijo el gordo en tono vehemente—. Mira, cada vez que te sorprendas pensando sólo en ti, haz una pausa y piensa en lo que esto significa para la criatura. Hazlo ahora mismo. ¿Qué supondría para él que te rajaras ahora?

—Bueno, ¿qué? —replicó ella en tono duro.

—Criarse en un camión, eso es, en una cabina llena de humo de cigarros y apestosos vapores de alcohol que llenarían sus pulmones en vez del maravilloso aire puro del Señor. Eso es lo que le esperaría. ¿Quieres criar un niño de esa manera?

—Yo no haría eso —dijo la muchacha—. ¡Jamás haría tal cosa! Le buscaría una buena niñera...

—Ya veo que has pensado en ello —dijo A. Burt Finner, con un gesto de aprobación—, aunque tenemos un acuerdo irrevocable. Muy bien, le buscas una buena niñera. ¿Quién sería entonces su madre, tú o ella? Trabajarías como una esclava día y noche para pagarle su salario, comprar leche especial y todo lo demás, pero el niño la querría a ella y no a ti. ¿Qué ganarías con eso?

La muchacha cerró los ojos.

—Es impensable. De modo que ahí le tenemos, en el camión. ¿Quién va a bautizarle? ¿Algún empleado de hotel en Kansas City? ¿Quién jugará con él? ¿Algún trompetista drogado? ¿Qué morderá cuando empiece a echar los dientes? ¿Abridores de cerveza y colillas de cigarro? —El gordo hizo una breve pausa y añadió suavemente—. Y cuando empezara a andar, ¿iría de mesa en mesa llamando a cada visitante de Dayton papá?

—Eres un cabrón —dijo la muchacha.

—Pero tengo razón.

—¡Podría casarme!

Estaban en una calle del West Side, pasando ante un solar vacío. Finner frenó, cambió la marcha y el Chevrolet retrocedió un trecho.

—Felicidades —dijo el gordo—. ¿Conozco a ese caballero dispuesto a cargar con las consecuencias de la calaverada de otro y

llamarle queridito hijito?

—¡Déjame bajar, gordo asqueroso!

El gordo sonrió.

—Ahí tienes la puerta.

Ella bajó del coche, los ojos ardientes.

El hombre esperó.

Cuando los hombros de la muchacha se hundieron, él supo que había ganado. La muchacha dejó cuidadosamente el bulto sobre el asiento del pasajero, al lado del gordo, y con el mismo cuidado cerró la portezuela.

—Adiós —susurró al pequeño.

Finner se enjugó el sudor de su rostro. Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un grueso sobre en blanco y lo tendió a la muchacha.

—Aquí tienes el resto de tu pasta —le dijo amablemente.

Ella alzó los ojos anegados en lágrimas. Entonces le arrebató el sobre y se lo arrojó. El sobre le golpeó la cabeza calva y reventó, derramando billetes en el asiento y el suelo del coche.

La muchacha dio media vuelta y echó a correr.

—Ha sido un placer conocerte —dijo el gordo. Recogió los billetes desparramados y se los guardó en la cartera.

Examinó la calle de arriba abajo: estaba desierta. Se inclinó sobre el bebé, apartó la manta y lo miró. Descubrió la etiqueta de unos grandes almacenes en el diminuto vestido, la arrancó y se la guardó en un bolsillo. También encontró otra etiqueta en la camiseta, e hizo lo mismo. Miró al chiquitín dormido de la cabeza a los pies, y finalmente volvió a cubrirlo con la manta y lo dejó sobre el asiento, a su lado.

Entonces examinó el contenido de la bolsa y, una vez satisfecho, la cerró con la cremallera.

—Bueno, chaval —dijo al bulto inmóvil—, te espera una vida larga y aburrida. Te habrías divertido mucho más con ella.

Consultó su reloj de pulsera y se puso en marcha hacia la autopista del West Side.

Una vez en la autopista, respetuoso con el límite de velocidad establecido y echando de vez en cuando una amigable mirada al bulto, A. Burt Finner se puso a silbar.

Pronto cambió el silbido por una canción.

«¡Ahhhh, dulce misterio de la vida y el amor, te encontréee...!».

El Cadillac de siete plazas estaba estacionado en un callejón desierto, frente al paseo de Hutchinson River, entre Pelham y Bew Rochelle. Era un coche anticuado, impecable, con matrícula de Connecticut. Un chófer rubicundo y canoso estaba al volante, y a su lado se sentaba una mujer rolliza, de nariz bonita, que rondaría los cincuenta años. Bajo el abrigo de paño llevaba un uniforme de *nylon*, de enfermera.

Los Humffrey estaban sentados en el compartimiento posterior.

—¿No se está retrasando, Alton? —preguntó Sarah Stiles Humffrey.

Su marido sonrió.

—Ya llegará, Sarah, no te preocupes.

—¡Estoy nerviosa como una gata!

Él le dio unas palmaditas en la mano, una mano grande, muy bien cuidada. La señora Humffrey era una mujer robusta, de facciones grandes en las que se afanaba y de las que desesperaba con regularidad.

Su marido era un hombre anguloso, vestido con un traje negro tan deprimente que sólo podía llevarlo a propósito. Un Humffrey había cruzado el charco en el *Mayflower*, y desde los tiempos de Cole's

Hill y la plantación de Plimoth, los Humffrey habían depositado su distinguido polvo entre las piedras de Nueva Inglaterra. La familia de su esposa era casi tan distinguida como la suya.

Alton K. Humffrey retiró su mano rápidamente. Por tolerante que fuera hacia las imperfecciones de su mujer, no podía perdonar las suyas propias. Había nacido sin la primera falange del meñique de la mano derecha. Normalmente, ocultaba el defecto doblando el dedo sobre la palma, lo cual le hacía doblar también el dedo anular. Cuando alzaba la mano para saludar a alguien, el gesto parecía romano, casi papal, cosa que le satisfacía bastante.

—¡Supón que hubiera cambiado de idea, Alton! —decía la mujer.

—Eso es una tontería, Sarah.

—Ojalá hubiéramos podido hacerlo a la manera habitual —dijo

ella, inquieta.

El hombre apretó los labios. En las cuestiones importantes, Sarah era una chiquilla.

—Ya sabes el motivo, querida.

—No, la verdad es que no lo sé.

—¿Has olvidado que no tenemos precisamente la edad ideal?

—Oh, Alton, podrías haberlo arreglado.

Uno de los encantos de Sarah Humffrey era su firme convicción de que su marido podía solucionar cualquier cosa.

—Así es más seguro, Sarah.

—Sí. —Sarah Humffrey se estremeció. Alton tenía razón, como siempre, toda la razón. Ojalá las personas de su clase pudieran vivir como la gente ordinaria, se dijo.

—Ahí llega —anunció el chófer canoso.

Los Humffrey se volvieron rápidamente. El Chevrolet de color gris claro estacionó detrás de ellos.

La niñera robusta de nariz bonita bajó del Cadillac.

—¡No, yo iré a por él, señora Sherwood! —dijo Alton K. Humffrey. Se apresuró a bajar de la limusina y corrió al Chevrolet. La niñera regresó a su asiento.

—Oh, querida —dijo la señora Humffrey.

Finner estaba radiante.

—Aquí lo tiene.

Humffrey miró fijamente la mantita azul. Entonces, sin decir palabra, abrió la portezuela del Chevrolet.

—Un momento —dijo Finner.

—¿Qué?

—Está el pequeño asunto de la pasta —sonrió el gordo—. ¿Recuerda, señor Humffrey? El resto a pagar a la entrega.

El millonario meneó la cabeza con impaciencia. Le tendió un abultado sobre en blanco, como el que Finner había ofrecido a la muchacha del traje de ante. Finner lo abrió, extrajo el dinero y contó los billetes.

—El chico es suyo —dijo entonces, haciendo un gesto de asentimiento.

Humffrey recogió con cuidado el bulto que reposaba sobre el

asiento del coche. Finner le tendió la bolsa de los pañales y el millonario la cogió también.

—La fórmula para la alimentación está escrita en un papel, dentro de la bolsa —dijo el gordo—. Hay bastantes frascos y pañales para empezar.

Humffrey esperaba.

—¿Algún problema, señor Humffrey? ¿He olvidado algo?

—La partida de nacimiento y los papeles —dijo el millonario.

—Mis hombres no son magos —replicó el gordo—. Se los enviaré por correo en cuanto estén listos. Serán auténticas obras de arte, señor Humffrey.

—Envíeme el sobre certificado, por favor.

—No se preocupe —dijo el gordo en tono reconciliador.

El hombre alto y delgado no se movió hasta que el Chevrolet hubo desaparecido. Entonces regresó lentamente a la limusina. El chófer mantenía abierta la portezuela del compartimiento posterior, desde donde la señora Humffrey extendía los brazos.

—¡Dámelo, Alton!

Su marido le entregó el bebé, y ella, con manos temblorosas, alzó el borde de la manta.

—¡Mire, señorita Sherwood! —exclamó con voz entrecortada.

—Es una preciosidad, señora Humffrey. —La niñera tenía una voz suave e impersonal—. ¿Me permite?

Cogió al chiquitín, lo depositó sobre uno de los asientos plegables y abrió la manta.

—¡Se va a caer, enfermera!

—Es demasiado pequeño. —La niñera sonrió—. ¿Quiere darme esa bolsa, señora Humffrey?

—Oh, ¿por qué llora?

—Si usted estuviera sucia, hambrienta y sólo tuviera una semana de edad, también se lo haría saber al mundo. A ver, pequeño. Vamos a limpiarte y ponerte cómodo en un santiamén. Henry, caliente este biberón. Señora Humffrey, tenga la bondad de cerrar la portezuela mientras le cambio los pañales al amo Humffrey.

—¡El amo Humffrey! —Sarah Humffrey rió y lloró alternativamente mientras su marido miraba fijamente el cuerpecillo que empezaba a agitarse—. Alton, tenemos un hijo, ¡un

hijo!

—Qué excitada estás, Sarah —dijo Alton Humffrey, complacido.

—No vamos a usar lo de esa bolsa, señorita Sherwood. ¡Ya verás cuantas cosas bonitas y nuevas te hemos traído, chiquitín! —La señora Humffrey abrió un estuche de tafilete y apareció un surtido de botes de talco, cremas, algodón esterilizado y bastoncillos de algodón. En silencio, la enfermera tomó un frasco de crema y un bote de talco—. Lo primero que vamos a hacer es llevarle a ese pediatra de Greenwich para que le examine... Alton.

—¿Sí, querida?

—¿Y si al doctor le parece que no... que no puede ser hijo nuestro?

—Qué cosas se te ocurren, Sarah.

—Como no sabemos quiénes son sus padres...

—¿Hemos de volver a eso otra vez, querida? —dijo su marido pacientemente—. No quiero saber quiénes son sus padres. En un caso como éste el conocimiento es peligroso. De esta manera no hay papeleo, ni publicidad, ni posibilidad de repercusiones. Sabemos que el niño es de buena casta anglosajona y que no tiene ninguna enfermedad hereditaria, ni debilidad mental ni tendencias criminales. ¿Qué importa lo demás?

—Supongo que nada, Alton. —La mujer manoseaba nerviosamente sus guantes—. ¿Por qué no deja de llorar, enfermera?

—Se le pasará en seguida. —La señorita Sherwood alzó la voz por encima de los furiosos berridos del bebé—: Henry, el biberón ya debe de estar listo.

El chófer se apresuró a entregárselo. La niñera quitó la cubierta de aluminio y se echó unas gotas de leche sobre el dorso de la mano. Asintió e introdujo con cuidado la tetina en la boca minúscula. El bebé dejó de llorar al instante, apretó la tetina con su diminuta mandíbula y empezó a chupar vigorosamente.

La señora Humffrey le contempló fascinada.

—Henry —dijo Alton K. Humffrey en tono casi alegre—. Volvamos a la isla.

El viejo se dio la vuelta en la cama y sus brazos desnudos se alzaron

para protegerse de la luz. O la luz no debía de estar allí o la dirección era incorrecta. ¿O quizá era de mañana? Había algo raro.

Entonces oyó el rumor del oleaje, supo dónde estaba y apretó los párpados con toda su fuerza para no ver la habitación. Era un cuarto agradable, con unos muebles antiguos colocados allí sin orden ni concierto y un olor salobre. El papel que cubría las paredes tenía un dibujo de gambas herrumbrosas que colgaban de algas descoloridas. Pero las ondulantes líneas acuáticas de color azul pálido daban vueltas y más vueltas como pensamientos que no llegan a ninguna parte, y le molestaban.

El aire nocturno todavía refrescaba la estancia, pero el viejo podía notar el sol que rebotaba en el mar y golpeaba las paredes como olas. Al cabo de dos horas la habitación sería una caldera.

Richard Queen abrió los ojos y se miró los brazos. Pensó que eran como un boceto anatómico de un cadáver, unos cables desgastados de músculo y hueso con unas cubiertas arrugadas donde antes estaba la piel. Pero podía notar la vida en ellos, todavía se valían por sí mismos, eran útiles. Alzó las manos y examinó las articulaciones nudosas, la piel surcada por gruesas venas, cada poro como una mancha de suciedad y el vello gris, como desechos de alambre. Pero de súbito volvió a cerrar los ojos.

Era temprano, casi tan temprano como acostumbraba levantarse en los viejos tiempos. Cuando sonaba el despertador, ya estaba tendido sobre la alfombra haciendo sus cincuenta flexiones, en invierno o verano, con la luz verde de la primavera o la grisácea del alba otoñal. El afeitado caliente y la ducha fría, con la puerta del baño cerrada para que su hijo pudiera seguir durmiendo sin interrupciones. La llamada del teniente, mientras preparaba el desayuno, para informarle de cualquier incidencia durante la noche. El sargento que esperaba afuera, el trayecto en coche hasta el centro de la ciudad. Listo para otra jornada de trabajo. Durante el recorrido escuchaba las llamadas de la policía, por si acaso. Quizá habría alguna comunicación directa para él, a través del radioteléfono, procedente de las alturas del edificio en la calle Centre, con su gran cúpula dorada. Su despacho... «¿Qué novedades hay esta mañana?»... Órdenes... el correo importante... el informe diario por teletipo... la formación a las nueve de la mañana... el desfile de indeseables que pasaban la noche en la prevención...

Todo aquello formaba parte de una vida. Incluso las bromas obscenas, los dolores de cabeza y las frustraciones. Buenos tipos que compartían los rapapolvos y las alabanzas, mientras las administraciones iban y venían, sin tocarlos, sin ponerles un dedo encima, ni siquiera cuando procedían a una reorganización completa, porque cuando el polvo se posaba, los veteranos seguían allí... hasta que llegaba el día en que los enviaban a pastar.

El viejo pensó en lo duro que es romper con los hábitos de toda una vida. Es imposible. ¿En qué piensan esos viejos caballos que mordisquean la hierba de su jubilación? ¿En las carreras que ganaron? ¿En las que todavía podrían ganar, si les dieran oportunidad?

Los jóvenes suben y suben. ¿Cuántos de ellos podrían hacer cincuenta flexiones de brazos a la mitad de su edad? Pero allí estaban, aposentándose, consiguiendo menciones honoríficas y recomendaciones si eran lo bastante buenos, o un funeral encargado por el Departamento si detenían con su cuerpo una bala o la hoja de una navaja...

Allí estaban, y aquí estaba él...

Becky se desperezaba lentamente en la habitación contigua. Richard Queen sabía que era Becky, no Abe, porque éste era como un perro de Terranova, incapaz de hacer algo sin ruido, y el viejo había visitado suficientes veces la casa de la playa con sus paredes empapeladas para haber aprendido ciertos detalles íntimos de las vidas de la familia Pearl.

Permaneció ocioso en la cama.

Sí, aquel ruido casi imperceptible lo producía Becky al bajar las escaleras con suma cautela para no despertar a su marido o su invitado. Pronto llegaría desde la cocina el aroma de café. Beck Pearl era una mujer menuda y amigable, de pecho grande, manos finas y pies que nunca estaban quietos cuando el marido se hallaba en casa.

En la playa, las gaviotas disputándose algo.

El inspector Queen trató de pensar en su esposa. Pero la madre de Ellery había muerto más de treinta años atrás. Era como tratar de recordar el rostro de un desconocido atisbado un instante desde el otro extremo de un pasillo a oscuras.

Ya llegaba el aroma del café...

El viejo siguió escuchando un rato más el rumor del oleaje, como si estuviera en la playa, al lado de la casa.

Como si él fuera la playa, limpiada y vaciada rítmicamente por el mar.

¿Qué haría hoy?

A unos kilómetros de donde Richard Queen estaba acostado había una isla, conectada a la tierra firme de Connecticut mediante una calzada elevada de hormigón. En el extremo isleño de la calzada había una caseta de piedra con adornos de blanca madera de acarreo. Los muros estaban cubiertos de enredadera y rosas trepadoras, y tenía un jardincillo festoneado con valvas de ostras. Una tabla, también de acarreo, encima de la puerta decía:

Isla de Nair
PROPIEDAD PRIVADA
Uso restringido
SÓLO
para residentes e invitados

Dos guardianes privados con uniformes semináuticos se alternaban en la caseta en turnos de doce horas.

Los seis propietarios de la isla compartían sus doscientos acres de terreno en parcelas aproximadamente iguales. En Taugus, el pueblo de tierra firme al que pertenecía administrativamente la isla, llamaban a aquel lugar de veraneo «la isla de los millonarios».

Los seis millonarios no eran sociables como los miembros de un club. Cada finca estaba separada de sus vecinas por un alto y espeso muro de piedras coronado por conchas y clavos. Cada propietario tenía una dársena privada para su yate y una extensión de playa separada del resto mediante vallas. Cada uno trataba a la carretera común para las seis fincas como si fuera exclusivamente suya. Sus reuniones anuales para arreglar los asuntos administrativos de la comunidad, como requerían las normas de la Asociación de vecinos de la isla de Nair, eran bruscas, casi hostiles. La soldadura que unía a los seis propietarios no era la hermandad cristiana, sino la exclusión.

La isla era la fortaleza de aquella gente poderosa. Uno de ellos era un influyente senador de Estados Unidos, un miembro de la alta

sociedad que se había metido en política para defender el estilo de vida americano. Una propietaria era la viuda octogenaria de un magnate de los ferrocarriles. Otro era un banquero internacional. El cuarto propietario era un viejo filántropo que amaba a la gente corriente como masa, pero que no podía soportarlos uno por uno. Su vecino, dueño de la punta de tierra isleña que se adentraba en el mar, era un almirante retirado que se había casado con la hija única del propietario de una vasta flota mercante.

El sexto era Alton K. Humffrey.

El inspector Queen bajó al comedor afeitado y vestido con pantalón beige, camisa deportiva de *nylon* y zapatos colores canela y blanco. Llevaba la chaqueta doblada sobre el brazo.

—Qué pronto te has levantado Richard —comentó Beck Pearl mientras servía el café a su marido. Llevaba una bata almidonada, blanca y rosa. Abe vestía su uniforme—. Vaya, qué elegante estás. ¿Es que ayer conociste a una mujer en la playa?

El viejo se echó a reír.

—Hace siglos que las mujeres no se fijan en mí.

—No seas tan modesto, y no creas que a Abe no le preocupa dejarme sola en casa cada día con un hombre atractivo.

—Pues claro que me preocupa —gruñó Abe Pearl—. Siéntate, Dick. ¿Has dormido bien?

—Muy bien. —Tomó asiento ante su amigo y aceptó la taza de café que le ofrecía Becky—. También tú te has levantado demasiado pronto. ¿No es cierto, Abe?

—Ya han empezado mis problemas de verano. Anoche hubo una pelea... unos chicos borrachos en una fiesta playera. ¿Quieres venir, Dick, para pasar el rato?

El inspector negó con la cabeza.

—Anda, Richard, acompáñale —le instó Beck Pearl—. Estás aburrido. Las vacaciones siempre son así.

—La gente que trabaja se toma vacaciones, no los viejos ociosos como yo.

—Qué cosas tienes. ¿Cómo quieres los huevos esta mañana?

—Sólo tomaré el café, Becky. Muchas gracias.

Los Pearl intercambiaron una mirada mientras el viejo se llevaba

la taza a los labios. Abe Pearl movió ligeramente la cabeza.

—¿Qué noticias tienes de tu hijo, Dick? —le preguntó—. Ya sé que ayer recibiste una carta de Roma.

—Ellery está bien. Piensa ir a Israel la semana que viene.

—¿Por qué no fuiste con él? —le preguntó la señora Pearl—. ¿O es que no te invitó? —Sus dos hijos estaban casados, y tenían unas ideas muy definidas sobre lo censurable de la generación más joven.

—Me rogó que le acompañara, pero no me pareció oportuno. Está recorriendo Europa en busca de ideas para sus relatos, y yo no haría más que estorbarle.

—Supongo que no se dejaría convencer por esa palabrería —dijo Beck Pearl con un bufido.

—Quería cancelar su viaje —dijo Richard Queen en voz baja—. Se marchó sólo porque tú y Abe tuvisteis la amabilidad de invitarme a pasar aquí el verano.

—¡Claro! Ya me parecía a mí.

Abe Pearl se levantó.

—¿Seguro que no quieres venir, Dick?

—He pensado que hoy haré un poco de exploración, Abe. Quisiera usar tu bote, si no te importa.

—¡Si no me...! —Abe Pearl le miró iracundo—. ¿Qué clase de finta es ésa? —Besó a su esposa y salió impetuosamente de la casa, haciendo que tintinearán los platos en el aparador.

A través de la ventana, el inspector Queen vio cómo su anfitrión sacaba del garaje el cupé blanco y negro con el reflector fijado al techo. El sol arrancó un destello del escudo dorado sobre la visera de la gorra de plato. Luego Abe saludó agitando la mano y desapareció.

El viejo se dijo que Abe, gracias a su habilidad y popularidad, podría conservar su puesto de jefe de policía de Taugus para toda la vida. Abe había usado la cabeza y abandonó la diversión cuando aún era lo bastante joven para iniciar una nueva carrera. Ahora tenía más o menos su misma edad, y había que verle.

—¿Otra vez sientes lástima de ti mismo, Richard? —le preguntó Beck.

Él se volvió, ruborizado.

—Todos tenemos que adaptarnos a algo —siguió diciendo ella, suavemente—. Al fin y al cabo, no eres como Joe, el hermano

mayor de Abe, quien nunca tuvo una educación ni se casó. Lo único que sabía hacer era trabajar, y lo hizo durante toda su vida como una máquina. Cuando se hizo viejo, enfermó y no pudo seguir trabajando, no tenía nada, ni familia, ni ahorros, nada más que una pobre pensión y el cheque que Abe le envía cada mes. Hay millones de hombres como Joe, Richard. Tú gozas de buena salud, tu hijo se ha abierto camino en la vida, has tenido una vida interesante, recibes una buena pensión y no tienes que preocuparte por el futuro... ¿Quién está en mejores condiciones, tú o Joe Pearl?

Él sonrió.

—Vamos a darle a Abe un motivo para que esté celoso. —Se levantó y besó a la esposa de su amigo en la frente.

—¡Richard! Eres un diablo. —Becky estaba ruborizada.

—Un viejo diablo, ¿eh? Anda, trae esos huevos... ahí afuera, al sol, ¡y que no se te queme el beicon!

Pero este buen estado de ánimo le duró poco. Cuando salió de la casa y se dirigió a la embarcación de Abe Pearl, un pequeño yate de cinco metros de eslora, el viejo volvió a ser presa del desánimo. Todo hombre saborea su propia clase de desdicha. Uno necesita algo más que los éxitos del pasado y un futuro seguro. Becky no había mencionado una cosa, la más importante de todas.

Un hombre necesita el presente, algo que hacer ahora.

El motor carraspeó mientras el barco penetraba en la dársena y expiró en el mismo momento en que el yate se deslizaba a lo largo del muelle. Richard Queen lo amarró a una noray y miró a su alrededor, con el ceño fruncido. El muelle estaba desierto y en la playa sólo había una mujer rolliza, enfundada en un uniforme de niñera, que leía una revista sobre la arena, al lado de un cochecito de bebé pulcramente cubierto.

El viejo agitó una mano.

—¡Eh, oiga!

La niñera alzó la vista, sobresaltada.

—¿Podría comprar un poco de combustible? —le gritó.

La mujer meneó vigorosamente la cabeza y señaló el cochecito. El viejo recorrió el embarcadero hasta la playa, saltó a la arena y se dirigió hacia la mujer. La arena era bonita, limpia como un mantel lavado, y a Richard Queen le sabía mal hollarla.

—Perdone —dijo, quitándose la gorra—. ¿He despertado al

bebé?

La mujer estaba inclinada sobre el cochecito. Se enderezó, sonriente.

—No se preocupe. Duerme como una marmota.

Richard Queen pensó que nunca había visto una sonrisa más simpática. La mujer era corpulenta y de aspecto saludable. Tenía una bonita nariz, despellejada por la quemadura del sol. Queen juzgó que tendría unos cincuenta años, pero sólo porque su experiencia en tales cuestiones era larga. Para el ojo aficionado podría haber pasado por cuarentona.

La niñera le hizo apartarse un poco del cochecito.

—¿Ha dicho usted que se ha quedado sin gasolina?

—Olvidé comprobar cómo estaba el depósito antes de zarpar —dijo en tono de disculpa—. El barco no es mío, ¿sabe?, y me temo que no soy muy buen marino. Me dirigí a ese embarcadero al ver que tiene una bomba de combustible.

—Es usted un intruso —dijo ella con su sonrisa sedosa—. Es una propiedad privada.

—Sí, ya sé que es la isla de Nair —asintió él—, pero estoy en una situación desesperada. ¿Podría comprar un poco de gasolina para ese cacharro?

—Tendrá que pedírselo al propietario, el señor Humffrey, pero estoy segura de que no le servirá de nada. Es probable que llame a la policía de Taugus.

—¿Está en casa? —El viejo sonrió al imaginar a Abe Pearl camino de la isla para arrestarle.

—No. —La niñera se echó a reír—. Se han ido a Larchmont en su embarcación, para ver una carrera de yates. La señora Humffrey no había salido de casa desde que llegó el bebé.

—Entonces, si me sirvo yo mismo nadie lo sabrá.

—Lo sabré yo.

—Déjeme poner unos litros. Le enviaré un cheque al señor Humffrey.

—Va a usted a meterme en un lío...

—Ni siquiera mencionaré su nombre —replicó él en tono solemne—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Sherwood. Jessie Sherwood.

—Mi nombre es Queen, para servirla, señora Sherwood.

—*Señorita Sherwood*, señor Queen.

—Perdone. Encantado de conocerla.

—El gusto es mío —murmuró la niñera.

Por alguna razón absurda, ambos sonrieron. El viejo se sentía bien bajo aquel sol radiante. El cielo azul, los reflejos del agua, la brisa marina, todo era agradable.

—La verdad es que no tengo ningún sitio adonde ir, señorita Sherwood. ¿Qué le parece si charlamos un rato?

La sonrisa sedosa desapareció del rostro de la niñera.

—Si los señores se enteran de que he estado de palique con un desconocido en la playa mientras cuidaba del bebé, me despedirán, y estarán en su perfecto derecho. Y le tengo mucho cariño al pequeño Michael. Es mejor que no hable con usted, señor Queen.

Una mujer simpática, se dijo el viejo.

—Tiene razón, discúlpeme. Pero pensé que... Mire, soy un viejo amigo del jefe de policía Pearl, de Taugus. La verdad es que estoy veraneando con él y su esposa, en su cabaña en la playa.

—En ese caso estoy segura de que al señor Humffrey no le importaría —dijo ella—. Es que están muy nerviosos por el bebé.

—¿Es su primer hijo?

—Sí.

—Hacen bien. Por mucho que los padres cuiden a sus hijos, nunca es suficiente, sobre todo si son ricos.

—Los Humffrey son multimillonarios.

—El jefe de policía Pearl me ha dicho que todos los propietarios de esta isla están forrados. Recuerdo un caso de secuestro que investigué hace unos años...

—¿Un caso? ¿Es usted policía, señor Queen?

—Lo fui, en Nueva York. Pero me jubilaron.

—¡Jubilado! ¿A su edad?

Él la miró.

—¿Qué edad cree que tengo?

—Unos cincuenta y cinco.

—Lo dice por hablar.

—Nunca digo nada por hablar. ¿Por qué? ¿Es usted mayor?

—Le voy a citar la sección

Nueva York —le dijo en tono sombrío—. Dice así: «Ningún miembro de la fuerza policial en el departamento, excepto los cirujanos —etcétera— que alcance la edad de 63 años seguirá sirviendo como miembro de dicha fuerza, sino que será jubilado y pasará a formar parte de la nómina de pensionistas del departamento». —Hizo una pausa y añadió—: Como ve, me lo sé de memoria.

—Sesenta y tres —dijo ella. Parecía escéptica.

—Ese fue mi último cumpleaños.

—No lo habría dicho jamás —murmuró la mujer.

De las profundidades del cochecito surgió un gemido. La niñera Sherwood se precipitó hacia el pequeño y él la siguió. No pudo evitar fijarse en la curva de las caderas, los hombros juveniles, las piernas y los tobillos bonitos.

El niño había exhalado un grito mientras dormía.

—No tardará en despertarse para comer —dijo la niñera en voz baja, manoseando el mosquitero que protegía al bebé—. ¿Está con su esposa en casa de los señores Pearl?

—Soy viudo desde hace casi tantos años como los que tiene usted, señorita Sherwood.

—¡Eso es imposible! —exclamó ella, riendo—. ¿Qué edad cree que tengo?

—Treinta y nueve o cuarenta —mintió.

—¡Qué amable es usted! Cumpliré cincuenta en enero. Hombre, hace casi veinticinco años que soy enfermera diplomada.

—Ah, es usted una enfermera adiestrada. ¿Está enfermo el pequeño?

—Cielos, no. Es un robusto monito.

Lo era, en efecto. Tenía los brazos y las piernas regordetes, un pecho formidable dentro de su pequeñez y gruesas mejillas. Dormía protegiéndose la cabeza con los brazos en una curiosa actitud de desafío e impotencia; sus cejas sedosas estaban unidas, en un frunce que parecía expresar algún conflicto. Richard Queen pensó que parecía tan... tan... No pudo dar con la palabra apropiada. Notó ciertos sentimientos inexpresables y le sorprendió descubrir que aún los tenía.

—La señora Humffrey está demasiado nerviosa —decía Jessie Sherwood—. No confiaría en una niñera ordinaria, y yo me he

especializado en pediatría y maternidad prácticamente durante toda mi carrera. De ordinario no habría aceptado un caso como éste... un bebé perfectamente sano... Podría cuidar de alguien que realmente me necesite. Pero he trabajado demasiado en los últimos años, y la oferta del señor Humffrey fue tan generosa...

Se interrumpió bruscamente. ¿Por qué le contaba todo aquello a un perfecto desconocido? Se sentía abrumada.

—¿Nunca ha estado casada? —le preguntó entonces el viejo.

—¿Cómo dice? Oh, se refiere a mí. —Su rostro cambió de expresión—. Una vez estuve prometida, durante la guerra. —Entrecerró los ojos, de cuyas comisuras irradiaron unas finas arrugas—. Era médico —le explicó—. Murió en Normandía.

El viejo movió la cabeza. Estaban de pie junto al cochecito, contemplando a través del mosquitero la cara dormida.

«¿En qué estoy pensando?», se dijo. «Es una mujer vigorosa y atractiva... yo sólo soy un carcamal estúpido».

Manoseó el botón de su chaqueta.

—Ha sido muy agradable conversar con usted, señorita Sherwood.

Ella alzó la vista rápidamente.

—¿Se va?

—Sí, será mejor que coja un poco de gasolina del señor Humffrey y regrese. Becky... la señora Pearl... se pondrá furiosa si no aparezco a la hora del almuerzo. Está empeñada en que engorde un poco.

—No veo por qué —dijo afectuosamente Jessie Sherwood—. Creo que está usted muy bien para...

—¿Para un hombre de mi edad? —le sonrió—. Espero que volvamos a vernos.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Aquí no conozco a nadie, y los jueves me vuelvo loca. Ése es mi día libre...

Pero él se limitó a decirle:

—La comprendo muy bien. —Su sonrisa no varió lo más mínimo—. Bien, señorita Sherwood, hasta la vista y muchas gracias. Esta noche enviaré un cheque al señor Humffrey.

—Adiós —dijo Jessie Sherwood.

Ni siquiera la saludó con la mano al separar el yate del embarcadero.

El Día de la Independencia cayó en lunes, y fue el cuatro de julio más ruidoso que la enfermera Sherwood podía recordar. A pesar de que se había prohibido su venta, los fuegos artificiales restallaron durante todo el día en el cielo sobre la isla de Nair.

El estruendo continuo había asustado al pequeño Michael, cuyos berridos resonaban en la casa. La señora Humffrey se pasó todo el día retorciéndose las manos y yendo de un lado a otro. La señora Charbedeau, la cocinera, quemó el asado e intercambió porfiados sarcasmos con la señora Lenihan, el ama de llaves, la cual descargó su ira en Rose Healy, la doncella del piso de arriba, y amenazó con el despido a Marie Tompkins, la doncella del piso de abajo. Incluso el viejo Stallings, el jardinero, que ordinariamente no se inmutaba por nada, amenazó a Henry Cullum, el chófer, con romperle los morros si volvía a aplastar su césped al hacer marcha atrás en la pequeña explanada detrás del garaje.

Alton Humffrey estaba enojado. La única carretera de la isla estuvo tan atestada durante todo el día como la calle Front de Taugus; las aguas circundantes estuvieron arremolinadas hasta bien entrada la noche a consecuencia de los centenares de embarcaciones de recreo procedentes de tierra firme, y fue necesario enviar a Cullum para que montara guardia en la playa de Humffrey, a fin de expulsar a los excursionistas intrusos.

Lo peor de todo fue la escena que montó Ronald Frost. Frost era sobrino de Humffrey, hijo único de la fallecida hermana del millonario. Vivía de un pequeño ingreso procedente de los bienes maternos, y se pasaba la mayor parte del tiempo como invitado de sus numerosos amigos de la alta sociedad, sirviendo como pareja de alguna muchacha o enseñando al primo de alguien a jugar al tenis.

El joven había ido a pasar el fin de semana junto con unos parientes de Sarah Humffrey, residentes en Andover, Malden y Cambridge. Mientras el clan de los Stiles, todos ellos personas de edad, habían tenido el buen juicio de marcharse el domingo por la noche a fin de adelantarse al denso tráfico hacia el norte, Ronald Frost se quedó durante todo el Día de la Independencia. Al principio, Jessie Sherwood no comprendía qué atractivos veía el muchacho en aquel lugar, como no fuera el armario de licores de su tío. Desde luego, no mantuvo en secreto su aburrimiento, y sus visitas al armario fueron frecuentes.

Ron era una versión juvenil del hermano de su madre: alto, delgado, los hombros estrechos, el cabello castaño mate y los ojos algo saltones, pero tenía una sonrisa desagradable, que expresaba efusión y desprecio a partes iguales, y trataba abyectamente a los criados.

Aquella tarde Jessie Sherwood oyó la discusión desde el cuarto donde estaba cambiando la ropa al bebé. El estudio de Alton Humffrey se encontraba en el piso de arriba, al otro lado del pasillo. Al parecer, Ron Frost estaba apresado en un cenagal financiero y esperaba que su tío le sacara del apuro.

—Me temo que esta vez tendrás que recurrir a otra parte, Ronald —oyó Jessie que decía el hombre con su tono frío y nasal.

—¿Qué? —El joven Frost estaba consternado.

—Esta puerta está cerrada para ti.

—¡No puedes decirlo en serio!

—Nunca he estado más serio en toda mi vida.

—Pero tío Alton, estoy en un apuro tremendo.

—Si te metes en apuros, es hora de que aprendas a salir de ellos por tu propio esfuerzo.

—No puedo creerlo —dijo Frost, aturdido—. Nunca me habías rechazado hasta ahora, y precisamente cuando estoy en la situación más angustiada... ¿Por qué lo haces, tío? No me dirás que estás en un aprieto económico.

—Yo no tengo aprietos económicos, Ronald. —Jessie Sherwood casi podía ver la sonrisa glacial de Alton Humffrey—. Entiendo que esta petición era el propósito principal de tu visita, de modo que...

—Espera un momento. —Ahora el tono de Ron Frost era desagradable—. Quiero que aclaremos las cosas. ¿Estás de malas pulgas porque la chusma ha contaminado tu precioso castillo durante todo el día, o se trata de una actitud irrevocable?

—Dicho en cristiano, me preguntas si esto es un capricho o una decisión firme. Es una decisión, Ronald. He descubierto que puedo dar a mi dinero un uso mejor que el de pagar tus deudas de juego y engordar las cuentas corrientes de tus amigas desconsoladas.

—El mocososo.

—¿Cómo dices?

—El mestizo que has sacado de no sé dónde.

—Estás borracho —dijo Alton Humffrey.

—¡No tanto como para no poder sumar dos y dos! ¡Toda esa cháchara servil sobre la sangre de los Humffrey... el apellido de la familia... las promesas que le hiciste a mi madre...!

—También tú tienes una obligación —replicó fríamente su tío—. Sobre todo, dejar de seguir el ciclo de una esponja. Por cierto, tendrás que disculparte por la desagradable manera en que acabas de referirte a mi hijo.

—¡Tu hijo! —gritó Frost—. ¿Qué es sino un mestizo?

—Vete de aquí.

—No puedes soportar la verdad, ¿eh? Me diste todos los motivos para que esperase ser tu heredero, yo, y no un arrapiezo...

—Que Dios me perdone, Ronald —dijo Alton Humffrey resueltamente—, pero si no te marchas ahora mismo te tiro escaleras abajo.

Hubo una pausa de silencio. Luego Jessie Sherwood oyó la risa nerviosa del joven Frost.

—Lo siento, tío. Supongo que estoy nervioso. Te pido disculpas.

Tras otro silencio, se oyó la voz de Humffrey:

—Muy bien, y ahora espero que te vayas.

—De acuerdo, de acuerdo.

La niñera oyó que Ron Frost avanzaba vacilante por el pasillo. Instantes después, volvió sobre sus pasos y se detuvo en el umbral del estudio.

—Despídeme de tía Sarah y dale las gracias de mi parte, por favor. En estas circunstancias...

—Comprendo. —La voz de Humffrey parecía remota.

—Bueno... hasta la vista, tío Alton.

—Adiós, Ronald.

—Espero veros pronto, a ti y a tía Sarah.

Estas últimas palabras no obtuvieron ninguna réplica.

El joven Frost bajó las escaleras dando traspiés. Poco después, Jessie oyó el ruido de su Jaguar.

La jornada había sido insoportable, y por la noche la niñera se tumbó agradecida en la cama, ahuecó la almohada, musitó su plegaria nocturna y trató de dormir.

A las dos de la madrugada aún lo seguía intentando.

Ya hacía horas que el silencio y la oscuridad envolvían la isla de Nair. El rumor del oleaje que solía sosegar a Jessie cada noche era

el único sonido que podía oír, aparte del que producía de vez en cuando el motor de un coche, cuando se iba de la isla algún invitado rezagado. Pero aquella noche el ritmo de las olas no armonizaba con la velocidad de su pulso. En la casa todos dormían. Hacía horas que se habían apagado las luces de las dos habitaciones situadas encima del garaje, donde dormían Stallins y Cullum. Ni siquiera hacía calor en el dormitorio de Jessie; a las once había empezado a soplar una fresca brisa marina, y se había tenido que levantar en busca de un edredón.

Así pues, ¿por qué no lograba conciliar el sueño?

Era un fastidio, porque normalmente se dormía en seguida. Siempre había tenido el don de la relajación instantánea, lo cual era un aspecto muy positivo para su profesión.

Desde luego, no era por el bebé, cuya conducta le había preocupado durante el día, pero a la hora de dormir había recuperado su tranquilidad habitual, terminado el biberón, eructado sonoramente y se había dormido como un angelito. Cuando fue a echarle un vistazo, antes de retirarse a su habitación, la expresión del rostro diminuto era serena y la respiración tan profunda que Jessie llegó a inclinarse sobre la cuna para percibirla. Tampoco permanecía en vela porque tuviera que alimentar al bebé; diez días atrás, Michael había puesto fin a la costumbre de tomar un biberón a las dos de la madrugada, y desde entonces dormía apaciblemente toda la noche sin interrupción.

Jessie llegó a la conclusión de que el ajeteo de la jornada la había trastornado: los fuegos artificiales, la confusión general, el nerviosismo de la señora Humffrey, la tensión en la atmósfera de la casa que llegó a un punto culminante con la discusión entre tío y sobrino. Y quizá —notó un cosquilleo en las mejillas— quizá su desasosiego tenía algo que ver con aquel hombre llamado Richard Queen.

Jessie tenía que admitir que había actuado como una adolescente soñadora desde su encuentro en la playa privada de Humffrey. ¡Pensar en un hombre de sesenta y tres años! Darle a entender que tenía el jueves libre... Le escocían las mejillas. En su siguiente día libre fue a la playa pública de Taugus y se pasó toda la tarde en la arena, bajo una sombrilla alquilada, esperando contra toda esperanza y sintiéndose como una tonta al mismo tiempo. ¿Y si

aquel hombre se hubiera presentado? Ella no tenía mala figura en traje de baño, teniendo en cuenta su edad, pero difícilmente podía competir con aquellas jovencitas delgadas, morenas y semidesnudas que mariposeaban por la playa. Por ello le había aliviado llegar al final de aquella jornada, enfadada consigo misma y, no obstante, decepcionada. El hombre parecía tan simpático, tenía un aspecto tan juvenil y estaba tan afectado por su edad y la jubilación... Naturalmente, se había mantenido a distancia. Debía de conocer a muchísimas mujeres, ya que había sido oficial de policía durante toda su vida. Lo más probable era que la hubiera considerado una solterona coqueta al acecho de una presa.

Pero no dejaba de ser una lástima. Podrían haber tenido muchas cosas de que hablar. Algunos de sus casos más interesantes, personas de fuste a las que había cuidado. Y él debía de tener centenares de experiencias excitantes. Pensó de nuevo en su figura: era cierto que no estaba mal en traje de baño. Se había examinado con ojo muy crítico en el espejo antes de decidirse a salir. Por lo menos tenía un poco de carne con la que acolchar sus huesos, y era notable la ausencia de arrugas en su piel, para una mujer de cuarenta y nueve años. ¿Qué edad tenía Marlene Dietrich...?

Jessie Sherwood se dio la vuelta y hundió el rostro en la almohada.

En el silencio que siguió al crujido de la cama, oyó un sonido que desplazó a todos los demás pensamientos de su mente.

Era el sonido de una ventana que alguien abría en el cuarto del bebé.

Permaneció rígida, escuchando.

El cuarto del bebé estaba en la parte trasera de la casa, en un ángulo, y tenía dos ventanas, una de las cuales daba al camino particular y el jardín lateral, mientras que la otra se abría al mar. Al acostar al pequeño, Jessie había abierto del todo las dos ventanas, pero cuando se entabló la brisa y tuvo que levantarse para coger el edredón, fue al cuarto del bebé para abrigoarle mejor con un cobertor ligero de satén y cerrar la ventana en el lado del mar. La temperatura había descendido tanto que incluso bajó la hoja de la ventana que daba al camino, dejando sólo una abertura de ocho o diez centímetros.

Le pareció que el sonido procedía de la ventana que daba al

camino.

Allí estaba de nuevo.

¡Otra vez!

Eran unos sonidos breves, suaves, rasposos, como si cada vez abrieran la ventana un par de centímetros, con unos empujones hacia arriba ligeros y discretos, haciendo una pausa entre uno y otro para escuchar.

«Por mucho que los padres cuiden a sus hijos, nunca es suficiente, sobre todo si son ricos...».

Él había dicho estas palabras.

«Un caso de secuestro que investigué hace unos años...».

—¡Un secuestrador!

Jessie Sherwood saltó de la cama, cogió su bata, se la puso por encima de la camisa de dormir y se precipitó al cuarto de Michael por la puerta interior de comunicación con su dormitorio.

A la tenue luz de la lamparilla adosada al zócalo vio un hombre, una de cuyas piernas estaba sobre el alféizar de la ventana que daba al sendero, mientras la otra parecía apoyada en el escalón superior de una escala. La hoja de la ventana semialzada le ocultaba la cabeza. Su figura era neutra, incolora, como un recorte de papel negro de tamaño natural.

La niñera Sherwood lanzó un grito y corrió a la cuna. La figura de la ventana desapareció.

Tras este incidente hubo una gran confusión. El señor Humffrey llegó corriendo y abrochándose la chaqueta del pijama sobre el torso magro y velludo; la señora Humffrey se precipitó tras él, chillando, para arrancar el bebé de los brazos de la niñera; las señoras Lenihan y Charbedeau y las dos doncellas llenaban el tramo de escalera desde el tercer piso, mientras se ponían diversos saltos de cama y hacían preguntas con voces jadeantes; las luces se encendieron en las habitaciones de los hombres encima del garaje. El bebé berreó con más fuerza, la señora Humffrey chilló en un tono más agudo, el señor Humffrey exigió rugiendo una explicación, y en medio de aquel alboroto la niñera Jessie Sherwood intentó hacerse oír. Cuando por fin pudo comunicarse y Alton Humffrey sacó la cabeza por la ventana, en el camino no había nadie más que el viejo Stallings y Henry Cullum, en pijama y descalzos, los cuales miraban hacia arriba y preguntaban frenéticos qué pasaba.

Una larga escalera apoyada contra la ventana.

—Registrad los alrededores —gritó Alton Humffrey a los dos hombres de pelo blanco—. Yo telefonearé a la caseta.

Cuando regresó estaba encolerizado.

—No sé para qué pago a esos guardianes. O ese imbécil de Peterson estaba dormido o está borracho. Sarah, basta ya, por favor. Dale Michael a la señorita Sherwood. Le estás dando un susto de muerte.

—Oh, Alton, supón que fuera un secuestrador —dijo Sarah Humffrey en tono histérico.

—No digas tonterías. Era algún caco, y la señorita Sherwood le asustó al sorprenderle. Vamos, dame al pequeño.

—Yo le cogeré, señor Humffrey —dijo Jessie Sherwood—. Señora Lenihan, ¿podría traerme un biberón del refrigerador? Creo que esta noche haremos una excepción, cariño, pero primero te cambiaremos el pañal...

Se llevó el bebé al baño y cerró con firmeza la puerta.

Cuando salió con el bebé, Alton Humffrey estaba solo en el cuarto, contemplando el biberón en el calentador eléctrico.

—¿Cómo está Michael? —le preguntó abruptamente.

—Está bien, señor Humffrey.

—¿Está usted segura de que era un hombre?

—Sí, señor.

—¿No observó en él nada familiar? —le preguntó en un tono extraño.

—La verdad es que no puedo decir nada —replicó Jessie en voz baja—. No le vi la cara y el resto de su cuerpo era sólo una silueta negra contra la luz de la luna. Señor Humffrey, no creo que se tratara de un caco.

—¿No lo cree? —inquirió él, mirándola fijamente.

—¿Por qué un caco intentaría entrar por la ventana de un piso superior? Las ventanas de abajo no están cerradas.

Alton Humffrey no replicó. Jessie sacó el biberón del calentador, se sentó en la mecedora y empezó a alimentar al pequeño.

—¡Señor Humffrey! —gritó Cullum desde abajo.

Humffrey se precipitó a la ventana.

—¿Sí?

—No se ve un alma —dijo el chófer. A su lado, Stallings asintió.

—Será mejor que os vistáis los dos y os quedéis ahí un rato.

Humffrey colocó un biombo con animales recortados delante de la ventana. Jessie observó el cuidado que puso para no tocar la ventana.

Cuando se volvió hacia ella, tenía el ceño fruncido.

—¿No cree que debería llamar a la policía, señor Humffrey? —murmuró Jessie.

—Sí.

Sonó el teléfono al otro lado de la delgada pared y el viejo se despertó al instante. Oyó la voz somnolienta y gruñona de Abe Pearl que decía: «¿Diga?», y un momento después, ya sin el menor rastro de somnolencia, añadía:

—Voy ahora mismo. Que Tinny y Borchers se reúnan conmigo allí.

Cuando el jefe de policía de Pearl salió de su dormitorio, encontró al viejo en el pasillo, enfundado en su bata, esperando.

—¿Qué haces levantado, Dick?

—He oído el teléfono, Abe. ¿Algún problema?

—Ha ocurrido algo extraño en la isla de Nair —gruñó el hombreton—. Ahora voy a aclararlo. ¿Te gustaría acompañarme?

—La isla de Nair —dijo Queen—. ¿Qué clase de problema?

—Alguien intentó asaltar la casa de uno de esos millonarios. Estuvo a punto de entrar en el cuarto del niño. Podría ser un intento de secuestro.

—No será en casa de los Humffrey, ¿verdad?

Abe Pearl se le quedó mirando.

—Así es, en efecto.

—¿Algún herido?

—No, el asaltante se asustó. ¿Pero cómo lo sabías, Dick?

—Estaré contigo dentro de tres minutos.

Las luces estaban encendidas en casa de Humffrey. Encontraron a uno de los hombres de Abe Pearl que examinaba la escalera en el camino, y a otro en el cuarto del niño, hablando con Humffrey y la niñera. Ahora el biombo rodeaba la cuna y Sarah Humffrey estaba

en la mecedora, mordiéndose los labios pero aquietada.

El viejo y Jessie Sherwood se miraron una vez y desviaron la vista. Él permaneció en segundo término, escuchando y mirando a su alrededor. La niñera se había ruborizado y se ceñía más la bata. Pensó que precisamente aquella noche había tenido que ponerse la camisa de algodón. ¿Por qué no había lavado la de orlón?

Cuando repitieron su relato, el jefe Pearl fue a la ventana.

—¿Es suya esta escalera, señor Humffrey?

—Sí.

—¿Dónde suele guardarla?

—En el cobertizo de las herramientas, donde Stallings, mi jardinero, guarda su equipo.

—Echa un vistazo, Borchert.

El detective aludido salió.

Abe Pearl se volvió hacia Jessie.

—¿Reconocería a ese hombre si volviera a verlo?

—Lo dudo.

—¿No dijo nada? ¿No hizo ningún ruido?

—No oí nada excepto el ruido de la ventana cuando la abrían poco a poco. Cuando corrí al cuarto, el hombre desapareció.

—¿No oyó el motor de un coche?

—No, bueno, no lo recuerdo.

—¿Lo oyó o no?

Jessie sintió que se acaloraba.

—¡Le digo que no lo sé!

—De acuerdo —dijo el jefe Pearl—. La gente se excita... —Le dio la espalda, y Richard Queen parpadeó. Sabía en qué estaba pensando su amigo: en ponerle a la niñera la etiqueta de un interrogante. Abe no la conocía, claro. Se sorprendió al considerar a la mujer como si la conociera desde hacía mucho tiempo—. ¿Oyó usted el ruido de un coche al alejarse, señor Humffrey?

—No podría asegurarlo. Aquí había mucho ruido, como es natural, después de que la señorita Sherwood gritara.

Abe Pearl asintió.

—Si el hombre vino en coche, lo más probable es que aparcara en la carretera, al lado de su finca. ¿No ha encontrado ninguna nota?

—No.

—¿Una nota? —susurró Sarah Humffrey.

—Sarah, ¿no crees que deberías ir a acostarte? —le preguntó su marido en tono brusco.

—No, Alton, no, por favor. De todos modos, ahora no podría dormir. Estoy bien, cariño.

—Claro que está bien, señor Humffrey —dijo el jefe de policía en tono deferente—. ¿Cree que puede responder a algunas preguntas, señora Humffrey?

—Sí, pero no puedo decirle nada...

—Es acerca de sus sirvientes...

—¿Los sirvientes? —repitió Sarah Humffrey.

—Es un simple formulismo, señora Humffrey. Uno nunca sabe... ¿Cuántos sirvientes tienen y cuánto tiempo llevan con ustedes?

—El ama de llaves, la señora Lenihan, está con nosotros desde que nos casamos —dijo Sarah Humffrey—. La señora Charbedeau, la cocinera, trabaja aquí desde hace diez años por lo menos. Rose Healy y Marie Tompkins, las doncellas, son muchachas de Boston que llevan varios años con nosotros.

—¿Qué me dice de esos dos que están ahí afuera?

—Stallings, el jardinero, es natural de aquí —dijo Alton Humffrey— y está a nuestro servicio desde que compramos la finca. En invierno trabaja como vigilante. Henry Cullum, el chófer, ya trabajaba para mi padre cuando era joven. Tengo plena confianza en los dos, lo mismo que en las mujeres. Somos muy cuidadosos en la elección de nuestro servicio, señor Pearl.

—¿Y qué me dice de la señorita Sherwood? —preguntó, como de pasada, el jefe de policía.

—¡Eso es ofensivo! —exclamó Jessie.

—La señorita Sherwood trabaja para nosotros desde una semana, más o menos, antes de que llegara el bebé. Sin embargo, nos la recomendaron mucho el doctor Holliday, de Greenwich, que es nuestro pediatra, y el doctor Wicks, de Taugus, nuestro médico de cabecera durante el verano.

—¿Comprobó sus referencias, señor Humffrey?

—Por supuesto. Lo hice a fondo.

—Soy enfermera diplomada desde hace veintitrés años —dijo áspidamente Jessie Sherwood—, y durante ese tiempo he tenido que soportar muchas cosas terribles, pero esto es el límite. Si

hubiera estado confabulada con algún psicópata para secuestrar a este precioso bebé, ¿cree que habría gritado y le habría hecho huir?

—Sólo me estoy haciendo una composición de lugar —dijo el jefe Pearl y salió del cuarto.

—No culpen al jefe —dijo el inspector Queen, sin dirigirse a nadie en particular—. Cumple con su trabajo.

La niñera Sherwood echó la cabeza atrás.

Cuando Abe Pearl regresó de su inspección, le dijo a Humffrey:

—Hay polvo en la escalera y podríamos obtener algunas huellas. Supongo, señorita Sherwood, que podrá decirme si el hombre que vio llevaba algo en las manos.

—No puedo decírselo —replicó fríamente Jessie.

—Bueno, señor Humffrey, esta noche no podemos hacer nada más. Personalmente, no creo que tenga nada de qué preocuparse, pero si quiere que deje aquí un agente, lo dejaré.

—Le agradecería que lo dejara —dijo lentamente Alton Humffrey—. Y otra cosa, señor Pearl.

—¿Sí, señor?

—No quiero ninguna publicidad de este asunto.

—Procuraré que los chicos de la central mantengan la boca cerrada. —El jefe miró a su amigo—. ¿Quieres preguntar algo, Dick?

—Sí, una cosa. —Richard Queen avanzó un paso—. Si no le importa que se lo pregunte, señor Humffrey... ¿es éste su propio hijo?

Sarah Humffrey se sobresaltó. Su marido miró al viejo casi como si lo viera por primera vez.

—No es mi intención molestarle —siguió diciendo el inspector Queen—, pero usted le dijo al jefe Pearl que no tienen más hijos. Me parece que ustedes son ya un poco mayores para tener ahora el primer hijo.

—¿Es éste uno de sus hombres, jefe? —preguntó el millonario.

—Es el inspector Queen, del departamento de policía de Nueva York, retirado —se apresuró a decir Abe Pearl—. Fue mi teniente cuando patrullaba en Manhattan, señor Humffrey. Está veraneando en mi casa.

—El hombre que me envió un cheque por un dólar con cincuenta centavos —dijo Alton Humffrey—. ¿Tiene el hábito de

servirse usted mismo la gasolina ajena, señor?

—Le expliqué eso en mi nota.

—Sí. Bien, inspector, no veo la pertinencia de su pregunta.

—No la ha respondido usted —dijo Richard Queen, sonriendo.

—Michael es un hijo adoptivo. ¿Por qué quería saberlo?

—Porque podría haber algo en sus antecedentes que explicara lo ocurrido, señor Humffrey. Eso es todo.

—Le aseguro que eso es totalmente imposible —replicó el millonario en tono glacial—. Si no tienen más preguntas que hacer, caballeros, ¿querrán disculparnos a mi esposa y a mí?

Jessie Sherwood se preguntó si el amigo del jefe Pearl le diría algo antes de marcharse, pero él se limitó a mirarla cortésmente y siguió al jefe fuera de la casa.

El martes por la noche, después de cenar, Jessie Sherwood subió al piso superior, echó un vistazo al bebé, se puso un fresco vestido de algodón azul, se arregló el cabello, se empolvó la nariz y salió de la casa.

Mientras bajaba por el camino, Jessie se preguntaba de qué hablarían los Humffrey cuando estaban a solas. Ahora estaban en la terraza, tomando aguardiente de cereza y contemplando el mar en silencio. Cuando estaban en compañía de otras personas eran bastante locuaces —la señora Humffrey charlaba por los codos de trivialidades, mientras que su marido tenía una volubilidad cáustica — pero Jessie les había visto juntos docenas de veces y ni una sola había interrumpido una conversación. Pensaba que eran unas personas extrañas.

Se sobresaltó. Un hombre había salido repentinamente de entre los arbustos a la entrada del camino, enfocando su rostro con una linterna.

—Oh, lo siento, señorita Sherwood.

—No tiene importancia —dijo ella, aunque estaba molesta, y salió a la carretera.

Aquél era el segundo de los tres guardianes que Alton Humffrey había contratado por la mañana a una agencia de detectives de Bridgeport. Eran hombres de aspecto duro que aparecían y desaparecían como gatos de callejón.

Al doblar la curva de la carretera, Jessie apretó el paso. Flotaba en el aire una mezcla de aromas, dulce y salobre, producidos por la brisa marina y las flores de los jardines. Las farolas de la carretera, grandes objetos de hierro forjado en forma de linternas de velero, estaban asediadas por pelotones de mariposas nocturnas y escarabajos que chocaban ruidosamente contra ellas. Todo era muy apacible y encantador, pero Jessie caminaba deprimida.

La entrada estaba al otro lado de la carretera, en el extremo isleño de la calzada elevada que enlazaba con tierra firme.

—¿Señor Peterson?

El corpulento guardián privado apareció en el umbral de la caseta.

—¿Va usted a cruzar? —le preguntó en tono adusto.

—No, sólo he salido a tomar un poco el aire. ¿Qué ocurre, señor Peterson? Parece que está enojado.

—No he tenido precisamente un fin de semana descansado —gruñó el guardián, inflexible—. ¿Sabe cuántos coches pasaron por aquí anoche? ¡Y luego querían que recordara quiénes entraron y salieron!

—Es intolerable —dijo Jessie, comprensiva—. Con todo ese tráfico, no le habría culpado si hubiera dejado la barrera abierta durante toda la noche.

—Eso es lo que hice, señorita Sherwood.

—Supongo que incluso a las dos de la madrugada.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Cómo iba a saberlo?

—Desde luego. Y a esa hora debía de estar rendido. ¿Estaba dentro de la caseta, descansando?

—¡Claro que sí!

—En ese caso no debió de ver el coche que entró en algún momento después de medianoche y se marchó hacia las dos de la madrugada.

Peterson frunció el ceño.

—Vi la parte trasera.

Jessie aspiró hondo.

—Supongo que reconoció el coche y por eso no lo detuvo.

—Sí, más o menos. No vi la cara del conductor, pero él y su coche me parecieron familiares.

—¿Qué clase de coche era, señor Peterson?

—Un vehículo extranjero. Un Jaguar.

—Ya veo. —A Jessie le latía el corazón con más rapidez.

—Como el del sobrino del señor Humffrey... ¿cómo se llama?... el señor Frost. La verdad es que pensé que se trataba de Frost. Ha estado entrando y saliendo de la isla todo el fin de semana.

—Ah, entonces no está seguro.

—No podría jurarlo —dijo el guardián, incómodo.

Jessie le sonrió.

—Bueno, no se preocupe por ello, señor Peterson. Estoy segura de que hizo su trabajo tan bien como cualquiera podría esperar.

—¡No le quepa la menor duda!

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Sherwood —respondió Peterson afectuosamente.

El guardián volvió a su caseta, y Jessie empezó a volver sobre sus pasos, con el ceño fruncido.

—Buena jugada —dijo una voz de hombre.

—¡Señor Queen! —exclamó ella—. ¿Qué está haciendo aquí?

Estaba en la carretera, delante de ella, parsimonioso y pulcramente vestido con un traje de Palm Beach, la expresión divertida.

—Lo mismo que usted, sólo que le he ganado por la mano. ¿Jugando a los detectives, señorita Sherwood? —Se rió entre dientes y la cogió del brazo—. Permítame acompañarla.

Jessie asintió, con cierta rigidez, y echaron a andar entre los altos muros de piedra revestidos de hiedra y rosas trepadoras, con la luna como un queso de Cheddar sobre sus cabezas y el aroma dulce y salobre inundando sus fosas nasales. Jessie se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que paseó a la luz de la luna con un hombre que la cogía del brazo. El último había sido Clem, de permiso antes de embarcar...

El viejo le preguntó de improviso:

—¿Ha sospechado desde el principio de Ron Frost?

—¿Por qué está tan interesado? —murmuró Jessie.

—Digamos que no me gustan los allanamientos de cuartos infantiles —dijo con voz ronca—. Y si puedo echar una mano a Abe Pearl...

Algún patriota incansable lanzó un cohete desde el mar. La

pareja se detuvo para contemplar el estallido y la lluvia de chispas. La isla se iluminó durante unos segundos. Luego volvió a envolverla la oscuridad.

Ella percibió el movimiento inquieto del hombre. Fue como una pizca de frío mar.

—Será mejor que regrese —dijo Jessie, como si no hubiera notado nada, y prosiguieron su camino—. Con respecto a su pregunta, señor Queen, supongo que no debería decir esto cuando cobro un salario de los Humffrey, pero me gustan todavía menos que a usted las amenazas a los niños. Ayer Ronald Frost tuvo una discusión con el señor Humffrey a causa de Michael. —Y le contó lo que había oído desde el cuarto del niño.

—De modo que Frost esperaba ser el heredero de su tío, y ahora imagina que el bebé le ha estropeado el plan —dijo pensativo Richard Queen—. ¿Y dice usted que Frost estaba bebido cuando se marchó?

—Bueno, había tomado unas cuantas copas.

—Esta mañana tenía una buena resaca, y había una botella de *bourbon* vacía sobre su mesa, de modo que anoche debía de estar como una cuba. Podría ser...

—¿Le ha visto usted? —preguntó Jessie, sorprendida.

—Pasé por su casa en Old Greenwich. Para ayudar a Abe Pearl, ¿sabe?

—¿Qué le contó Frost? ¡Dígamelo!

—Dijo que anoche fue directamente a su casa y se acostó. Vive solo, así que nadie le vio. En otras palabras, no tiene ninguna coartada.

—¿Pero negó que hubiera venido aquí?

—¿Esperaría usted que lo admitiera? —Jessie supo que le estaba sonriendo en la oscuridad—. En cualquier caso, se ha llevado un buen susto... Puedo garantizárselo. Si fue Frost el hombre que trató de entrar por la ventana, no creo que lo intente de nuevo.

Jessie se estremeció.

—¿Pero cuál podría haber sido su intención?

—Con los borrachos nunca se sabe.

—¿Cree que... pretendía secuestrarle? Le dijo al señor Humffrey que estaba muy endeudado.

—Yo no creo nada —respondió el inspector—. Quienquiera que

fuese usó guantes, pues no se encontró una sola huella en el cuarto del niño ni en el cobertizo de las herramientas, y las de la escala habían sido borradas. Lo único que tenemos sobre Frost es una identificación dudosa por parte de Peterson, y aunque tuviéramos algo más, dudo que el señor Humffrey estuviera dispuesto a denunciarle, a juzgar por lo que hoy le ha dicho por teléfono a Abe Pearl. Lo mejor que puede hacer es olvidar lo que ocurrió anoche, jovencita.

—Muchas gracias. —Jessie notó que se le formaban hoyuelos en las mejillas, y eso le impulsó a añadir ásperamente—: ¡Jovencita!

Él pareció sorprendido.

—Pero es usted joven. Hay personas que no envejecen nunca. Mi madre era una de ellas. Usted se le parece mucho... —Se interrumpió, y al poco dijo—: Es eso, ¿verdad? Está tan oscuro...

—Sí. —Jessie confiaba en que el guardián contratado en Bridgeport y oculto entre los árboles tuviera la decencia de quedarse donde estaba y no encender la linterna—. ¿Decía usted, señor Queen?

—No, nada.

—Bueno —dijo Jessie—. Debo decirle que me ha aliviado este intercambio de impresiones, inspector. Y gracias por acompañarme hasta aquí.

—Ha sido un placer. —Pero por el tono en que lo dijo, más bien parecía haberle entristecido—. Bien, buenas noches, señorita Sherwood.

—Buenas noches —dijo ella vagamente.

Se quedó en la oscuridad, escuchando las pisadas del hombre que se alejaba y preguntándose si volvería a verle de nuevo. La luz de la linterna le cegó de repente.

—¿Quién estaba con usted, señorita Sherwood? —preguntó el detective privado.

—¡Oh, váyase, especie de sabueso! —dijo la niñera Sherwood, y echó a correr por el camino como si alguien la persiguiera.

Ése pareció el final de una amistad prometedora. Transcurrieron las semanas, y aunque Jessie, mientras el pequeño Michael hacía la siesta en la playa de Humffrey, escudriñaba todas las embarcaciones

pequeñas que pasaban ante ella, o los jueves, cuando tenía el día libre, examinaba la muchedumbre que circulaba por la calle Front o se apiñaba en la playa pública de Taugus, no volvió a ver aquella figura delgada y nervuda.

«¡Qué infantiles son los hombres!», pensó enojada.

De no haber sido por el bebé, habría presentado su dimisión y se habría ido de la isla, pues sentía una soledad desesperante, pero el pequeño Michael la necesitaba. Se lo decía a sí misma una y otra vez, y procuraba no sentir celos cuando la señora Humffrey, ejerciendo sus derechos de propietaria, le arrebatava el bebé de los brazos.

A veces Jessie pensaba que debería marcharse por el bien del pequeño, antes de que se le apegara demasiado, pero cada vez que se planteaba esa posibilidad, acababa postergándola. En la penumbra en que se veía sumida de súbito, el bebé era el único rayo de sol. Además, no podía olvidar aquel incidente perturbador de la noche del cuatro de julio. No quería imaginar que se repitiera el atentado y ella no estuviera allí para proteger al bebé.

Pasaron las semanas, llegó el final de julio y no había sucedido nada. El día treinta y uno, casi cuatro semanas después del incidente en el cuarto del bebé, Alton Humffrey despidió a los tres detectives privados.

El jueves siguiente Jessie bañó y vistió al bebé, le dio la papilla y el biberón y, una vez alimentado, se lo entregó a Sarah Humffrey.

—¿Está segura de que se encuentra en condiciones? —le preguntó Jessie, inquieta. La señora Humffrey lloriqueaba a causa de un leve resfriado de verano—. Renunciaré a mi día libre. Puedo tomarlo en otra ocasión.

—No, no. —La señora Humffrey miró a Michael a través de su mascarilla blanca. Jessie preferiría que no se pusiera la mascarilla por cualquier nimiedad, pues al bebé no le agradaba. Además, Jessie tenía la opinión, poco profesional, de que cuanto más se protege a un bebé de los gérmenes comunes y las infecciones víricas en sus primeros meses, cuando todavía tiene cierta inmunidad heredada, más susceptible resulta después. Pero la señora Humffrey se regía por el manual, o más bien por toda una serie de libros que llenaban un estante encima de su cama—. No es necesario, señorita Sherwood. Sólo tengo un ligero resfriado de cabeza. Nos las

arreglaremos sin la niñera, cariño, ¿verdad que sí?

—De todos modos, será mejor que me haga cargo de él esta noche —dijo Jessie, preparándose para los berridos: Michael miraba la mascarilla con aprensión, y las comisuras de su boquita empezaban a curvarse hacia abajo.

—Ni hablar de ello —dijo la señora Humffrey, al tiempo que hacía cosquillas al niño—. ¡Cuchi, cuchi! Vamos cariño, ríe un poco.

—No me importaría, de veras —dijo Jessie, reprimiendo una orden brusca para que la señora Humffrey dejara de importunar al pequeño. Michael resolvió el problema vomitando y echándose a llorar. La mujer retrocedió, con una expresión de culpabilidad.

—No es nada —dijo Jessie, cogiéndole en brazos—. No es una buena idea hacer cosquillas a un bebé, sobre todo cuando tiene el estómago lleno.

Le hizo eructar, lo limpió y se lo entregó de nuevo a la mujer.

—Ah, querida —dijo Sarah Humffrey—. Tengo que aprender tantas cosas.

—No tanto —replicó Jessie sin poder evitarlo—. Es sólo una cuestión de sentido común, señora Humffrey. Creo que volveré esta noche.

—Se lo prohíbo terminantemente. Sé que tiene muchas ganas de pasar una noche en la ciudad...

Finalmente Jessie se dejó persuadir. Una vez a bordo de su pesado Dodge cupé, modelo 1949, con el que iba a dirigirse a la estación de ferrocarril, se dijo que debía dejar de ser tan posesiva. A la señora Humffrey le haría bien tener que cuidar del pequeño durante todo el día. Las mujeres no tenían derecho a confiar sus hijos al cuidado de otras personas, pero si eran de esa clase —y a Jessie le parecía que rara vez conocía a mujeres que no lo fueran— cuanta mayor responsabilidad se les obligara a aceptar, tanto mejor para ellas y los niños.

A pesar de estas consideraciones, Jessie estuvo intranquila durante todo el día, lo cual le agrió la diversión que había planeado. Se encontró con una vieja amiga, Belle Berman, supervisora de enfermeras en un hospital de Nueva York, y aunque fueron de compras a los almacenes Saks, almorzaron en un restaurante de la calle 45 que olía a vino y tenía carteles de viaje franceses en las paredes, y luego fueron al cine, los pensamientos de Jessie no

hacían más que volver a la isla de Nair y al bebé que estaría en su minúscula bañera con expresión desdichada.

Cenaron en el piso que Belle Berman tenía en la calle 11 Oeste. Durante toda la cena Jessie no dejó de consultar su reloj.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su amiga cuando empezaron a recoger los platos—. Cualquiera diría que has dejado a un paciente moribundo.

—Perdona, Belle, pero estoy preocupada por el bebé. La señora Humffrey está resfriada, y si empieza a gemir y compadecerse... Además, no sabe hacer las cosas más simples.

—Por Dios, Jessie —replicó Belle Berman—. ¿Acaso hay algo más indestructible que un bebé? De todos modos, eso será beneficioso para la mujer. ¡Las madres ricas! Anda, déjate de tonterías... No, yo fregaré los platos, y tú vas a estar ahí sentada y hablándome. Por cierto, ¿qué haces para conservar esa figura? ¡Comes como una yegua!

Después de la cena llegaron unas amigas de Belle Berman, y a Jessie le resultó difícil participar en los chismorreos de hospital y las críticas feroces de ciertos médicos y enfermeras que todos conocían. Pero a medida que avanzaba la velada se iba sintiendo más inquieta. Finalmente, se puso en pie.

—Belle, sé que me vas a considerar menopáusica o algo por el estilo, pero ¿te importaría mucho que cambiara mis planes y no me quedara a dormir esta noche?

—Por favor, Jessie...

—Mira, no puedo soportar la idea de mi precioso corderillo manejado de cualquier manera por esa mujer. Además, podría haberse puesto peor de su resfriado, y las doncellas no saben nada de bebés. Si me voy ahora y cojo un taxi podría tomar el tren de las once y cinco...

Llegó a la estación con el tiempo justo para coger el tren. Se sintió acalorada e incómoda durante todo el trayecto, y estuvo sumida en un estupor enfermizo.

Pasaban unos minutos de la medianoche cuando bajó del tren en la estación de Taugus y subió a su coche. Incluso allí la noche era húmeda y bochornosa, y el interior del Dodge parecía un horno. Bajó las ventanillas, pero no esperó a que el coche se enfriara y partió en seguida, sintiendo que la cabeza le palpitaba

dolorosamente.

Pensó que Charlie Peterson no saldría nunca de la caseta, pero por fin apareció, bostezando.

—Qué noche —dijo el guardián, agitando la mano para ahuyentar a los mosquitos.

—Sí.

—¿También hacía calor en la ciudad, señorita Sherwood?

—Un calor bestial.

—Por lo menos usted pudo ir a un cine con aire acondicionado. Lo duro de este trabajo es tener que vigilar estas malditas aguas mientras te derrites de calor...

—Tengo un dolor de cabeza terrible —murmuró Jessie—. ¿Quiere dejarme pasar, señor Peterson?

—¡Perdone! —replicó él, ofendido, y alzó la barrera.

Jessie avanzó por la carretera de la isla, suspirando. Ahora que estaba allí, su actitud le parecía bastante tonta. La casa de los Humffrey estaba a oscuras. Si el bebé estuviera enfermo, o le ocurriera cualquier cosa, todas las luces estarían encendidas. La señora Humffrey daba por sentado que a sus empleados les encantaba compartir sus problemas y los hacía saltar a todos de la cama en cuanto algo iba mal. Pues bien, aquella noche no iba a molestar a ninguno de ellos. Dejaría el coche en los terrenos de la finca, entraría silenciosamente en la casa, subiría las escaleras de puntillas y se acostaría. El ruido del coche por el camino particular hasta el garaje podría despertar a alguien.

Jessie desconectó el motor, cerró el vehículo y avanzó a tientas hacia la casa. Buscó la llave en el interior de su bolso, abrió la puerta y la cerró cuidadosamente, palpó a su alrededor hasta encontrar el poste de la escalera y subió, agradecida porque la mullida alfombra atenuaba el ruido de sus pisadas.

Pero, al llegar a la puerta de su habitación, después de todas sus precauciones, le cayó el bolso al suelo. En el silencio de la casa a oscuras, sonó como una bomba.

Jessie se puso a gatas y palpó a su alrededor, en busca del bolso, con la sensación de que también se le iba a caer la cabeza. Una voz, como un trallazo, restalló a escasa distancia de ella:

—No se mueva.

—Dios mío —dijo Jessie, con una risa exasperada—. Soy yo,

señor Humffrey. Lo siento.

Una linterna la iluminó.

—Señorita Sherwood. —Cuando los ojos de Jessie se adaptaron al resplandor, vio al hombre enfundado en su bata, inmóvil, con la linterna en una mano y una pistola en la otra—. Creí que estaba pasando la noche en Nueva York.

Jessie recogió su bolso del suelo, sintiéndose como una tonta.

—Cambié de idea, señor Humffrey. Me entró dolor de cabeza, y hacía tanto calor en la ciudad...

¿Por qué seguía apuntándola con la pistola?

—¡Alton! ¿Qué ocurre?

—Dios mío —repitió Jessie. Deseó que aquel hombre bajara el arma.

La luz inundó la puerta del dormitorio principal. La señora Humffrey asomó la cabeza, apretándose contra el pecho uno de sus exquisitos saltos de cama. El temor daba a su rostro un aspecto afligido y avejentado.

—Es la señorita Sherwood, Sarah. —Sólo entonces Alton Humffrey bajó el arma y se la guardó en el bolsillo de la bata—. Ha cometido una tontería al entrar de esta manera, sigilosamente, sin avisar. Podría haber recibido un tiro. ¿Por qué no telefoneó?

—No tuve tiempo, pues cambié de idea en el último minuto. —Jessie empezó a sentirse enojada. ¡La estaba interrogando como si fuera un criminal!—. Siento muchísimo que mi torpeza les haya despertado. ¿Está bien el bebé, señora Humffrey?

—Lo estaba la última vez que lo miré. —Sarah Humffrey salió al pasillo y encendió las luces. Su marido regresó al dormitorio sin decir nada más—. ¿Todavía no ha ido a ver a Michael?

—No. ¿Qué tal va su resfriado?

—Oh, mucho mejor. El pequeño ha estado malhumorado todo el día, no puedo imaginar por qué. No le dejé ni un solo momento, y he ido a verle dos veces desde que le acosté. ¿Cree que puedo haberle pegado el resfriado?

—Echaré un vistazo —dijo Jessie en tono de fatiga—, pero estoy segura de que se encuentra perfectamente, señora Humffrey, pues de lo contrario este ruido le habría inquietado. ¿Por qué no vuelve a la cama?

—Iré con usted.

Jessie se encogió de hombros. Abrió la puerta, encendió la lámpara de la mesilla de noche y echó el sombrero y los guantes sobre el escritorio.

—Espero haber hecho todo lo adecuado —dijo la señora Humffrey—. A las diez y media, la última vez que le eché un vistazo antes de acostarme, estaba tan inquieto que le puse una almohada grande entre la cabeza y el cabezal de la cuna. Temía que se lastimara. Tienen un cráneo tan tierno...

Jessie deseó que su tierno cráneo dejara de dolerle y trató de eliminar la irritación de su tono.

—Le he dicho, señora Humffrey, que no es aconsejable hacer eso cuando son tan pequeños. Los amortiguadores le dan toda la protección necesaria. —Se apresuró hacia el cuarto del bebé.

—Pero es un niño tan activo...

Sarah Humffrey se detuvo en el umbral y apretó higiénicamente un pañuelo sobre la boca y la nariz.

La atmósfera del cuarto era calurosa y pesada, aunque Jessie observó al débil resplandor de la lamparilla del zócalo que la hoja de la ventana que daba al camino estaba totalmente subida. Además, alguien había quitado el mosquitero de ventana y la habitación estaba llena de insectos.

Habría podido abofetear a aquella mujer inepta.

Se acercó de puntillas a la cuna.

Sintió como si un tornillo de banco le apretara el corazón. El bebé se había destapado, estaba tendido boca arriba, despatarrado, y tenía la almohada sobre el rostro y el torso.

A Jessie Sherwood le pareció que transcurría un millón de años entre la constricción de su corazón y su salto violento. En aquel instante infinito, lo único que pudo hacer fue contemplar fijamente el cuerpecillo inmóvil, paralizada.

Entonces apartó la almohada, bajó el lateral de la cuna y se inclinó.

—Encienda la luz —ordenó con voz ronca.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —preguntó trémulamente la señora Humffrey.

—Haga lo que le digo. ¡La luz!

La señora Humffrey palpó la pared en busca del interruptor, sin apartar la otra mano de la boca y la nariz.

La enfermera diplomada Jessie Sherwood llevó a cabo todos los pasos prescritos. Sus dedos se movían ágilmente, gracias a su adiestramiento y al hábito, frío como el de un cirujano, como si fueran realmente los dedos de un cirujano, o de otra persona. En su interior se iba formando algo enfermizo, una náusea de incredulidad.

El bebé tenía dos meses, sólo dos meses.

Y mientras friccionaba los pequeños miembros, procurando no verle como era ahora sino como había sido —en sus brazos, en el baño, en el cochecito cuando iban a la playa— supo que jamás sería mayor.

—Está muerto —dijo Jessie sin detenerse, sin alzar la vista—. Se ha asfixiado. Le estoy haciendo la respiración artificial, pero es inútil. Lleva ya muerto algún tiempo, señora Humffrey. Llame a su marido, llame a un médico... no al doctor Holliday, Greenwich está demasiado lejos... llame al doctor Wicks, y no se desmaye hasta que lo haya hecho, señora Humffrey. Por favor, no se desmaye hasta que los haya llamado.

La señora Humffrey lanzó un grito desgarrador y perdió el conocimiento.

Con cierta sorpresa, Jessie se encontró mucho tiempo después abrigando a Sarah Humffrey con otra manta, en el dormitorio principal. El frasco de amoníaco estaba en el estante, junto a los libros sobre cuidados infantiles, destapado, por lo que la niñera supo que había hecho las cosas necesarias de una manera automática, o quizá siguiendo instrucciones del doctor Wicks, cuya voz le llegaba desde el pasillo. La señora Humffrey estaba tendida a lo ancho en la cama, con la cabeza colgando por el borde; estaba consciente, gemía, y Jessie pensó que era una lástima que su adiestramiento profesional hubiera hecho salir a la mujer de la bendita tierra de la inconsciencia. De hecho, se dijo Jessie, Sarah Humffrey estaría mejor muerta.

Entonces recordó, y el recuerdo la devolvió plenamente a la realidad.

Levantó a la mujer que gemía para colocarla en una posición cómoda sobre la cama y se apartó de ella.

Ahora lo recordaba todo. ¿Dónde había estado? ¿Cuánto tiempo había pasado? El doctor Wicks habría necesitado cierto tiempo para

vestirse y desplazarse hasta allí. ¿Desde cuándo estaba en la casa?

El doctor se hallaba en el pasillo, hablando con Alton Humffrey. El enjuto millonario se apoyaba en la pared, con una mano sobre los ojos, como si la luz los hiriera.

—Es siempre un interrogante, señor Humffrey —decía el doctor Wicks—. Me temo que sabemos muy poco de estas cosas. A veces descubrimos una infección extendida y difusa, probablemente vírica, que sólo se revela en la autopsia, y no siempre. Podría haber sido eso. Si usted consiente en que se haga la autopsia...

—No —dijo Alton Humffrey—. No.

Jessie recordó el momento en que entró en el cuarto del bebé al oír el alarido de Sarah Humffrey, la expresión de su rostro cuando vio el cuerpo en la cuna, su terrible parálisis, como la risa sardónica del tétanos. Esa expresión no le abandonó durante un largo minuto, mientras contemplaba los intentos de Jessie para restaurar la función de los pulmones muertos, procurando devolver a la flácida caja torácica una elasticidad que jamás volvería a tener y reavivar un corazón diminuto que había dejado de latir hacía mucho rato.

—Está realmente muerto —dijo al fin.

Y ella le pidió:

—Por favor, telefóne al doctor Wicks.

Él recogió a su esposa y la sacó de la habitación, y un instante después Jessie le oyó hablar por teléfono con el doctor Wicks, en un tono tan gélido como la expresión de su rostro.

Al cabo de un rato Jessie dejó de friccionar los fríos brazos del bebé, cubrió su cuerpo y fue a ver a la señora Humffrey. Su marido trataba de reanimarla.

—Yo lo haré —dijo Jessie, y él salió a grandes zancadas, con una liberación de energía reprimida, como si su necesidad de agotarla fuese abrumadora. Mientras Jessie intentaba que la mujer inconsciente volviera en sí, oyó al marido hablar con la servidumbre en un tono extrañamente considerado; oyó los gemidos de una mujer y el súbito e increíble grito de él —¡el aristócrata que jamás alzaba la voz!—, un grito de pura rabia al que siguió un silencio conmocionado. Después el señor Humffrey se limitó a subir y bajar las escaleras, a entrar y salir de la habitación, hasta que llegó el doctor Wicks.

Jessie se acercó a ellos y también se apoyó contra la pared.

Su presencia pareció aliviar al doctor Wicks.

—Hola, señorita Sherwood. ¿Cómo está la señora Humffrey? — Era un hombre sencillo, elegante, calvo y con manchas en el cuero cabelludo producidas por el sol.

—Está consciente, doctor.

—Será mejor que la examine. Tendrá que tratar a su esposa con sumo cuidado durante algún tiempo, señor Humffrey.

—Sí —dijo Alton Humffrey, saliendo de su letargo—. Tiene usted razón.

El doctor Wicks cogió su maletín y se dirigió rápidamente al dormitorio principal. El enjuto aristócrata le siguió y Jessie fue tras ellos, arrastrando los pies. Una oleada de debilidad se había abatido sobre ella, y por un momento tuvo la sensación de que el pasillo oscilaba. Pero se estabilizó y entró en el dormitorio.

Ahora Sarah Humffrey estaba llorando, y sus hombros huesudos se agitaban como peces sujetos por el anzuelo. El doctor Wicks le hablaba como si fuera una niña.

—Está bien, señora Humffrey, dé rienda suelta a sus lágrimas, no se preocupe por nuestra presencia. Así es como la naturaleza alivia la tensión. Llorar le hará sentirse mejor.

—Mi bebé —gimió ella.

—Es una terrible desgracia, una gran tragedia. Pero estas cosas suceden. He visto bebés que se han ido así, aunque les prodigaban los mejores cuidados.

—La almohada —dijo ella entre sollozos—. Puse la almohada ahí para protegerle, doctor. Dios mío, ¿cómo iba a saberlo?

—Es inútil que insista en ello, señora Humffrey, ¿no cree? Lo que necesita ahora es dormir.

—No debí permitir que se marchara la señorita Sherwood. Ella se ofreció para quedarse. Pero no, yo debía fingir que sabía cuidar perfectamente al bebé...

—Señora Humffrey, si sigue por ese camino...

—Le quería —sollozó la mujer.

El doctor Wicks miró a Jessie como si buscara ayuda profesional, pero la niñera estaba rígida, inmóvil como una estaca, preguntándose cómo lo diría, preguntándose si podía ser cierto, aunque sabía que lo era y detestaba esa certeza.

Pensó que iba a ser presa de las náuseas de un momento a otro.

—Creo que tendremos que darle algo —dijo el doctor Wicks con firmeza.

Jessie se sorprendió al oír estas palabras. ¿Se le notaba tanto? Pero entonces se dio cuenta de que el doctor seguía hablando con la señora Humffrey.

—¡No! —gritó la mujer—. ¡No, no, no!

—Vamos, vamos, señora Humffrey —se apresuró a decir el doctor—. Sosiéguese, tiéndase en la cama.

—Doctor Wicks —dijo su marido.

—¿Sí, señor Humffrey?

—Imagino que querrá informar de lo ocurrido al juez del condado.

El millonario se había envainado como una espada.

—Sí, claro, es una formalidad...

—No necesito decirle lo horroroso que es todo esto para mí. Tengo alguna influencia en Hartford, doctor. Si usted tuviera la bondad de cooperar...

—No sé qué decirle, señor Humffrey —replicó cautamente el doctor Wicks—. Estoy obligado por el juramento, ¿sabe?

—Comprendo. —Jessie tuvo la impresión de que aquel hombre se mantenía en la vaina por pura fuerza de voluntad—. No obstante, a veces hay ciertas consideraciones por encima de la obligación jurada, doctor Wicks, digamos en casos excepcionales. ¿No se ha encontrado con casos así en su práctica médica?

—La verdad es que no —replicó el doctor en tono rígido—. No sé lo que está pensando, señor Humffrey, pero sea lo que fuere, me temo que la respuesta debe ser negativa.

Los labios del millonario se tensaron.

—Todo lo que pido es que mi esposa y yo nos libremos de la experiencia penosa de tener que responder al interrogatorio de un juez de primera instancia. Eso supondría la intervención de reporteros, una indagatoria y testimonio público. Es intolerable tener que enfrentarse a eso, doctor. Desde luego, mi esposa no puede hacerlo en su estado. Usted es su médico y debe de saberlo.

—Me siento tan mal por esta desgracia como usted, señor Humffrey, pero ¿qué puedo hacer?

—¡Fue un accidente! ¿Es preciso que la gente sea crucificada en público debido a un accidente?

Jessie Sherwood pensó que si aquello no cesaba, se echaría a gritar.

—Ya sé que fue un accidente, señor Humffrey, pero me coloca usted en una situación...

Jessie se sorprendió a sí misma diciendo en voz muy alta:

—No, no fue un accidente.

El doctor Wicks se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Qué ha dicho usted, enfermera?

La señora Humffrey se agitó en la cama mientras trataba de centrar sus ojos hinchados en Jessie.

—He dicho, doctor Wicks, que no fue un accidente.

Por un instante, Jessie pensó que Alton Humffrey iba a abalanzarse sobre ella para estrangularla, pero se limitó a decir:

—¿A qué se refiere, señorita Sherwood?

El millonario la fulminaba con la mirada. Jessie hizo acopio de valor y devolvió la mirada al hombre.

—El bebé ha sido asesinado, señor Humffrey, y si usted no llama a la policía... ahora mismo... lo haré yo.

2

REPTANDO COMO UN CARACOL

LOS ROSTROS seguían flotando en la habitación vaporosa. A Jessie le parecía que su cabeza era ingrátida, y se sentía tensa y llena de aire como un globo. En la pesadilla sabía con curiosa certeza que el despertador sonaría de un momento a otro. Despertaría en un mundo sólido, saltaría de la cama, escucharía los gorjeos del bebé, en cuya habitación entraría de inmediato...

—Siéntese, Jessie...

—¿Qué?

Era Richard Queen, milagrosamente. Le instaba a que se acomodara en la mecedora y acercaba un vaso de agua a sus labios deshidratados. Le había llamado Jessie, por lo que seguía en la pesadilla, o quizá ésta se estaba convirtiendo en un sueño inocuo.

—Beba.

El frescor del agua al deslizarse por su garganta la despertó. Ahora vio la habitación tal como era. El cuarto del bebé estaba lleno de hombres que lo examinaban todo, tomaban medidas, hablaban, sopesaban, tan impersonales como vendedores. Eran miembros de la guardia nacional, policías de Taugus y un hombre sin afeitar y sin corbata de quien Jessie recordaba remotamente que se había presentado con un maletín en la mano.

—¿Se siente mejor ahora, señorita Sherwood? —le preguntó el jefe Pearl en voz grave.

—Es que no he dormido nada —explicó Jessie. ¿De qué estaban

hablando cuando la habitación empezó a dar vueltas? No podía recordarlo. Lo único que recordaba era la voz ronca del jefe Pearl, su masa corporal, sus ojos como dos taladros.

—Muy bien. Así que entró usted en la habitación con la señora Humffrey, se inclinó sobre la cuna, vio la almohada encima del bebé, la apartó, se dio cuenta de que se había asfixiado y empezó a prestarle automáticamente los primeros auxilios, la respiración artificial, aun cuando no tenía duda de que estaba muerto. Ahora piénselo de nuevo, señorita Sherwood. ¿Cuanto tiempo cree que le llevó, desde que vio la almohada sobre el rostro del bebé, superar la conmoción y quitarle esa almohada de encima?

—No lo sé —dijo Jessie—. Me pareció una eternidad, pero supongo que no fue más de uno o dos segundos.

—Uno o dos segundos. Entonces cogió la almohada y... ¿qué hizo con ella?

Jessie se restregó los ojos. ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

—La tiré a un lado.

—¿Adónde? —insistió el jefe de policía de Taugus.

—Hacia los pies de la cuna.

El hombre sin afeitar y descorbatado intervino:

—¿Podría recordar exactamente en qué parte de los pies de la cuna aterrizó la almohada, señorita Sherwood?

Jessie llegó a la conclusión de que a todos ellos les había afectado el calor. ¡Como si el lugar donde había aterrizado la almohada tuviera alguna importancia!

—Claro que no me acuerdo —replicó en tono adusto—. No me molesté en mirarla después de haberla tirado. Mi único pensamiento en ese momento era intentar reanimar al niño. La verdad es que no pensé en lo que había visto en la almohada hasta mucho después. Entonces lo recordé de repente, y me di cuenta de lo que significaba.

—Díganos de nuevo lo que creyó ver en la almohada, señorita Sherwood —dijo el hombre sin corbata. Alguien había dicho que era un funcionario de la fiscalía.

—¿Qué creo que vi? —Jessie se enfureció—. ¿Duda usted de mi palabra?

Miró a Richard Queen, para ver si estaba de su parte, pero él se limitaba a atusarse el bigote gris, inexpresivo.

—Responda a la pregunta, por favor.

—Sé que vi la huella de una mano en la almohada.

—¿Una huella humana real, reconocible?

—¡Sí! Alguien que tenía la mano sucia la había dejado en esa almohada.

—¿Qué clase de suciedad, señorita Sherwood?

—¿Qué clase? ¿Cómo podría saberlo?

—¿Qué color tenía? ¿Negro, marrón, gris?

—No puedo decirlo con seguridad. Quizá grisáceo, como de polvo.

—Bien, tenía un color grisáceo, como de polvo, ¿o no?

—Creo que sí.

—¿Cree usted que sí?

—No estoy segura del color —dijo Jessie, fatigada—. ¿Cómo podría saberlo con exactitud? Mi impresión es que parecía una huella de polvo. Podría estar equivocada, pero no lo creo. Estoy segura de que era una huella de suciedad.

—Dice usted que era como si alguien hubiera aplicado una mano sucia a la almohada —dijo el hombre sin corbata—. ¿De qué manera, señorita Sherwood? ¿Plana, doblada, parcialmente?

—Perfectamente plana.

—¿En qué parte de la almohada?

—En el mismo centro.

—¿Era una impresión clara? . Es decir, ¿podría usted afirmar que era inequívocamente una mano humana?

—Bueno, no era muy nítida, tal como la recuerdo. Era más bien borrosa... como restregada. Pero era innegable que se trataba de una huella humana. —Jessie cerró los ojos; podía ver la huella con terrible claridad—. Tenía unas muescas... quiero decir que habían ejercido presión, una considerable presión hacia abajo. —Abrió los ojos y su voz sufrió un cambio—: Alguien con la mano sucia había presionado fuertemente la almohada sobre el rostro del bebé, y siguió presionando hasta que el pequeño dejó de respirar. Por eso les dije a los señores Humffrey que habían asesinado a Michael. Al principio, como he dicho, no se me ocurrió. Vi la evidencia y mi cerebro debió de registrarla, pero no fui consciente de ella hasta más tarde. Entonces les dije que llamaran a la policía. ¿Por qué me hacen estas preguntas? ¿Por qué no examinan la almohada y lo

comprueban por sí mismos?

—Levántese, señorita Sherwood —gruñó el jefe Pearl—. ¿Puede hacerlo?

—Sí, estoy bien. —Jessie se puso en pie, impaciente.

—Vaya a la cuna y no la toque. Límitese a echar un vistazo a la almohada.

Ahora Jessie estaba convencida de que se trataba de esa clase de sueño traidor en que uno cree que se ha despertado, pero incluso eso forma parte del sueño. ¡Que mirase la almohada! ¿No podían hacerlo ellos mismos?

De repente se sintió remisa a acercarse a la cuna. Era extraño, pues en sus largos años de profesión había visto la muerte muchas veces y de varias formas. Jessie sólo había temido a la muerte tres ocasiones en su vida, cuando murieron sus padres y cuando recibió el telegrama del Departamento de Guerra acerca de Clem. De modo que era el amor, quizá, lo que establecía la diferencia... porque era ella quien había atendido el ombligo todavía tierno del bebé... porque era su rostro el que el pequeñín había mirado fijamente con absoluta confianza mientras le alimentaba.

Rogó para que el cuerpecillo no siguiera allí.

—No se apure, Jessie —murmuró la voz de Richard Queen cerca de ella—. Se han llevado al bebé.

Él la había comprendido, que Dios le bendijera.

Se acercó a la cuna ciegamente, pero meneó la cabeza para despejarse y miró.

La lujosa almohada estaba a los pies de la cuna, con uno de los ángulos doblados sobre el lugar donde había caído...

La funda con bordes de encaje estaba impecable.

Jessie frunció el ceño.

—Debió de dar la vuelta cuando la tiré.

—Borcher, dé la vuelta a la almohada para la señorita Sherwood —ordenó el jefe Pearl.

El detective de Taugus cogió el encaje entre los dedos pulgar e índice, en uno de los ángulos, y volvió la almohada cuidadosamente.

El otro lado estaba igualmente impecable.

—No lo comprendo —dijo Jessie—. Lo vi con mis propios ojos. Es imposible que me equivocara.

—Señorita Sherwood. —La voz del funcionario de la fiscalía era desagradablemente cortés—. ¿Quiere hacernos creer que fijó su atención en esta almohada uno o dos segundos solamente, en una habitación sin más luz que la de esa lamparilla del zócalo, y no sólo vio la huella de una mano en la almohada, sino que la vio con suficiente claridad para poder afirmar que parecía efectuada por una mano humana sucia de polvo?

—No puedo evitar que crean lo que quieran —dijo Jessie—. Eso es lo que vi.

—Sería un prodigio de observación aun cuando tuviéramos la huella para apoyarla —dijo el hombre sin corbata—. Pero como ve, señorita Sherwood, no hay señal alguna en ninguno de los dos lados de la almohada. ¿No podría ser que, en su estado de conmoción y excitación, y con una luz tan débil en el cuarto, se tratara de una ilusión óptica? ¿Algo que imaginó ver pero que no estaba ahí?

—Jamás en mi vida he tenido una ilusión óptica. Lo vi tal como lo he descrito.

—¿Insiste en eso? ¿No quiere reconsiderar la exactitud de su recuerdo?

—Desde luego que no.

Su actitud no pareció agradar al hombre sin corbata, el cual tuvo un intercambio de impresiones con el jefe Pearl. El viejo miró a Jessie y sonrió.

Entonces se acercaron a la ventana que daba al camino, donde un hombre hacía algo con unos frascos y un pincel. El hombre sin corbata miró al exterior mientras el jefe decía algo sobre una escalera extensible de aluminio.

—¿Escalera? —Jessie miró a Richard Queen y parpadeó.

Él se le acercó enseguida.

—Lo mismo que aquella noche del mes pasado, Jessie, incluso la misma escalera. ¿No la vio apoyada contra la pared al pasar por el camino?

—No vine por el camino. Dejé mi coche en la carretera.

—Ah, ése era su coche —comentó él, sin expresión alguna en su rostro.

—¡Entonces así es como ese... ese monstruo se ensució la mano! Recogió el polvo de la escalera al trepar. —Jessie miraba fijamente la almohada—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿De qué se trata, Jessie? —preguntó él, inmediatamente alerta.

—¡Ésa no es la misma funda de la almohada!

—¿Cómo que no es la misma?

—Es distinta a la funda que tenía la huella. Ésa es una funda diferente, inspector Queen.

El viejo la miró. Entonces llamó a su amigo y al funcionario de la fiscalía.

—La señorita Sherwood se ha dado cuenta ahora de que esa no es la misma funda de almohada que tenía la huella.

—¿No lo es? —El jefe Pearl miró al hombre sin corbata—. Eso es una añadidura interesante al relato, Merrick.

—¿Cómo puede saberlo? —le preguntó a Jessie el hombre sin corbata.

—Por el borde... señor Merrick, ¿verdad? La otra funda tenía un encaje distinto en el borde. Las dos son de una batista muy fina, pero el borde de la otra funda tenía un encaje de Honiton, mientras que éste creo que es una puntilla de punto irlandés. En fin, no es lo mismo.

—¿Está segura, señorita Sherwood? —inquirió Merrick.

—Del todo.

—La han cambiado —observó Richard Queen—. Si acepta usted el relato de la señorita Sherwood, alguien extrajo la funda sucia de la almohada después de cometido el crimen y la sustituyó por ésta limpia. Es un allanamiento de morada, Abe.

El robusto policía emitió un gruñido y miró a su alrededor. Señaló algo que parecía un cajón en la pared, cerca de la puerta.

—¿Es un tobogán para la ropa, señorita Sherwood? —Sí.

Se acercó a la pared y abrió la puerta de acceso al tobogán, tratando de ver lo que había abajo.

—¿Adónde conduce?

—A la lavandería, que está en el sótano.

—¿Quién hace la colada?

—La señora Smith, Sadie Smith.

—Sadie Smith —repitió Abe Pearl con el ceño fruncido—. ¿Quién es? No hay nadie llamado así en esta casa.

—Es una lavandera externa, de Norwalk. Viene dos veces a la semana para lavar a mano y planchar las prendas más delicadas.

Los pañales del bebé los lavaba yo misma. —Jessie cerró los ojos—. El viernes es uno de los días que viene la señora Smith. Mañana... hoy... vendría y lavaría y plancharía los vestiditos preciosos de Michael...

—Tinny, Borchers. —Los dos detectives del jefe Pearl se aproximaron—. Cojan un par de hombres y divídanse. Busquen una funda de almohada con un borde de encaje, una funda con la huella de una mano sucia. Registren la lavandería del sótano, los cestos, los armarios de la ropa blanca, la chimenea, los cubos de basura... primero los lugares donde es más probable que esté esa funda. Si no la encuentran, pongan la casa patas arriba.

Personas de perfiles acuosos y sonidos que se mezclaban y sonaban de manera discordante entraban y salían sin cesar de la conciencia de Jessie. Sabía que debía permanecer allí sentada y aguantar en aquel extraño mundo fuera del tiempo, pues de lo contrario ocurrirían cosas horribles. Se esforzaba por oír en medio de aquel estrépito la voccecita de Michael, convencida más que nunca por la cualidad insustancial de las cosas que todo había sucedido en un sueño o una película. Más tarde o más temprano habría un chasquido, la película se rompería, y la cordura y la razón volverían al mundo.

De vez en cuando notaba la mano de Richard Queen en el hombro. En una ocasión, le aplicó su mano a la frente, una mano seca y fría, y Jessie le miró.

—Por favor, no la retire. Me gusta. —Pero él la retiró al cabo de un momento, azorado.

En uno de los fragmentos del sueño aparecía Sarah Humffrey, que intentaba interrogarla. Jessie escuchaba los gritos en el dormitorio principal sin demasiado interés. La frenética mujer decía que ella había tenido la culpa, ella había matado a su bebé, su querido bebé, y merecía morir, era un monstruo, una criminal, había que matarla ¡Oh, su pobre e inocente bebé! Las voces de los hombres se imponían sobre su aria autoacusadora en un contrapunto discordante, su marido ahora consolador, ahora mortificado, luego suplicante, como un violín que recorre la escala musical; la voz del doctor Wicks, brusca y quebradiza... Jessie se

dijo que correspondía al oboe, satisfecha con su fantasía; el trombón insinuante de Merrick, el hombre de Bridgeport, que intervenía de vez en cuando en la conversación; el clarinete tenor del jefe Pearl, que interpretaba la alocada fuga. Finalmente los hombres salieron, el jefe de policía y el funcionario de la fiscalía lívidos de ira contra el doctor Wicks, Alton Humffrey casi femenino en su congoja y su irritación.

—Mi mujer no está bien —decía el millonario en voz aguda, excitada, extrañamente distinta a la voz que Jessie conocía—. Tienen que comprenderlo, caballeros... mi esposa nunca ha sido emocionalmente fuerte... es hipersensible... esta terrible experiencia...

—La señora Humffrey se encuentra en un peligroso estado de agitación emocional —intervino el doctor Wicks—. De hecho, su angustia es tan intensa que dudo de que se pueda confiar en su juicio. Les hablo como su médico, caballeros. Si insisten en seguir con esto, tendrán que asumir la responsabilidad.

—No puedo permitirlo, señor Pearl —dijo Alton Humffrey, agitando sus largos brazos—. Ni puedo ni quiero, ¿me oye?

Abe Pearl miró a Merrick, el cual se encogió de hombros.

—Me doy por vencido —gruñó el jefe—. Muy bien, doctor, ocúpese de ella. —El doctor Wicks desapareció.

Jessie oyó su voz en la otra habitación, como un disco para combatir el insomnio, y el rumor de las ropas de cama cuando Sarah Humffrey se acostó. Finalmente cesaron los sollozos y los gritos.

Luego Jessie tuvo conciencia de que había cambiado el centro de atención: volvían a ocuparse de ella. Habían registrado la casa desde el sótano hasta el desván, sin que hubieran encontrado una funda de almohada como la que ella había descrito, una funda con los bordes de encaje y la huella de una mano sucia.

Sí, es cierto que la luz de la lamparilla en el zócalo, única iluminación del cuarto, era muy tenue, pero no, no se había confundido. Había luz suficiente para ver la huella.

No, no usaba gafas. Sí, tenía una visión de 20/20.

No, no podía haber sido un truco de la luz, una conformación de sombras que parecía la huella de una mano. Era la huella de una mano. De una mano derecha.

—¿Cómo sabe usted que era una mano derecha?

—Porque la parte correspondiente al pulgar de la huella estaba en el lado izquierdo.

Alguien se rió, o emitió un sonido a medio camino entre la risa y el bufido. A Jessie no le importó lo más mínimo.

—O bien ha visto visiones, o alguien ha quemado esa funda o la ha convertido en jirones que ha hecho desaparecer por el desagüe del retrete.

—¿Qué tienen en esta isla, fosas sépticas?

—No, tienen el mismo sistema de alcantarillado que en la ciudad. Desemboca en el Sound, igual que en Taugus.

—Entonces nunca lo sabremos.

—Eso parece.

Eran sólo voces, pero la que oyó a continuación tenía la preciosa cualidad de la cercanía. Resultaba curioso que cada vez que aquel hombre producía un sonido, incluso un sonido ordinario, ella se sintiera más segura.

—Ése es el punto clave, Abe —decía suavemente Richard Queen —, si no te importa que intervenga...

—No seas tonto, Dick.

—Es la diferencia entre un asesinato y un accidente. Si yo estuviera en tu lugar, no dejaría hasta aclarar lo de esa almohada.

—¡Ni siquiera estamos seguros de que exista!

—La señorita Sherwood sí lo está.

—Hombre, Dick, esa mujer podría...

—No lo creo, Abe.

Las voces se mezclaron y se hicieron indistintas. Jessie estaba contenta, pensando que él la defendía, cosa que nadie había hecho hasta entonces, por lo menos desde hacía mucho tiempo. Entonces se dijo que era una tonta y se estaba haciendo ilusiones sin fundamento. Queen sabía que ella estaba diciendo la verdad y se limitaba a sostener su opinión.

Perdido el motivo para sentirse alegre, volvió a sumirse en el amodorramiento.

El tono de las voces aumentó de repente, sobresaltándola. El jefe Pearl parecía molesto.

—¡Bueno, pero está la escalera, Dick!

—Eso confirma la teoría del asesinato.

—No, no es cierto. El mismo señor Humffrey la puso ahí. Señor Humffrey, ¿le importaría decirle al inspector Queen por qué estaba ahí esa escalera?

El millonario respondió en tono fatigado.

—Hacia las diez de la noche oí un ruido que procedía de la habitación del niño. Soplaban un viento marino que había soltado uno de los batientes de la ventana que da al camino. Temí que el ruido despertara al bebé. Aparté el biombo y traté de cerrar el batiente desde el cuarto, pero no pude. Stallings y Cullum estaban ausentes —tienen libre la tarde del jueves—, por lo que no tuve más remedio que ir a buscar la escalera al cobertizo, subir y fijar yo mismo el batiente. Entonces el bebé se despertó, mi esposa se puso muy nerviosa y cuando logramos que se durmiera de nuevo me había olvidado por completo de la escalera. No veo qué importancia puede tener esto.

—El señor Humffrey tiene razón, Dick. La escalera no significa nada.

—Desde luego, no refuta el asesinato, Abe. Si se ha cometido un asesinato, el asesino utilizó la escalera que encontró apoyada en la pared. Y la señorita Sherwood está tan segura de la huella en esa funda de almohada...

—Por Dios, Dick, ¿qué quieres que haga?

—Seguir buscando la funda hasta encontrarla.

—Señor Humffrey, ¿vio usted una funda de almohada con la huella de una mano?

—No.

—¿Y usted, doctor Wicks?

—De haberla visto, lo habría dicho —dijo secamente el doctor.

—Y la única cosa lógica que ha dicho la señora Humffrey es que tampoco ella la vio, Dick, aunque estaba en la misma habitación.

—Estaba en el umbral —dijo la voz familiar—. El pie de la cuna pudo haber limitado el alcance de su visión. ¿Qué dicen los sirvientes, Abe?

El hombretón emitió un bufido.

—El jardinero y el chófer no regresaron hasta la una de la madrugada. Las mujeres no saben nada.

—Jessie Sherwood contra todos.

Esta última voz era la de Jessie. Nada más pronunciar estas

palabras, se arrepintió. Se oyó a sí misma reír, con una risa aguda y entrecortada, que no se parecía a la suya.

Al instante los ruidos desaparecieron y sólo hubo silencio.

La siguiente cosa de la que tuvo conciencia era que estaba tendida sobre algo blando y el doctor Wicks le obligaba a tragar el amargo contenido de una cuchara.

Después de eso todo se detuvo.

El inspector Queen paseaba por la playa de Humffrey cuando se le acercó el jefe Pearl. El cielo matinal extendía sobre el mar sus colores nacarado y rosáceo.

—Te he buscado por todas partes —gritó el policía de Taugus—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Poca cosa, Abe —respondió el viejo, alzando la vista—. Sólo intento averiguar si alguna embarcación pudo haber varado en esta playa anoche.

Abe Pearl le miró sin comprender.

—¿Por qué una embarcación?

—Porque habría sido una idiotez tentar la suerte dos veces pasando en coche ante la caseta del guardián.

—¿Te refieres a Frost? —inquirió el jefe en un tono extraño.

—¿Quién si no? Pero no hay nada. La marea habrá borrado cualquier señal. Debió haberseme ocurrido cuando llegamos aquí.

—Miró a su amigo—. ¿Habéis terminado en la casa?

—Sí.

Los dos hombres se internaron en la arboleda, juntos y en silencio. Algo invisible se interponía entre ellos e impedía su comunicación. Cuando llegaron a las extensiones de césped perfecto, el jefe Pearl habló con varios de sus hombres, que todavía estaban registrando la finca.

—Seguid buscando hasta que os avise —les ordenó— y decidles lo mismo a los chicos que están en la casa.

Subieron al coche policial blanco y negro, y el hombretón puso el motor en marcha.

—¿Has hablado con ese guardián, Peterson? —le preguntó el viejo.

—Lo hicieron los agentes de la policía estatal, y dice que no vio

nada. —Abe Pearl emitió un gruñido—: Sin duda no son muy espabilados, pero por otro lado, Dick, un hombre no puede ver algo que no está ahí.

El viejo no replicó.

Al llegar a la caseta, el jefe Pearl hizo una señal a Peterson para que se acercara. El inspector Queen escuchó en silencio.

—Muy bien, Peterson, díganos otra vez lo que sabe.

El guardián frunció sus labios carnosos.

—Se lo diré una vez más, jefe, ¡y luego me iré de esta condenada isla, y que me aspen si vuelvo jamás! Como les he dicho a los policías estatales, el último coche que pasó anoche por aquí antes de que encontraran muerto al bebé de Humffrey, era el Dodge cupé de la niñera, la señorita Sherwood, que llegó alrededor de las doce y media. Cerca de una hora antes pasó otro coche con unos sirvientes de la señorita Dandridge, que volvían de Taugus tras haber ido al cine. Con anterioridad, hacia las once de la noche, el chófer del senador...

El jefe le interrumpió.

—¿Entró o salió algún coche, mientras usted estaba de servicio, que no reconociera? ¿Tuvo que comprobar la identidad de alguno?

—No.

La voz de Richard Queen sobresaltó a Peterson.

—¿Pasó alguien andando?

—¿Cómo?

—Alguien a pie, en una u otra dirección.

—Pues no.

—Pero alguien podría haber pasado a pie sin que usted le viera, ¿no es cierto?

—Oiga, amigo —gruñó Peterson—. Esta caseta es una broma. De vez en cuando tengo que sentarme, otras tengo que meterme entre los arbustos, y de comer en algún momento. Un tipo puede colarse en esta isla de cien maneras sin ser visto. Vaya a buscar a su primo en otra parte.

Mientras avanzaban por la calzada elevada, el viejo murmuró:

—Peterson está en lo cierto, Abe. Cualquiera que desee meterse en un lío puede acceder fácilmente a la isla de Nair. Una barca de remos que vara de noche en una de las playas privadas... deslizarse sigilosamente más allá de la barrera... un hombre joven, como Ron

Frost, incluso podría haber cruzado a nado desde una de las playas de Taugus y regresar de la misma manera.

Su amigo le miró.

—Estás convencido de que ha habido un asesinato, ¿no es cierto, Dick? ¿Y crees que lo hizo Frost?

—No estoy convencido de nada, pero creo que Jessie Sherwood vio algo en esa funda de almohada. Si lo que vio era la huella de una mano, es evidente que ha sido un asesinato, y en ese caso el joven Frost es nuestro principal sospechoso.

—En eso te equivocas. Mientras estabas en la playa, buscando huellas de un bote, recibimos el informe. No es posible que Frost estuviera anoche en la isla de Nair.

—¿Por qué no?

El bebé murió en la isla entre las diez y media y las doce y media. Durante estas dos horas Ronald Frost estuvo en Stamford, inconsciente.

—¿Inconsciente?

—Hacia las nueve de la noche una ambulancia le llevó desde la casa de un amigo suyo en Long Ridge Road hasta el hospital de Stamford. A las diez y siete minutos le hicieron una operación urgente de apendicectomía, y no despertó de la anestesia hasta las tres de esta madrugada. —Abe Pearl sonrió mientras conducía su coche por la calle que formaban las casitas playeras—. ¿Qué opinas ahora de lo que nos ha contado la niñera Sherwood sobre la funda de la almohada?

Richard Queen parpadeó.

Su amigo frenó, desconectó el motor y le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Anímate, Dick! ¿Es que tienes que descubrir un asesinato para ligarte a la Sherwood? ¡Cortéjala como un hombre! —Husmeó el aire y añadió—: Desde aquí puedo oler el beicon de Becky. Vamos, Dick... Un buen desayuno, unas horas de descanso...

—No tengo apetito, Abe —dijo el viejo—. Ve tú. Yo me quedaré un rato aquí sentado.

Estuvo allí sentado durante largo tiempo.

Jessie Sherwood frenó ante la barrera y tocó el claxon con

impaciencia, para que Monty Burns, el guardián diurno, saliera de la caseta y la dejara pasar. Había transcurrido una semana desde la tragedia, siete días que le habían parecido siete años. Durante el fin de semana se había desatado el primer huracán de la temporada. Algunos sótanos de la isla de Nair estaban inundados y unas olas de cinco metros de altura habían causado desperfectos en la calzada elevada, que todavía estaba en reparación.

Pero habría sido preciso algo más que un huracán para que la niñera Sherwood se quedara en la isla aquel jueves. La semana había sido infernal. Una docena de veces había lamentado haber cedido a la petición del adusto Alton Humffrey para que se quedara a cuidar de su esposa. La presencia del bebé muerto llenaba la casa, y el comportamiento de Sarah Humffrey hacía que Jessie tuviera los nervios de punta. ¿Pero qué otra cosa podría haber hecho? Que la señora Humffrey estaba al borde del colapso nervioso era algo que el ojo experto de Jessie le decía sin necesidad de que el doctor Wicks se lo advirtiera. *Mea culpa...* La investigación policial y el funeral habrían bastado para amilanar a una mujer saludable, y no digamos a una histérica con un intenso sentimiento de culpabilidad.

Lo que más recordaba de la investigación eran los cuerpos sudorosos, los ojos que la escrutaban y su propia humillación e ira. La habían tratado como si fuese una mujer pendenciera y aviesa, o una psicópata. Sarah Humffrey, en cambio, salió bien librada. Jessie pensó sombríamente que Alton Humffrey se había ocupado de que así fuera.

El veredicto había sido muerte por negligencia, un accidente. ¡Accidente!

Y el funeral...

El ataúd era blanco y patéticamente pequeño. Habían intentado mantener en secreto el lugar y la hora de la ceremonia, pero, naturalmente la noticia se había filtrado, y la muchedumbre que empujaba y trataba de ver algo... los reporteros que gritaban... aquella escena horrible en el cementerio de Taugus, cuando Sarah Humffrey gritó como un animal e intentó arrojararse a la tumba, sobre el ataúd cubierto de flores...

Jessie se estremeció y se apoyó en el claxon. Monty Burns salió de la caseta, abrochándose apresuradamente la chaqueta.

Por fin Jessie entró en la calzada sobre la que se afanaban los

obreros, y estaba a punto de pisar el acelerador cuando una figura familiar, un hombre de bigote gris, salió del lugar donde había estado, bajo un arce, y agitó la mano, sonriendo.

—¡Buenos días!

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó ella confusa.

—Me acordé de que hoy tiene el día libre y, después de desayunar, decidí venir. La he estado esperando. ¿Va a algún sitio en particular?

—No.

—¿Qué le parece si vamos ahí juntos?

—Será un placer.

Mientras el hombre subía al coche, Jessie se dijo que el inspector se proponía algo. Condujo lentamente hacia el norte, consciente de que algo se tramaba bajo la sonrisa de su acompañante.

Por todas partes había señales de los destrozos causados por el huracán. En algunos lugares entre Norwalk y Westport, la carretera que corría paralela a la orilla del mar estaba aún inundada. Jessie tuvo que desviarse.

—Un velero habría sido más práctico —comentó—. ¿Qué ha estado haciendo últimamente, inspector Queen?

—Lo que puede hacerse en vacaciones. ¿Sabe una cosa, Jessie? —dijo de improviso—. Cuando deja que su rostro se relaje es muy bonita.

—No me diga. —Jessie se echó a reír. ¡Estaba riendo! Arrojó al asiento trasero su sombrero de paja negro e inclinó la cabeza atrás—. ¿No es esta brisa deliciosa?

—Encantadora —convino él, mirándola.

—Me estropeará el peinado, pero no me importa.

—Tiene un cabello muy bonito, Jessie, tan largo.

—¿Le gusta así? —preguntó Jessie, complacida.

—El de mi madre le llegaba a las rodillas. Claro que en aquellos tiempos las mujeres no llevaban el pelo corto, salvo las sufragistas y las prostitutas. Supongo que estoy anticuado, pero todavía me gustan las mujeres con pelo largo.

—Me alegro —murmuró Jessie. Aquel día empezaba a sentirse alegre por todo.

—¿Qué le parece si almorzamos? Estoy hambriento.

—¡Yo también! —exclamó Jessie—. ¿Adónde vamos?

Encontraron una marisquería de madera pulimentada artificialmente para dar la impresión de madera arrojada a la playa por la corriente, situada ante una caleta del Sound. Sentados detrás del vidrio protector, contemplaron las aguas todavía agitadas que parecían empeñadas en alcanzarles, se arremolinaban en torno a los pilotes y se precipitaban contra la sobrevidriera, casi en sus rostros. Tomaron almejas al vapor sumergidas en mantequilla caliente, efectuaron un noble trabajo arqueológico con la langosta a la parrilla y Jessie se sintió feliz.

Pero cuando tomaban el café, Queen dijo de repente:

—¿Sabe, Jessie? Esta semana he pasado un día entero en Stamford, parte de él en el hospital.

—¿Ah, sí? —Jessie suspiró—. ¿Vio a Ronald Frost?

—Así es, y también vi su ficha de admisión en el hospital y hablé con el cirujano que le intervino, incluso con la gente que le visitaba cuando sufrió el ataque de apendicitis. Quería comprobar personalmente la coartada de Frost.

—Supongo que es válida.

—Sí, le hicieron una operación de apéndice urgentemente, y dadas las horas en que tuvo lugar, Frost no pudo estar físicamente presente en la isla de Nair cuando murió el niño.

—Afortunada emergencia —dijo Jessie, con el ceño fruncido—. Para él, claro.

—Sí, muy afortunada —replicó Richard Queen secamente—. Porque fue él quien llevó a cabo aquel primer intento la noche del cuatro de julio.

—¿Lo admitió? —exclamó Jessie.

—No lo dijo exactamente así —¿por qué habría de hacerlo?—, pero por lo que dijo y su manera de decirlo, estoy convencido de que fue él quien trepó al cuarto del bebé aquella noche. Dios sabe lo que creía estar haciendo... Me parece que ni él mismo lo sabía, ni lo sabe. Estaba borracho como una cuba. En cualquier caso, Jessie, eso es lo que hay. En lo que respecta al asesinato, Frost queda descartado.

Jessie alzó su taza de café, pero volvió a dejarla sobre la mesa sin beber.

—¿Trata usted de decirme, inspector Queen, que después de todo no fue un asesinato?

El inspector removió despacio su café.

—¿Por qué no deja de llamarme inspector Queen, Jessie? Si usted y yo vamos a vernos mucho...

—No sabía que fuéramos a vernos tanto —murmuró Jessie. Decidió que tenía que ir al lavabo de señoras y arreglarse el cabello, pues debía de parecer una salvaje de Borneo—. Pero, claro, si usted lo desea... Richard...

—Llámame Dick y tratémonos de tú, si no te importa —dijo él, sonriente—. Así es como me llaman mis amigos.

—Pero Richard me gusta mucho más.

La sonrisa del inspector se extinguió.

—Creo que Dick da una impresión de más juventud.

—No me refería a eso, no tiene nada que ver con la edad, ¡por Dios! —Jessie se palpó el cabello—. Y no cambies de tema. ¿Fue un asesinato o no? ¡Y no me digas que los funcionarios de la fiscalía dictaminaron un accidente!

—Vamos a ver, Jessie. Considéralo desde su punto de vista. Tu testimonio de esa lucecita del zócalo, por ejemplo. El par de segundos que, según tú, es el tiempo máximo que tuviste para ver la huella. Y para remate, Jessie, tu detallada descripción de la huella. Como la funda de almohada no ha aparecido, has de admitir que todo eso es un tanto difícil de creer.

Jessie se sintió súbitamente cansada.

—Sólo podría atestiguar lo que vi. ¿Qué le ocurrió a esa funda de almohada?

—Lo más probable es que la destruyeran, o la eliminaran de alguna manera.

—¿Pero quién?

—Alguien de la casa.

—¡Pero eso es ridículo! —exclamó Jessie, pasmada.

—Si partes de la existencia de la huella, es la conclusión lógica.

—¿Quién de la casa de Humffrey haría semejante cosa, Richard? Él se encogió de hombros.

—Vete a saber.

—Me crees, ¿verdad? —le dijo entonces Jessie—. Alguien tiene que creerme...

—Claro que te creo, Jessie —le dijo él en tono afectuoso—. Y ese es mi punto de partida.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche tuve una charla con Abe Pearl. Abe es un buenazo, y en la ciudad fue un buen policía, pero quizá no sabe juzgar a las personas tan bien como yo. —Sonrió—. A ti, por ejemplo.

Pero Jessie no le devolvió la sonrisa.

—En otras palabras, el jefe Pearl se ha empeñado también en que mi historia no es creíble.

—Abe no está preparado para armar alboroto por un asesinato cuando no hay nada concreto que apoye la posibilidad de que se haya cometido. Por otro lado, no debes olvidar que los investigadores pronunciaron un veredicto de muerte accidental. Si unes eso a la coartada de Frost el jueves por la noche, comprenderás en seguida la postura de Abe.

—Lo que tratas de decirme —dijo Jessie amargamente— es que va a cerrar el caso.

—Exacto. —Richard Queen se frotó la mandíbula—. Por eso anoche informé a los Pearl de que pronto se quedarán sin su famoso invitado.

—¿Te marchas? —Y de repente el rocío de las olas sobre la ventana produjo un sonido apagado y la langosta empezó a pesar entre los dedos de Jessie—. ¿Adónde vas?

—Regreso a Nueva York.

—¡Oh! —Jessie permaneció un momento en silencio. Luego añadió—: Pero creí que habías dicho...

Él asintió con una mueca irónica.

—He pensado mucho en el caso y he decidido que Nueva York es el lugar adecuado para iniciar una investigación. Abe no puede hacerlo, los Humffrey no lo harán... ¿Quién queda sino yo? De todos modos, no tengo nada más que hacer.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Jessie.

—Estoy contenta, Richard, muy contenta.

—De hecho... —La miró con una expresión curiosa—. Confiaba en que vinieras conmigo.

—¿Yo?

—Podrías serme de mucha ayuda —dijo él en tono vacilante, manoseando su taza.

El corazón de Jessie empezó a latirle con más rapidez. Se dijo que no debía forjarse ilusiones, como una tonta, que aquel hombre

se limitaba a ser amable. O bien... después de todo, ¿qué sabía realmente de él? Quizá...

—Creo que debería saber de qué manera podría ayudarte, Richard —le dijo lentamente—. En primer lugar, he prometido quedarme algún tiempo en la isla de Nair, para cuidar de la señora Humffrey...

—Que su marido le busque otra enfermera.

—No, di mi palabra.

—¿Pero cuánto tiempo...?

—Lo hablaremos en el coche —dijo ella bruscamente—. Si voy a hacer algo, quiero saber qué es exactamente. ¿Te importa?

Él se inclinó de súbito hacia adelante y le cogió la mano.

—Eres toda una mujer, Jessie. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—¡Déjate de zalamerías! —dijo Jessie, riendo, al tiempo que retiraba la mano y se levantaba—. Nos encontraremos en el coche.

Richard Queen la observó abrirse paso entre las mesas vacías, hacia los lavabos. Pensó que caminaba como una muchacha. Una muchacha...

Hizo una seña a la camarera y se sorprendió a sí mismo mirando fijamente su mano. La retiró en seguida.

Al final, fue la esposa de Alton Humffrey quien hizo tomar a Jessie su resolución. El martes siguiente —era el 16 de agosto—. Sarah Humffrey salió con sigilo de su dormitorio mientras Jessie estaba en la cocina, salió de la casa enfundada en su camisa de dormir, corrió a la playa privada, penetró en el Sound y trató de ahogarse, cosa que podría haber conseguido si Henry Cullum no hubiera estado en el embarcadero, reparando el motor del pequeño yate de Humffrey. El chófer canoso se arrojó al agua y sacó a la mujer histérica, la cual gritaba que quería morir.

El doctor Wicks la sometió a una sedación profunda y habló sombríamente a su marido.

—Me temo que tendrá que afrontarlo, señor Humffrey. Su esposa está muy enferma y yo no soy el médico adecuado para ella. Necesita ayuda de especialistas. Esa obsesión suya de que ella mató al bebé, ese sentimiento histérico de culpabilidad por la almohada, ahora un intento de suicidio... Es superior a mis fuerzas.

Estas palabras afectaron profundamente a Alton Humffrey. Jessie nunca le había visto tan pálido y deprimido.

—Su esposa está al borde del colapso mental —siguió diciendo el doctor Wicks, tocándose las manchas de su cráneo calvo—. En su condición inestable, y en vista de lo ocurrido, esta casa es el último lugar en el mundo donde debería estar. Si usted siguiera mi consejo...

—Lo que trata de decirme es que debería llevar a la señora Humffrey a un sanatorio, ¿no es eso?

—Bueno, sí. Conozco uno muy bueno en Massachusetts, en Great Barrington, a cuyo frente hay un psiquiatra que tiene una reputación excelente...

—¿Y puede mantener la boca cerrada? —preguntó el millonario—. Si llegara a los periódicos la noticia de ese intento de suicidio...

El doctor Wicks apretó los labios.

—Si no tuviera plena confianza en él, no lo recomendaría, señor Humffrey. Sé lo que usted opina sobre la publicidad.

—¿Un psiquiatra, dice?

—Uno de los mejores.

—Tendré que pensar en ello. —Humffrey se levantó con un gesto imperioso que ponía fin a la conversación.

El médico tenía el rostro enrojecido por la ira cuando entró en el dormitorio contiguo para echar un último vistazo a su paciente. Dio algunas instrucciones a Jessie y se marchó.

Esa fue la última visita del doctor Wicks a Sarah Humffrey.

El miércoles por la tarde Jessie oyó que la puerta se abría y, al mirar la cama de la paciente, vio que Alton Humffrey le hacía señas de que se acercara.

—¿Puede dejarla unos minutos, señorita Sherwood?

—Acabo de ponerle otra inyección.

—Venga a mi despacho, por favor.

Ella le siguió por el pasillo hasta el despacho. Humffrey le señaló un sillón y Jessie tomó asiento. El hombre se acercó a la ventana panorámica y permaneció allí, de espaldas a ella.

—Voy a cerrar esta casa, señorita Sherwood.

—¿Ah, sí?

—Es algo que pienso desde hace algún tiempo. Stallings se quedará para cuidar de la finca. Henry y la señora Lenihan irán

conmigo a mi piso en Nueva York. A la señora Charbedeau y las doncellas las enviaré a la casa de Concord. De todas maneras, ya ha pasado la mejor parte del verano.

—¿Piensa vivir en Nueva York?

—Creo que pasaré allí todo el invierno.

—Ese cambio será beneficioso para la señora Humffrey.

—Mi mujer no viene conmigo —dijo él tranquilamente—. La envío a un sanatorio.

—Me alegro, pues tiene una gran necesidad de atención médica. Ayer oí que el doctor Wicks le hablaba de un lugar en Great Barrington...

—Wicks... —Los hombros estrechos de Humffrey se agitaron—. En cuestiones tan importantes, señorita Sherwood, uno no confía en personas como ese Wicks. No, mi mujer no irá a Great Barrington.

Jessie pensó que la mención del psiquiatra le había asustado.

—¿Puedo preguntarle qué sanatorio ha elegido, señor Humffrey? —inquirió Jessie, procurando mantener un tono tan despreocupado como el de su patrono.

Le pareció que el largo cuerpo del hombre se encogía, pero decidió que estaba en un error. Cuando se volvió hacia ella, Humffrey sonreía ligeramente.

—La verdad es que se trataba de un centro de convalecencia... Eso de que requiera tratamiento psiquiátrico es una tontería. La señora Humffrey se encuentra en un estado de intenso nerviosismo, eso es todo. Lo que necesita es un descanso absoluto e intimidad en un ambiente recluso, y me han dicho que para eso no hay un sitio mejor en el Este que el sanatorio Duane de New Haven.

Jessie asintió. Conocía a varias enfermeras que habían trabajado allí. Una de ellas, Elizabeth Currie, había trabajado con el doctor Duane durante ocho años. El sanatorio era un primoroso recinto para almacenar esqueletos distinguidos, limitado a una clientela muy selecta que pagaba unas tarifas descomunales. Estaba rodeado por un alto muro de ladrillo coronado por barrotes de hierro de más de un metro de altura terminados en punta de lanza, y era vigilado por una fuerza policial privada.

¡Exactamente la clase de lugar que elegiría un hombre como Alton Humffrey!, se dijo Jessie. Una vez Sarah Humffrey estuviera a buen recaudo dentro de la lujosa prisión del doctor Duane, su

marido podría relajarse, pues los guardias del sanatorio husmeaban a un reportero a kilómetros de distancia.

—¿Cuándo se marcha la señora Humffrey? —preguntó Jessie.

—Esta tarde. El doctor Duane vendrá a buscarla personalmente en un coche del sanatorio, en compañía de una enfermera.

—¿Lo sabe la señora Humffrey? —Al ver que el millonario fruncía el ceño, Jessie se apresuró a añadir—: Se lo pregunto, señor Humffrey, para saber cómo prepararla...

—No, no se lo he dicho. El doctor Duane prefiere que le demos la noticia en su presencia.

—¿Irás usted con ella?

—No lo sé. Eso dependerá de Duane. —Su rostro en forma de cuña se alargó—. Naturalmente, mantendrá usted la confidencialidad de lo que acabo de decirle, señorita Sherwood.

—Desde luego.

Humffrey se sentó ante su mesa y empezó a extender un cheque. Jessie observó sus largos y blancos dedos mientras escribían lentamente, con el meñique curvado para ocultar su defecto, tan reservado como el resto de aquel hombre.

—Entonces esto significa que desea usted que me vaya lo antes posible.

—No, en absoluto. Puede usted quedarse unos cuantos días. El personal no se marchará hasta la próxima semana.

—Soy una persona inquieta, señor Humffrey, y no puedo estar sin hacer nada. Es usted muy amable, pero creo que me marcharé mañana por la mañana.

—Como guste.

Secó cuidadosamente la tinta y dejó el cheque junto al borde de la mesa, ante Jessie.

—Oh, no, señor Humffrey —protestó ella—. Esto es demasiado. Ya me pagó la semana pasada...

—No quiero que le perjudique mi decisión repentina con respecto a la señora Humffrey —replicó él, sonriente—. Así pues, le pago toda una semana y añado un poco más en reconocimiento por todo lo que ha hecho por la señora Humffrey y Michael.

—Muy poco, la verdad. —Jessie meneó la cabeza. La prima era de quinientos dólares—. Es usted muy amable, señor Humffrey, pero realmente no lo puedo aceptar.

—Por Dios, señorita Sherwood. ¿Por qué no? —Parecía verdaderamente sorprendido.

—Verá... —Se retorció las manos, nerviosa, pero miró directamente al hombre—. Sinceramente, señor Humffrey, preferiría no sentirme obligada hacia usted.

—No comprendo —dijo él en un tono glacial.

—Si mis sentimientos con respecto al pequeño Michael fuesen distintos, podría aceptarlo, pero tal como son, prefiero no hacerlo.

Humffrey le facilitó las cosas:

—¿Quiere decir si tuviera unos sentimientos distintos con respecto a la causa de su muerte?

—Sí, señor Humffrey.

Los cuatro dedos íntegros tamborilearon sobre la mesa, mientras su compañero mutilado se curvaba para ocultarse. Entonces el millonario se retrepó en su sillón de cuero.

—Sigue sin aceptar que fue un accidente.

—Fue un asesinato —dijo Jessie—. Al bebé lo asfixiaron deliberada y malignamente con una almohada cuya funda ha desaparecido.

—Pero no ha desaparecido ninguna funda de almohada.

—Claro que sí. No la han encontrado, eso es todo.

—Mi querida señorita Sherwood —dijo él en tono paciente—. Los investigadores de la fiscalía han considerado que se trató de un accidente, y la policía también lo cree. ¿Por qué se obstina en ser el único juez disidente?

—Vi la almohada con la huella de una mano en la funda, señor Humffrey —replicó Jessie en voz baja—. Nadie más la vio.

—Es evidente que sufrió usted un error.

—No sufrí ningún error.

—No existe la menor prueba que apoye su opinión.

—No es una opinión, señor Humffrey, sino un hecho. Sé lo que vi.

—Muéstreme una persona competente que esté de acuerdo con usted...

—Richard Queen.

—¿Quién? —preguntó Humffrey sorprendido.

—El amigo del jefe Pearl. Fue inspector del departamento de policía de Nueva York. Él me cree.

El millonario se encogió de hombros.

—Esos viejos no tienen más ocupación que meter las narices en los asuntos ajenos. Probablemente le jubilaron por senilidad.

—Sólo tiene sesenta y tres años y está en posesión completa de sus facultades. ¡Se lo aseguro! —Jessie se miró el labio; Humffrey la miraba divertido—. En cualquier caso, el inspector Queen está de acuerdo conmigo en que fue un asesinato, y vamos a...

Jessie se interrumpió.

—¿Sí? —Alton Humffrey ya no parecía divertido—. ¿Qué van a hacer usted y ese hombre, señorita Sherwood?

—Nada. —Jessie se levantó con brusquedad—. Tengo que volver con la señora Humffrey...

—Señorita Sherwood... —Humffrey tenía las dos manos extendidas sobre la mesa. Por un momento Jessie tuvo la extraña sensación de que se iba a abalanzar contra ella, y recordó que había sentido lo mismo en otra ocasión—. ¿Cree usted por un instante que si pensara que el niño fue asesinado permitiría que se cerrase el caso?

—Me temo que no puedo responder a eso, señor Humffrey. —Había empezado a retroceder; cuando se dio cuenta de lo que hacía, se detuvo—. Por favor, debo volver con la señora Humffrey. Pero le ruego que rompa ese cheque y me extienda otro por la cantidad exacta que me debe.

El millonario seguía mirándola ferozmente.

—¿Sabe usted lo que ese niño significaba para mí, señorita Sherwood?

—No dudo que significaba mucho para usted —dijo Jessie desesperadamente—, pero... me obliga a decir esto... ahora que el pequeño Michael está muerto, usted quiere que se entierre el asunto, junto con sus restos. Prefiere que el caso se cierre gracias al veredicto de muerte accidental, antes de ver el apellido de su familia implicado en un asesinato. No comprendo a las personas como usted, señor Humffrey. Hay cosas en este mundo mucho peores que el hecho de que el nombre de uno vaya de boca en boca. Permitir que el asesino de un bebé se libre de pagar su crimen es una de ellas.

—¿Ha terminado? —preguntó Alton Humffrey.

—Sí —susurró Jessie.

—No, espere, señorita Sherwood. Antes de que se vaya.

Jessie ya estaba en la puerta, ansiosa de escapar de allí. Se volvió hacia él.

—Usted conoce el estado de mi esposa. —Su tono nasal parecía destilar veneno—. No sé qué se proponen usted y ese tal Queen, pero si mi esposa empeora por culpa de ustedes o mi nombre es expuesto a más humillación pública, se las verá usted conmigo. Conmigo, ¿comprende?

—Perfectamente —dijo Jessie—. ¿Puedo irme ya, señor Humffrey?

—Desde luego.

Jessie huyó de aquellos ojos saltones que no parpadeaban, fijos en ella como los ojos de vidrio de una figura de cera.

Diez minutos después Jessie hablaba por teléfono, con la voz entrecortada por las lágrimas.

—Por favor, Richard, pregúntale a la señora Pearl si me puede alojar esta noche. Puedo quedarme en cualquier sitio, no me importa dormir en mi coche o en el suelo, ¡donde sea!, pero no me quedaré en esta casa una noche más.

El inspector Queen la esperaba en el otro extremo de la calzada elevada, en el Plymouth de Beck Pearl. Cuando vio que Jessie llegaba, bajó del vehículo y agitó los brazos.

—¡Jessie! ¿Estás bien?

—Oh, Richard, cuánto me alegro de verte.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—En realidad, nada. El señor Humffrey ha enviado a su esposa a un sanatorio y me ha despedido... Le dije que tú y yo no íbamos a dar el caso por concluido y él me amenazó...

—¿Hizo tal cosa? —dijo el viejo sombríamente.

—No sé qué vas a pensar de mí. Jamás había actuado así en toda mi vida. La señora Pearl debe de considerarme una histérica y temerá que sufra ataques en su casa...

—No conoces a Beck Pearl.

—Volvería a mi casa —tengo una casita en Rowayton—, pero la alquilé hasta el mes de mayo. Estoy muy avergonzada, Richard. Iré a un hostel o cualquier sitio a pasar la noche...

—Becky ha dicho que te lleve a su casa o que no me moleste en volver. ¡Sígueme, Jessie!

En la casita que los Pearl tenían en la playa, Jessie se sintió segura por primera vez en varias semanas. La señora Pearl la miró a los ojos y sonrió a Richard Queen. El jefe Pearl metió generosamente la pata tratando de hacer que se sintiera como un huésped de honor.

—Después de todo no es usted un ogro, señor Pearl —le dijo Jessie—. ¿Sabe que le tenía miedo?

El hombretón miró a su esposa con una expresión de culpabilidad.

—¿La intimidó? —preguntó la mujer a Jessie, mirando a su marido.

—Sacaré su maleta del coche, señorita Sherwood —dijo Abe Pearl, y salió apresuradamente.

—¡Déjala en la habitación de Richard, Abe!

—No, no, señora Pearl, ni hablar de ello...

—Usted ocupará la habitación de Richard, Abe y Richard dormirán en nuestra habitación y yo usaré ese sofá cama, que es el lecho más cómodo de esta casa.

—No, por favor...

—Está decidido —dijo la señora Pearl con firmeza—. Ahora prepararé algo de cena para usted y Richard. Luego Abe y yo nos iremos al cine...

Cuando los Pearl se fueron, Jessie comentó:

—Es una suerte tener unos amigos así, Richard.

—Te gustan, ¿eh?

—Son encantadores.

—Me alegro —se limitó a decir él—. Ahora ataca esa cazuela o Becky se llevará un disgusto. Abe dice que sabe hacer más cosas con las almejas que una india siwash.

Después de cenar, Jessie fregó los platos en la diminuta cocina de Becky Pearl, y Richard Queen los secó y colocó en su sitio, mientras le hablaba de su verano con los Pearl. Ni una sola vez se refirió al motivo por el que Jessie estaba allí. Ella le escuchaba con cautela, diciéndose que no debía sentirse tan feliz, pues probablemente se exponía a otra decepción, como le ocurrió con Clem... Era difícil no establecer comparaciones entre ellos, difícil e

injusto. Habían transcurrido muchos años, y Clem era entonces mucho más joven, alto y seguro de sí mismo, con dedos rápidos de cirujano y una eterna expresión de fatiga en los ojos. Al pensar en él incluso ahora, transcurrido tanto tiempo desde su muerte, aceleraba su pulso... Pero su relación con Richard era tan diferente... No había más que ver lo que estaban haciendo juntos: lavar y secar los platos codo a codo. No podía imaginarse haciendo una cosa así con Clem, aquel hombre que significó excitación, una vida de agradables experiencias y de crisis, con largos períodos de soledad. En cambio, aquel hombre sereno, con su rostro armonioso y huesudo, su bigotito gris, su depósito de fortaleza y conocimiento de la gente ordinaria... Era difícil pensar en algo que no pudieran hacer juntos, las pequeñas cosas de la vida cotidiana que componen una vida. Y podía estar muy orgullosa de él, lo sabía por instinto, orgullosa y segura... «¡No debo abandonarme a esta clase de pensamientos!», se dijo Jessie desesperadamente.

—Estás cansada —dijo Richard Queen, mirándola—. Creo, Jessie, que voy a mandarte a la cama.

—Oh, no, lo estoy pasando muy bien, Richard. Quiero contarte todo lo que ocurrió en los últimos días.

—De acuerdo, pero sólo unos minutos, y luego a la cama.

Puso a secar en la barra la toalla de secar los platos y los dos pasaron a la sala de estar. Richard hizo que Jessie tomara asiento en el sillón más cómodo, le encendió un cigarrillo y escuchó discretamente, mientras ella le hablaba del intento de suicidio de la señora Humffrey y su conversación con el millonario. Richard se limitó a comentar que Alton Humffrey era un tipo raro, y entonces dijo:

—Se ha terminado su tiempo, señorita Sherwood.

—¿Pero no vamos a hablar de tus planes?

—Esta noche no.

—¿Y de los míos?

Él se echó a reír.

—En mis tiempos hice temblar a sargentos de policía altos como castillos, pero supongo que nunca aprenderé a tratar a una mujer. De acuerdo, Jessie, adelante.

—Voy a ir contigo.

—Ya lo sé.

—¡No lo sabes! —exclamó Jessie, enojada.

—No creas que me siento halagado —dijo él, secamente—. No soy yo quien te ha convencido, sino que Alton Humffrey te ha hecho tomar esa decisión.

—Bueno, la verdad es que no me gusta que me amenacen, pero no es esa la última razón.

—El bebé.

—Y hay otras razones.

El viejo le dirigió una mirada inquisitiva.

—No va a ser nada fácil, Jessie. —Se levantó de improviso y empezó a pasear por la sala—. Si te soy sincero, temo haberte metido en un lío por puro egoísmo. Pero es un caso muy peculiar. ¿Por qué asesinaron al bebé? Mientras Frost fue sospechoso, por el motivo de la herencia, el asesinato tenía cierto sentido, aunque fuese demencial. Pero una vez descartado Frost, no parece que la fortuna de Humffrey sea el móvil. No, el motivo ha de estar en otra dirección. ¿Ves algún indicio, Jessie?

—También yo he pensado en ello, y la única cosa que se me ocurre es que debe de haber alguna conexión con la adopción de Michael.

—Eso creo —dijo el inspector, y volvió a sentarse—. ¿Adónde piensas que conduce esa pista, Jessie?

—Puede que tenga algo que ver con los padres verdaderos. ¿Sabes, Richard? Ni los padres adoptivos ni los verdaderos se conocen entre sí. De la adopción se ocupó un abogado que actuaba para ambas partes.

Él asintió.

—Un abogado que se llama A. Burt Finner. Ése es su nombre, ¿verdad?

—Sí. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él. Es un picapleitos muy listo especializado en contrabando de bebés para gente que no puede tramitar una adopción legítima o que por alguna razón prefiere hacerlo de tapadillo. Si Humffrey trató con él se debe probablemente a que Finner garantiza que no habrá molestias ni publicidad. Lo importante, Jessie, es que Finner sabe quiénes son los padres verdaderos de ese bebé, así que ése es nuestro punto de partida.

—¿Finner?

—Exacto.

—Pero si los padres verdaderos no saben quién se quedó con Michael...

—Procederemos paso a paso —dijo Richard Queen—. Iremos a la ciudad por la mañana. Entretanto, tú irás a la cama.

Se levantó y cogió a Jessie de la mano. Ella soltó una risita.

—Haces que me sienta como una niña pequeña. ¿Es que no puedo decir nada sobre aspectos como, por ejemplo, dónde voy a alojarme?

—Ni una sola palabra —dijo él con firmeza—. Te alojarás en mi piso de la ciudad.

—Inspector Queen —musitó Jessie—. No voy a hacer semejante cosa.

Ella sintió que se sonrojaba hasta las cejas.

—Quiero decir que me buscaré acomodo en un «hostal juvenil» o cualquier otra parte. Ellery no regresará del extranjero hasta dentro de una semana.

—No digas tonterías. Ya no tengo edad para preocuparme por mi reputación. —Jessie rió de nuevo, divertida por el azoramiento de Richard—. No estoy dispuesta a echarle de tu propia casa.

—Iré cada mañana y desayunaremos juntos.

—No, Richard —dijo ella en voz baja—. Tengo muchos amigos en Nueva York, enfermeras que viven solas en pisos pequeños y a las que no les gusta demasiado su soledad. Pero... te lo agradezco muchísimo.

Él parecía tan desolado que Jessie, impulsivamente, le apretó la mano. Entonces se apresuró a subir al dormitorio.

Por alguna razón, Richard Queen experimentó una repentina sensación de bienestar. Paseó por la sala a grandes zancadas, sonriendo por los pensamientos que se le ocurrían y mirando de vez en cuando al techo, hasta que los Pearl regresaron a casa.

Jessie se pasó casi toda la mañana del jueves poniendo conferencias telefónicas con Nueva York.

—Estoy de suerte —le dijo a Richard Queen—. Belle Berman, una amiga que es inspectora sanitaria, quiere que me instale en su casa de inmediato, y Gloria Sardella, una enfermera con la que hice

las prácticas, se marcha mañana de vacaciones. Va a hacer un crucero de seis semanas y me ha ofrecido su apartamento.

—¿Dónde están esos dos lugares?

—Belle vive en el Village, en la calle 11 Oeste. El apartamento de Gloria está en la calle 71, frente a Broadway, en un viejo edificio remodelado.

—El apartamento de Sardella es el más indicado —dijo el inspector.

—Eso mismo había pensado, porque conseguiré que Gloria me lo alquile, mientras que Belle no querrá que comparta los gastos. — Jessie le miró—: ¿Cuál es tu motivo, Richard?

—La geografía —dijo él tímidamente—. Yo vivo en la calle 87 Oeste. Estaremos a menos de dos kilómetros de distancia.

—Tendrás que vigilar a este hombre, Jessie —dijo Beck Pearl—. Es todo un libertino.

—¡Lo sé muy bien!

Él murmuró algo sobre el equipaje que debía preparar y se retiró.

Jessie telefoneó de nuevo a su amiga para decirle que aceptaba la oferta del piso en la calle 71 Oeste, pagó las conferencias a pesar de las protestas de la señora Pearl y, por fin, se pusieron en marcha en el coche de Jessie. Beck Pearl les despidió agitando el brazo en el umbral, como un familiar feliz.

—Es muy buena persona —dijo Jessie mientras enfilaba la carretera de Taugus—, lo mismo que Abe Pearl. ¿Sabes qué me ha dicho él esta mañana, antes de marcharse?

—¿Qué?

—Me ha dicho que has cambiado desde... bueno, desde el cuatro de julio. Parecía muy satisfecho, Richard. Los Pearl estaban muy preocupados por ti.

Él pareció turbado y complacido.

—Un hombre necesita tener un interés en la vida.

—Sí. Este caso...

—¿Quién habla del caso?

—¿Sabes? ¡Creo de veras que eres un libertino!

Charlaron alegremente durante todo el trayecto hasta Nueva York.

Jessie había decidido ir en su cupé a la ciudad porque Richard

Queen no tenía coche y el de su hijo estaba en un depósito durante el verano.

—¿De qué te sirve una ayudante sin coche? —le había dicho ella—. Ya no tienes un policía conductor a tu disposición, Richard. Mi cacharro puede ser útil.

—De acuerdo, pero si me dejas pagar las facturas del garaje.

—¡Sólo yo pago mis facturas, Richard Queen!

Se detuvieron ante el viejo edificio de la calle 87 Oeste para dejar el equipaje del inspector. El piso olía a cerrado y Jessie abrió las ventanas de par en par, aireó las camas, inspeccionó la cocina con horror y empezó a abrir armarios.

—¿Qué estás buscando? —preguntó él con un hilo de voz.

—Ropa de cama limpia y una aspiradora. ¡Tienes que dormir aquí esta noche! ¿Pero es que no se ocupa nadie de esta casa?

—Una tal señora Fabrikant. Viene una vez por semana.

—Pues estas paredes no le han visto el pelo en dos meses. Adelante... Haz tus llamadas telefónicas o lo que hayas de hacer. Yo te haré la cama y adecentaré esto un poco. En la primera ocasión que tenga habré de limpiar a fondo esta casa. ¡Imagina que está así cuando regrese tu hijo!

El inspector se retiró al despacho de su hijo con un sentimiento de afecto. Ni siquiera pensó en el espacio vacío en la pared de su dormitorio, donde en otro tiempo estuvo la línea directa con la central de policía.

Cuando regresó al dormitorio encontró a Jessie quejándose.

—Es inútil. Tardaría horas sólo en arreglar esta habitación como es debido.

—Pero si parece tan limpia como una habitación de hospital —exclamó él—. ¿Cómo has podido hacerlo tan rápido?

—Bueno, podrás dormir aquí sin riesgo a coger una enfermedad infecciosa, pero eso es todo —gruñó Jessie—. ¿Rápido dices? Una enfermera lo hace todo rápido. ¿Te has puesto en contacto con ese Finner?

—Sí, por fin lo he conseguido, después de una docena de llamadas. Ha dicho que estará disponible durante toda la tarde. No he fijado la hora porque no sabía cuánto tiempo tardarás en instalarte.

—No te preocupes por mí. De todos modos, he de esperar hasta

las cuatro y media o las cinco menos cuarto para llegar a casa de Gloria. Tiene un caso que la mantendrá ocupada hasta las cuatro.

—¡Pero se marcha mañana! —dijo él, asombrado.

—Las enfermeras no viven como los demás ciudadanos. Déjame que lave un poco esta suciedad y en seguida estaré contigo para abordar a ese señor Finner.

—Primero tendrás que abordar la comida en el Biltmore... con unos cuantos cócteles.

—Estupendo, estoy hambrienta como una loba.

Al oír el agradable chapoteo procedente del baño, Queen se puso a silbar como un chiquillo.

El edificio estaba en la calle 49 Este, y era una vieja casa de seis pisos con un ascensor anticuado. El nombre figuraba en el directorio del estrecho vestíbulo: *Finner, A. Burt, 622*.

—Deja que hable yo, Jessie.

—¡Como si no supiera qué decir! —Entonces a Jessie se le ocurrió algo—. Me pregunto, Richard...

—¿Qué es? —Se acercó él a contestar.

—Cuando fuimos a aquella cita cerca de Pelham, la mañana que recogimos el bebé, Finner detuvo su coche detrás del nuestro y yo bajé para hacerme cargo del bebé. Podría reconocermelo.

—No es probable, pero me alegro de que te hayas acordado de decírmelo. —Permaneció un momento pensativo—. Muy bien, lo usaremos sólo si se presenta la ocasión. Una cosa, Jessie.

—¿Sí? —Su corazón empezaba a latir con violencia.

—Si Finner cree que todavía estoy en el Departamento, eso nos facilitará las cosas. No te sorprendas si actuó como un policía.

—Sí, señor —dijo Jessie dócilmente.

El despacho de Finner estaba en el piso superior, en el otro extremo del pasillo al que se abría el ascensor. Las paredes eran de color canela sucio, y había en la atmósfera un olor de pulimento de suelos y moho.

El viejo sonrió a Jessie y entonces abrió bruscamente la puerta.

A. Burt Finner se levantó a medias tras su mesa en el pequeño despacho, con el ceño fruncido.

—Pase, señorita Sherwood —dijo Richard Queen—. No se

preocupe, que no le morderá. Es perro viejo en este juego, ¿verdad, Finner?

Jessie entró con cautela. No tenía que revelar lo asustada que estaba.

El gordo se retrepó en su sillón giratorio. Por lo que Jessie podía recordar, llevaba el mismo traje azul arrugado y la sudada camisa blanca que había llevado aquella mañana cerca de Pelham. Su olor rancio flotaba en el sucio despacho, que sólo contenía una mesa metálica con quemaduras de tabaco, una patética imitación de un sillón de cuero, una percha de la que colgaba un pringoso sombrero de fieltro, un archivador metálico con candado y el sillón giratorio que crujía bajo el peso de Finner. No había alfombra y de las paredes sólo colgaba un gran calendario de una empresa de alimentos infantiles ilustrado con un bebé de aspecto saludable enfundado en un pañal. La persiana de la única ventana colgaba flácida y deteriorada. Las paredes tenían la misma tonalidad que las del pasillo, pero estaban más sucias.

Richard Queen cerró la puerta, tomó a Jessie del brazo y la llevó al sillón vacío.

—Tome asiento, señorita —le dijo. Miró fríamente al gordo—. Bien, veamos.

—Espere un momento —dijo el gordo.

Los ojillos de A. Burt Finner miraron a Jessie y al viejo alternativamente, y volvieron a posarse en la mujer. Parecía perplejo. Jessie pensó que su rostro le parecía familiar, pero no podía recordar dónde la había visto; se preguntó también por qué estaba tan nerviosa. No era más que un gordo, y por su aspecto no parecía peligroso. Tal vez su aprensión se debía a las relaciones profesionales de aquel tipo con mujeres, pero no parecía un perverso.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes?

—Le telefoneé hace dos o tres horas —dijo el viejo—. ¿Recuerda la palabra que le dije, una palabra que vale 64 000 dólares?

—¿Qué palabra?

—Humffrey.

La cara redonda de Finner se ensanchó.

—Ah, sí, y yo le dije que no sabía de qué me estaba hablando.

—Pero que estaría aquí toda la tarde si quería visitarle. —

Richard Queen le miró con desprecio—. Bueno, aquí nos tiene, Finner. Esta vez está metido en un buen lío hasta el cuello, ¿no cree?

—¿Quién es usted? —preguntó Finner lentamente.

—Me llamo Queen. —Sacó del bolsillo una pequeña cartera de cuero y la abrió; una placa dorada brilló un instante a la luz del sol que penetraba con dificultad a través de la polvorienta ventana.

Finner parpadeó.

El viejo se guardó de nuevo la cartera en el bolsillo.

—Una placa de inspector —dijo Finner—. Bien, bien, es un auténtico placer, inspector. ¿Y esta señora es...?

Los ojos azul claro se volvieron una vez más hacia Jessie. Ésta procuró disimular lo mejor que pudo su nerviosismo.

—¿No la reconoce, Finner?

—No. —El gordo estaba preocupado, pero en su rostro apareció una sonrisa—. ¿Debería conocerla, inspector?

—Yo diría que sí —observó el inspector secamente—. Es la niñera que estaba en el coche de Humffrey aquel día.

—¿Qué coche, qué día, qué bebé? —inquirió Finner en torio amable—. ¿Y quién es ese tal Humffrey? No conozco a nadie llamado así.

—Mire, abogado, usted y yo vamos a llevarnos mucho mejor si deja su labia para mejor ocasión y empieza a recordar sus pecados. Señorita Sherwood, ¿es éste el hombre al que vio detenerse detrás de la limusina de Humffrey en una carretera comarcal desierta cerca de Pelham, el viernes 3 de junio por la mañana, al volante de un Chevrolet, y que entregó al señor Alton K. Humffrey, de la isla de Nair, Connecticut, un bebé de una semana envuelto en una manta azul?

—¡Ése es, inspector Queen! —exclamó Jessie con voz temblorosa. Se preguntó si debía señalar con el dedo al gordo abogado, como hacen en las películas sobre juicios, pero decidió no hacerlo.

—La señora se equivoca —dijo Finner, sonriendo, y se aclaró la garganta—. Jamás me vio en ese lugar, a esa hora y haciendo semejante cosa.

—¿Cómo puede usted mentir de esa manera? —dijo Jessie indignada—. ¡Le vi con mis propios ojos, y usted no es exactamente

un hombre de aspecto ordinario!

—He cimentado toda mi carrera en ser precisamente eso, señorita —observó el gordo—. Sin embargo, es posible que me falle la memoria. ¿Tiene algo más que pueda estimularle, inspector? ¿Un testigo que lo corrobore, por ejemplo?

—Tres testigos, Finner —dijo el inspector Queen, quien parecía estar disfrutando de la situación—. El señor y la señora Humffrey son dos, y su chófer, un hombre de cabellos blancos y mejillas rosadas, es el tercero.

—¿Se refiere al chófer que conducía el coche de Humffrey aquella mañana? —preguntó Finner pensativamente.

—Eso es.

—¿Pero cómo sabe que corroboraría la identificación de esta señora, inspector? No está aquí presente.

—Bueno, podemos averiguarlo pronto. ¿Le importa que use su teléfono?

—Déjelo —dijo Finner. Se lamió el carnoso labio inferior con el ceño fruncido, giró en el sillón y, con las manos enlazadas tras los pliegues superpuestos del cogote, miró a través de la ventana—. Supongamos que estuviera lo bastante blando de sesos para admitir que estuve allí ese día —dijo—, ¿qué pasaría, inspector?

Jessie miró a Richard Queen, pero éste meneó la cabeza.

—¿Me está preguntando qué es lo que tengo, Finner?

—Dígalo como quiera.

—Sé lo que usted hace, un trabajo tortuoso y mal intencionado. Está especializado en madres solteras. Busca un comprador, arregla las cosas para que la chica dé a luz en un hospital bajo un nombre falso y con unos antecedentes inventados, paga a la muchacha —con el dinero del comprador— y toma posesión del bebé cuando la madre sale del hospital. Entonces entrega el bebé a su comprador, cobra el resto de su tarifa, probablemente proporciona una partida de nacimiento falsificada y ya está listo para el próximo cliente. Es un bonito negocio, Finner, y lo mejor que tiene es que todos los implicados tienen mucho interés en protegerle, por la cuenta que les trae. Ya ve que tengo información de sus actividades.

—No he oído nada —dijo Finner, que seguía mirando a través de la ventana— y eso que estoy aguzando los oídos.

—No juzgo la sucia manera en que gana el dinero que deja en

los locales nocturnos, Finner. Algún día los muchachos lo demostrarán. Pero si lo que le preocupa ahora es el mercado negro de bebés, en este momento no estoy interesado en usted. Voy en busca de otro juego.

—¿A qué se refiere? —Finner giró en su sillón tan bruscamente que el muelle chirrió.

—Va usted a decirme quiénes son los verdaderos padres del bebé de Humffrey.

Finner se le quedó mirando fijamente.

—¿Está de broma?

—Dígamelo, Finner —insistió el viejo.

Jessie contuvo el aliento.

El gordo se echó a reír.

—Aun suponiendo que toda esa cháchara fuese cierta, inspector —y no estoy admitiendo nada—, ¿por qué habría de decírselo? En un negocio como ése, según tengo entendido, se trabaja de una manera totalmente confidencial. El que se va de la lengua queda fuera de juego. Usted lo sabe.

—Creo que está metido en esto hasta las cejas, Finner —dijo Richard Queen, sonriente—. Se habrá enterado de que el bebé ha muerto.

—Muerto, ¿eh? —Finner miró la superficie de su mesa con los ojos entrecerrados y se encorvó para soplar un poco de polvo. Jessie contempló fascinada el movimiento de sus labios—. Creo recordar que leí algo sobre un bebé llamado Humffrey, en Connecticut, al que encontraron asfixiado en su cuna. ¿Era ése el mismo bebé con el que trata de relacionarme inspector?

—Exactamente.

—Un suceso lamentable. Me afectan las desgracias que les ocurren a los niños. Yo mismo tengo tres hijos. Pero ¿qué se le va a hacer? Fue un accidente, ¿no?

—Fue un asesinato, Finner.

La masa corporal de Finner se alzó como una ballena que sale a la superficie.

—No me venga con idioteces. También yo leo los periódicos. Los investigadores pronunciaron un veredicto de muerte accidental y el caso está cerrado. ¿Qué intenta hacerme tragar?

—Fue un asesinato, Finner.

Finner tragó saliva. Cogió de su mesa un abrecartas de acero, hizo ademán de limpiarse las uñas, y volvió a dejarlo.

—¿Hay nuevas pruebas?

Richard Queen no respondió y se limitó a mirar las rollizas manos del gordo.

Las manos de Finner desaparecieron bajo la mesa.

—Mire, inspector —dijo rápidamente—. Me ha tocado usted la fibra sensible. Sin incriminarme, ya me comprende, quizá pueda conseguirle alguna información... sobre los padres verdaderos del pequeño, quiero decir. Uno de mis contactos podría...

—Me tiene sin cuidado lo que se llame a sí mismo, abogado. Quiero esos nombres.

—Le diré lo que vamos a hacer. ¿Qué día es hoy? Jueves. Tal vez pueda hacer algo mejor por usted, inspector. Desde luego no se lo prometo, pero tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Tal vez mi contacto pueda hacer que vengan aquí, para que hablen con usted.

El viejo frunció los labios.

—Eso estaría muy bien, Finner. ¿Cuándo?

—Digamos este sábado, el día 20. ¿Le va bien a las cuatro de la tarde?

—Cuando no hay nadie en el edificio, ¿eh? Nada como un edificio de oficinas desierto para celebrar una pequeña reunión. Es lo que digo siempre.

—No quiero tener la más mínima implicación en un asesinato.

—Finner respiraba ruidosamente—. Si hago lo que le he dicho, inspector, ¿no me traicionará? ¿Me da su palabra?

—Nada de tratos, Finner, pero la cooperación nunca ha hecho daño a nadie. —El inspector Queen miró a su acompañante—. Esto es todo, señorita Sherwood. Gracias por la identificación. —Le hizo un ademán para que se levantara—. Nos veremos el sábado por la tarde, Finner.

Finner asintió con expresión sombría.

El viernes por la mañana Jessie telefoneó a Richard Queen desde el piso de Gloria Sardella, para decirle que estaría ocupada todo el día,

ayudando a su amiga a prepararse para el crucero y aposentándose en la casa. Cuando él le apremió para que cenaran juntos, Jessie titubeó y luego le pidió que la llamara más tarde. A las cinco en punto sonó de nuevo el teléfono y Jessie adujo estar tan fatigada que su compañía no sería grata. Iba a tomar un bocadillo y acostarse en seguida, si no tenía inconveniente.

—Tengo la sensación de que llevamos años sin vernos —se quejó él.

Jessie se echó a reír, vacilante.

—El día ha sido muy largo y la noche lo será más. Por lo menos déjame que te invite a desayunar mañana por la mañana.

—Mejor, a comer —dijo ella—. He de admitir que estoy un poco nerviosa por la cita de mañana, Richard. Quizá tengamos que estrechar la mano que apretó la almohada sobre el rostro del pequeño Richard...

—Eso no es muy probable.

—¿Qué quieres decir? Finner dijo...

—Ya sé lo que dijo Finner —replicó Queen—. Eso no es nada más que una artimaña para ganar tiempo. Finner lo necesita para poder apretarles las tuercas y obtener la máxima información posible.

—Pero si mañana no los presenta...

—O estarán allí o nos dirá sus nombres. Al final, A. Burt Finner se protegerá a sí mismo. ¿A qué hora nos vemos mañana, Jessie?

—A la una.

—¿Tan tarde? —Parecía consternado.

—La cita es a las cuatro. ¿Cuántas horas necesitas normalmente para almorzar?

Queen colgó, sintiéndose abandonado. Se había pasado la mayor parte del día en la calle Centre. Entró en la sala de reunión de la central de policía, hojeó ejemplares recientes de la revista policial, para ver a quiénes citaban, recomendaban, ascendían, charló con viejos amigos, que se alegraron de volver a verle, pero nada de eso sirvió para animarle. El viernes era el día de la semana más ajetreado parados funcionarios, y tuvo la angustiosa sensación de que les estorbaba.

Tampoco pudo relajarse en el piso, que le parecía sombrío y vacío. Se preguntó en qué empleaban su tiempo los jubilados.

¿Cuántos periódicos podían leer? ¿Cuántas películas veían? ¿Cuántas horas puede uno pasar en un banco de Central Park viendo cómo se arrullan las parejas y las palomas? ¿Cuánto tiempo podía uno charlar con antiguos compañeros de trabajo que seguían en activo antes de que les incordiará y empezaran a mostrarlo?

El viernes por la noche Richard Queen se acostó a las nueve y cuarto, con el intenso deseo de que fueran las cuatro de la tarde del sábado.

—No sé con qué puedo encontrarme ahí —musitó—. Recuerda lo que te dije.

—Pero ¿por qué no puedo entrar contigo, Richard? —susurró Jessie.

—No sabemos qué puede ocurrir. Lo más probable es que Finner esté ahí solo, pero la vida de un detective está llena de sorpresas.

—Soy tu ayudante —dijo ella, desconsolada.

—Escucha, Jessie, entraré solo y me esperarás al final del pasillo. Mantén abierta la puerta del ascensor, por si acaso. Si considero que todo está en orden, te haré una señal desde la puerta. De lo contrario permanece ahí. Si oyes ruido de pelea vete en seguida.

—¿Cómo podría abandonarte si corres peligro?

—Ya me has oído, Jessie.

—Anda, ve.

—¿No lo olvidarás? —Miró hacia el otro extremo del pasillo—. Si te hirieran, Jessie, no me lo perdonaría jamás.

—Es curioso —replicó ella con una risa entrecortada—. Eso mismo pensaba yo.

Él la miró fijamente. Entonces sonrió, le apretó la mano y recorrió rápidamente el pasillo.

Se detuvo ante la puerta número 622 y aplicó el oído a la puerta. Al cabo de un momento se enderezó y llamó con los nudillos. Sin esperar respuesta, giró el pomo y empujó: la puerta se abrió sin resistencia.

Queen entró en el despacho. La puerta se cerró de súbito. El edificio de oficinas era como una bolsa de silencio en un mundo ruidoso.

La puerta siguió cerrada.

Jessie se dijo que no debía precipitarse. Richard había hecho aquel tipo de trabajo durante toda su vida, y no habría podido ser un funcionario de policía veterano sin haber aprendido a afrontar la violencia. Al fin y al cabo, no había nada que temer. El gordo era un tipo inofensivo; echaría a correr como un conejo antes que arriesgar su piel. El otro... los otros... quienes quiera que fuesen... en aquellos momentos probablemente estaban más asustados que ella.

Pero su corazón seguía desbocado.

Le había visto extrañamente animado cuando fue a buscarla a casa de Gloria, y durante la comida se había mostrado muy alegre, como un muchacho que tiene una cita. Se había puesto muy elegante, con un traje impecable y unos zapatos marrones y blancos lustrosos. Y le llevaba un ramillete de resedas.

—La florista pensó que estaba loco —le dijo, azorado—. Parece ser que ya nadie compra esta clase de ramilletes. Pero recuerdo que a mi mujer le encantaba lucirlos...

Ella no se había atrevido a decirle que el color verdoso de las resedas no era apropiado para el traje de lino verde que llevaba, o que a una mujer no le gustaba especialmente que le regalaran las flores preferidas de una esposa muerta, aunque hubiera muerto treinta años atrás. Mientras se fijaba el ramillete en el pecho, alabó el buen gusto de Richard, y volvió a hacerlo en el baño, donde se cambió el sombrero, porque el que llevaba no armonizaba con las flores.

Jessie pensó que Richard se comportaba así sin pensar concretamente en ella, sino porque había vuelto a descubrir el mundo de las mujeres. Esta idea se le había ocurrido el día anterior, en la soledad de las desordenadas habitaciones de la casa de Gloria, y persistía como una jaqueca. Cualquier mujer podría haber servido. Cualquier mujer podría desplazarla. Cualquier otra mujer...

¿Qué estaba haciendo allí dentro?

Se había pasado todo el día y una noche examinándose y sintiéndose mal por lo que había hecho: subarrendar un piso en Nueva York... Nueva York, una ciudad que detestaba. Y aquella llamada de Belle Berman... «¿Es cierto lo que me han dicho, de que sales con un hombre, Jessie?». Gloria se lo había dicho, sin duda,

pues había visto a Richard el jueves al salir del despacho de Finner. Y Gloria la sondeó más tarde... Jessie había resistido difícilmente la tentación de telefonear a Richard para decirle que todo aquello era un error, que ambos eran demasiado mayores para semejantes aventuras, que debían separarse como buenos amigos, ella volver a su profesión de enfermera y él a tomar el sol en una playa...

No, no debería estar allí, se dijo Jessie. Debería estar en una clínica maternal, cuidando de una parturienta, insegura de poder sostenerse de pie hasta la medianoche, mientras se queja de lo interminable del parto y que le hará pagar a su marido por lo que está sufriendo...

Richard estaba en el pasillo.

Jessie se sobresaltó. Ni siquiera había oído que se abriera la puerta 622.

El inspector estaba en el pasillo y le hacía señas.

Jessie corrió a su encuentro.

Tenía una actitud vigilante y sujetaba la puerta por el pomo, ligeramente entreabierta.

—Dime, Richard —susurró Jessie, sin aliento—. ¿Puedo entrar?

—Eso depende de ti, Jessie. —Incluso su voz era cautelosa—. Depende de lo que seas capaz de soportar.

—¿Qué? ¿No está Finner ahí dentro?

—Sí, ahí está... muerto.

3

Y ENTONCES EL AMANTE

MUERTO, EL GORDO tenía un aspecto distinto, parecía un globo enorme del que se escapara el aire. Estaba en el sillón giratorio, con la cabeza inclinada a un lado y los brazos colgando. El sillón estaba semigirado, como si el gordo hubiera intentado levantarse. Todo su costado izquierdo estaba empapado en sangre.

Del pecho le sobresalía el mango metálico de un cuchillo. Jessie lo reconoció como el mango del abrecartas de acero que vio sobre aquella mesa el jueves anterior.

—No te muevas, Jessie —dijo el inspector Queen, que había cerrado la puerta— y sujeta el bolso con ambas manos. Así no tocarás nada. No es necesario que le mires.

—He visto uno o dos casos de homicidio en mi vida —replicó Jessie, aferrando el bolso con todas sus fuerzas.

—Buena chica.

Queen rodeó la mesa, escudriñó debajo de ella, se levantó y miró a través de la ventana.

—No hay duda de que nadie ha visto nada.

El panorama que se veía desde allí era un muro alto, la parte posterior de una fábrica de artículos fotoeléctricos que estaba en la calle siguiente.

—Hay un llavero en el suelo, detrás de la mesa, arrancado de una presilla de sus pantalones; una llave en el candado del archivo. Alguien tenía prisa, Jessie, pero ha ido con cuidado.

—Tal vez deberíamos...

—No te muevas de ahí.

Cuarenta y ocho horas antes el gordo había estado sentado en aquel mismo sillón, llevando el mismo traje y una camisa tan manchada de sudor como aquella, y ahora estaba medio teñida por la sangre de su corazón y el hombre parecía un globo de feria con la pintura corrida y atravesado por un cuchillo. No habría más tratos clandestinos para conseguir bebés, y las madres solteras tendrían que dirigirse a otra parte. Muchos clientes satisfechos leerían la noticia sobre el gordo, mirarían a su cónyuge y estrecharían el bebé contra su pecho. ¿Y la señora de Finner? ¿Encargaría una lápida que dijera MARIDO Y PADRE y lloraría por el cabeza de familia desaparecido? ¿Y cuántas chicas de clubs nocturnos derramarían una lágrima ennegrecida por el rímel por los billetes de cinco dólares que ya no ocuparían sus escotes?

Jessie ahogó un impulso de reír.

El inspector se envolvió la mano derecha con un pañuelo, se acercó de nuevo al sillón giratorio y se inclinó sobre Finner. Cuando se irguió tenía un billeteo en la mano envuelta. Lo abrió.

—Está lleno de billetes, Jessie.

Devolvió el billeteo a su sitio con tanto cuidado como lo había extraído.

—No ha sido un atraco —dijo Jessie con la voz tan tensa como la del inspector.

—No.

Queen examinó la mesa. Había un periódico vespertino doblado por la sección de deportes, un tintero, un teléfono con un bloc de notas a su lado, un paquete de cigarrillos con filtro casi vacío, un encendedor y un cenicero de vidrio barato con colillas a medio fumar y ceniza. El viejo se agachó hasta que sus ojos quedaron al nivel de la mesa y escudriñó la superficie del bloc de notas. Luego volteó con una uña varias de las colillas.

—No hay nada escrito en una hoja de papel arrancada, no hay huellas de pintalabios en ninguna de las colillas. La papelera junto a la mesa esta vacía, con excepción de un paquete de cigarrillos de la misma marca que éste. Todo es de Finner. El asesino no ha dejado huellas.

—¿Y los cajones de la mesa? —preguntó Jessie, y se humedeció

los labios.

Él sonrió.

—Eso se lo dejaré a los de Homicidios. Finner no habría guardado nada en su mesa. Los cajones no tienen cerradura. —Su mirada se posó en Jessie—. Dada tu experiencia en estas lides, ¿cuánto tiempo crees que lleva muerto?

—Es muy difícil saberlo.

—Dilo de todos modos.

—Es un día caluroso, la ventana está cerrada... Por lo menos, tendría que tocarle.

—Sin tocarle.

—He tenido que ocuparme de cadáveres, Richard. Lo haré.

—No, sin tocarlo.

—No hace mucho —consideró Jessie—. Por el aspecto de la sangre, quizá una hora. No lo sé, puede que esté muy equivocada.

El inspector aplicó ligeramente el dorso de la mano izquierda sobre la mejilla del muerto y asintió. Entonces se acercó al archivador y tiró del cajón superior, el cual se deslizó emitiendo un chirrido que le produjo a Jessie dolor de dientes.

El cajón estaba lleno de sobres de archivo con unas fundas de plástico que contenían cartulinas en las que habían escrito nombres en tinta roja. El primer sobre tenía el nombre ABRAMSON y el último DUFFY. Queen cerró el cajón y abrió el de debajo. Los sobres estaban ligeramente separados hacia los dos tercios de la fila. La cartulina del sobre expuesto decía HYAMS, y la del sobre que le precedía HUGHES.

No había ningún sobre entre estos dos nombres.

—No hay ningún Humffrey —dijo Richard Queen en voz baja.

—Es posible que esos nombres correspondan a la madre —musitó Jessie— y no a quien adopta al niño.

—Eres muy lista, Jessie. —Examinó el contenido de un sobre al azar, con la mano envuelta en el pañuelo—. Sin embargo, te equivocas. Los nombres corresponden a los adoptantes.

Colocó el sobre en su sitio y miró todas las tarjetas de los demás sobres. Cerró el cajón y examinó las tarjetas de los dos cajones siguientes.

Cerró el último cajón y se levantó.

—No hay ninguna duda, Jessie. El asesinato de Finner está

vinculado con el caso de Connecticut. Después de nuestra visita del jueves, Finner trató de obtener alguna información sobre la muerte de Michael de uno o los dos padres verdaderos. Entonces le cerraron la boca y se marcharon con todo el expediente del caso. Finner era probablemente el único que sabía quién era la madre, en qué hospital nació Michael y todos los hechos que podrían haber conducido a la identificación.

—El mismo que asesinó al bebé —dijo Jessie lentamente—. Eso significa que estamos en la pista correcta.

—Estamos atascados en una vía muerta —replicó él sombríamente—. Y con el contenido de ese sobre destruido estamos en otro callejón sin salida. La cuestión es saber adónde vamos desde aquí.

Dirigió a Finner una triste mirada.

—Creo, Jessie...

En aquel momento sonó el teléfono.

A Jessie le dio un vuelco el corazón.

Queen se aproximó a la mesa y miró pensativo el aparato.

—¡No irás a contestar! —exclamó ella aterrada—. ¡Richard, por el amor de Dios!

—Calla.

Su mano derecha estaba envuelta todavía en el pañuelo, y con ella alzó cautelosamente el auricular.

—¿Diga? —dijo en voz ronca, imitando lo mejor que pudo la de Finner.

Jessie cerró los ojos. Oyó la inequívoca cadencia de una telefonista.

—¿Sí? —repitió el viejo en el mismo tono ronco. La telefonista le comunicó algo y se hizo una pausa de silencio.

—Es una conferencia desde New Haven —informó Queen a Jessie.

—¿New Haven? —repitió ella, perpleja.

—Siempre hay que hacer caso de las corazonadas. Puede que esto me cree problemas con mis viejos amigos, pero estoy aquí y ellos no... ¿Sí?

Al otro lado de la línea hablaba un hombre en tono rápido e imperioso.

—Soy el doctor Samuel Duane. ¿Está el señor Alton K.

Humffrey?

—¿Humffrey? —dijo Queen, imitando la voz de Finner—. ¿Para qué le quiere?

—Es confidencial. —El tono del médico tenía un trémolo apremiante, casi angustioso—. Tengo que hablar con el señor Humffrey.

—Tendrá que decirme de qué se trata, doctor Duane. —Miró a Jessie y le guiñó un ojo.

—Soy el médico de la señora Humffrey. Ella... está peor, y debo encontrar a su marido. ¿Sabe usted...?

—¿Qué le ocurre?

—Oiga, ¿está el señor Humffrey ahí o no?

—No, doctor, no está aquí, pero quizá pueda dar con él. ¿Llamó a su residencia de verano en Connecticut?

—Por Dios, hombre, ¿cree que soy idiota? Su ama de llaves me ha dicho que ayer abandonó la isla de Nair, en un coche pequeño y que no regresaría hasta esta noche o mañana. ¿Está...?

—¿Dijo adónde iba?

—¡No! Esa señora me dio los números de teléfono de todos los lugares donde podría estar... clubs, el piso de Park Avenue, su casa en Concord, incluso los parientes de la señora Humffrey en Massachusetts, pero no he podido dar con él. ¿Tiene usted alguna idea de dónde podría haber ido? Tengo entendido que ha hecho ciertas gestiones confidenciales para él.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Creo que fue el chófer quien sugirió su nombre. ¿Qué importancia tiene? —El doctor Duane parecía a punto de estallar—. ¿Puede decirme algo concreto o no? ¡Le digo que es urgente!

—Me temo que no pueda ayudarle, doctor, pero si tengo noticias de él...

El doctor Duane colgó su teléfono.

Richard Queen miró a Jessie mientras colgaba el suyo.

—Es extraño...

—¿Qué te ha dicho, Richard?

Él le puso al corriente.

—Pues no veo nada extraño en ello, excepto la coincidencia de que haya llamado precisamente cuando...

Él meneaba la cabeza, con el ceño fruncido, mirando a Finner.

—Jessie —dijo al fin—. Quiero que te vayas a casa.

—¿Sin ti?

—Tengo que dar parte a la policía. Un homicidio se ha de notificar en cuanto se descubre.

—En ese caso, ¿por qué no llamaste por teléfono nada más entrar aquí? —replicó ella.

—Eres dura de pelar, Jessie. De acuerdo, quizá he llegado a sentir que este caso me pertenece. Es mío y tuyo... Tú y yo sabemos que los dos homicidios están conectados, pero una vez desaparecido el expediente de Humffrey, ya no hay motivo para que relacionen el asesinato de Finner con el caso de un bebé asfixiado en Connecticut, un caso que ha sido archivado como muerte accidental. Por lo menos no establecerán esa relación de inmediato. Entretanto, nosotros podemos movernos.

—¿No sería mejor que solicitaras tu reincorporación al servicio, Richard? —preguntó Jessie en voz baja—. Si se enterasen de que estás metido en esto desde el principio, tal vez te encargarían el caso.

Él sonrió débilmente.

—Las cosas no funcionan así. El departamento de policía de Nueva York tiene dos mil detectives que trabajan en las comisarías y la Central, por no mencionar unos veinte mil hombres y mujeres más en otras tareas policiales. No necesitan a un viejo como yo. Vamos, Jessie, te acompañaré a la calle. No quiero que se fije en ti algún vigilante nocturno.

Jessie miró por encima del hombro un momento antes de cerrar la puerta.

El gordo seguía sentado allí como un globo abandonado.

El teléfono sonó pasadas las once de la noche.

—¿Jessie?

—¿Por qué no has llamado antes, Richard? ¿Dónde estás? ¿Todo va bien?

—Muy bien. Estoy en la Central, charlando con los muchachos. ¿Vas a acostarte?

Ella comprendió que Queen no podía llamar libremente y que le sería imposible regresar.

—No podemos vernos esta noche, ¿no es eso?

—Exacto. Te llamaré por la mañana.

—Buenas noches, Richard.

Jessie colgó y se quedó mirando la mesa que había preparado. Había comprado bistecs, patatas fritas congeladas y unas verduras para ensalada en un establecimiento de la calle 72, con la intención de ofrecer un banquete a Richard cuando volviera. De modo que así era como vivían las esposas de los policías...

«¿En qué estoy pensando?», se dijo Jessie, con un sentimiento de culpabilidad, y fue a acostarse.

El domingo por la mañana, todavía llevaba puestos los rulos y una bata vieja cuando sonó el timbre de la puerta. Abrió sin quitar la cadena, preguntándose quién podría ser.

—¡Richard!

—Pensé que te daría una sorpresa —dijo él, sonriente—. Traigo los periódicos dominicales, zumo de frutas, panecillos frescos, huevos... ¿Tienes jamón? Me lo he olvidado. ¿Jessie? ¿Dónde estás?

—No debes hacer esta clase de cosas —gimió Jessie, pegada a la puerta—. ¿Es qué no sabes qué aspecto tiene una mujer a primera hora de la mañana? ¡Abriré la puerta, pero no te atrevas a entrar antes de contar hasta diez!

—De acuerdo —dijo él, apenado.

Cuando Jessie salió del pequeño dormitorio, Richard estaba sentado en el borde de un sillón, con el periódico en el regazo.

—Me dan ganas de estrangularte. ¿Hay algo más horrible que una mujer con rulos? No te quedes ahí sentado y dame esa bolsa.

—Lo siento. —Parecía tan compungido que Jessie se echó a reír—. De todos modos, no estabas nada mal. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer con rulos.

—Supongo que será por eso —dijo Jessie. Llevó la bolsa a la minúscula cocina y empezó a preparar el desayuno.

—¿He dicho alguna inconveniencia, Jessie? —preguntó él ansiosamente.

—No, en absoluto. Anda, haz algo útil. No tengo jamón, pero encontrarás un par de bistecs y una caja de patatas fritas en el frigorífico. ¿Qué te parece?

—¡Estupendo!

Cuando Jessie le servía la segunda taza de café, preguntó:

—¿Qué ocurrió ayer?

—Poca cosa —dijo él en tono despreocupado—. Los primeros hombres eran un patrullero y un sargento del Distrito 17... los conozco muy bien. Luego un par de detectives también del Distrito 17, no menos conocidos, y después varios compañeros de otros tiempos... El subinspector Tom Mackey, jefe de la sección Este de Manhattan, el jefe de detectives Brynie Phelan, los chicos de Homicidios... Parecía una reunión de viejos amigos.

—Y cuando le preguntaron a su viejo amigo cómo había tropezado con un cadáver, ¿qué les respondió?

Dejó su taza sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Les mentí, desde luego. Pasé unos momentos de apuro, pero creo que me las apañé bien. —Parecía avergonzado—. Supongo que toda una vida honorable dedicada a ese trabajo cuenta para algo, sobre todo cuando los hombres a los que mientes son amigos tuyos.

—¿Qué patraña les dijiste, Richard? —inquirió Jessie en voz baja—. He de saberlo, por si me preguntan.

Él la miró con admiración. Luego bajó la vista.

—Les dije que mi inactividad me estaba volviendo loco, empecé a pensar en algunas ratas a las que había conocido cuando estaba de servicio y a las que nunca habíamos podido echar el guante, y recordé a Finner y su repugnante negocio. Me pareció que no estaría mal descubrirle algún asuntillo... ni siquiera tiene expediente en el FBI, no está fichado. Por eso el jueves me dejé caer en el despacho de Finner, le hice creer que sigo en el servicio activo y que por fin había descubierto algo que podía incriminarle... Lo hice basándome en la teoría de que si persigues a una rata, le entrará pánico. Les dije que Finner insinuó una recompensa si lograba que los chicos le dejaran en paz, y yo fingí que le seguía el juego, y convine que le visitaría en su despacho el sábado por la tarde... Cuando lo hice, le encontré muerto. Eso es lo que les he dicho, Jessie, y que Dios se apiade de mi alma.

—Pero eso no ha sido realmente una mentira —se apresuró a decir Jessie—. No está tan lejos de la verdad.

—Sólo a un millón de kilómetros —gruñó Queen—. Esa es la peor clase de mentira. No les he dicho una sola cosa de las que sé y que podría ayudarles. Jessie, creo que tomaré otra taza de café.

Ella vertió el líquido en silencio.

—Naturalmente, se han puesto en marcha —dijo el inspector, revolviendo el café—. Suponen que el asesino es alguien que quería acceder a los archivos de Finner para hacer chantaje, pero quizá se asustó. No descartan la posibilidad de que la respuesta esté en alguno de los locales nocturnos que Finner frecuentaba. Así pues, están investigando a todas las chicas con las que el gordo tonteaba, algunas de ellas relacionadas con tipos de cuidado. Han cubierto todos los ángulos excepto el correcto. —Con la puntera del zapato empujó los periódicos dominicales que reposaban en el suelo—. He leído todo lo que han publicado sobre el suceso.

—No te sientas tan mal, Richard. —Jessie se inclinó sobre la mesa para cogerle la mano. Él le apretó la suya y la retuvo.

Al cabo de un momento, Jessie, ruborizada, retiró su mano y empezó a recoger los platos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Él se levantó y empezó a ayudarla.

—El problema reside en descubrir quiénes son los padres del niño.

—Ahora no veo ninguna posibilidad de averiguarlo.

—Hay una manera.

—¿De veras? —Jessie le miró fijamente—. ¿Cómo?

—En el hospital toman las huellas dactilares de todos los recién nacidos, con fines de identificación.

—O las huellas de los pies —asintió Jessie—. Actualmente la mayor parte de los hospitales toman las huellas.

—Dados los métodos de Finner, es probable que la madre diera a luz en un hospital. Lo que hemos de hacer es conseguir las huellas de Michael, lo cual, naturalmente, significa una exhumación...

Jessie habló entonces sin volver la cabeza, con la vista fija en los platos y la pica.

—¿Qué dirías, inspector, si te dijera que tengo las huellas de los pies del niño?

—¡Cómo!

—La señora Humffrey compró uno de esos álbumes en los que se registra la alimentación, el crecimiento de los dientes, etcétera, y tiene un lugar para poner las huellas de los pies. Yo misma las imprimí en esa página.

—¿Y lo tienes? —inquirió él, incrédulo.

—Sí. Después del funeral le pregunté a la señora Humffrey dónde quería que pusiera el libro. Se puso histérica y me dijo que lo tirase, que no quería volver a verlo. Así que me lo quedé. —Jessie añadió en tono desafiante—: El bebé era mucho más mío que de ella... Espera, te lo traeré. Lo tengo en una de mis maletas.

Corrió al dormitorio y regresó al poco con un álbum de gran tamaño y cubiertas azules.

—El único dato que pudimos poner fue la fecha de nacimiento... —Jessie exhaló un grito ahogado—: ¡La fecha de nacimiento!

—Esto va a ser coser y cantar —dijo él, riendo—. Con estas huellas y la fecha de nacimiento, es sólo cuestión de localizar el hospital. Aquella mañana, Finner acudió a la cita para entregar el bebé en Pelham, por lo que es probable que lo hubiera recogido en un hospital de Nueva York. Mañana sacaré unas fotocopias de estas huellas y... ¿Qué te ocurre, Jessie?

Ella miraba con ojos vidriosos las diminutas huellas negras.

—No es nada, Richard —replicó. Desvió la vista y buscó un pañuelo en el bolsillo de su bata.

Él empezó a tocarla, pero titubeó y retiró la mano.

—Es un asunto brutal, Jessie...

—Era tan pequeño —sollozó ella—. Aquel cuerpo perfecto... los pies... Solía besarle los dedos mientras le tarareaba una canción y él se dormía... —Se sonó ruidosamente—. Lo siento. Últimamente no sé qué me ocurre.

—Eres una mujer —musitó él—. Quizá no habías tenido tiempo de descubrirlo hasta ahora, Jessie.

Ella siguió desviando la vista.

—¿Qué voy a hacer, Richard?

—Lo primero, reconocer el lío en que estás metida.

—¿Qué lío? —Se volvió bruscamente.

—De haber sabido que tenías este álbum en tu poder, no te habría dejado intervenir en el caso. Es peligroso tenerlo. A Finner le asesinaron porque era un eslabón en la cadena que conducía a la madre de Michael. Este álbum, con sus huellas, es otro de esos eslabones. ¿Quién sabe que lo tienes?

Jessie se dejó caer en un sillón.

—Quizá Sarah Humffrey, y es probable que ni siquiera ella lo sepa. Tal vez crea que lo destruí.

Queen frunció el ceño.

—Puede que el asesino crea lo mismo, o no sepa que existe este documento. Sea como fuere, Jessie, vas a tener que cuidar de ti misma. De hecho, cuanto más pienso en ello, menos me gusta la idea de que vivas sola en este piso. Desearía...

—¿Qué?

—En fin, de todos modos puedo ser tú guardaespaldas durante el día. —Le sonrió—. ¿Qué te gustaría hacer hoy?

El lunes por la tarde, antes de que se dispusieran a iniciar sus pesquisas, provistos de las fotocopias, Richard Queen comentó:

—Va a ser un trabajo largo y duro Jessie. Sólo en Manhattan y el Bronx debe de haber setenta y cinco u ochenta hospitales, por no mencionar Brooklyn, Queens, State Island, Westchester, Long Island y la zona más próxima de Jersey.

—¿Por qué no empezamos por los hospitales maternos? —sugirió Jessie—. Esos serían los lugares lógicos.

—Razón por la que Finner los habría evitado, de la misma manera que no habría recurrido a inclusas o asilos de madres solteras. No, creo que su idea sería otra: un gran hospital general ofrecería a sus yeguas una mejor oportunidad de parir y pasar desapercibidas en medio del tráfico. Empecemos por esos centros.

—Muy bien. ¿Qué te parece si hacemos un lista y dividimos el trabajo? Así ahorraríamos la mitad del tiempo.

—No voy a perderte de vista —dijo él con firmeza—. Además, dudo de que tuvieras acceso a los archivos del hospital, incluso en aquéllos donde te conocen. En cambio mi placa policial es un buen visado de entrada.

El miércoles por la tarde, tercer día de su investigación, salían de un hospital de la calle 80 Este cuando Jessie dijo:

—¿Qué ocurre, Richard? Has actuado de una manera extraña durante todo el día. Tú mismo dijiste que iba a ser una larga búsqueda.

Él la cogió del brazo para cruzar la calle hacia su cupé.

—No creía que se me notara —dijo secamente.

—No puedes engañarme. Cuando hay algo que te preocupa, te pones tenso y no abres la boca. ¿Qué pasa?

—Observa... por el retrovisor.

Queen puso en marcha el Dodge y se internó en el tráfico, en dirección norte. Jessie se deslizó hacia él y miró por el retrovisor. Al pasar ante una esquina, un sedán Chrysler negro que necesitaba un buen lavado partió de la calle lateral y giró tras ellos. Permaneció un momento detrás del Dodge y Jessie se fijó en el rostro del conductor, todo mandíbula y pómulos angulosos, duro y cetrino. El hombre iba solo.

Entonces el Chrysler se rezagó, otros coches se interpusieron y Jessie lo perdió de vista. Pero cuando el inspector giró hacia el oeste, a unas manzanas al norte del hospital, Jessie vio que el hombre de rostro cetrino giraba en la misma dirección.

—Nos están siguiendo —dijo. Notaba la boca pastosa a causa de la ansiedad.

—Así es. Ha estado todo el día pisándonos los talones.

—¿Será de la policía secreta?

—Los miembros de la policía secreta suelen trabajar en parejas.

—¿Entonces quién es?

—Un insignificante detective privado que se llama George Weirhauser. Su despacho es un tugurio infecto cerca de Times Square. Se ocupa principalmente de buscar pruebas para casos de divorcio. Tiene bastante mala fama... Se ha ocupado de muchos asuntos turbios... pero siempre ha logrado salir indemne pese a la suciedad de sus manejos. Por lo menos se las ha ingeniado para conservar su licencia.

—Pero ¿por qué nos vigila?

—No lo sé —dijo Richard Queen con semblante sombrío—. En fin, ya no hay manera de evitar que no vea lo que ha visto. Un seguimiento puede actuar en dos direcciones... Él nos vigila y nosotros le vigilamos a él. Tal vez nos sirva de algo.

—Por su aspecto parece muy duro.

—Eso no es más que el equipo para ejercer su oficio —dijo despectivamente Queen—. Es todo fachada, Jessie. No te preocupes por él.

Weirhauser les siguió hasta las diez, cuando aparcaron el coche de Jessie en el garaje de la calle 70, donde ella había contratado un pupillage por un mes. Caminaron por la calle 71 y cuando se detuvieron ante el viejo edificio de Gloria Sardella, el Chrysler pasó

por su lado, aceleró y no regresó.

—Gracias a Dios —dijo Jessie—. Me ponía nerviosa. ¿Vas a subir, Richard? Prepararé café.

—No, tienes que acostarte, Jessie.

—Estoy un poco cansada —confesó ella— y eres un cielo por haberte dado cuenta... ¡Richard! —exclamó, apretándole el brazo.

—¿Qué?

—¡Hay otro!

—¿Otro qué, Jessie? —Parecía calmado.

—¡Otro hombre siguiéndonos! Me di cuenta de que merodeaba cerca del garaje cuando dejamos el coche. ¡Y ahora está al otro lado de la calle, en un portal!

—Desde luego, no has seguido tu verdadera vocación —comentó él.

—Richard, ¿qué haces...?

La había cogido del codo y se dirigía hacia el portal que ella había mencionado. El hombre que les había estado vigilando se internó en la oscuridad del vestíbulo. Para consternación de Jessie, Richard Queen fue directamente hacia él.

—Averguénzate, Wes —le dijo, riendo—. Jessie, te presento a Wes Polonsky, exdetective de primer grado, especializado en automóviles, falsificaciones y rateros, jubilado.

—Dios mío —dijo Jessie—. ¿Cómo está usted, señor Polonsky?

—Me alegro de conocerla, señorita Sherwood —dijo el hombre tímidamente—. O quizá no me alegro tanto. Sin duda estoy oxidado. —Era un viejo corpulento, con la nariz aplastada, cabello blanco y ojos azules de expresión inocente. Daba la impresión de que en otro tiempo había sido fuerte, pero tenía el pecho hundido y Jessie observó que sus manos hinchadas temblaban al encender un cigarrillo—. ¿Va a despedirme, inspector? Ésta es la primera reclamación que tengo en ocho años.

—No seas tonto. Esta mujer tiene ojos en la nuca. —Había un dejo de orgullo en estas palabras—. Wes, hoy nos han seguido.

—He visto un Chrysler negro que pasaba por su lado —dijo Polonsky—, pero no he podido ver bien al conductor.

—Anoche no pasó por aquí, ¿verdad?

—No, por lo menos no lo hizo en ese coche.

—Es George Weirhauser.

—Ese tipejo. —Polonsky emitió un sonido de repugnancia—. ¿Quiere que lo espante si se presenta de nuevo?

—No, déjalo en paz, pero que no se acerque a la señorita Sherwood.

—De acuerdo, inspector.

—¿Pero qué es todo esto? —preguntó Jessie—. ¡No comprendo, Richard!

—No te enfades, Jessie —dijo él conciliadoramente—. El domingo por la noche, cuando me dirigía a casa tras salir de la tuya, tropecé con Wes, que vive en este barrio, y... bueno, Wes me dijo que estaba cansado de permanecer ocioso...

—Me gustaría trabajar —terció Wes en tono de disculpa—, pero un hombre de mi edad no puede encontrar nada.

—Así que una cosa lleva a otra y Wes me rogó que le empleara en algo.

—Y así es como el señor Polonsky llegó a ser mi ángel custodio, ¿verdad?

—Desde el domingo por la noche —dijo el exdetective, sonriente.

—Se trata de protegerte por la noche, Jessie, cuando no estoy contigo.

—Es usted muy amable, señor Polonsky —dijo Jessie en voz baja.

—Es un placer, señorita.

Aquella noche Jessie durmió profundamente.

El séptimo día de su indagación, dieron con la pista correcta.

Era uno de los grandes hospitales generales del centro de la ciudad, en el West Side. El viejo estaba revisando un archivador de huellas de bebés cuando Jessie observó que se ponía tenso. El inspector apartó la lupa de la ficha hospitalaria que estaba estudiando, examinó la fotocopia varias veces y volvió a mirar el original.

—Lo hemos encontrado, Jessie —musitó.

—¡No puedo creerlo! ¿Estás seguro?

—Totalmente.

El nombre que identificaba el juego de huellas del pie era «Bebé Exeter».

—Veamos qué datos hay de la madre.

Queen regresó poco después con unas notas garabateadas, y los dos se sentaron en un sofá de la sala de espera.

—La madre se llama Willis P. Exeter, de soltera Lois Ann Edwards. Nombres falsos, naturalmente. Dirección... Este número de la calle 55 Este es engañoso, Jessie. Corresponde a un pequeño hotel residencial. Supongo que Finner alquiló una habitación ahí, a nombre de Willis P. Exeter... Probablemente tenía una serie de habitaciones esparcidas por la ciudad bajo nombres distintos, y se limitaba a asignar una de ellas a cada muchacha que utilizaba, a la que convertía en «señora», a fines de registro hospitalario.

De acuerdo con sus notas, la «señora Willis P. Exeter» tenía 24 años de edad, era de raza blanca, con el cabello rubio y ojos de color avellana. Ingresó en el hospital el 26 de mayo a las

9:18

de la mañana, el bebé nació el 27 de mayo a las

3:56

de la tarde, y madre e hijo fueron dados de alta el 3 de junio a las

10:15

de la mañana. La mujer había ocupado una habitación semiprivada en el ala de maternidad.

—Quisiera saber si el médico estaba al corriente del asunto —dijo Jessie en tono amenazante—. ¿Cómo se llama?

El viejo meneó la cabeza.

—Finner trabajaba con doctores legítimos, los cuales ignoraban por completo su existencia. Fíjate: envió la chica a este doctor durante su embarazo, bajo el nombre de señora Willis P. Exeter, provista de unos antecedentes falsos, y el médico se encargó de ella con toda la buena fe. Lo único que Finner tenía que hacer era buscar un médico distinto para cada muchacha, y así no corría riesgo alguno. No, esto no nos dice nada. —Miró a Jessie con los ojos entrecerrados—. ¿Has trabajado alguna vez en este hospital?

—Sí.

—Entonces probablemente conocerás a las enfermeras de la planta de Maternidad.

—A algunas de ellas.

—¿Por qué no subes a echar un vistazo? Tal vez encuentres a alguna que recuerde a esta muchacha. Sólo han pasado tres meses.

—¿Qué excusa puedo dar?

—Estás ayudando a un abogado que busca a la señora Exeter. Ha heredado y el abogado no puede localizarla. —Añadió, sonriente—: Eso nunca falla.

Cuando Jessie regresó de su gestión, le brillaban los ojos.

—Genevieve Fuller. Nos veremos en la cafetería dentro de diez minutos.

—Desde luego que recuerdo a la señora Exeter, señor Queen —dijo la enfermera Fuller. La amiga de Jessie era una mujer menuda y vivaracha, de cabello gris y ojos inquisitivos—. Durante toda su estancia en el hospital estuvo muy triste. Apenas decía palabra. La otra paciente de su habitación creía que era tonta, pero yo sabía que aquella chica tenía algo especial. Era guapa, de rasgos un tanto duros. Tuvo un bebé precioso, un varón.

Jessie tomó un sorbo de café.

—¿Le habló alguna vez de ella, señorita Fuller? —preguntó Richard Queen.

—No, y no le apremié para que hablara. Sabía que había ocurrido alguna tragedia en su vida. ¿Sabe que su marido no vino ni una sola vez a visitarla?

—¿De veras?

—¡Hay cada hombre...! Cuando sufría los dolores del parto, entré a verla y ella me cogió la mano y se echó a llorar, tan contenta estaba de ver un rostro afectuoso. Nadie vino a verla, ni padres, ni hermanos, ni amigos... No puedo imaginar qué clase de familia tiene. Deben de ser animales.

—¿Nunca dijo nada que pudiera darnos una pista de su paradero actual, señorita Fuller?

—No. —La enfermera miró a su alrededor y bajó el tono de voz —: ¡Pero tengo la certeza casi absoluta de que Exeter no era su nombre verdadero!

—¿Cree usted? —dijo el inspector Queen—. Bueno, bien mirado, esa podría ser una explicación. ¿Por qué lo cree así?

—Porque desde la primera vez que la vi supe que la había visto antes en otra parte, pero no podía situarla. Entonces, una mañana, se descubrió.

—¿Cómo? —exclamó Jessie.

—Oh, no dejé traslucir que eso tenía algún significado para mí. Me limité a comentar espontáneamente que tenía una voz muy bonita. Ya sabes.

—¡No sé nada, Gen! ¿Qué tiene que ver su voz con esto?

Genevieve Fuller miró de nuevo a su alrededor.

—Una mañana... un día antes de que le dieran el alta... me encontraba delante de su habitación cuando oí que alguien cantaba con una voz baja, dulce, atractiva. La verdad es que me intrigó. Me asomé a la habitación y vi que era aquella chica, la Exeter. Su cama estaba rodeada por el biombo y le habían llevado el bebé para que lo amamantara... Esa es otra cosa que me gustó de ella, una muchacha con una ocupación como la suya que insistía en dar el pecho a su hijo, no como algunos de los pendejos que pasan por aquí y que están todo el día de cotilleo y luciendo sus pieles de visón, mientras otros preparan los biberones de sus hijos. Parecen pensar que Dios les dio pechos sólo como adorno...

—¿Con una ocupación como la suya, señorita Fuller? ¿Qué quiere decir? —inquirió Richard Queen.

—Empezaba a decírselo. Estaba amamantando a su bebé y le cantaba. Bueno, yo no me engaño cuando se trata de voces. Ya sabes, Jessie, lo bien que conozco a los cantantes pop. Pues bien, habría reconocido aquella voz en cualquier parte. Ahí están Rosemary Clooney, Dinah Shore, Jo Stafford, Patti Page y Doris Day... Sí, son muy buenas, desde luego, y son mil veces más famosas que aquella chica, que sólo ha hecho unas pocas grabaciones, pero llegará a los primeros puestos uno de estos días, ya lo verás, será la que más venda de todas ellas, y no sólo una figura conocida por unos pocos entusiastas.

—¿Y su nombre auténtico es...?

—No estoy segura de su nombre auténtico, señor Queen. Su nombre profesional es Connie Coy. —La enfermera se retrepó en su silla, entrecerrando los ojos para percibir plenamente el efecto de su revelación. Pareció decepcionada—. En fin, supuse que estaba allí de incógnito, y no quise decir nada, para evitarle cualquier apuro. Además, como digo, sabía que tenía algún problema. Pero juraría sobre un montón de Biblias que era Connie Coy, la cantante de *cabaret*. ¡Y dice usted que ha heredado una fortuna! Creo que eso es maravilloso. Dios la bendiga. Demasiadas personas con verdadero

talento se marchitan en la atmósfera del desierto, sin que nadie las descubra. Cuando la encuentre, señor Queen, ¿querrá decirle que soy su más ferviente admiradora? ¡Y qué preciosidad de niño tiene!...

Genevieve Fuller se marchó y Richard Queen se volvió hacia Jessie.

—Connie Coy. ¿Has oído alguna vez ese nombre, Jessie?

—No he pisado un *cabaret* desde el 18 de diciembre de 1943. No, Richard.

Pero él ignoró su humorada.

—Si no fuera domingo, podría conseguir su dirección por distintos caminos, pero tendremos que esperar a mañana.

—Conozco una forma de conseguirla —murmuró Jessie.

—¿Cuál?

—Mirando el listín telefónico.

Él se la quedó mirando.

—A veces, Jessie —dijo en tono solemne— me pregunto qué he podido hacer sin ti. ¡Discúlpame un momento!

Cuando regresó llevaba en la mano un trozo de papel.

—Es en la calle 88, cerca de la avenida West End —dijo exultante—. ¡Después de usted, comisaria!

—Todavía no hay señal del señor Weirhauser —observó Jessie cuando el inspector Queen puso en marcha el coche. No habían visto el Chrysler negro en todo el día.

—Es curioso —musitó él.

—Tal vez no trabaja los domingos, o le han retirado el encargo.

El viejo no dijo nada, pero no dejó de mirar por el retrovisor durante todo el trayecto.

La casa era de principios de siglo, con muchos adornos de piedra y balcones falsos, agrietada y sucia por la polución, con toldos descoloridos cuyas rayas no se notaban, puertas de hierro roñoso y una acera sobre la que habían dibujado con tiza las casillas de un juego de rayuela. Todo el edificio se agazapaba, como si estuviera avergonzado.

En el vestíbulo flotaban intensos olores de comida. Ante una centralita telefónica, sentado en un taburete de tres patas y leyendo

un tebeo, había un joven delgado y de rostro granujiento que vestía un uniforme demasiado grande para él.

—¿Por quién preguntan? —inquirió el muchacho, sin alzar la vista.

—La señorita Connie Coy.

—No está en casa.

—¿Cuándo cree que volverá?

—No lo sé.

—Mira, el letrero de esa puerta dice portería —indicó Jessie.

El viejo emitió un gruñido. Se acercaron a la puerta y llamó al timbre.

Un hombre fornido, en camiseta y con una servilleta de papel verde fijada al cuello, abrió la puerta.

—¿Qué quieren?

—Estoy buscando información sobre una de sus inquilinas, la señorita Connie Coy.

—No puedo dar información sobre mis inquilinos. —El hombre empezó a cerrar la puerta, pero ésta oponía resistencia. Bajó la vista fríamente—. Quite el pie de ahí. ¿Quiere que llame a un policía?

La placa dorada brilló un instante en la palma del inspector Queen.

—Vaya plancha —el portero sonrió—. Entre usted.

—Podemos hablar aquí. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Joseph N. McKeown.

—¿Sabe usted dónde se encuentra la señorita Coy?

—Está fuera de la ciudad. Se fue un viernes, hace tres semanas. En principio iba a estar fuera una semana, pero no regresó, por lo que supongo que la retienen allí.

—Ah, ¿se trata de un compromiso profesional?

—Sí, trabaja en un club nocturno. Es cantante, ¿sabe? —McKeown miró de soslayo a Jessie.

—Entonces podría regresar cualquier día de estos, ¿no?

—Yo diría que sí.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Siete u ocho meses.

—¿Dónde trabaja?

—En Chicago. —McKeown echó un vistazo al muchacho de la centralita y bajó la voz—. ¿Qué ha hecho, jefe?

—Nada. Es probable que haya de actuar como testigo de un caso.

—Me alegra saberlo —dijo el portero—. Es una chica simpática y tranquila. Lástima lo de su marido.

—Ah, ¿está casada? —dijo el inspector.

—Con un militar, que está en Corea, y que no llegó a ver a su hijo. Sigue todavía allí. —McKeown parecía compungido—. Es duro dejar a tu mujer embarazada y tener que partir de inmediato. Entonces ella tiene el hijo sola y lo pierde en el parto. Volvió destrozada del hospital.

—Ya veo —dijo Richard Queen—. ¿Sabe en qué hospital lo tuvo?

—En algún hospital del Ejército, allá en Jersey. Se le empezaba a notar la barriga cuando se mudó aquí. Pobre.

—Desde luego, ha sido una desgracia —murmuró Jessie.

—¿Utiliza su nombre de casada en este edificio?

—Sí. Señora de Arthur Dimmesdale.

—¿Quiere deletreármelo, por favor? —Sacó del bolsillo un bolígrafo y un sobre arrugado con matasellos italiano, McKeown deletreó el nombre y el inspector lo anotó en el dorso del sobre.

Arthur Dimmesdale... Jessie se preguntó dónde había oído ese nombre.

—Entonces, dado que la señorita Coy... la señora Dimmesdale... no se mudó aquí hasta después de que su marido embarcara hacia Corea, ¿debo entender que usted nunca ha visto a ese hombre?

—Así es.

—¿Tiene alguna idea de su clase de servicio o su rango?

—Creo que ella dijo que era subteniente.

El viejo tomó nota.

—Un par de preguntas más, señor McKeown, y le dejaré en paz. ¿Qué número tiene el apartamento de la señorita Coy?

—El

5-C

, en el último piso.

—Apartamento C, quinto piso. ¿Vive sola?

—Completamente, jefe.

—¿Nunca se queda nadie a dormir?

McKeown sonrió.

—Aquí no controlamos a la gente. Esa chica no arma ningún escándalo, y eso es lo único importante para mí.

—No le diga nada de esto a la señorita Coy cuando regrese, McKeown.

—Descuide, jefe.

Mientras caminaban hacia Broadway, Jessie dijo:

—Pero ¿adónde vamos, Richard? ¿Por qué no hemos cogido el coche?

—Tienes que cenar, Jessie. Hay un restaurante agradable en el cruce de Broadway y la calle 87...

—Ése no es el motivo. ¿Cuál es?

—No puedo ocultarte nada, ¿verdad? Estábamos equivocados con respecto a Weirhauser. Le vi dentro de un coche aparcado cuando salíamos de la casa. Intentó ocultarse detrás de un periódico, pero pude verle.

—No lo entiendo —exclamó Jessie—. Me he pasado el día entero vigilando por si veía ese Chrysler.

—También yo, y por eso mismo no lo hemos visto. No te vuelvas, Jessie, está a punto de entrar en la casa. —La cogió del brazo y doblaron la esquina para internarse en Broadway—. Hoy ha hecho una buena jugada: se ha desembarazado del viejo Chrysler y nos ha seguido en un Ford nuevo.

—Muy inteligente. —Jessie se esforzó por tomarlo con sentido del humor—. O sea, que ahora mismo se está enterando de que hemos preguntado por Connie Coy. Si McKeown no se lo dice, se lo dirá ese chico granujiento.

—Lo más importante es que sabe que la hemos encontrado, y esta noche quienquiera que le pague por vigilarnos lo sabrá también.

Cuando entraron en el restaurante, el inspector tenía una expresión preocupada.

—¿Qué vamos a hacer, Richard?

Él le apretó el brazo.

—Por el momento, vamos a cenar.

Se sentaron a una mesa donde podían controlar la puerta de entrada, pero el detective privado no se presentó.

—¿Crees que está de veras casada? —preguntó Jessie cuando tomaban la sopa.

Queen se encogió de hombros.

—Tal vez por eso tuvo el bebé bajo el nombre de Exeter, Richard, y le dijo al portero que había dado a luz en un hospital de Nueva Jersey, cuando realmente lo hizo en Nueva York. Si está casada y su marido no fue el padre de la criatura...

—De no haber estado casada también habría usado un nombre falso en el hospital. Mañana, a primera hora, llamaré a Washington para informarme sobre ese teniente Arthur Dimmesdale. —Se interrumpió hasta que el camarero retiró los platos—. Desde cualquier ángulo que lo mires llegamos a la misma conclusión. Si Connie está casada, Dimmesdale no es el padre. Si es una madre soltera e inventó a Dimmesdale para justificarse en la casa donde viven, tenemos que seguir buscando al hombre que la dejó embarazada.

—Y al otro hombre —dijo Jessie sombríamente.

—¿Qué hombre?

—El que contrató a ese detective privado para que nos siguiera. Queen extendió mantequilla sobre una rebanada de pan.

—Uno y otro podrían ser el mismo hombre.

Jessie no había pensado en esa posibilidad.

—Claro, quizá sea así, o bien... ¡Richard! ¿No crees que el cliente de Weirhauser podría ser Arthur Dimmesdale?

—¿Desde Corea?

—No sonrías así. Imagina que el marido existe y sabe que no ha dejado embarazada a su mujer. Entonces algún «amigo» fisgón le escribe a Corea diciéndole que Connie va a tener, o ha tenido, un bebé. El hombre se enfurece y se ausenta sin permiso oficial o consigue un permiso de alguna manera... En fin, que regresa a Estados Unidos. Primero averigua que el bebé está en casa de los Humffrey y lo asesina...

—En ese caso sería un psicótico, Jessie. ¿Y qué me dices del asesinato de Finner?

—Cuando asesinaron a Michael, Finner pudo haber imaginado que el criminal era el marido, husmeó un poco y se cercioró. Entonces quizá trató de chantajear a Dimmesdale...

El inspector mostró su rechazo a esta argumentación, negando con la cabeza.

—Por la reacción de Finner, estoy bastante seguro de que no

tenía idea de que el bebé fue asesinado. Espera... Muy bien, camarero. Sí, así es exactamente como me gusta. Jessie, prueba este rosbif y dime qué te parece.

Al salir del restaurante no vieron a George Weirhauser por ninguna parte. Regresaron a la calle 88, donde habían aparcado el cupé de Jessie. Richard Queen se frotó la mandíbula.

—Se ha ido.

Tampoco había rastro del Ford nuevo de Weirhauser.

—Es un alivio, ¿no? —dijo Jessie.

—¿Tú crees? Su ausencia significa probablemente que su cliente está enterado ahora mismo de que hemos localizado a Connie.

Aquella noche, cuando Queen salió del piso de Jessie, recorrió a pie un trecho de la calle y, de improviso, abrió la portezuela de un Studebaker azul aparcado junto al bordillo y subió al interior.

—Buenas noches, inspector —le saludó Polonsky.

—Dime, Wes, ¿has visto esta noche un Ford de color gris y salmón?

El exdetective pareció preocupado.

—Pero Weirhauser conduce un Chrysler negro, ¿no es cierto?

—Hoy ha cambiado de coche.

Polonsky soltó una maldición.

—Alguien le ha enseñado su oficio a ese tipejo. Quizá lo haya visto pasar, inspector, pero no lo recuerdo, porque no me fijaba en los Fords.

—Tampoco yo. —El inspector se acarició el bigote—. Oye, Wes, ¿qué le ocurrió a Pete Whatzis? Ya sabes, el Pete con quien formabas equipo.

—¿Pete Angelo? Su esposa murió dos años después de su jubilación. Al marido de su hija casada lo trasladaron a Cincinnati, la hija menor está en una universidad y su hijo tiene un cargo en la Armada. Pete trabajó durante algún tiempo para una agencia de seguridad, hasta que lo dejó. —Polonsky emitió un suspiro—. Por lo menos dice a todo el mundo que lo dejó. En realidad le despidieron por su edad. ¡La edad! Pete Angelo todavía era capaz de echar el guante a toda una pandilla de chorizos sin ayuda de nadie.

—¿Ves alguna vez a Angelo?

—Con frecuencia. Vive aquí, en el West Side. Nos encontramos en la cafetería, tomamos cuatro tazas de café cada uno y hablamos

de lo buenos que fuimos en otros tiempos.

—¿Entonces Angelo no hace nada?

—Va convirtiéndose en un carcamal, como todos nosotros.

—¿Crees que Pete estaría dispuesto a colaborar conmigo?

—Si se lo propone, inspector, le echará los brazos al cuello y le besaré todos los pelos del bigote.

—¿Sabes si hay algún otro policía retirado que podría estar dispuesto a formar equipo con Angelo? Los necesitaría a los dos de inmediato.

El exdetective reflexionó un momento y luego dio una palmada al volante.

—¡Murph! Le vi casualmente la semana pasada. ¿No se acuerda del sargento Al Murphy, inspector? Trabajaba como patrullero en el distrito 16. Murph se retiró en junio pasado, y me dijo que aún no sabía en qué emplear el tiempo. Estaba muy nervioso.

—¿Se te ocurre alguien más, Wes? Quisiera formar dos equipos, uno para el turno de noche y otro para el diurno.

—Seguro que Pete o Murph pueden conseguir un par de compañeros. ¿Para cuándo los quiere?

—Para esta misma noche, si es posible.

Polonsky bajó de su Studebaker.

—Quédese aquí un momento, inspector. Volveré en seguida.

Cuando volvió a sentarse al volante, Polonsky sonreía.

—Pete Angelo y Al Murphy le esperan en la cafetería de la calle 72 dentro de un cuarto de hora. Pete dice que no se preocupe, que puede conseguirle diez equipos, y que su problema será despachar a los que no necesite.

Richard Queen permaneció sentado en silencio. Luego apretó el brazo de Polonsky y bajó del coche. Wes contempló al viejo que se alejaba por la acera hacia Broadway. Andaba con el vigor y la ligereza de un hombre joven.

El lunes por la mañana Richard Queen telefoneó a Jessie y le dijo que había iniciado sus averiguaciones sobre el teniente Dimmesdale, aprovechando un contacto suyo en el Pentágono, y que tendría que estar en casa todo el día, por si le llamaban.

—¿Qué planes tienes, Jessie? —le preguntó inquieto—. No podré protegerte durante el día.

—No te preocupes por mí. He de lavar ropa y hacer algunas

otras cosas. También he pensado coger un taxi, ir a tu pocilguita de soltero y hacer la limpieza a fondo que te prometí. Es decir, si no te importa que vaya.

—¿Importarme? —dijo él en tono ferviente—. Me sentiría muy abatido aquí soló. ¡Pero ten cuidado por el camino, Jessie!

Jessie llegó algo después del mediodía. Al tocar el timbre, él gritó que el cerrojo estaba descorrido. Le encontró en el despacho de Ellery, hablando por teléfono. El inspector le hizo una seña para que entrara.

—¿Por qué no me dijiste que había estado aquí la señora Fabrikant? ¿O acaso esto es obra tuya?

Él sonrió y siguió hablando por teléfono.

—Claro que todavía queda mucho por hacer —rezongó Jessie.

Colgó el abrigo y el sombrero en el perchero del vestíbulo, fue al baño, se cambió, poniéndose una bata de estar por casa, y se dispuso a emprender la tarea. Pero cuando pasó a la sala de estar, vio la mesa puesta para dos, con brillantes cubiertos de plata y servilletas de papel. Había decorado artísticamente una gran fuente con un surtido de fiambres, huevos rellenos sazonados, ensalada de patatas, perejil y rodajas de tomate, y el aroma que procedía de la cocina indicó a Jessie que la cafetera estaba en funcionamiento.

Jessie apagó el fogón.

Mientras comían, Queen le informó de que había dispuesto que vigilaran el piso de Connie Coy durante las veinticuatro horas del día.

—¿Pero quién vigila? —preguntó Jessie, asombrada.

—Cuatro policías retirados. A dos de ellos, Al Murphy y Pete Angelo, los contraté anoche. Esta mañana Pete me ha conseguido a Hughie Giffin, y acabo de hablar con el exteniente de Homicidios Johnny Kripps. Así pues, tenemos a Murphy y Angelo para el turno de día, mientras que Giffin y Kripps trabajarán desde que oscurezca hasta el amanecer. No podrías encontrar en todo el país cuatro policías mejores.

—¿Entonces Connie ha vuelto?

—No, y esa es una de las razones por las que quiero vigilar el edificio. Así la localizaremos en cuanto llegue a casa.

Después de comer, cuando Jessie salió del baño, vestida con una bata y un pañuelo anudado a la cabeza, encontró a Queen fregando

los platos.

—Déjalo, Richard, yo lo haré.

—Sigue con lo tuyo —dijo él, y añadió—: Limpiar la vajilla se me da de maravilla.

Pero luego siguió a Jessie de un lado a otro, impidiéndole concentrarse en el trabajo doméstico.

—¿Es que no tienes nada que hacer? —Estaba limpiando las ventanas de la sala de estar, y sospechaba que tenía la nariz manchada—. ¡Por favor!

—Telefonaré a Abe Pearl —se apresuró a decir Queen—. Hace rato que tenía intención de hacerlo.

—¿Vas a hablarle de la muerte de Finner y su relación con el bebé?

—Eso ya se lo dije la semana pasada.

—No me lo dijiste. ¿Y qué le pareció?

—No puedo repetirlo.

—Entonces el jefe Pearl ya no está tan seguro de mis ilusiones ópticas —observó ella.

—Me temo que Abe ya no está seguro de nada.

Entró en el despacho y llamó al jefe de policía de Taugus.

—¿Abe? Soy Dick Queen.

—¡Dick! —rugió Abe Pearl—. Espera un momento —le oyó decir Queen—. Borchers, cierra esa puerta, ¿quieres? —Se oyó un portazo—. Bueno, Dick...

—Creía que me llamarías la semana pasada.

—Ya. Oye, he llamado a ese maldito número tuyo por lo menos dos docenas de veces. ¿Es que nunca estás en casa? ¿Qué ocurre, Dick? ¿Estás de luna de miel... o algo por el estilo... con la señorita Sherwood?

—No te hagas el gracioso —dijo el viejo ásperamente.

—Bueno, bueno, pero me has atado las manos, no me atrevo a buscar información en la calle Centre... Me paso el día aquí inmóvil como una estaca. ¡Vamos, Dick, dame alguna noticia!

Queen le contó la suerte que habían tenido al dar con la madre del bebé muerto.

—Ahora estoy esperando que la chica regrese a casa, Abe. Entretanto intento saber algo de ese supuesto marido suyo, Dimmesdale. ¿Qué has descubierto tú sobre los Humffrey? ¿Cómo

está la señora?

—No hay manera de poner las cosas en claro. Ese Duane es más reservado que el FBI. Incluso he pedido a un amigo mío, un doctor de New Haven que ha enviado pacientes al sanatorio de Duane y le conoce bien que me eche una mano para averiguar algo, pero lo único que hemos descubierto es que llamaron a un especialista importante para que tratara a la señora Humffrey.

—¿Y qué me dices de Alton Humffrey, Abe? ¿Cuándo regresó de ese misterioso viaje?

—El domingo pasado, por la noche. Debieron de informarle que el doctor Duane le buscaba frenéticamente, porque tengo entendido que dio media vuelta y se dirigió a New Haven. Volvió el lunes por la mañana.

—Eso fue el lunes pasado, el veintidós, ¿no?

—Sí. Al día siguiente, el miércoles, cerró la casa en la isla de Nair y regresó definitivamente a Nueva York. Sólo se quedó en la finca Stallings, el jardinero.

Richard Queen se quedó un momento callado.

—Abe —dijo al fin—. ¿Pudiste averiguar dónde estuvo Humffrey durante estos dos días?

—Pues no. ¿A qué diablos viene todo esto, Dick? No entiendo nada.

El viejo rió entre dientes.

—Lo sabrás a su debido tiempo —respondió, pero cuando colgó el teléfono parecía preocupado.

A las

4:12

de la tarde sonó el teléfono. Era una telefonista que anunciaba conferencia desde Washington.

—Esta es la llamada que esperaba, Jessie —gritó—. ¿Dígame?

La conferencia duró dos minutos.

—Según el Pentágono, no existe ningún Arthur Dimmesdale, ni oficial, ni miembro de las fuerzas armadas sin rango oficial, ni recluta, ni siquiera empleado civil... No figura en las nóminas del Ejército de Estados Unidos, ni en Corea ni en ninguna otra parte.

—Entonces se lo inventó —dijo Jessie lentamente—. Pobre muchacha.

—¡Ojalá tu pobre chica se presentara! —dijo él bruscamente—.

¡Ojalá diéramos con algún indicio seguro!

Esto último ocurrió por fin. A las

4:25

sonó el timbre de la puerta y, al abrir, Queen se encontró ante su viejo amigo, el inspector Thomas F. Mackey, subjefe encargado de la zona Este de Manhattan, el cual le miró fijamente con sus ojos azules y penetrantes.

Si la mirada del inspector Mackey no era afable, su tono y sus ademanes no podían ser más corteses. Comentó que había transcurrido mucho tiempo desde su última visita a la calle 87, preguntó por Ellery, felicitó a su viejo amigo por el gusto que tenía en la elección de señoras de la limpieza (Jessie, que tras una mirada de su compañero, llevó la fregona y demás utensilios de limpieza al despacho, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal), y no fue al grano hasta que Queen le ofreció una copa.

—Gracias, Dick, pero estoy de servicio —dijo el inspector Mackey, en tono titubeante.

El viejo sonrió.

—Actuaré discretamente, Tom.

—No seas tonto. Mira, Dick, tú y yo podemos hablar francamente. Respecto al asesinato de Finner, no sabemos absolutamente nada. Hemos seguido centenares de pistas, la mayoría de ellas a partir de sus archivos. No hemos podido conseguir información de sus aventuras nocturnas. Aquí hay algo raro. No ha cantado ni un solo soplón. Es un caso que debería haberse difundido en cuarenta y ocho horas, pero no importa adonde nos dirijamos, tropezamos siempre con una pared infranqueable. Dime, Dick, ¿estás seguro de que nos contaste todo lo que sabías hace una semana?

El inspector Queen enrojeció.

—Me extraña que me hagas semejante pregunta, Tom.

También su amigo se ruborizó.

—Lo sé. Durante toda la semana he estado pensando en si sería acertado o no venir aquí, pero he de serte sincero, no puedo evitar la curiosa sensación de que nos has ocultado algo. —Era indudable que el hombre se sentía muy mal, pero su mirada era inflexible—.

¿Lo hiciste, Dick?

—¡No voy a responder a eso, Tom!

Se miraron mutuamente. Por un momento el viejo pensó que su tono equívoco no había tenido éxito, pero el inspector subjefe Mackey interpretó mal la emoción en la voz de su amigo.

—No te culpo. Es impropio preguntar una cosa así a un hombre que ha dado la mejor parte de su vida a la policía de Nueva York. Olvida que te lo he preguntado, Dick. Y ahora, antes de marcharme, ¡creo que voy a tomar esa copa!

Cuando el inspector Mackey se marchó, Jessie salió del despacho. Se acercó a Richard Queen, que se había dejado caer en su sillón, y le puso la mano en el hombro.

—No podías hacer otra cosa, Richard.

—Jessie, me siento como un canalla. —Alzó la mano y apretó la de ella—. Sin embargo, no puedo permitir que el Departamento se haga cargo de esto, porque en cuanto les dijera lo que sé, quedaría al margen, y éste es nuestro caso, Jessie, tuyo y mío. No quiero que intervenga en él nadie más...

—Sí, Richard... —murmuró ella.

Habían cenado y estaban viendo la televisión en la sala de estar cuando el teléfono sonó de nuevo. Jessie respondió y consultó su reloj mientras el viejo entraba apresuradamente en el despacho. Eran casi las ocho y media.

—¿Inspector? Soy Johnny Kripps.

—Johnny. ¿Se presentó Giffin para sustituir contigo a Angelo y Murphy?

—En estos momentos Hughie está vigilando la casa. Le llamo desde un *drugstore* de Broadway. La chica ha regresado, inspector.

—Ah —dijo el viejo—. ¿Estás seguro de que es nuestra chica, Johnny?

—Llegó en un taxi cargado de equipaje hace unos diez minutos. Iba sola. En las maletas figura el nombre de Connie Coy, y Giffin oyó que el portero, que estaba en el vestíbulo, la llamaba señora Dimmesdale. ¿Qué hacemos?

Richard Queen habló despacio:

—Mantén los ojos abiertos y permanece a cubierto. Ahora mismo voy.

Se dirigieron a la casa, que estaba sólo a unas manzanas de distancia. La noche era cálida y húmeda, pero el inspector Queen caminaba rápidamente. No había rastro de George Weirhauser.

—Me pregunto por qué —dijo Jessie, jadeando. La faja la torturaba, pero habría muerto antes que pedir a Queen que andara más despacio.

—O ha concluido su trabajo o el hecho de que estemos todo el día en casa le ha engañado. —Se encogió de hombros—. No importa.

Ambos lados de la calle 88 estaban llenos de coches aparcados. Jessie no pudo imaginar cómo Queen lo había sabido, pero el inspector se detuvo de súbito cerca de uno de los coches estacionados para encender un cigarrillo, y una voz masculina desde el interior del coche le dijo:

—Todo va bien, inspector.

—¿Dónde está apostado Giffin, Johnny?

—Ahí arriba, en algún lugar de la planta. Si no quiere que le vea el portero, entre por la puerta de servicio, a ese lado del edificio. Se puede utilizar el montacargas.

—Eres clarividente, Johnny.

Kripps se echó a reír. Jessie sintió curiosidad por su aspecto.

El inspector la hizo avanzar lentamente hacia una zona en sombras, cerca de la entrada de servicio, sobre la cual había una bombilla enrejada que emitía una luz mortecina. Se detuvieron bajo aquella penumbra. Un coche pasó por su lado, y un hombre fornido, vestido con una camisa hawaiana, se dirigía hacia ellos seguido de una mujer que caminaba como si le dolieran los pies. La mujer no dejaba de refunfuñar, mientras que el hombre seguía su camino y hacía oídos sordos. Entró en el portal de la casa y la mujer le siguió.

—Ahora, Jessie.

Bajaron tres escalones que daban acceso a una especie de túnel. Estaba completamente oscuro. El inspector cogió a Jessie de la mano, mientras con la mano libre palpaba la pared interior.

—Aquí está la puerta.

Entraron en un sótano atestado de cachivaches, con olor a rancio y apenas iluminado. En el montacargas había un gran cubo de basuras.

El montacargas emprendió la ascensión entre crujidos y

chirridos. A Jessie le pareció que hacían suficiente ruido para que les oyeran en todo Broadway, pero el viejo se limitaba a mirar los pisos ante los que iban pasando.

—¿Por qué entramos de esta manera, Richard?

—No estamos en condiciones de actuar abiertamente —dijo en tono sombrío—. Lo que el portero puede ver no nos perjudicará.

El montacargas se detuvo, oscilante. El inspector abrió la puerta y salieron a un sucio corredor. Cerró la puerta del montacargas sin hacer ruido.

La planta tenía cuatro puertas, con las letras A, B, C y D. Queen se acercó a la escalera de incendios y miró por el pozo. Entonces se dirigió al tramo de escalera ascendente y echó un vistazo hacia arriba. Estaban en el piso superior. Aquel tramo conducía sin duda a la salida al terrado, pero toda la parte superior de la escalera estaba sumida en la oscuridad.

—¿Giffin?

—Aquí estoy, inspector —dijo el exdetective con cierto tono de sorpresa—. Pensé que, como Kripps cubre la calle, yo vigilaría la escalera trasera.

—Muy bien.

Se dirigió a la puerta señalada con la letra C y tocó el timbre. Era uno de los pisos que daban a la parte trasera del edificio. Jessie retuvo el aliento. Por fin iban a ver a la madre del pequeño Michael...

Se oyó el ruido de un pestillo con cadena y la puerta se abrió unos centímetros.

—¿Quién es?

Tenía una voz profunda, algo ronca. Jessie tuvo un atisbo de cabello dorado y rojo de labios.

—¿La señorita Connie Coy?

—¿Qué quiere?

Richard Queen mostró el estuche con la placa policial.

—¿Podemos pasar?

—¿La policía?

Jessie creyó percibir un leve trémolo de temor en aquella voz azucarada. Un ojo de color avellana, muy maquillado, miró en dirección a Jessie.

—¿Qué quieren de mí? —No hizo ningún ademán de abrir la

puerta.

—Por favor, señorita Coy, déjenos pasar —dijo él en voz baja—. Supongo que no querrá llamar la atención de los vecinos.

Entonces la mujer quitó la cadena y retrocedió, abriendo la puerta.

Vestida con un batín verde, Connie Coy miró alternativamente al inspector y a Jessie. Ésta vio entonces que el cabello dorado tenía raíces verdosas y que el maquillaje no ocultaba del todo unas arrugas que revelaban fatiga y amargura. Calzaba unas sandalias de color verde oscuro, y las uñas de los pies estaban pintadas de oro.

El viejo cerró la puerta y volvió a colocar la cadena.

—Lamento que nos hayamos presentado así, señorita Coy, pero no hemos podido evitarlo. Soy el inspector Queen, y ésta es la señorita Sherwood. ¿Podemos hablar?

—¿Pero a qué viene todo esto? —Ahora la muchacha estaba francamente asustada.

—¿Por qué no hablamos en su sala de estar?

Queen cruzó rápidamente la pequeña cocina y entró en una sala de considerables proporciones.

—No tema, señorita Coy —le dijo suavemente Jessie.

La muchacha la miró perpleja; luego se echó a reír y se esponjó el cabello.

—Es la primera vez que me visita la policía. ¿Usted también es agente?

—No, soy enfermera diplomada.

La señorita Coy pareció quedarse petrificada, pero se rehízo en seguida.

—Pase, por favor —le dijo, haciéndose a un lado.

Entraron en la sala. Richard Queen estaba en el dormitorio, echando una ojeada al cuarto de baño. Había varias maletas abiertas sobre la cama y en el suelo. Los vestidos de noche estaban esparcidos por doquier.

—¿Qué está buscando, inspector? —preguntó la muchacha con nerviosismo.

—Me limito a asegurarme de que estamos solos —replicó él mientras salía de la estancia, con el ceño fruncido.

Era una habitación alegre, un tanto teatral, con un mobiliario moderno e inclasificable y una tapicería de brillantes colores. Sobre

el sofá había un llamativo cobertor javanés de batik. Un piano Steinway con teclas de marfil y adornos dorados estaba junto a una de las grandes ventanas de la sala. La muchacha había abierto la ventana de par en par, dejando que entrara el aire de la noche húmeda, y Jessie pudo ver, a la luz de la luna, el tejado de un edificio al otro lado de un estrecho patio interior, a menos de seis metros de distancia. Las cortinas eran espectaculares, de terciopelo rojo. Las paredes estaban cubiertas de fotografías dedicadas, en su mayor parte de músicos de *jazz*, pero había varias reproducciones de bailarinas de Degas, un vaporoso Dufy y dos pequeños grabados japoneses de colores sutiles y aspecto antiguo. En un jarrón de cobre egipcio sobre la repisa de la chimenea falsa había una rosas rojas desmayadas, marchitas. Una estantería que ocupaba la mitad de una pared, del suelo al techo, estaba abarrotada de libros y discos. Había también un tocadiscos de alta fidelidad, un televisor y un bar minúsculo.

—Les ofrecería algo de beber —dijo Connie Coy con una sonrisa forzada—, pero acabo de regresar y no tengo nada. Tomen asiento, por favor.

Jessie se sentó en el sofá, cerca de una mesa auxiliar de hierro y vidrio, sobre la que había un libro abierto. Se preguntó qué clase de obra sería.

La muchacha se sentó rígidamente en un sillón de orejas.

—Bueno, ustedes dirán.

El inspector Queen se acercó a la chimenea, acarició un pétalo de rosa seco que yacía sobre la esfera de latón de un morillo y se volvió de repente.

—¿Cuándo vio a su hijo por última vez, señorita Coy?

La brutalidad de la pregunta sorprendió a Jessie, como si hubiera recibido una bofetada. Miró airada a Queen, pero éste miraba a la muchacha rubia. Jessie centró su atención en ella.

Estaba pálida, pero no había perdido el dominio de sí misma, y Jessie pensó que esperaba semejante pregunta.

—¿Hijo? No sé de qué me está hablando.

—Señora Coy —dijo Queen en un tono completamente neutro—. Hace siete u ocho meses usted alquiló este piso bajo el nombre de señora de Arthur Dimmesdale, un caballero inexistente. Algún día, en el período comprendido entre entonces y el pasado mes de mayo,

la abordó un abogado llamado Finner. Usted estaba embarazada y él le ofreció ayuda para salir del apuro, si accedía a entregarle el bebé cuando naciera. Le dijo que estaba en el negocio de la adopción y que se ocuparía de que su hijo entrase a formar parte de una buena familia, con unos padres que no pudieran tener hijos y quisieran adoptar uno. Le pagarían todos los gastos y recibiría una importante suma de dinero. Finner se encargaría de todos los detalles «legales». Usted estaba desesperada y aceptó. Finner la envió a un prestigioso ginecólogo, quien la conocía como «señora Willis P. Exeter», nombre sugerido por Finner, y cuando llegó el momento, ingresó en el hospital designado por el abogado en cuestión bajo ese nombre. Fue el 26 de mayo. Al día siguiente dio a luz un bebé, varón. Pesaba tres kilos doscientos gramos, medía diecinueve centímetros, tenía los ojos azules y el cabello rubio. El 3 de junio les dieron de alta en el hospital y usted entregó el pequeño a Finner. Éste le pagó la cantidad prometida y se llevó al niño. ¿Está dispuesta ahora a responder a mis preguntas?

—¡Le arrojé el dinero en su puerca cara!

La muchacha temblaba violentamente. Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Jessie hizo un movimiento instintivo hacia ella, pero el inspector gesticuló negativamente con la cabeza. La enfermera volvió a sentarse.

—Lo siento —dijo la señorita Coy, dejando de llorar tan súbitamente como había comenzado a hacerlo—. Sí, estaba desesperada, es cierto. Ese Finner frecuentaba un club donde yo cantaba. No sé cómo se enteró de que estaba embarazada, supongo que una de las chicas lo sospechaba y le vendió la información. ¿Qué quiere saber?

—Aquella mañana del 3 de junio, ¿fue la última vez que vio al bebé?

—Sí.

Se retorció las manos sobre el regazo y se mordía el labio.

—¿Dónde estaba usted la tarde del 20 de agosto, el sábado de la semana pasada?

—Estaba en Chicago —respondió ella lentamente—. De ahí es de donde acabo de regresar. Tenía un contrato de tres semanas para cantar en el Club Intime.

—¿Recuerda lo que hizo el sábado por la tarde?

—Desde luego. Trabajé en un programa de televisión. El agente de prensa del club lo arregló.

—¿Estuvo toda la tarde en una emisora de televisión de Chicago?

—Todo el día. El programa se emitió a las cuatro y media.

El rostro de Queen se ablandó por primera vez.

—Tiene una coartada inmejorable. Me alegro por usted.

La muchacha le miró fijamente.

—¿Qué quiere decir, inspector? ¿Coartada para qué?

—El sábado, 20 de agosto, a media tarde, asesinaron a A. Burt Finner en su despacho de la calle 49 Este de Nueva York.

—¿Finner... asesinado?

—¿No lo sabía, señorita Coy?

—¡No! Finner asesinado... ¿Quién lo hizo?

—Es lo que intentamos descubrir, y por eso hemos venido aquí —dijo Queen en tono amable.

—Ya veo. Cree que yo le asesiné... ¡Ojalá no descubra nunca al asesino! Se merece una medalla. Quizá usted no conocía a Finner tan bien como yo. Era la alimaña más repugnante que se arrastraba por la tierra, un gusano, un gusano fofo. Ese asunto de los bebés no era sólo un negocio para él, no, disfrutaba haciéndolo, el cabrón asqueroso.

El inspector la dejó desahogarse. Su silencio detuvo finalmente a la muchacha.

—Usted me oculta algo —dijo ella finalmente—. ¿Tiene algo que ver el asesinato de Finner con mi hijo?

—Señorita Coy... —Hizo una pausa antes de añadir—: Señorita Coy, ¿tampoco sabe lo del bebé?

—¿Saber? ¿Acerca de mi bebé? —Se aferró a los brazos del sillón—. ¿Saber qué, inspector?

—¿No sabe quién le compró el bebé a Finner?

—No. Eso formaba parte del trato. Tuve que firmar una serie de papeles que Finner me puso delante, prometiendo que jamás intentaría averiguar quiénes eran los padres adoptivos, que nunca buscaría a mi hijo. —Se levantó de un salto—. ¡Usted sabe quiénes son! ¿Quiénes son? ¡Dígamelo, por favor!

—Un matrimonio de Massachusetts, unos millonarios con una

residencia de verano en Connecticut y un piso en Nueva York. El señor Alton K. Humffrey y su esposa.

El rímel de los ojos se le había corrido y miraba al detective parpadeando sin cesar. De improviso se volvió hacia la mesa auxiliar y cogió un cigarrillo de una caja abierta. Su gesto empujó el libro colocado allí, que fue a parar al regazo de Jessie. La muchacha cogió un encendedor de mesa y lo manipuló bruscamente.

—Dígame más, hábleme de esos Humffrey. Le compraron mi bebé a Finner, ¿y qué sucedió luego? Porque algo ha sucedido, lo sé. ¿Qué es, inspector?

Queen miró a Jessie.

—Bien, señorita Coy, se lo diré...

—Yo se lo diré, Richard. —Jessie se levantó, con el libro en las manos, y se acercó a la muchacha—. Aspire hondo, señorita Coy. Esto va a ser un golpe muy duro. Yo fui la niñera de su bebé en casa de los Humffrey. Ha muerto.

Tocó el hombro de la muchacha.

Connie Coy se volvió. Tenía los labios separados y el cigarrillo colgaba del inferior. Jessie se lo quitó de la boca y lo apagó en un cenicero.

—Será mejor que sepa el resto —musitó Richard Queen—. Su hijo fue asesinado.

—¿Asesinado...?

Jessie y Queen se dispusieron a sostenerla si sufría un desmayo, pero la muchacha les apartó ciegamente los brazos, se acercó al sillón de orejas y se sentó en el borde con las manos enlazadas detrás de las rodillas con la mirada perdida.

Jessie se precipitó a la cocina y regresó con un vaso de agua.

—Beba.

Connie Coy sorbió el agua mecánicamente, con la misma expresión de lejanía.

—No, es suficiente. Asesinado... ¿Cuándo ocurrió?

—El 4 de agosto, un jueves por la noche, hace más de tres semanas. ¿No se enteró de la muerte de un niño llamado Michael Stiles Humffrey en la isla de Nair, Connecticut? Salió en todos los periódicos.

—Así que le pusieron ese nombre. Michael. Yo me limitaba a llamarle bebé, quiero decir en mis pensamientos. Michael... —

Meneó la cabeza, como si el nombre no significara nada para ella—. ¿Los periódicos? No, creo que no los leí. El jueves, 4 de agosto, por la noche... Partí hacia Chicago el día 5 y estuve muy atareada haciendo el equipaje. Ni aquel viernes ni durante todo el tiempo que estuve fuera no leí ningún periódico de Nueva York. —Volvió a menear la cabeza, esta vez con violencia—. Es tan confuso... Morir de esa manera... asesinado... Me he estado engañando a mí misma, diciéndome que era para su bien, que tendría muchas ventajas y nunca sabría que era un hijo ilegítimo. Pensaba en cómo crecería, en lo feliz y bien adaptado que sería y... Y lo han asesinado, a los dos meses de edad. —Se rió—. Es absurdo, completamente absurdo.

Echó la cabeza atrás y rió más y más. Jessie la dejó reír hasta que la muchacha recobró la compostura.

—¿Puedo fumar un cigarrillo? —preguntó.

—Ojalá pudiera darle de beber algo fuerte —dijo Jessie. Encendió un cigarrillo y lo colocó entre los labios de la muchacha—. ¿Quiere un poco de café?

—No, gracias, estoy bien. —Parecía totalmente serena, como si la risa y la mirada perdida de sus grandes ojos color de avellana no se hubieran producido—. Aclaremos esto. Un matrimonio rico, de apellido Humffrey, le compró mi bebé a Finner. El pequeño fue asesinado y dos semanas después Finner corrió la misma suerte. No veo la conexión.

—Todavía no sabemos por qué mataron al chiquitín, Connie. — El inspector cogió una silla y se sentó frente a ella—. Pero, por lo que hemos podido deducir, a Finner lo eliminaron porque era el único que conocía a los padres verdaderos del niño. Hace un rato usted ha dicho que no sabía cómo averiguó Finner que usted estaba embarazada... Supuso que una de las chicas del club donde usted cantaba lo sospechó y vendió la información a ese hombre. ¿Tiene alguna razón de peso para creer tal cosa?

—No, nunca se lo dije a nadie y, desde luego, en aquel entonces no se notaba el embarazo. Pero no se me ocurre de qué otra manera Finner pudo haberse enterado.

—Eso no es probable, pero hay otra manera que sí lo es. Dígame, Connie: ¿lo sabía el hombre que la dejó embarazada?

La muchacha parpadeó.

—Sí, se lo dije. Él quería que me hiciera un aborto clandestino,

pero yo tenía miedo. Entonces se desentendió del asunto. —Connie se encogió de hombros—. No le culpé, pues yo tenía la culpa. Pensé que le quería y descubrí que no cuando ya era demasiado tarde. Desde el principio supe que estaba casado. Discúlpeme por hablarle de mis recuerdos. ¿Qué me decía?

—Lo sabían tres personas —dijo Richard Queen—: usted, ese hombre y Finner. Usted no se lo dijo a Finner. ¿Cómo se enteró? Ese hombre debió de habérselo dicho.

—Eso es realmente conmovedor —murmuró Connie Coy. Se levantó y aplastó la colilla con brusquedad en el cenicero—. Continúe, inspector.

—De modo que Finner conocía la identidad de los dos padres. Si le mataron porque lo sabía... —el viejo se levantó también— entonces corre usted peligro, Connie.

—¿Yo? —La muchacha se volvió hacia él, inexpresiva—. ¿Por qué cree eso?

—Las únicas personas con motivos para cerrarle a Finner la boca, de modo que no pueda revelar a los padres verdaderos, son los mismos padres. Usted es una de esas personas, pero tiene una coartada perfecta para el día en que Finner fue asesinado. Queda, pues, el otro padre. Creo, Connie, que a Finner le asesinó el padre verdadero del bebé, y de ser así, es muy probable que se proponga eliminarla a usted también. Una vez muerto Finner, usted es la única persona que puede delatarle. Por ello quiero que nos diga quién es el padre.

La muchacha rubia se acercó al piano de cola y pasó ligeramente la mano izquierda por el teclado.

—Desde luego, no puede tener ningún sentimiento hacia él —dijo el inspector en voz baja, desde el centro de la sala—. Dice usted que está casado. ¿Me equivoco al suponer que es también alguien importante, alguien para quien la divulgación de una historia como ésta significaría la ruina? Cierta clase de hombre puede volverse loco bajo un temor semejante. La mejor manera de protegerse es que comparta su información, Connie. Cuantas más personas sepan quién es, más segura estará. No puede matarnos a todos. ¿Quién es? Díganoslo.

Había otra caja de cigarrillos sobre el piano, y la muchacha cogió uno y se lo llevó a los labios. Miró a su alrededor.

Queen tomó el encendedor que estaba sobre la mesa auxiliar y se acercó a ella.

—Díganoslo —insistió. Alzó el encendedor, pero no lo accionó. Ella se lo quitó y apretó la palanca.

—Arthur Dimmesdale —dijo Jessie desde el sofá.

La llama permaneció a unos dos centímetros del cigarrillo.

—¿Qué dices, Jessie? —preguntó Queen, perplejo.

Jessie tenía todavía el libro que antes estaba sobre la mesa auxiliar. Dio unos golpecitos sobre la cubierta.

—Te dije que ese nombre me resultaba familiar, Richard. Arthur Dimmesdale es el nombre del amante de Hester Prynne en *La letra escarlata*, de Hawthorne.

—Ah, eso —dijo Connie, riendo—. Compré ese tomo en una librería de ocasión. Siempre había tenido intención de leerlo. La A de *adulterio*... El nombre del amante de Hester me pareció apropiado cuando tuve que inventarme un marido. Mi madre siempre me advertía de que mis impulsos románticos me crearían problemas.

—Sólo una persona que está casada puede cometer adulterio, Connie —dijo Jessie—. Usted no es la adúltera, sino él. Y ahora parece que es también un asesino. Eso es lo que debe recordar, ¿no?

—¿Quién es? —repitió el inspector Queen.

—De acuerdo —dijo de súbito la muchacha rubia—. Se lo diré.

Acercó la llama del encendedor a la punta del cigarrillo.

La llama pareció estallar con un agudo chasquido, y un agujero negro apareció en la frente de la muchacha.

Entonces la sangre brotó del agujero, y cayeron el encendedor, el cigarrillo y la muchacha.

Cayó de costado, haciendo sonar con el golpe las teclas del piano, y se estrelló contra el suelo antes de que cesara el estrépito.

—¡Al suelo, Jessie!

Jessie se agazapó, con el sofá entre ella y la ventana de la sala. El viejo se arrastraba lateralmente como un cangrejo hacia el interruptor de la pared. Jessie oyó otras dos explosiones. Algo se

rompió a sus espaldas.

La sala se sumió en la oscuridad.

Queen cruzó entonces la cocina y recorrió el pestillo de la puerta.

La puerta de servicio se abrió y cerró. Los sonidos eran nítidos, pero no discretos. Antes de que la puerta se cerrara, Jessie oyó la voz de Giffin, el exdetective, y unos pasos amortiguados y rápidos.

Luego se hizo el silencio.

Jessie Sherwood se irguió en la oscuridad y apoyó la cabeza en el asiento del sofá. Tenía un molesto zumbido en los oídos. Cerró los ojos, pero incluso con los ojos cerrados pudo verle.

Había disparado desde el terrado de la casa que se alzaba al otro lado del patio, y los proyectiles habían penetrado a través de la ventana abierta. La llama del encendedor había hecho de la cabeza rubia de Connie Coy un blanco perfecto. Jessie había visto la figura negra y borrosa del asesino, recortada contra el tenue resplandor del cielo, una figura vagamente masculina que sostenía algo con un destello metálico en el instante en que cayó la muchacha. Luego Jessie se había arrojado al suelo desde el sofá.

Era sorprendente el silencio que se había hecho.

Pero no había tal silencio, sino sólo la quietud normal de la noche, como si no hubiera habido ningún hombre en el tejado, ningún chasquido agudo, ningún agujero en una cabeza humana. No había silencio. En todas las casas funcionaban los televisores y llegaba el rumor del tráfico en las calles, de los autobuses que recorrían Broadway. No era la clase de sonidos que harían si supieran que una muchacha había sido abatida a tiros, no era el ruido de las ventanas al abrirse, los gritos, las preguntas, los portazos, las carreras.

Una muchacha abatida a tiros.

Jessie volvió completamente en sí.

La muchacha...

Se arrastró hacia la ventana, alzó un brazo, cogió el extremo del cordón de la cortina y tiró. Antes de levantarse, palpó las cortinas para asegurarse de que estaban corridas.

Localizó la lámpara sobre el piano, palpó en busca del

interruptor y lo encontró. La lámpara no se encendió, y Jessie se preguntó perpleja por qué. Tenía que encontrar el interruptor de la pared, que controlaba todas las luces de la sala.

Avanzó a tientas hacia el lugar al que se había dirigido Richard Queen cuando sonó el primer disparo. Poco después localizó el interruptor.

Connie Coy estaba tendida entre el Steinway y el taburete derribado del piano, boca arriba. La bata se había abierto en la caída. No llevaba nada debajo.

La muchacha rubia miraba fijamente el techo, como si allí hubiera algo escrito, algo que no podía comprender.

4

INCLUSO EN LA BOCA DEL CAÑÓN

—NO TOQUES NADA, Jessie.

Ella no le había oído entrar. Estaba en el umbral de la cocina, con el pecho agitado, recobrando el aliento. El sudor le corría por las mejillas.

—Está muerta, Richard.

—Lo sé.

El inspector había vuelto a envolverse la mano derecha con un pañuelo. Entró en el dormitorio de Connie Coy y limpió el pomo de la puerta del baño. Regresó a la sala, se acercó al piano, recogió el encendedor caído, lo limpió y volvió a dejarlo sobre la mesa auxiliar. También limpió la silla que había usado. Miró el vaso de agua que Jessie había llevado a la muchacha desde la cocina, y luego su mirada se posó en las manos de Jessie.

—Todavía llevas puestos los guantes. Está bien. —Fue al sofá, recogió el bolso de Jessie y miró a su alrededor—. Has corrido las cortinas. —No lo decía enojado; hablaba como si hiciera inventario. Fue a su lado y la condujo a la puerta de la cocina—. Quédate aquí. —Se dirigió al interruptor de la pared y lo restregó con el pañuelo.

Luego apagó la luz. La habitación volvió a quedar sumida en la oscuridad. Jessie le oyó avanzar hacia la ventana, y luego el sonido de las cortinas descorridas.

—Vámonos, Jessie.

—No.

—¿Cómo? —Parecía sorprendido, y la cogió del brazo.

—Sólo un minuto más —dijo ella, tratando de zafarse.

Él la retuvo, tirando suavemente en la otra dirección.

—No puedes hacer nada por ella, Jessie. ¿No comprendes que tenemos que salir de aquí? Vámonos...

—No la dejaré expuesta de ese modo —dijo Jessie con testarudez—. Lo único que quiero es cerrarle la bata, Richard. Déjame.

—Pero él insistió.

—No debemos tocar nada.

—¡Imagina a todos esos hombres mirándola! La desnudez de una mujer es algo muy íntimo. No es justo dejarla así.

—Está muerta, Jessie.

En la calle todo seguía igual. No, todo no, el coche de Kripps había desaparecido. En el lugar donde Richard Queen se había detenido para encender un cigarrillo y charlar con el policía retirado que aguardaba en el coche había un espacio vacío, lo cual significaba huida o persecución.

Jessie caminaba rígidamente, dejándose guiar por Richard.

Avanzaron hacia Broadway, esperaron a que cambiara el semáforo, cruzaron la calle y se encaminaron al centro de la ciudad.

Jessie andaba como si sus piernas no le pertenecieran. De vez en cuando recordaba que era Jessie Sherwood, enfermera diplomada, y que acababa de dejar tendida en el suelo a una muchacha rubia con la bata abierta hasta el ombligo, al pie de un piano de cola. Una tragedia absurda.

El viejo no le hablaba. Caminaba con paso decidido, el brazo derecho de Jessie sujeto bajo su brazo izquierdo, y se detenía en los semáforos, la empujaba suavemente con el codo para reanudar la marcha, miraba los escaparates, se detenía para encender un cigarrillo, se enjugaba el rostro, dejaba que el cigarrillo se apagara y volvía a detenerse para encenderlo de nuevo, y luego otro y otro más.

Al llegar a la calle 72, el ritmo de su marcha se hizo más rápido. Atravesaron velozmente el cruce y entraron en una cafetería, rebosante de público. Queen cogió una bandeja, dos cucharas y dos servilletas de papel, e hizo que Jessie permaneciera detrás de él, en la cola. Puso dos tazas de café en la bandeja, recogió los tickets y se

detuvo para mirar a su alrededor, como si buscara una mesa. Entonces condujo a Jessie a un lugar ocupado por dos hombres de edad, que también tomaban café. Uno de ellos tenía una cicatriz en el rostro y el otro llevaba unas gafas de gruesos cristales. Las otras dos sillas de la mesa estaban vacías e inclinadas sobre los bordes, como si estuvieran reservadas.

Richard Queen dejó la bandeja sobre la mesa, ofreció a Jessie una de las sillas y él ocupó la otra.

—Giffin, Kripps —dijo entonces—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le hemos perdido, inspector.

—Tú primero, Giffin.

El viejo de la cicatriz agitó el brebaje de su taza y habló con la vista baja, como si se dirigiera a la taza.

—Salí al terrado y examiné el patio con la linterna. No había nadie. Bajé corriendo las escaleras hasta el sótano y salí a la otra calle a través del patio posterior. Había muchos transeúntes, niños que jugaban y mucho tráfico en ambas direcciones. Nadie corría, nadie arrancaba su coche en aquel momento, nadie actuaba como si hubiera ocurrido algo. Por lo que pude ver, no había ni un aparcamiento libre. Hablé con los niños, pero no habían visto a nadie salir de la casa. Sabía que era una pérdida de tiempo, pero registré la escalera, los ascensores, el sótano y el terrado, sin hallar rastro alguno. Supongo que el tipo fue saltando por las azoteas de varios edificios y salió cerca de la esquina del West End... Quizá tenía allí un coche aparcado. En fin, ha sido un fracaso.

—¿Y tú, Johnny? —preguntó Queen.

A Jessie el otro viejo le pareció un maestro o un bibliotecario, con sus gafas de montura negra y el cabello blanco, de aspecto distinguido.

—Cuando usted salió corriendo y me dio la noticia, inspector, me dirigí en el coche a la calle 89. Cuando llegué allí, o bien era demasiado pronto o bien demasiado tarde, no lo sé. Permanecí unos minutos, sin ningún indicio. Entonces un coche que estaba aparcado se puso en marcha rápidamente y le seguí. Resultó ser un estudiante que llegaba tarde a una cita.

—Son las piernas —dijo Giffin sombríamente, con la vista baja—. Tenemos que afrontar el hecho de que no somos tan ágiles como antes.

—Lo único que ocurre es que necesitamos más hombres —comentó Johnny Kripps; había empañado los cristales de las gafas con su aliento y se disponía a limpiarlos—. Diablos, si ni siquiera llevo un arma.

—¿Quién ha sido? —pensó Jessie, sin darse cuenta de que lo expresaba en voz alta.

Los hombres la miraron con curiosidad.

—Tranquilízate, Jessie —dijo el inspector—. Bueno, muchachos, hasta aquí hemos llegado; no voy a meteros en más líos. —Tomó un sorbo de café y les miró—: Quiero que volváis a casa y lo olvidéis.

Los viejos expolicías se echaron a reír.

—No nos ha presentado a la dama —dijo Giffin.

—Perdonad. Os presento a la señorita Sherwood. Jessie, estos son John Kripps y Hugh Giffin.

—Mucho gusto... Le disparó entre los ojos, como si fuese un blanco en una galería de tiro. Luego disparó dos veces más, y ya no fue contra ella, porque estaba tendida en el suelo. Nos disparó a nosotros, Richard.

—Lo sé, Jessie —dijo él, en tono afable, y le cogió la mano por debajo de la mesa—. Quiero que os vayáis a casa muchachos, y que uno de vosotros se ponga en contacto con Pete Angelo y Al Murphy y les diga que lo dejen correr.

—¿No quiere acompañar el café con algo de comer, señorita Sherwood? —preguntó Hugh Giffin.

—¿Una porción de queso danés? —sugirió Kripps—. Aquí tienen un queso excelente.

—Aprecio vuestra actitud con respecto al caso, muchachos —insistió el inspector—, pero esto es un asesinato. No puedo permitir que pongáis en peligro vuestras pensiones, pues quizá acabéis en la cárcel. Jessie y yo —al decir esto le apretó la mano— estamos tan metidos en esto que no podríamos dejarlo aunque quisiéramos. Pero vosotros...

—Está gastando saliva —dijo Kripps— y hablo también en nombre de Pete y Murph. ¿Quién se encargará del aviso?

—¡Yo! —exclamó el viejo.

—Ni lo sueñe —dijo Giffin con vehemencia—. Conocen demasiado bien su voz, inspector. Lo haremos Johnny o yo.

—¿Qué aviso? —preguntó Jessie.

—Dar parte a la policía, señorita Sherwood —explicó el exagente de homicidios, que parecía realmente un profesor—. No podemos dejarla tendida en el suelo hasta que el olfato del portero le haga entrar en el piso.

—¿Una llamada anónima? —quiso saber Jessie.

Los tres hombres trataron de ocultar su rubor llevándose las tazas a la boca. Jessie también tomó su café, que aún no había probado.

Cuando llegaron a casa, Jessie entregó las llaves a Queen. Al cogerlas, el inspector notó la frialdad de sus dedos. Abrió la puerta, encendió la luz y se agachó, todo ello en un solo movimiento. Se quedó inmóvil un momento, mirando a su alrededor. Entonces fue al dormitorio de Jessie.

Regresó al cabo de un instante.

—Todo en orden.

Cerró la puerta del piso y corrió el pestillo.

Jessie se estremeció.

—¿Por qué tengo tanto frío? ¿Es que ha bajado la temperatura?

Él le aplicó la mano a la frente y le tomó el pulso.

—Es la reacción nerviosa. Yo solía sudar copiosamente después de la tensión, incluso en pleno invierno. Ve a acostarte, jovencita.

—No soy ninguna jovencita —replicó Jessie, haciendo un esfuerzo para evitar el castañeteo de dientes—. Soy una mujer mayor y estoy asustada.

—Estoy enojado conmigo mismo por haberte metido en esto. —Le cogió el bolso y los guantes y le quitó torpemente el sombrero—. Te enviaría a Connecticut mañana mismo...

—No iría.

—... pero quiero que estés cerca de mí. Ese tipo cree que la muchacha nos dijo su nombre.

—Nos disparó. Una bala alcanzó algo detrás de mí y lo rompió. No corres riesgo, ¿verdad?

—Sí —dijo suavemente el viejo—, pero ya hablaremos de eso mañana. Entra y desvístete. ¿Tienes algún somnífero?

—¿Qué vas a hacer, Richard? —Ahora los dientes le castañeteaban con intensidad.

—Me quedaré vigilando.

Jessie sabía que debería protestar, pedirle que volviera a casa o,

por lo menos, prepararle el sofá cama en la sala de estar, pero parecía haberse interrumpido la conexión entre su laringe y su voluntad. No podía apartar de su mente la imagen de Connie Coy con el agujero en la frente y las raíces verdosas de su cabello rubio tiñéndose de rojo. Pero en lo más hondo de sí misma sentía un agradable calor: mientras él estuviera allí nada podría ocurrirle a ella. Todo lo que tenía que hacer es abandonarse, dejar que el sueño amortiguara los efectos de la conmoción que había sufrido. Se dijo soñadoramente que, al fin y al cabo, experimentaba las reacciones propias de cualquier mujer.

—¿Podrás quedarte aquí sola? —le preguntó Queen, ansiosamente.

—¿Por qué lo preguntas? —Jessie soltó una risita al ver la expresión consternada en el rostro del inspector.

Más tarde, cuando estaba en la cama, él llamó a la puerta del dormitorio. Jessie le dijo que entrara y Queen entró con un vaso de leche caliente y un tranquilizante.

—Toma esto.

—Sí, señor —dijo Jessie obedientemente.

Tuvo que esforzarse para alzar la cabeza de la almohada. Queen titubeó un poco antes de deslizar un brazo alrededor de sus hombros y levantarla. Cayó la colcha con la que se cubría y Jessie se dijo que debía subirla, pero no tenía fuerzas para hacerlo... Y llevaba su camisón más escotado. Le inquietó que él pudiera pensar que lo hacía a propósito...

Tomó la leche muy caliente.

—Está muy caliente.

—Perdona —dijo él en un tono extraño—. Tómala sin prisas.

Cuando volvió a tenderse, Queen retiró su brazo como si le doliera.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó, mirando la mala reproducción de un bodegón de Van Gogh que colgaba sobre la cama de Gloria Sardella.

—Mucho mejor.

A pesar de sus reticencias, aquella situación era agradable, y Jessie se deslizó bajo las sábanas, conteniendo la risa, divertida.

El inspector se acercó a la ventana y miró al exterior. Le molestó la vista de la escalera de incendios. Bajó la hoja de la ventana y la

trabó, bajó la persiana y cerró los batientes. Entonces fue al baño.

Su frente era suave y blanca, y de repente apareció un agujero en ella, un auténtico agujero, negro y luego rojo...

—He abierto la ventana del baño, Jessie, y dejaré abierta la puerta de la sala para que circule el aire, a menos que te moleste la luz.

—Lo único que deseo es que no te vayas —dijo ella, temblando de nuevo.

—No me iré. Recuerda que estaré en la habitación de al lado. Llámame cuando me necesites.

—Gracias... Las sábanas están en ese armario, junto a la cocina... Esa chica, Richard... Está muerta...

—Anda, Jessie, duérmete.

—No sé qué me ocurre. Siento como si me hubieran abandonado por completo las fuerzas.

—Ha sido una noche muy dura. Si no estás mejor por la mañana, llamaré a un médico.

—No, no...

—Claro que sí.

Se apagó la luz, pero Jessie no pudo oír el movimiento de Queen.

—Buenas noches —dijo amodorrada.

—Que duermas bien, Jessie.

Queen salió entonces, con paso un tanto vacilante.

Jessie pensó que él no la había mirado como si fuera mujer sino como si...

Lo último que oyó Jessie antes de quedarse dormida fue el estrépito de las sirenas policiales hacia el norte de la ciudad.

La voz de Abe Pearl en el otro extremo de la línea era tan fuerte que el viejo dirigió una mirada a la puerta del dormitorio, temeroso de que pudiera despertar a Jessie.

—Deja de gritar, Abe —gruñó—. Todavía no estoy sordo.

—¿Dónde diablos has estado metido? —le preguntó airado el jefe Pearl—. Toda la noche he estado tratando de comunicarme contigo. ¿Desde dónde llamas?

—Desde el piso de Jessie Sherwood en Nueva York.

—Mira, Dick, si quieres vivir con ella, hazlo, pero lo menos que puedes hacer es darme el número de teléfono para que pueda dar contigo. ¡No fui yo quien inició esto, sino tú!

—No sigas por ahí, Abe —le interrumpió Richard Queen—. No estoy viviendo con nadie...

—Muy bien, de modo que te lo está poniendo difícil... ¿Quieres callarte, Becky? ¿Puedes escucharme durante cinco minutos?

—Adelante —dijo Queen con brusquedad.

—Esta noche me ha llamado el doctor Duane, de New Haven. Telefoneaba a todo el mundo, tratando de ponerse nuevamente en contacto con Humffrey. Finalmente, desesperado, me llamó para pedirme que corriera a la isla de Nair para ver si Humffrey había vuelto ahí... Había tratado de comunicarse con Stallings, pero no obtuvo respuesta. Averigüé que Stallings se había ido al cine, y, de todos modos, no sabía nada de Humffrey ni su paradero. La cuestión es que la señora Humffrey ha vuelto a empeorar, y me pareció que Duane está más que harto y quiere librarse de una paciente tan fastidiosa. ¿No tienes idea de dónde puede estar Humffrey? Pensé llamarte antes de responder a Duane.

—No, no he visto a Humffrey —dijo Richard Queen lentamente—. Dime una cosa, Abe.

—¿Qué?

—¿A qué hora salió Humffrey de su casa en Park Avenue? ¿Habló Duane con la señora Lenihan?

—Me dijo que salió temprano, sin decir adónde iba. Cuando Duane me llamó, hacia las nueve de esta noche, Humffrey aún no había regresado.

—¿Salió con Cullum, su chófer, o iba solo?

—No lo sé. —Abe hizo una pausa—. ¿Qué ocurre, Dick? Algo ha sucedido esta noche.

—Han eliminado a Connie Coy.

—¿La madre?

Cuando Abe Pearl oyó los pormenores, dijo:

—Espera un momento, Dick. —Hubo un largo silencio—. Estoy tratando de juntar las piezas...

—Es complicado —dijo Richard Queen secamente.

—Oye, Dick. ¿Por qué me has preguntado a qué hora salió Humffrey de su casa en Nueva York? ¿Dick? ¿Estás ahí?

—Aquí me tienes —se apresuró a decir el viejo—. ¿No te parece extraño que el día en que asesinan a Finner no hay explicación de los movimientos de Humffrey y la noche en que liquidan a Connie Coy... ocurre lo mismo?

—¿Cómo? —dijo Abe Pearl.

—Ya me has oído.

Su amigo guardó silencio.

—¡Estás loco! —exclamó al fin—. Podría haber una docena de explicaciones...

—Desde luego.

—No es más que una coincidencia.

—Puedo demostrar que no lo es.

—Toda la idea es ridícula. ¿Por qué...? —Abe Pearl se interrumpió—. No lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio.

Se hizo de nuevo el silencio.

—¿Desde cuándo te ronda esa idea por la cabeza? —preguntó finalmente el jefe de policía de Taugus.

El inspector Queen no respondió.

—¿No te das cuenta de que no tienes nada en qué basarte? No ha sido posible localizar a Humffrey en el momento en que se produjeron los asesinatos. ¿Y qué? Tal vez ahora que su mujer está a buen recaudo en New Haven, se ha buscado alguna rubia apetitosa...

—¿Por qué ahora? —dijo el viejo en tono sombrío—. Eso podría haberlo hecho hace un año.

—No estás en tus cabales, Dick. ¿Alton Humffrey? Hay que ser humano para dedicarse al ligue. Aunque Humffrey tuviera ese capricho, no se colocaría en semejante posición. Está demasiado orgulloso de sí mismo y de su precioso apellido.

—Sé consecuente, Abe. Hace un instante has dicho que Humffrey podría tener una aventura con alguna mujer, lo cual explicaría sus ausencias, pero cuando sugiero que la mujer en cuestión podría ser Connie Coy y que tuvo la aventura con ella el año pasado, empiezas a decirme que él no haría semejante cosa. Claro que lo es. Bajo unas circunstancias determinadas, cualquier hombre puede hacerlo, y sobre todo los tipos como Humffrey.

—Humffrey... —Queen casi podía ver a su amigo meneando la

cabeza.

—Admito que es sobre todo una corazonada, pero no tenemos mucho más, Abe. Hasta ahora nos hemos encontrado con un obstáculo tras otro. Primero el sobrino, Frost, presenta una coartada irrefutable que le deja al margen del asesinato del bebé. Luego el asesino se lleva el expediente de Humffrey de los archivos de Finner y elimina la pista evidente que podía conducir a la madre. Finalmente, cuando damos con la Coy gracias a un rodeo y ella está a punto de decirnos el nombre del padre, cae con una bala entre los ojos. No puedo esperar al próximo obstáculo, Abe. He de tomar la iniciativa.

—Te estás buscando un buen lío —musitó el jefe Pearl—. No puedes ir tras un hombre como Humffrey con una pistola de aire comprimido.

—No voy a hacer tal cosa. No actuaré hasta que tenga munición apropiada, y creo saber dónde conseguirla.

—¿Dónde?

—Te lo haré saber cuando la tenga. Dale un beso a Becky de mi parte, ¿quieres?

Cuando colgó el auricular, el viejo se dejó caer en un sillón, con el ceño fruncido.

Al cabo de un largo rato cogió el tomo de «Páginas amarillas» y empezó a buscar una dirección bajo el epígrafe *Detectives*.

El hombre de piel cetrina salió del ascensor y avanzó erráticamente por el pasillo, leyendo la tercera página del *Daily News*. Parecía fascinado y algo enfermo. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, con un traje de paño y sombrero tirolés con una pluma. Su rostro era anguloso. Sobre los huesos, la piel cetrina formaba planos y líneas rectas, que le daban el aspecto de una caricatura.

Se detuvo ante una puerta de cristal y buscó el llavero en los bolsillos de sus pantalones, sin apartar la vista del periódico. Sobre la puerta había un letrero:

AGENCIA DE DETECTIVES G.W.
Civil-Criminal-Personal
ESPECIALIDAD EN PROBLEMAS DOMÉSTICOS

Servicio fotográfico completo

ENTRE

Abrió la puerta y entró en la antesala. Sobre la mesa de la recepcionista había una máquina de escribir enfundada. La estancia carecía de ventanas.

Tanteó la pared con la mano izquierda, cerca de la puerta, localizó el interruptor y lo accionó. Absorto en su periódico, siguió avanzando, entró en el despacho y se acercó a la ventana. Subió la persiana y se sentó en el sillón ante la mesa. Mientras seguía leyendo, se recostó, mordisqueándose el labio.

—¿Qué? ¿Una noticia interesante?

El hombre de rostro cetrino alzó la vista.

Richard Queen estaba sentado en un sillón, tras el tabique divisor de la antesala.

—Creo que es interesante la información sobre el asesinato de esa chica, ocurrido anoche. Por la atención con que lo lee, Weirhauser, parece estar de acuerdo conmigo.

El detective privado dejó lentamente el periódico sobre la mesa.

—¿Le conozco de algo? —Tenía una voz áspera y desagradable—. ¿O esto es un atraco?

—Vamos, vamos, George, deje de hacer el payaso —dijo el viejo afablemente—. Pensé que podríamos hablar antes de que llegara la recepcionista, y no me apetecía esperar en el pasillo. —Se levantó, dejó el sombrero sobre el sillón y se acercó a la mesa—. Quiero que me dé cierta información. ¿Quién le contrató para que me siguiera?

El investigador le miró con semblante inexpresivo.

—¿Cree usted que le sigo?

—Dejó de hacerlo el domingo, no sé si temporal o permanentemente. —El tono del inspector era paciente—. Le he hecho una pregunta.

—¿No ha visto esa palabra, «privado»? —dijo Weirhauser—. Váyase.

—No ha cambiado lo más mínimo, Weirhauser —dijo el inspector, riendo—. Sigue pareciendo un detective de tebeo.

Weirhauser se levantó.

—¿Va usted a marcharse o tendré que echarle yo?

El viejo se le quedó mirando.

—¿No se da cuenta del lío en que se ha metido? ¿O es más estúpido de lo que parece?

El detective privado se estaba sulfurando. Apoyó los puños sobre la mesa.

—¿Con quién diablos se cree que está hablando?

El inspector Queen consultó su reloj.

—No tengo tiempo que perder, Weirhauser. Aclaremos esto.

—Habla usted como si fuera alguien.

El tono del hombre era despectivo, pero había en su voz una nota de incertidumbre.

—Usted sabe quién soy.

—Sé quién era. El problema con ustedes, los policías retirados, es que no saben quitarse de en medio cuando los jubilan. Usted ya no es el inspector Queen.

—Deme ese teléfono.

El rostro de Weirhauser, enrojecido por el enojo, recobró su coloración normal.

—¿Qué se propone hacer?

—Llamaré a la Central y veremos si nadie se acuerda de mí.

—Espere.

—¿Bien?

—Usted sabe que no puedo darle esa clase de información, inspector —dijo el investigador privado, en un tono fingidamente apesadado—. El trabajo de la agencia es confidencial...

—Debería haberse limitado a su trabajo de buscar pruebas para casos de divorcio. —El viejo parecía divertido—. ¿Acaso le gusta estar mezclado en un asesinato? Eso no entraba en el trato, ¿verdad?

—¿Quién está mezclado en un asesinato? —se apresuró a decir Weirhauser—. Acepté un trabajo de seguimiento. Me dijeron que le siguiera a usted y a la mujer, y que informara de sus movimientos a mi cliente. Eso es todo.

—Usted me siguió de un hospital a otro, me siguió a una casa en la calle 88, cerca del West End, averiguó que estaba buscando a una chica llamada Connie Coy, de la que se esperaba que regresara pronto a la ciudad, y usted informó de eso a su cliente el domingo por la noche. Esta mañana usted ha leído en el periódico que una chica llamada Connie Coy regresó anoche de Chicago y cuando

apenas llevaba una hora en su casa cayó abatida de un disparo a través de la ventana, un disparo desde una azotea vecina. ¿Dice usted que no está mezclado en esto, Weirhauser? Usted ha entrado aquí esta mañana tratando de recordar sus oraciones.

—Mire inspector... —empezó a decir Weirhauser.

—Imagine que vamos al centro y le decimos a la policía que usted, George Weirhauser, con licencia para realizar investigaciones privadas, informó sobre Connie Coy a un cliente suyo cuyo nombre se niega a facilitar. ¿Cuánto tiempo cree que le duraría su licencia? ¿Cuánto tiempo, incluso, cree que pasaría antes de que pidiera a gritos a un fiador para conseguir la libertad condicional?

—Mire... —repitió Weirhauser, lamiéndose los labios—. Está muy equivocado, inspector. Mi cliente no podría tener nada que ver...

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, es...

—¿Qué es? De acuerdo, quizá no tenga nada que ver con el caso. ¿Sabe usted dónde estuvo ayer durante todo el día? ¿Puede presentar una coartada para ese hombre a la hora en que se produjo el asesinato de la muchacha?

—¡Ayer no estuve con esa persona! —gritó el detective privado—. Ni siquiera hablé con él por teléfono. El domingo por la noche, cuando hablé con él, me dijo que había cambiado de idea. La información que yo podía proporcionarle no era lo que estaba buscando, y suspendía el servicio. Eso es todo lo que sé.

El inspector meneó la cabeza.

—Esfuércese un poco, Weirhauser.

—¿Qué quiere decir? ¡Eso es todo lo que sé!

—No me ha dicho una cosa.

—¿Cuál?

—El nombre de su cliente.

Weirhauser se levantó y fue a la ventana, frotándose el labio inferior. Cuando volvió a sentarse ante la mesa, sus ojos tenían una expresión taimada.

—¿Para quién trabaja en este caso... inspector?

—Eso no es asunto suyo —replicó Queen con brusquedad.

El investigador sonrió.

—Se me acaba de ocurrir que usted mismo podría estar metido

en esto hasta el cuello... usted y esa señora.

—Lo estoy.

—¿Ah, sí? —El hombre pareció sorprendido.

—Desde luego. Voy en busca de su cliente y daré con él. Cuanto menos sepa del asunto, Weirhauser, más tiempo dormirá en su propia cama. Ya he perdido demasiado tiempo con usted. ¿Quién es ese hombre?

—De acuerdo, de acuerdo, pero deme una pausa, ¿quiere? Sinceramente, de haber sabido que esto iba a terminar en un homicidio, habría renunciado a su anticipo y puesto pies en polvorosa.

—¿Quién es? —repitió el viejo, con los ojos brillantes.

—¿Me asegura que permaneceré al margen de esto?

—Personalmente, me importa usted un bledo. Por lo que a mí respecta, queda usted al margen del asunto desde ahora mismo. ¿Quién es, Weirhauser?

Weirhauser volvió a levantarse y cerró la puerta de la antesala.

—Bien, es un ricachón que vive en Park Avenue...

El hombre de rostro cetrino parecía renuente a dar la información, aun cuando ya no tenía otra salida, como si se viera forzado a vender unas acciones muy por debajo de su valor en el mercado.

—¡Su nombre!

Weirhauser soltó un juramento antes de decir:

—Alton K. Humffrey.

—¿Estás bien, Jessie?

—Sí, no te preocupes.

Estaban en el enorme vestíbulo del edificio de Park Avenue donde Humffrey tenía su domicilio. Las paredes eran de un austero color marfileño verdoso, con adornos de yeso, guirnaldas y cupidos. El silencioso ascensor acababa de subir cuando ellos llegaron.

—No temas —dijo Richard Queen—. Éste es el único lugar donde ese hombre no intentaría nada. No te habría pedido que me acompañaras si creyera que hay algún peligro.

—No estoy asustada. —Jessie sonrió débilmente—. Sólo aturrida.

—¿Prefieres esperarme en otro lugar?

—No, no, estoy bien.

—Tenemos que adelantarnos a él, Jessie, desbaratar sus planes, sean cuales fueren. Hasta ahora se ha salido con la suya. Lo comprendes, ¿verdad?

—El problema es que, en el fondo, no creo que él sea el asesino.

—Jessie apretó los labios para evitar que le temblaran—. Quiero mirarle a la cara... El asesinato ha de dejar alguna marca.

El inspector se enjugó el sudor del cuello y llamó al timbre. Había dado sus nombres al conserje del vestíbulo con una confianza que Jessie sólo podía admirar. No había ocurrido nada desagradable. A través del interfono, el señor Humffrey dijo que sí, que los recibiría al cabo de unos minutos. Avisaría para que subieran.

Era la noche del segundo viernes de septiembre, caluroso heraldo del largo fin de semana, pues el lunes era el Día del Trabajador. Durante todo el día había salido mucha gente de la ciudad, dejando una especie de tensión en el vacío.

Jessie pensó que a ella le ocurría algo parecido.

Habían transcurrido tres días desde que Richard Queen regresara del despacho de George Weirhauser. Aquella noche convocó a sus viejos ayudantes para un consejo de guerra que a Jessie le pareció la más extraña de las conferencias en el lugar más inverosímil... una reunión de viejos en un banco de un rincón recoleto de Central Park. Se hallaban presentes el apuesto exteniente de Homicidios, Johnny Kripps, junto con Hugh Giffin, el de la cicatriz en el rostro, el exsargento Al Murphy del distrito 16, rechoncho, de piel color de ladrillo, pelirrojo, el más joven del grupo, el alto Wes Polonsky con sus manos temblorosas, y el viejo asociado de éste, Pete Angelo, un hombre delgado y moreno cuyo rostro era una cuadrícula de arrugas, como un mapa detallado de sus setenta años.

Habían escuchado en silencio a Richard Queen, agradecidos de que se les ofreciera un clavo ardiente al que agarrarse. Y cuando salieron a la noche, uno tras otro, cada cual con su encargo concreto, Jessie había observado:

—En cierto modo, lo siento por él.

—¿Por quién, Jessie?

—Alton Humffrey.

—No derroches tu simpatía —había musitado el viejo—. Aún tenemos mucho camino que recorrer.

—Buenas noches —dijo el millonario.

Él mismo había abierto la puerta. Allí estaba, anguloso, los hombros caídos, vestido con una chaqueta de *smoking* satinada, con una contención disciplinada, como un frío brahmán cuyo rostro en forma de cuña no traslucía nada salvo lejanía, como un jefe militar vestido de paisano, o un personaje distinguido enmarcado en un rectángulo de buenos vinos, verdes de club de caza y marrones de cuero. Y Jessie se dijo que no, era imposible que él fuera el asesino.

—Tiene usted buen aspecto, señorita Sherwood.

—Gracias.

—No estoy seguro de que pueda decir lo mismo de usted, señor Queen. ¿Quieren pasar? Lamento que no estén los sirvientes para atenderles. Les he dado la noche libre.

—¿En el último cuarto de hora? —inquirió Richard. Queen.

Alton Humffrey meneó la cabeza, sonriendo.

—Es usted un hombre en extremo suspicaz.

—Así es —replicó el viejo en tono sombrío—. Creo que está usted en lo cierto.

El piso era como un territorio extraño, con maderas misteriosas, y fulgurantes arañas, muebles antiguos, objetos de cristal, óleos, tapices antiguos, magníficas alfombras... habitaciones cuyo tamaño era el doble de cuantas Jessie había visto, y ni un solo cojín aplastado, ningún rasguño en las alfombras, ni una mota de ceniza en ninguno de los ceniceros. El despacho era como el salón, con una riqueza indigesta, muebles monumentales y estanterías de libros hasta el techo, que parecía como si fueran a desplomarse.

—Por favor, tome asiento, señorita Sherwood —dijo Humffrey—. ¿Le apetece una copa de jerez?

—No, gracias. —La mera idea de ingerir alcohol le provocaba náuseas—. ¿Cómo está su señora?

—No muy bien, siento decirlo. ¿Un *whisky*, señor Queen?

—No tomaré nada, gracias.

—¿No quiere sentarse?

—No.

—Formidable —dijo el millonario con una leve sonrisa—. Parece un inspector de policía.

—¿Puedo empezar? —preguntó Richard Queen sin cambiar de expresión.

—Desde luego. —Humffrey se sentó en el aristocrático sillón de roble, un mueble macizo, tallado a mano, ante su mesa—. Ah, permítame una pregunta. —Sus ojos bulbosos se volvieron hacia Jessie, la cual observó ahora que estaban rodeados de cárdenas ojeras que no recordaba haberle visto en la isla de Nair—. Señorita Sherwood, ¿debo deducir que sigue usted empeñada en que la muerte del pequeño Michael no fue un accidente?

—En efecto, sigo creyendo que fue asesinado —dijo Jessie, en un tono que a ella misma le pareció demasiado alto.

—Bien, por lo menos permítame agradecerle que prosiga sus investigaciones tan discretamente.

—¿Ha terminado? —preguntó el viejo.

—Disculpe, señor Queen. —El millonario se retrepó en el sillón y adoptó una expresión atenta. ¿Qué iba usted a decir?

—El día 20 del presente mes —empezó a decir el inspector— un picapleitos llamado Finner fue asesinado en su despacho de la calle 49 Este.

—Ah, sí.

—Naturalmente, Finner era el hombre que le entregó a usted el bebé en junio.

—¿De veras?

—Vamos, señor Humffrey, no está usted precisamente en condiciones de negarlo. Jessie Sherwood fue con usted y su señora para recoger al niño, y ella vio a Finner en aquella ocasión, lo mismo que su chófer, Cullum.

—No lo he negado, señor Queen —sonrió Humffrey—. Sólo estoy siguiendo su argumentación.

—El jueves, día 18, posiblemente al día siguiente, Finner se puso en contacto con usted, le dijo que yo le estaba presionando y le pidió que asistiera a una reunión en su despacho, conmigo y la señorita Sherwood, el sábado día 20, a las cuatro de la tarde. Usted aceptó.

—Ahora está pasando de la tierra firme de los hechos a las

arenas movedizas de la especulación —dijo Humffrey—. Comprenderá que no puedo dejar de rebatir unas alegaciones infundadas. Perdona mi interrupción, señor Queen.

—¿Niega usted esas alegaciones?

—Ni siquiera voy a molestarme en negarlas. En vista de que usted no aporta la menor corroboración, no es necesario. Prosiga.

—Usted accedió en acudir a la cita —siguió diciendo Richard Queen, sin inmutarse—. Pero se guardaba una pequeña sorpresa para Finner en la manga, señor Humffrey. Y, podría añadir, para nosotros. Aquel sábado por la tarde fue al despacho de Finner, en efecto, pero no a las cuatro. Llegó allí cosa de hora y media antes... A juzgar por el contenido del estómago de Finner, según reveló la autopsia, debió de ser inmediatamente después de que Finner regresara de almorzar. Cogió el abrecartas que Finner tenía sobre la mesa y se lo clavó en el corazón. Entonces registró sus archivos en busca del expediente con el nombre «Humffrey», que contenía los documentos y pruebas del parentesco del bebé, y se lo llevó. Naturalmente, a estas alturas ya lo habrá destruido.

Jessie contemplaba fascinada el rostro de Alton Humffrey. No había el menor gesto indicador de que el millonario estuviera alarmado, indignado o incluso más que tibiamente interesado.

—Sólo puedo achacar esta fantasía extraordinaria a una imaginación senil —dijo Humffrey—. ¿Me está acusando, con toda seriedad, de haber asesinado a ese Finner?

—Sí.

—Comprenderá, claro está, que sin ninguna clase de prueba —un testigo ocular, por ejemplo, huellas dactilares, algo que sea palpable y no una absurda fantasía— se expone usted a un proceso por difamación criminal, libelo y probablemente media docena de otros cargos que se les ocurrirán a mis abogados.

—Confío en su conocido desagrado por la publicidad para refrenar a sus abogados, señor Humffrey —dijo secamente el viejo—. ¿Puedo seguir?

—¡Pero, hombre! ¿Es que hay más?

—Mucho más.

Humffrey movió su larga y blanca mano con los dedos doblados como si impartiera una bendición.

—El lunes siguiente, por la mañana, se dirigió usted a una

agencia de detectives domiciliada en Times Square y dirigida por un tipo llamado Weirhauser, al que contrató para que nos siguiera a la señorita Sherwood y a mí. Weirhauser le informó de que estábamos visitando las secciones de maternidad de un hospital tras otro, tratando de cotejar una serie de huellas de pie infantiles con las fichas de nacimientos del hospital. Esto duró cosa de una semana.

—Ya veo —dijo Humffrey.

—El domingo pasado por la noche, Weirhauser le informó de que presumiblemente habíamos encontrado lo que andábamos buscando. El hallazgo en un hospital nos había llevado a un edificio de pisos particulares en la calle 88 Oeste, donde hicimos muchas preguntas sobre una inquilina llamada Connie Coy. Connie Coy, señor Humffrey.

—Esta pausa es significativa —dijo el millonario—. ¿Acaso cree que ese nombre ha de significar algo para mí?

—Weirhauser le dijo que Connie Coy estaba fuera de la ciudad, contratada para cantar en un club nocturno de Chicago, pero esperaban que regresara pronto. Entonces usted le dio a Weirhauser la torpe excusa de que se había equivocado de pista y canceló el encargo.

La atmósfera de la estancia se hizo de súbito irrespirable. Jessie aguardó, inmóvil.

—¿Se ha basado también en su imaginación para afirmar semejante cosa, señor Queen?

—En absoluto —dijo el viejo, sonriendo por primera vez—. En este caso, señor Humffrey, dispongo de una declaración jurada y firmada por George Weirhauser. ¿Quiere verla? La tengo aquí, en el bolsillo.

—Me siento tentado a decirle que no —murmuró Humffrey—, pero como un hombre que, en su juventud, jugó al póquer con los estudiantes de Harvard... sí, creo que le echaré un vistazo.

El inspector Queen se sacó un papel doblado del bolsillo y lo dejó sin ninguna precaución sobre la mesa. Jessie estuvo a punto de lanzar un grito. Pero el millonario se limitó a cogerlo, desdoblarlo y leerlo, tras lo cual lo devolvió cortésmente.

—Mire, señor Queen, no puedo saber si la firma de ese Weirhauser es auténtica. —Enlazó sus manos huesudas detrás de la cabeza—. Pero aun cuando sea una declaración jurada legítima, me

temo que Weirhauser no tiene una reputación muy buena, y si se trata de su palabra contra la mía...

—¿Entonces también niega esto?

Humffrey sonrió fríamente.

—Entre nosotros tres, no tengo inconveniente en admitir que, en efecto, contraté a un detective para que les siguiera a usted y a la señorita Sherwood la semana pasada, con el único motivo de enterarme de lo que se proponían hacer. De las palabras de la señorita Sherwood deduje que ambos estaban empeñados en investigar, partiendo de su creencia histérica de que el pequeño fue asesinado. Me pareció —para proteger a mi esposa, no a mí mismo— que estaba justificado mantenerme informado. Cuando el informe del detective indicó que estaban persiguiendo alguna quimera en la que estaba implicada una mujer de la que jamás había oído hablar, naturalmente perdí interés. Lo único que lamento es que, según parece, al contratar a Weirhauser cometí un error. Detesto los errores, señor Queen, en especial los míos propios.

—¿Entonces mantiene usted que no conocía a Connie Coy, la cantante de *cabaret*?

—Así es, señor Queen —dijo el millonario en tono amable—. Eso es lo que sostengo.

—En ese caso no puedo comprender sus actividades del día siguiente al despido de Weirhauser. El domingo por la noche, el detective privado le dijo que estábamos haciendo preguntas acerca de la Coy y que esperaban que esa chica regresara pronto de Chicago. Al día siguiente —el lunes pasado, señor Humffrey— usted se pasó el día entero y buena parte de la noche en la estación ferroviaria de término, vigilando la llegada de trenes de Chicago. ¿Por qué habría hecho eso si no conociera a Connie Coy y no estuviera interesado por ella?

Humffrey guardó silencio y por primera vez frunció ligeramente el ceño.

—Creo que esta conversación empieza a aburrirme, señor Queen —dijo al fin—. Ese día no estuve en la estación de término para vigilar los trenes procedentes de Chicago ni con ningún otro propósito absurdo.

—Es curioso —replicó el viejo—. Un mozo de cuerda y un empleado de uno de los kioscos de periódicos han identificado una

foto suya tomada en Stamford, Connecticut, como al hombre a quien vieron observando el andén de los trenes procedentes de Chicago en la estación de término durante todo el día.

El millonario le miró fijamente. Richard Queen le devolvió la mirada.

—Esto es irritante, señor Queen —dijo Humffrey glacialmente—. Sus presuntas identificaciones no me impresionan en absoluto. Sin duda sabe, desde la época en que era un funcionario de policía competente, lo insatisfactorias que son tales identificaciones. Debo pedirle que pongamos fin a esta conversación.

Dicho esto, se puso en pie.

—¿Precisamente ahora que estábamos llegando a la parte más interesante, señor Humffrey?

La sonrisa del inspector pareció hacer cambiar de idea a Humffrey, el cual se sentó de nuevo.

—Muy bien. ¿Qué más se le ha ocurrido?

—Esa noche la muchacha bajó del tren en la estación de término. Tomó un taxi y usted la siguió hasta la calle 88.

—¿Tiene algún testigo presencial?

—No.

—Mi querido señor Queen...

—Por lo menos todavía no lo tengo, señor Humffrey.

El millonario se retrepó en su asiento.

—Supongo que deberé escuchar este cuento de hadas hasta el final.

—Siguió a Connie Coy hasta su casa, se apostó en una azotea situada frente al piso de la muchacha, en la última planta del edificio, y cuando vio que me estaba informando, apuntó el arma que llevaba a un punto entre sus ojos, disparó y la mató en el acto.

»No me interrumpa ahora —dijo quedamente el viejo—. Finner fue asesinado porque tenía el expediente del caso y sabía quiénes eran los padres del bebé. A Connie Coy la mataron porque, como madre del niño, conocía desde luego la identidad del padre. La única persona que se beneficia de la destrucción de esos documentos y de cerrar las bocas de Finner y la madre verdadera, señor Humffrey, es el padre real del bebé.

»Usted ha cometido dos asesinatos a sangre fría para evitar que su esposa, los familiares de ésta, sus amigos aristocráticos, Jessie

Sherwood y yo descubriéramos que usted no había adoptado al hijo de un desconocido, sino a un niño que engendró usted mismo durante una turbia aventura con una cantante de club nocturno.

Humffrey abrió un cajón de su mesa.

Jessie sintió que el corazón le daba un vuelco.

En cuanto al viejo, movió velozmente la mano, que quedó sobre el botón central de su chaqueta.

Pero cuando el millonario volvió a retrepase en su sillón, Jessie vio que se había limitado a sacar una caja de cigarros.

—Si no le importa, señorita Sherwood... No suelo fumar, la verdad es que sólo lo hago cuando corro el peligro de perder los estribos. —Encendió un puro con un encendedor de mesa de platino y miró a Richard Queen; su mirada tenía un fulgor mineral—. Esto ha ido más allá de la mera senilidad, señor Queen. Es usted un lunático peligroso. Afirma que no sólo cometí dos asesinatos atroces, sino que lo hice a fin de ocultar al mundo que era el padre natural del desafortunado pequeño que adopté. No puedo imaginar que me achauen otros crímenes horrendos, pero desde el principio usted y la señorita Sherwood han insistido en que Michael fue asesinado. ¿De qué manera su mente enferma concilia ese supuesto asesinato con mis crímenes posteriores? ¿Asesiné también a mi propio hijo?

—Creo que concibió la idea cuando su sobrino, en estado de embriaguez, llevó a cabo aquel intento insensato de penetrar en el cuarto del bebé, la noche del 4 de julio —dijo sosegadamente el inspector—. Lo que no pudo saber, claro está, era que Frost sufriría un ataque de apendicitis y sería sometido a una operación de urgencia, lo cual es una coartada a toda prueba, la misma noche que usted eligió para realizar su plan. Creo que seleccionó una noche en la que estaría ausente la señorita Sherwood, precisamente su noche libre. Creo que cuando el bebé se durmió, usted le asfixió deliberadamente, y que en la confusión tras la llegada de la señorita Sherwood, cuando se descubrió la muerte del niño, usted reparó en la funda de la almohada que estaba en la cuna, con la reveladora huella de una mano que indicaba el asesinato, y se deshizo de ella, y a partir de ese momento, naturalmente, insistió en que Jessie

Sherwood había visto visiones y que la muerte del bebé había sido un desgraciado accidente. Sí, señor Humffrey, eso es exactamente lo que creo.

—Haciendo de mí un monstruo con pocos precedentes —dijo Humffrey con una crepitación de tonos nasales—, porque sólo un monstruo asesina a quien es de su propia estirpe, ¿no es cierto, señor Queen?

—Si cree, en efecto, que es de su propia estirpe.

—¿Cómo dice? —preguntó el millonario, sorprendido.

—Cuando usted se enteró de que Connie Coy estaba embarazada y dispuso, a través de Finner, la adopción del bebé cuando naciera, sin el conocimiento de ella, lo hizo porque quería entrar en posesión de su propio hijo. Pero supongamos que después de concertar la compra en secreto de su bebé, con una partida de nacimiento falsificada, habiendo pagado a Finner, sin que Connie supiera que usted tenía el niño y su esposa ignorase que el bebé era suyo... supongamos que, después de todo esto, señor Humffrey, usted empezó a sospechar de súbito que le habían tomado el pelo, que se había tomado tantas molestias y recurrido a tales artimañas para transmitir su apellido a un bebé que no era hijo suyo.

Humffrey permanecía completamente inmóvil.

—Usted se dijo que una mujer capaz de tener una aventura con un hombre, podría tener aventuras con docenas de ellos. Supongamos que incluso hizo averiguaciones y descubrió que esa chica, Coy, se había acostado con otros al mismo tiempo que era su amante. Siendo usted como es, un hombre orgulloso y arrogante, con un sentido exagerado de los vínculos familiares y la posición social, su amor hacia el niño que había creído hijo suyo pudo muy bien transformarse en odio. Y, así, una noche le mató.

El cigarro se había apagado. Humffrey estaba muy pálido.

—Váyase —dijo con voz ronca—. No, aguarde. Quizá tendrá la consideración de decirme, señor Queen, de qué nuevos e increíbles vuelos de su fantasía debo protegerme. Según usted, engendré a ese niño en una aventura sórdida, lo asesiné y luego eliminé a Finner y a la madre de la criatura. Contra tales locuras usted ha aducido sólo dos supuestas pruebas: que contraté a un detective para que le siguiera durante una semana, lo que ya le he explicado, y que me vieron en la estación terminal el lunes pasado, vigilando los trenes

que llegaban de Chicago, cosa que niego. ¿Qué otras pruebas tiene?

—Usted estaba en la casa de la isla de Nair la noche en que el bebé fue asesinado.

—Estaba en esa casa la noche en que el bebé murió por accidente —dijo fríamente el millonario—. El informe forense apoya mi versión de la ligera diferencia en su fraseología. ¿Qué más?

—Nadie en el mundo tenía más motivos que usted para extraer el expediente «Humffrey» del archivo de Finner y destruirlo.

—Ni siquiera puedo estar seguro de que exista ese expediente —Humffrey sonrió—. ¿Puede usted probarlo? ¿Qué más?

—No tiene ninguna coartada para la tarde en que fue asesinado Finner.

—Sólo puedo repetir mi comentario anterior. ¿Algo más?

—Bien, estamos buscando pruebas contra usted —dijo Queen—. Somos todo un grupo.

—¿Todo un grupo? —Humffrey echó el sillón atrás.

—Así es. He reclutado a un grupo de hombres como yo, funcionarios de policía retirados que se han interesado mucho en este caso. Comprenda que no le serviría de nada que nos matara a la señorita Sherwood o a mí, como intentó hacer la noche del lunes. Esos hombres están al corriente de todo... y usted no sabe quiénes son. Vamos, Jessie.

Jessie sólo pudo pensar en que le estaba dando la espalda. Casi podía oír el estampido detrás de ella, mientras se dirigía a la puerta. Pero no ocurrió nada. Alton Humffrey permaneció sentado en el lujoso sillón, pensando.

—Un momento. —El millonario rodeó la mesa y se acercó a ellos.

Richard Queen se movió de manera que pudiera bloquear la puerta. Humffrey se detuvo a escasa distancia de ellos, tan cerca que Jessie pudo oler la loción para después del afeitado de sus enjutas mejillas.

—He reflexionado en ello, señor Queen —dijo en tono jovial— y he llegado a la conclusión de que usted y sus ancianos compinches no tienen exactamente nada para incriminarme.

—Entonces no tiene exactamente nada de qué preocuparse, señor Humffrey.

—Estamos en una especie de punto muerto, ¿no le parece? No iré a la policía para que usted deje de importunarme, porque prefiero que me importunen en privado más que en público. Usted no irá a la policía con su fantástica historia, porque sus actividades podrían hacer que acabara en la cárcel. Parece que usted y yo vamos a tener que soportarnos mutuamente. Por cierto, eso que lleva bajo la axila izquierda es un arma, ¿no?

—Sí —dijo el viejo, con una leve sonrisa—. Imagino que tiene usted permiso para el arma que ha decidido no sacar de ese cajón hace unos minutos.

—Ahora su imaginación vuelve a estar dentro de sus límites normales, señor Queen.

—Una vez me apuntó con un arma, Richard —dijo Jessie en tono agudo—. Fue la noche que regresé de Nueva York y encontré al bebé muerto. Incluso después de haberme identificado siguió apuntándome. Por un momento creí que iba a dispararme.

—Quizá debería haberlo hecho. —Ante aquellos ojos vueltos hacia ella, Jessie sintió el deseo de echar a correr. Algo femenino se insinuó en la voz de Humffrey, algo burlón y cruel—. He reflexionado mucho acerca de usted, señorita Sherwood, pero ahora he aclarado por fin quién es. Es el más deprimente de los seres, el que responde por su hermano. Buenas noches.

Aquella noche Richard Queen informó a los cinco hombres que le escuchaban en silencio.

—Esto va a ser duro, muchachos. Ese tipo es frío como el hielo, e inteligente. No va a precipitarse y hacer alguna estupidez. Como dije la otra noche, lo mejor que podemos hacer es ir hacia atrás. Tenemos que relacionarle con Connie Coy. Deben de haber tenido un nido de amor en alguna parte, antes de que él la abandonara y ella se mudara a la calle 88. Quizá haya constancia de que él pagó el alquiler o las facturas del hospital. Tenemos que encontrar testigos que les vieron juntos... en restaurantes, *cabarets*, escondrijos, pensiones, moteles...

Conversó con sus compañeros hasta las dos de la madrugada. Jessie se durmió apoyada en su hombro, y él no la incomodó.

Los neoyorquinos regresaron del largo fin de semana. El otoño llegó de improviso. Los niños se prepararon para volver a la escuela. Los grandes almacenes estaban atestados de público. Disminuyó

paulatinamente otra amenaza de huracán. Los titulares de los periódicos hablaron de un atraco sensacional a un banco de Queens, y los casos de Finner y la Coy quedaron postergados.

Los hombres del inspector seguían a Alton Humffrey a todas partes, pero sus idas y venidas eran ejemplares: casas de amigos, el *ballet*, los despachos de sus abogados, Wall Street, el club Harvard. No daba fiestas ni recibía en su casa.

Hablaron sobre la posibilidad de intervenir su teléfono. Johnny Kripps se inclinaba por ello.

—Ya hemos ido tan lejos, inspector, que podríamos seguir hasta el final.

Pero el inspector vetó la iniciativa.

—Es demasiado listo para decir por teléfono algo que le delate, Johnny. Además, ¿a quién se lo diría? No tiene antecedentes. No hay en su agenda ningún asunto pendiente, excepto precaverse de nosotros... Me pregunto por qué no ha ido a New Haven.

—Probablemente se mantiene en contacto telefónico con el doctor Duane —dijo Jessie.

El viejo parecía preocupado.

Los informes de Angelo, Murphy y Giffin fueron desalentadores. Si Humffrey había montado un nido de amor para Connie Coy, no pudieron encontrar el menor rastro. Antes de trasladarse al piso del West Side, la Coy había vivido en un espectacular hotel de los años cuarenta.

Los exdetectives, provistos de fotografías de Humffrey tomadas por Kripps con una cámara oculta, no dieron con nadie en el hotel que reconociera al millonario. La búsqueda de clientes del club neoyorquino con los que salió la muchacha en agosto y septiembre del año anterior, cuando quedó embarazada, había sido infructuosa.

—Por entonces tenía muchas citas fuera de la ciudad —dijo Pete Angelo—. Estuvo una semana entera en Boston. Los Humffrey cerraron su casa de la isla de Nair después del primer lunes de septiembre y regresaron a Massachusetts. Creo que lo mejor sería investigar en Boston, inspector.

—De acuerdo, Pete, pero ten cuidado. Allí es mucho más conocido que aquí.

—¿En los antros de vicio? —Angelo entrecerró los ojos, ahondando el surco de sus arrugas—. Creo que estamos ante el caso

de un individuo que ha roto un único plato. En cualquier tugurio no le conocerán a menos que le hayan visto ahí. No se preocupe, inspector.

Angelo regresó tres días después.

—No hay nada concreto —informó—. Al encargado le pareció que el rostro de la foto le era familiar, pero no pudo localizarlo. Recordó que la Coy cantó allí, pero afirma que apenas se relacionaba con nadie. Tuve que eludirle, porque empezó a mostrarse curioso. Dijo que otro detective de Nueva York había estado allí haciendo preguntas sobre la Coy.

—Pura rutina —musitó el inspector—, como si lo hicieran por falta de otros recursos. Dime, Pete, ¿enseñó el policía de Nueva York la foto de un hombre a ese individuo?

—Sólo una foto de la Coy, y no mencionó a ningún hombre en particular. Todavía no tienen ninguna pista. Mientras estaba allí hice averiguaciones en el hotel donde se hospedó la chica, así como algunas cafeterías y moteles donde podía haber estado, pero no descubrí nada. Tuve la impresión de que se reunían en Boston o a las afueras de esa ciudad, pero eso ocurrió hace un año y me parece muy poco probable que descubramos algo.

—A principios del invierno pasado debió de verla en Nueva York, cuando ella regresó a la ciudad —dijo el exsargento Murphy—, pero el hombre fue muy cauteloso.

—La cautela es el rasgo principal de su carácter —dijo sombríamente Richard Queen.

Kripps y Polonsky se habían dedicado a espiar al sospechoso. Sólo pudieron informar que tenían los pies fatigados.

El día 14 Jessie anunció que debía irse a Rowayton. El contrato de alquiler de sus inquilinos durante el verano expiraba al día siguiente y estaba un poco inquieta por el estado de la casa.

No es mucho, pero tengo algunas cosas bonitas y no quisiera que me las rompieran o se las llevaran.

—Creo que iré contigo —dijo repentinamente el inspector.

—No es necesario, Richard. No puede ocurrirme nada mientras vigilen a ese hombre día y noche.

—No se trata de eso, Jessie. No puedo comprender por qué Humffrey no se acerca por el sanatorio. Si su esposa está tan enferma, parece lógico que la visite por lo menos una vez a la

semana. Voy a ver al doctor Duane.

—Te llevaré a New Haven en el coche.

—Prefiero que no corras el riesgo de que te vean allí, por lo menos todavía no. ¿Se marchan mañana tus inquilinos?

—Sí, se irán por la mañana. Les he llamado.

—Bien, hacia el mediodía iremos en coche a Connecticut y, si no te importa prestarme el Dodge, te dejaré en tu casa y me dirigiré a New Haven. Sólo estaré ausente unas pocas horas.

El inspector dio unas instrucciones especiales a Johnny Kripps, encargado del turno de día. A la mañana siguiente Kripps llamó para decir que Humffrey estaba citado con un banquero para almorzar en la ciudad, y que por la tarde tenía otra cita con unos amigos en uno de sus clubs.

Richard Queen encontró sin dificultad el sanatorio Duane. Era un enorme edificio blanco de estilo colonial, con altas columnas, sobre una colina y rodeado por grandes extensiones de césped y jardines bien cuidados, pero la finca estaba ceñida por un muro de ladrillo coronado con púas de hierro, y en la entrada había la garita de un guardián.

La expresión del guardián era torva.

—Lo lamento, señor, pero aquí no entra nadie sin el justificante de una cita o un pase. Tendrá que pedir permiso por escrito o por teléfono.

El inspector mostró levemente su placa policial.

—Dígale al doctor Duane que quiere verle un inspector de policía de Nueva York... y no la próxima semana, sino ahora mismo.

Diez minutos después un sirviente le conducía a través de una amplia sala de recepción con muchas flores y por unas escaleras de mármol hasta el despacho privado del director.

El doctor Duane le esperaba junto a la mesa de su secretaria. Era un hombre alto y elegante, con un clavel en la solapa.

—Pase, pase —dijo en tono irritado, indicando la puerta abierta de su despacho—. Que no nos molesten, señorita Roberts. —Siguió al viejo al interior del despacho y cerró la puerta—. ¿Es usted el inspector...?

—Queen. —Miró a su alrededor. El despacho era como un decorado de cine, con mobiliario moderno, plantas en macetas y peces tropicales en unas peceras empotradas en la pared—. Sé que es usted un hombre ocupado, así que iré al grano. Quiero ver a la señora Sarah Humffrey.

El doctor Duane frunció el ceño. Tomó asiento ante su mesa inmaculada y ordenó un montón de gráficas médicas.

—Me temo que eso es imposible.

El viejo enarcó las cejas.

—¿Por qué, doctor?

—No está en condiciones de ver a nadie. Además, las instrucciones del señor Humffrey fueron muy concretas.

—¿Qué no permitiera a su esposa hablar con un policía? —preguntó secamente el inspector Queen.

—No he dicho tal cosa, inspector. Las circunstancias bajo las cuales la señora Humffrey llegó aquí, y que usted debe de conocer, hacen que los deseos del señor Humffrey sean totalmente comprensibles. No ha visto a nadie desde que ingresó aquí, excepto nuestro personal y su marido.

—¿Cómo está?

—Mejor. El pronóstico es ahora mucho más optimista. Sin embargo, cualquier trastorno emocional...

El médico estaba nervioso y no dejaba de jugar con su pajarita, los papeles y el cable del teléfono.

—Por cierto, ¿podría usted decirme qué afección le aqueja?

—Por favor, inspector Queen, no puede usted esperar que le diga eso. Si el señor Humffrey desea comentar la enfermedad de su esposa, eso es asunto suyo. Pero yo, como médico, no puedo hacerlo.

Queen se sacó del bolsillo un cuadernito de tapas negras y pasó las páginas. Duane le observaba atentamente.

—Veamos, doctor, el sábado, 20 de agosto, por la tarde llamó usted por teléfono a un abogado de Nueva York llamado Finner...

El doctor Duane se puso rígido, como si su sillón estuviera electrificado.

—¿Qué yo llamé? —exclamó—. ¿Por qué dice eso?

—Porque usted hizo la llamada.

—¡Ustedes me están acosando! Hace tiempo les dije a esos

detectives que no sabía nada de una llamada telefónica a semejante persona.

—Vaya, ¿así que le han visitado para hablar de ese asunto? ¿Cuándo fue eso, doctor Duane?

—La última semana de agosto. Parece ser que, al investigar la muerte de ese hombre... Finner, ¿no es así?... la policía de Nueva York afirmó haber descubierto en los registros de la compañía telefónica una conferencia desde este número de New Haven con el despacho de ese hombre... —El médico se interrumpió y su rostro adoptó una expresión de suspicacia—. ¿No sabía usted que estuvieron aquí?

—Desde luego, y también sé, doctor, que usted efectuó esa llamada.

—Demuéstrelo —replicó bruscamente el doctor Duane—. ¡A ver si me lo demuestran! Les dije a sus hombres que era un error. Aquí nunca hemos tenido un paciente llamado Finner, o un paciente relacionado directamente con una persona de ese nombre. Les mostré nuestros archivos para demostrarlo. Siempre es posible que algún miembro del personal hiciera esa llamada, pero todos lo han negado, y la única explicación que puedo ofrecer es la que di... que alguien de aquí llamó a un número de Nueva York pero se equivocó al marcar y le salió ese tal Finner...

Richard Queen regresó a la casita de Jessie en Rowayton.

—En cierta manera es una suerte —le dijo pensativo—. Su mentira sobre la llamada telefónica al despacho de Finner la tarde del asesinato hizo que la policía de Nueva York pusiera fin a sus investigaciones. La única pista que tenían para llegar a Humffrey fue eliminada de raíz.

—No has hecho el menor comentario sobre si te gusta o no mi casa —dijo Jessie, rodeada de cubos y fregonas. Estaba furiosa.

—Es bonita como un cuadro, Jessie. Pero esa mentira de Duane... La intimidación significa dinero para él. En eso se basa el negocio de su elegante establecimiento. No puede permitir que su nombre se vea involucrado en un caso de asesinato. No está protegiendo a Humffrey, sino a sí mismo.

Se llevó la taza de café a los labios, con el ceño fruncido.

—¡Esa gente!

—¿Qué gente?

—¡Mis inquilinos! Mira cómo han dejado mi preciosa vivienda. Unos cerdos, eso es lo que son. ¡Mira esta suciedad, Richard!

—Me parece que, ya que estoy en la vecindad, visitaré a Abe Pearl —dijo el inspector reflexivamente.

—¿De veras? Así tendré ocasión de arreglar, por lo menos en parte, este estropicio.

Queen sonrió.

—No he conocido a ninguna mujer que pudiera mirar una casa sucia y pensar en otra cosa. De acuerdo, Jessie, me iré de aquí.

Abe Pearl le saludó con un apretón de manos que casi le dislocó el brazo.

—¡Por Dios, Richard! ¿Cómo están las cosas?

Cuando el viejo le puso en antecedentes, el robusto policía meneó la cabeza.

—Esa señora Humffrey podría estar confinada por alguna razón que desconocemos. ¿Crees que está mal de la chaveta y por eso no permiten que nadie la vea?

—No, Abe, no —dijo Richard Queen lentamente—. No lo creo. Lo que ha sucedido hoy en ese lugar no hace más que confirmar una sospecha que ya tenía.

—¿Cuál es?

—Creo que la razón principal por la que Humffrey ha puesto a su esposa fuera de circulación en un lugar donde está seguro de que nadie puede acceder a ella... y el hecho de que ni siquiera él la visite, ahora que le siguen noche y día... es impedir que la veamos.

—No lo entiendo —dijo el jefe Pearl.

—La ha colocado donde nadie puede hablar con ella, y le gustaría que nos olvidáramos incluso de su existencia. A Humffrey le aterroriza algo que su esposa podría decirnos.

—¿Sobre él? —El hombretón estaba perplejo.

—Sobre él y la muerte del bebé. Tiene que ser sobre el asesinato del pequeño Michael... Probablemente esa mujer ni siquiera está enterada de los otros dos crímenes. Y si es algo que Alton Humffrey no quiere que sepamos, entonces se trata de algo que debemos averiguar. El problema estriba en cómo llegar hasta Sarah Humffrey...

Jessie quería quedarse, afirmando que necesitaría una semana para limpiar adecuadamente la casa, pero él le dio prisa para regresar a la ciudad.

Encontraron a Hugh Giffin desconsolado y a Al Murphy mirándose los dorsos de sus manos cubiertos de vello rojizo.

—No hemos adelantado nada en el hospital, inspector —dijo Giffin—. La pista vuelve a Finner y sólo Finner. Ni siquiera éste pagó directamente las facturas, sino Connie Coy, con el dinero que él le dio. Humffrey se mantuvo absolutamente alejado del asunto.

—¿Ha habido suerte con los taxistas, Murphy? —preguntó el inspector.

—No —dijo lúgubremente el exsargento—. Creo que ha abordado a todos los taxistas estacionados alrededor de la estación de término. Está claro que no tomó ninguno. O bien ese Humffrey paró a un taxi que pasaba cuando siguió a la chica aquella noche, o bien usó un coche particular.

El viejo meneó la cabeza.

—Se habría sentido más seguro en un vehículo público, Murph. En realidad, lo único que hubo de hacer cuando vio que la muchacha subía a un taxi con su equipaje en la estación de término fue tomar otro taxi, quizá en Madison o Lexington, y dirigirse al barrio de la chica, para ir andando hasta el piso. Después del crimen, probablemente se alejó a pie... Otro peatón que había salido a tomar el aire.

Murphy parecía abatido.

—No os preocupéis —dijo el inspector Queen, encogiéndose de hombros—. Sólo tenemos que seguir investigando.

Dio unas palmadas en la espalda a los dos hombres y les dijo que se fueran a casa.

A la noche siguiente, cuando Johnny Kripps se presentó con su informe diario sobre Humffrey, el viejo le dijo:

—Te relevo del servicio, Johnny. Pete Angelo puede sustituirte.

—¿Me despide, inspector? —preguntó el exagente de Homicidios, sin ningún matiz humorístico.

—¿Por el salario que cobras? —replicó Queen, sonriente pero con la misma seriedad—. ¿Crees que te han visto mientras trabajabas, Johnny?

—No, no lo creo.

—Es preciso que tomemos atajos, porque no estamos llegando a ninguna parte. Te diré lo que quiero que hagas... Lo haría yo mismo, pero tú eres el hombre más apropiado para ese trabajo. Ve a Homicidios y visita a algunos de los muchachos. Una visita amistosa a tus viejos amigos, ¿comprendes?

—¿Y hago que la conversación derive hacia los casos de la Coy y de Finner?

—Sobre todo el de la Coy. Averigua lo que saben, pero no te extralimites, Johnny... ¡No quiero tener que ser tu fiador para que te concedan libertad provisional!

A la tarde siguiente, Kripps le informó del resultado de su gestión.

—Están despistados, inspector. Todo lo que saben sobre el caso de Finner es lo de esa llamada telefónica desde New Haven, y Duane les engañó en eso. El hecho de que sea un médico que dirige un sanatorio privado les dio al principio la brillante idea de que estaba mezclado con Finner en el negocio de adopción de bebés, pero cuanto más han investigado a Duane, más limpio aparece. Han revisado a fondo el expediente del caso Finner sin encontrar ninguna pista.

—¿Y la Coy?

—Créalo o no, han sido incapaces de encontrar un solo testigo que viera algo la noche en que murió la chica. Por cierto, creen también que el asesino saltó tres o cuatro azoteas antes de llegar al suelo, y que se fue andando, probablemente por la avenida del West End.

El inspector se retorció el bigote.

—Todo lo que tienen en el caso Coy es la bala que le extrajeron de la cabeza y las que se incrustaron en la pared. —Kripps se encogió de hombros—. Tres proyectiles de la misma arma, un calibre 38 con munición especial.

—Hoy Pete ha conseguido la información sobre el permiso de armas de Humffrey —musitó el viejo—. Uno de los revólveres que posee es, o era, un Colt Cobra, al que podría corresponder esa munición. Pero el arma ha desaparecido, Johnny, de eso podemos estar seguros. Probablemente la arrojó al río Hudson la misma noche que mató a Connie Coy.

—Todo un tipo —dijo Kripps, sin admiración.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jessie.

—¿Que es todo un tipo, señorita Sherwood?

—Que se deshizo del arma.

Todos la miraron.

—Pero Jessie —protestó Richard Queen—, la posesión del arma que disparó la bala que mató a Connie Coy bastaría para asegurar una acusación de asesinato. Humffrey no sería tan estúpido como para conservarla.

Un test de comparación balística, si nos hiciéramos con el arma, nosotros o la policía, significaría el final para él.

—Las personas inteligentes a veces lo son hasta tal punto que son estúpidas —observó Jessie—. Podría haberse quedado con el arma por simple terquedad, sólo porque imagina que no le creerías capaz de hacer tal cosa. Me parece que es la clase de hombre que puede pensar así.

El exinspector Queen y el exteniente Kripps intercambiaron una mirada.

—¿Qué te parece, Johnny?

—No tenemos nada que perder.

—Perderemos mucho si nos cogen.

—Procuremos que no nos cojan.

—Además, eso podría asustarle —el viejo rió entre dientes— quizá incluso revelar algo. ¡Por qué no se me habrá ocurrido antes! Hablemos con Murph, Giffin y los demás, a ver qué les parece.

—¿Qué les parece? —inquirió Jessie—. ¿De qué estás hablando, Richard?

Él le sonrió.

—Sólo hay una manera de agarrar a un toro, Jessie... Por los cuernos. Vamos a registrar el piso de Humffrey.

La oportunidad se presentó al cabo de dos noches, cuando Cullum llevó a Alton Humffrey a Oyster Bay a visitar a unos amigos. Las mujeres del servicio tenían la noche libre.

El grupo consiguió entrar en el edificio de Park Avenue por una azotea contigua y una buhardilla vacía y cerrada con tablas. Penetraron en el piso de Humffrey por la puerta de servicio.

—Poned atención para no romper ni dejar nada fuera de su sitio

—dijo Richard Queen—, pero haced un registro a fondo.

No encontraron nada, ni arma, ni cartas amorosas, ni facturas o recibos que le relacionaran con Connie Coy, ni correspondencia con Finner... ni la menor prueba que vinculara a Alton Humffrey con la muchacha o el abogado asesinado, ni tampoco con el bebé que había corrido la misma suerte.

El teléfono sonó a las tres de la madrugada.

—¿Señor Queen? —dijo una voz nasal que le resultó familiar.

—El mismo —respondió el inspector, despierto al instante.

—Me ha decepcionado usted.

—¿De veras?

—¿Creyó realmente que encontraría algo en mi piso que pudiera nutrir sus fantasías?

—No sé de qué me está usted hablando, señor Humffrey.

—Ya, comprendo. —El tono del millonario era desagradable, pero parecía divertido—. Cuando salga de su ataque de amnesia podría hacer inventario: seguirme, registrar mi casa, investigar mi pasado... nada de eso le llevará a ninguna parte. Su situación es lamentable, señor Queen. ¿No ha pensado en consultar a una quiromántica?

El millonario cortó la comunicación sin esperar respuesta.

Al día siguiente los periódicos no dijeron nada sobre un intento de robo en Park Avenue.

El inspector convocó de nuevo a sus hombres.

—Humffrey tiene razón —les dijo tristemente—. Vamos a dejarlo.

—¿Qué? —dijo Jessie.

—¿El seguimiento también? —preguntó Wes Polonsky.

—Eso también, Wes.

Los cinco hombres miraron al sexto con incredulidad.

—No llegaremos a ninguna parte atacando los puntos fuertes de Humffrey —siguió diciendo sosegadamente—. Lo único que conseguimos es gastar tiempo, dinero y suelas de zapatos. Ese hombre ha cubierto sus huellas perfectamente, no hay manera de relacionarlo con Finner y la Coy, y por ese camino no tiene nada que temer. Lo que hemos de hacer es atacar sus puntos débiles.

—¿Es que tiene alguno? —preguntó Jessie.

—Sí. Está relacionado con lo que ocurrió en la isla de Nair el 4 de agosto. Recordad que no importa de qué asesinato se le acuse. Sólo puede dormir el sueño eterno una vez.

—¿Sarah Humffrey? Vuelves una y otra vez a ella, Richard. Él asintió.

—Es cierto. Debería haber seguido en esa dirección desde el principio. Estoy convencido de que la señora Humffrey sabe algo sobre el asesinato del bebé y a Humffrey le aterra que lo revele. — Miró a Jessie—. Es preciso que le sonsaquemos esa información, y eso significa una tarea desde el interior.

—En otras palabras, significa que es asunto mío —dijo Jessie.

Él tomó su mano, vacilante.

—No te lo pediría si hubiera una manera mejor, Jessie. ¿Crees que podrías ingresar en el sanatorio Duane como enfermera?

5

Y ENTONCES... JUSTICIA

—¿DÓNDE ESTÁ ESA MUJER? —gruñó Richard Queen—. Ya lleva media hora de retraso.

—Ya llegará —le dijo Jessie en tono apaciguador—. No pareces un novio, sino más bien un marido.

Él se ruborizó.

—¿Tomamos otro cóctel?

—Estupendo.

Queen se apresuró a llamar a la camarera.

Jessie sintió un calor interno, y no sólo por el alcohol que había ingerido. Fingir que estaba prometido en consideración a Elizabeth Currie había sido idea de Queen, el cual había insistido en acompañarla, y era preciso tener una justificación de su presencia.

—El doctor Duane te vio aquella noche en la isla de Nair, cuando acudió para llevarse a la señora Humffrey al sanatorio —alegó el inspector con testarudez—. Prefiero estar presente.

—Pero ese hombre ni siquiera me miró —había respondido ella—. Los médicos nunca miran a la cara de una enfermera a menos que sea joven y guapa.

—¡Entonces es indudable que te miró!

Cierto que el doctor Duane no estaría allí. Se trataba de un almuerzo con fines de exploración en un restaurante de Stamford, al que asistiría la amiga de Jessie, Elizabeth Currie, quien trabajaba desde hacía años en el sanatorio Duane. Abordar el problema de

entrar en el sanatorio —y finalmente en la habitación de Sarah Humffrey— por medio de Elizabeth Currie había sido idea de Jessie. Pero Richard insistió en acompañarla («Quiero ver cómo están las cosas, Jessie, pues todavía puedo cambiar de idea. Al fin y al cabo, una vez estés ahí dentro, quedaremos incomunicados...»).

Elizabeth Currie era una mujer alta, de origen escocés, con cabello de hierro, mandíbulas de acero y ojos de hueso.

—Así que éste es el hombre, Jessie. Déjeme que le vea... ¡Bien! Es algo mayor de lo que esperaba, pero... Me parece maravilloso que, dos personas de vuestra edad se encuentren cuando ha huido toda esperanza... ¡Ja, ja! ¿Cómo lo conseguiste, Jessie?

—Fue un flechazo —dijo Jessie jovialmente—, ¿no es cierto, querido?

—Sí, algo totalmente imprevisto —musitó Richard Queen—. ¿Le apetece un cóctel, señorita Currie?

—Sí, un Double Manhattan, por favor.

—Un Double Manhattan —pidió Queen a la camarera—. Será mejor que encarguemos ya la comida...

Al cabo de una hora, tocó a Jessie con la pierna, gesto desesperado y oculto por el mantel.

—Pues no, Elizabeth —dijo Jessie, tocándole a su vez—, la verdad es que nuestros planes son un poco vagos. La empresa de Richard le envía unos meses al extranjero y probablemente no nos casaremos hasta que regrese.

—Qué idea tan horrible —dijo la enfermera—. ¿Por qué no te casas ahora y te vas con él?

—Es que... no podemos permitirnoslo —terció el inspector—. Por eso Jessie está buscando algo en que ocuparse mientras yo esté ausente.

—No quiero volver a ocuparme de casos privados, Elizabeth. Ojalá pudiera encontrar trabajo...

—Estás loca —dijo Elizabeth Currie.

—Se me acaba de ocurrir que... ¡Elizabeth! ¿Crees que podría haber una plaza para mí en el sanatorio Duane?

—Siempre hay plazas vacantes. Tienen una rotación de personal increíble. Pero sigo creyendo que estás loca, Jessie.

—¿Serías tan amable de enterarte? Dímelo mañana a primera hora. Te estaría muy agradecida.

La amiga de Jessie se echó a reír.

—Yo misma hablaré con el doctor Duane. Es un hueso duro de roer, pero sé cómo manejarle. No te preocupes, que lo arreglaré. Tú eres demasiado suave.

—Quizá Elizabeth tenga razón —dijo el inspector—. ¿Qué clase de establecimiento es, señorita Currie? No quisiera que Jessie se metiera en algo...

—Eso es realmente lo que ha estado haciendo —dijo la enfermera en tono confidencial—. Es un sitio realmente bonito... como una prisión encantadora. Esos pacientes... ¡Uf!

—¿Personas muy enfermas?

—Qué va. Un puñado de hipocondríacos, eso es lo que son la mayoría de ellos, y una tiene que aguantarlos. Es tan duro que acabas por darte a la bebida. Por cierto, ¿podría tomar otro Manhattan, simpático caballero?

—No creo que te convenga, Elizabeth —dijo Jessie—, y hablando de pacientes, tenéis algunos enfermos de postín, ¿no es cierto?

—Ricachos asquerosos. ¿Podría...?

—¿No es al sanatorio Duane donde internaron a esa mujer de la alta sociedad... cómo se llamaba...? Debes de saberlo, Elizabeth... vivía por estos alrededores y sufrió una tragedia el mes pasado, cuando su bebé murió asfixiado en la cuna.

—Sí —dijo la enfermera—. La señora Humffrey.

—¡La señora Humffrey! —exclamó Jessie—. Ésa es. —Pensó que si Elizabeth recordaba los detalles del caso difundidos por la prensa, estaba perdida. Miró dubitativa a su cómplice, pero él le indicó con un movimiento de cabeza que podía continuar—. Sufrió un colapso nervioso o algo por el estilo, ¿no es cierto?

—Estaba totalmente fuera de sí —dijo Elizabeth Currie en tono despectivo—, con un *shock* debido a la penosa experiencia. De acuerdo, fue horrible, pero... Dios mío, tenía a todo el mundo pendiente de ella.

—¿Tenía? —preguntó Richard Queen—. ¿Por qué lo dice en pasado, señorita Currie?

—¿Cómo? —dijo la enfermera, que no parecía haberle entendido.

—¿Es que la señora Humffrey ya no tiene a todo el mundo

pendiente de ella?

—No, amigo mío, ya no lo tiene.

—¿Por qué no? —Esta vez Jessie no se atrevió a mirar a su compañero—. Hablas como si ya no estuviera en el sanatorio Duane.

—Es que ya no está allí. El viernes por la mañana llegó una gran limusina privada con dos fornidas enfermeras y se la llevaron. El doctor Duane se alegró de perderla de vista.

—¿Adónde la llevaron?

—Nadie lo sabe. El silencio en torno a esa mujer es impenetrable, pero ¿a quién le importa? Richard... puedo llamarle Richard, ¿verdad?... ¿Un Manhattan más? ¿Sólo uno? Es un hombre realmente encantador, Jessie...

Empezaba a oscurecer cuando se libraron de Elizabeth Currie, perpleja porque Jessie había cambiado súbitamente de idea y ya no quería solicitar un puesto de enfermera en el sanatorio Duane.

El inspector Queen conducía el coche y no ocultaba su enojo.

—¡El viernes por la mañana! Y yo estuve allí el martes, preguntando por ella. Duane debe de haber telefoneado a Humffrey, o quizá éste le llamó, Duane mencionó mi visita y, ¡zas!, a la mañana siguiente Humffrey la sacó de allí.

—Pero le estaban siguiendo, Richard.

—No fue Humffrey personalmente. ¿No lo has oído, Jessie? —Oprimió bruscamente el claxon para que se apartara un conductor demasiado lento—. Dispuso por teléfono el traslado a otro escondrijo y nos despistó mientras el nuevo personal, que podía ser cualquiera, la llevaba a cualquier parte... vete a saber, a lo mejor está en Arizona. Es listo, Jessie, listo y rápido como una centella.

Jessie se estremeció.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Quién sabe? Podríamos tardar meses en localizarla, si es que damos con ella alguna vez.

El inspector concentró su atención en la carretera.

Al cabo de unos kilómetros, Jessie le tocó el brazo.

—Richard.

—¿Qué?

—¿Por qué no lo dejamos?

—¡No!

—Pero parece tan imposible...

Ella se sorprendió al verle sonreír.

—Quizá no lo sea, Jessie.

—¿Qué quieres decir?

—Por ahora nos gana, de acuerdo. Pero hemos aprendido algo sobre el señor Alton K. Humffrey.

—¿De veras? —replicó ella en tono dubitativo.

—Eso de llevarse a su mujer y dejarnos con dos palmos de narices confirma mi creencia de que el asesinato del bebé es su punto débil. Ya no se trata de ninguna teoría. También hemos aprendido otra cosa. La manera de agarrar a Humffrey es obligarle a revelar sus planes. Si podemos sorprenderle, cogerle desprevenido...

—¿Has pensado en algo!

Queen asintió.

—Si funciona, podríamos solucionar este caso de una vez por todas.

—¿De qué se trata, Richard?

—Déjame que lo piense a fondo.

Por alguna razón, Jessie no se sintió aliviada. El título de un viejo libro de Robert Benchley, *¿Qué habrá después de 1903?*, cruzó por su mente. ¿Qué habrá después de Alton Humffrey? Se arrellanó en el asiento y cerró los ojos...

Al abrirlos de nuevo vio el airoso puente de George Washington que se tendía a su derecha.

—Me he quedado dormida —murmuró Jessie.

—Y parecías una chiquilla —dijo él en un tono peculiar.

Jessie hizo una mueca y se enderezó.

—Hace siglos que dejé de jugar con muñecas.

—Jessie...

—Dime, Richard...

—¿No tuviste una sensación curiosa? Allá, en Stamford —añadió riendo.

—¿Cuándo Elizabeth dijo que se habían llevado a Sarah Humffrey? Creí que me iba a morir.

—No, me refiero a nosotros —dijo él, ruborizado—. Fingir que

estamos prometidos...

Jessie se quedó mirando el tráfico.

—No creo que tenga nada de curioso —replicó fríamente—. Me pareció bonito.

—Bien...

Jessie permaneció un instante en vilo. ¿Acaso le diría...? Pero cuando él habló de nuevo fue para explicarle el plan que había ideado.

—Es esa de ahí, Jessie —dijo Richard Queen.

Era la noche del viernes, 28 de septiembre.

Jessie giró el volante y el vehículo enfiló el sendero de los Pearl, deteniéndose ante una vieja casa de madera blanca cubierta de glicinas y enredaderas de madreselva, en una apacible calle de Taugus. Grandes arcos daban sombra a las extensiones de césped, y en el anticuado porche abierto había dos mecedoras y un columpio.

El inspector bajó del coche sosteniendo una caja cuadrada grande, con tanto cuidado como si contuviera huevos. Jessie miraba la casa.

—Qué sitio tan encantador para que dos personas pasen toda su vida juntas.

—Según Abe es demasiado grande para dos personas.

—Apuesto a que la señora Pearl no opina lo mismo.

—Tú ganas —dijo él, riendo—. Los hijos de Becky nacieron en esta casa, por lo que para ella es un santuario. Cuando Abe compró la cabaña de la playa, le costó mucho hacerla salir de aquí durante los meses de verano. Ella no era realmente feliz hasta que llegaba septiembre y regresaban a esta casa.

—Es afortunada.

—Y Abe también lo es, en muchos aspectos.

Jessie suspiró y bajó del coche. Subieron al porche, Richard Queen con la caja en los brazos. La puerta se abrió antes de que llamaran.

—Richard, Jessie. —Beck Pearl los abrazó con entusiasmo—. ¡Dejadme que os vea! Tienen un aspecto magnífico, Abe. ¿Has visto alguna vez semejante cambio en dos personas?

—Bueno, quítate de en medio y déjales entrar —gruñó Abe Pearl

—. No sé por qué no me has dejado ir a la puerta hasta que subieran al porche...

Su esposa le taladró con la mirada.

—Me encargaré de vuestro equipaje, Jessie. No sé por qué Abe no ha insistido en que os quedarais a comer. ¡A veces es tan torpe!

La mujer se fue con Jessie y Abe Pearl entró con su amigo en la sala de estar.

—Creí que no llegaríais nunca. ¿Qué te retuvo, Dick?

—La luz del día. —El inspector depositó suavemente su paquete sobre la mesa de caoba—. ¿Te importa que baje las persianas?

—Estás muy misterioso. ¿De qué se trata? —El jefe de policía no apartaba la vista del paquete.

—Esperemos a las mujeres. —Bajó todas las persianas hasta los alféizares. Luego regresó a la mesa y esperó.

Las mujeres entraron charlando, pero cuando Beck Pearl vio el rostro del viejo, dejó de hablar y se sentó en una esquina. Jessie cogió una silla y tomó asiento, con las manos sobre el regazo.

—Abe —dijo el inspector Queen—, ¿qué dirías si te dijera que por fin tenemos a Alton Humffrey al alcance de la mano?

La mirada del jefe de policía de Taugus pasó de Queen al paquete.

—¿Lo dices por esa caja?

—Sí.

Abe Pearl se acercó lentamente a la mesa.

—Echemos un vistazo.

El inspector desató el bramante y deshizo con sumo cuidado el envoltorio. Entonces retrocedió.

—Dios mío, Dick —dijo Abe Pearl.

Se trataba de dos láminas de vidrio grueso, entre las cuales, extendida pero mostrando arrugas, como si la hubieran encontrado estrujada pero la hubiesen alisado, había una funda de almohada con bordes de encaje. Éste era exquisito, y la huella de una sucia mano masculina, algo borrosa pero inequívoca, era una ofensa. La huella estaba en el centro de la tela, y era la impresión de una mano derecha, a la que le faltaba la primera falange del dedo meñique.

—¿Dónde has encontrado esto? —le preguntó Abe Pearl.

—¿Te gusta, Abe?

—¡Si me gusta! —El jefe de policía se inclinó sobre el vidrio y

escrutó ansiosamente la funda de almohada—. ¡Sólo ese meñique sin la primera falange...! Espera a que Merrick vea esto.

—Le debes una disculpa a Jessie, ¿no crees, Abe? —dijo Richard Queen, sonriente.

—¡Desde luego, señorita Sherwood! ¡Qué ganas tengo de ver la expresión de esa cara de iceberg cuando tenga esto delante! Pero no me has dicho dónde la has encontrado, Dick.

—La hemos hecho nosotros —dijo el viejo en voz baja.

El hombretón se quedó boquiabierto.

—Es una falsificación, Abe. Y, a juzgar por tu reacción, muy buena. Eso era lo que quería averiguar. Si te ha engañado a ti, también engañará a Humffrey.

—Una falsificación...

—Hemos trabajado en ello durante una semana. Jessie fue a una tienda tras otra en Nueva York hasta encontrar una funda de almohada exactamente como la que desapareció. ¿Cómo se llama este encaje, Jessie?

—Honiton. La tela de la funda es de batista. —Jessie miró al policía—. Así pues, señor Pearl, le devolveré su disculpa.

Pearl hizo un gesto de impaciencia y salió un momento de la estancia, pero volvió en seguida.

—Cuéntame más, Dick.

—Uno de los muchachos, Pete Angelo, fue a Boston. Supusimos que ese defecto del dedo meñique de Humffrey le obligaría a encargar sus guantes a medida, y acertamos. Pete localizó a su guantero y consiguió unos guantes que el viejo había hecho para Humffrey y que éste rechazó porque no le gustaban. Entonces recurrimos a Willy Kuntzman, uno de los mejores especialistas del Departamento de Servicios Técnicos —el viejo sonrió— retirado, naturalmente, y Willy se puso a trabajar con el guante de la mano derecha. Obtuvo un molde de la mano derecha de Humffrey en ese material plástico, o lo que sea, que tiene el aspecto y la textura de la piel humana. Entonces, gracias a la descripción que hizo Jessie de la huella que había visto en la funda original, Willy hizo la copia, y ahí está el resultado.

—¿No vas a correr un gran riesgo con esto?

Richard Queen miró serenamente a su amigo.

—Estoy dispuesto a correrlo, Abe, y confiaba en que tú también

lo estarías.

—Quieres que lo use contra Humffrey.

—Por lo menos que hagas el trabajo preliminar.

El viejo guardó silencio.

—Desde luego, Abe, no es absolutamente necesario. Puedo hacerlo yo. Pero tendría más efecto si tú intervinieras. El crimen se cometió en tu jurisdicción, y es lógico que seas tú quien haya encontrado esta prueba.

—¿Dónde?

—No le digas dónde. Ni siquiera se le ocurrirá preguntarlo. Cuando lo vea se traicionará. Si lo preguntara, me lo pasas a mí. Yo le daré la puntilla.

—Oye, Dick, esto no es tan fácil —dijo lentamente el jefe de policía—. De acuerdo, Humffrey dejó la huella de su mano en una funda de almohada igual que ésta, y la hizo desaparecer antes de que llegáramos a la casa. ¿Cómo? Llegamos a la conclusión de que debían de haberla quemado, o cortado en fragmentos muy pequeños que podrían desaparecer por el desagüe del retrete. Humffrey sabe cómo se deshizo de la funda, ¿no es cierto? Si la quemó, ¿cómo podemos presentársela ahora? Si la cortó, ¿cómo podría estar entera de nuevo? —Abe meneó la cabeza—. No saldrá bien. Sabrá de inmediato que le estamos engañando.

—No lo creo, Abe —replicó el inspector, sin inmutarse—. Aquella noche, cuando hablaste de eso con Merrick, no estuve de acuerdo con vosotros, aunque no quise decir nada en presencia suya. Es muy improbable que Humffrey quemara la funda. Era una noche calurosa de agosto, y no se habría arriesgado a encender un fuego que podría haber sido visto u olido por alguien de la casa... Jessie, un sirviente, el doctor Wicks, incluso su esposa... y que más tarde lo recordarían precisamente por el calor de esa noche de agosto.

»En cuanto a lo de cortar la tela en fragmentos, Abe. El tejido es tan fino que puedes estrujarlo y convertirlo en una bolita. Podría haberlo hecho desaparecer entero por el desagüe del lavabo. Un hombre que acaba de asesinar a un bebé y espera que la policía se presente de un momento a otro —al margen de lo que corra por sus venas en vez de sangre— no va a hacer nada caprichoso. Eso sólo sucede en los libros de mi hijo. Humffrey tenía una sola idea:

librarse de la funda del modo más rápido y fácil posible.

»Desde luego, Abe, no voy a negar el riesgo, pero, tal como veo las cosas, tenemos mucha ventaja. —Se encogió de hombros—. Claro que si prefieres desentenderte del asunto...

—No seas tonto, Dick, no se trata de eso. —Abe Pearl empezó a tirarse de su carnoso labio inferior.

El viejo esperó.

Se oyó entonces la suave voz de Beck Pearl.

—Estás pensando en mí, Abe.

—Vamos, Becky —le gritó su marido—. ¡No empecemos!

—O quizá me hago ilusiones, quizá piensas sólo en ti, en tu trabajo.

—Becky... —tronó el policía.

—El problema, querido, es que en Taugus te estás ablandando. Tienes un trabajo fácil y sin complicaciones, y por eso te estás apoltronando y volviendo fofo.

—¡Maldita sea, Becky! Haz el favor de no meterte en esto.

—¿Qué sentirías si ese pequeño hubiera sido Donny, o nuestro querido Lawrence?

—¡Eres capaz de ponerme delante a nuestros nietos! —El hombre se dejó caer en un sillón con un estrépito que hizo retemblar la estancia—. ¡De acuerdo, Dick! ¿Qué plan tienes?

A la mañana siguiente, dos coches policiales cruzaron la calzada elevada de la isla de Nair, penetraron en la finca de Humffrey y ocho detectives y policías uniformados, dirigidos por el jefe Pearl, se dirigieron a la casa.

Stallings, el jardinero y guardián, estaba arrodillado en uno de los parterres, plantando bulbos.

—¿Qué ocurre, jefe? ¿Algo vuelve a ir mal?

—Nada que le concierna, Stallings —gruñó el jefe Pearl—, siga con su trabajo. Borchert, tú y Tinny ocupaos de la casa. Los demás desplegaos por la finca... ya sabéis lo que buscamos. Uno de vosotros que baje a la playa y no pierda de vista esa draga, por si descubre algo.

—Un momento —dijo Stallings, vacilante—. Soy el responsable, jefe. ¿Qué se propone?

—Esto es un registro —dijo rápidamente el policía—. Fuera de mi camino.

—Pero señor Pearl, tengo instrucciones del señor Humffrey. Me dijo especialmente que no dejara entrar a policías y periodistas.

—Eso dijo, ¿eh? ¿Sabes lo que es una orden de registro, amigo?

—¿Una orden? —Stallings parpadeó.

El jefe Pearl agitó un documento de aspecto oficial ante las narices del jardinero, volvió a guardárselo en el bolsillo y se alejó.

—Vamos, muchachos.

Se encaminó a la casa de Humffrey seguido por dos de sus detectives.

Stallings esperó.

Cuando todos los policías hubieron desaparecido, se acercó sigilosamente a la entrada de servicio, cerró la puerta con cuidado y descolgó el supletorio telefónico de la despensa. Dio a la telefonista de Taugus el número de la casa de Humffrey en Nueva York.

—Residencia Humffrey —le respondió la señora Lenihan con su tono irlandés.

—Lenihan —musitó Stallings—. ¿Está ahí su señoría?

—¿Quién es usted?

—Stallings. Tengo que hablar con el señor Humffrey.

—¿Qué te propones ahora, viejo chiflado? —replicó el ama de llaves—. Otra vez borracho, ¿eh? El señor Humffrey no está aquí.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Pidió a Henry que preparase la limusina y se marcharon esta mañana temprano. —La señora Lenihan bajó la voz—. ¿Ocurre algo?

—Ya lo creo. Esto está lleno de policías, y el jefe Pearl tiene una orden de registro. ¿No tiene idea de dónde han ido?

—Dios mío —dijo la señora Lenihan—. No lo sé, Stallings. ¿Qué buscan?

—¿Cómo voy a saberlo? —Stallings parecía disgustado—. Bueno, he cumplido con mi deber.

Colgó el aparato y regresó a su parterre.

En el despacho de Alton Humffrey, Abe Pearl colgó también el teléfono suavemente.

Poco después de las dos de la tarde, Stallings telefoneó de nuevo a la señora Lenihan. Esta vez parecía agitado.

—¿Todavía no ha vuelto el señor Humffrey?

—No, aún no —dijo el ama de llaves—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—Acaban de marcharse.

—Eso es bueno.

—Puede que no lo sea tanto —dijo Stallings lentamente—, puede que no lo sea tanto, amiga Lenihan.

—¿Qué ocurre ahora? ¡Tú y la voz de la condenación! ¿Qué han hecho? ¿Qué han dicho?

—Nada, no han querido decirme nada. Pero el jefe Pearl me ha dado una palmada en la espalda y, ¿sabes lo que me ha dicho?

—¿Qué?

—«Stallings —me dijo— tengo la curiosa sensación de que vas a tener que buscarte otro empleo».

—¡No me digas! —exclamó el ama de llaves.

—Eso es lo que me ha dicho, Lenihan, palabra por palabra.

—¿Qué crees que puede significar?

—No lo sé, pero no me gusta... ¡Será mejor que el señor Humffrey me llame en cuanto llegue a casa!

Abe Pearl empezó a telefonear al piso de Humffrey desde su despacho, en la jefatura de policía, poco después de las tres de la tarde. Llamó de nuevo a las tres y media y a las cuatro.

Cuando llamó a las cuatro y cuarto, la señora Lenihan respondió con voz aguda y tensa:

—No, todavía no ha llegado, jefe Pearl. ¡Le he dicho que se lo diré al señor Humffrey en cuanto llegue! ¡Por favor!

—No deje de hacerlo, señora Lenihan —gruñó el policía. Colgó el teléfono y comentó—: Bueno, ya está. Esperemos que esto surta efecto.

—Saldrá bien, Abe, ya lo verás —le dijo confiadamente Richard Queen.

Eran casi las seis de la tarde cuando Abe Pearl aplicó la mano al micrófono y dijo:

—¡Ya está aquí!

Richard Queen fue corriendo a la antesala. El policía telefonista le entregó los audífonos, el inspector se los colocó y, a través de la puerta abierta, indicó con un gesto que podían empezar.

—Bien, Phil —dijo sombríamente Abe Pearl—. Pásame al señor

Humffrey.

—¡Jefe Pearl! —dijo Alton Humffrey en tono airado.

—Así que por fin ha recibido mi mensaje, señor Humffrey —dijo fríamente el policía.

—Acabo de llegar. ¿Puedo preguntarle, en nombre del sentido común, qué ha ocurrido hoy? Mi ama de llaves está llorando y Stallings dice no sé qué tonterías sobre un registro de la policía en mi finca de la isla de Nair...

—Vaya, ya ha hablado con Stallings.

—¡Desde luego que he hablado con él! ¡También ha estado llamando durante todo el día! ¿Quién está fuera de sus cabales, señor Pearl, usted o él?

—Preferiría no hablar de esto por teléfono.

—¿De veras? ¿Con qué derecho invade mi propiedad, registra mi casa, pisotea mis flores y hace funcionar una draga en mi playa? ¿Con qué derecho, comisario Pearl? —El tono del millonario vibraba de ira.

—Con el derecho de todo funcionario de policía que tiene jurisdicción para buscar pruebas en un caso de asesinato.

—¿Un caso de asesinato? ¿Se refiere al bebé? Cielo santo, ¿están cantando de nuevo esa vieja canción? ¿Es que no se acuerda, señor Pearl, de que el caso está cerrado? Lo cerró usted mismo.

—Un caso de asesinato sin resolver nunca está cerrado.

—¡No fue un caso de asesinato sin resolver! Fue un accidente.

—Ha quedado claro que fue un caso de asesinato, señor Humffrey —dijo Abe Pearl—. Y ahora tenemos la prueba que lo demuestra.

Hubo una pausa.

Entonces el millonario habló en un tono totalmente distinto.

—¿Una prueba, dice usted? ¿Qué prueba?

—Le agradecería que viniera a la comisaría de Taugus, señor Humffrey. Esta misma noche.

—¿Esta noche? ¡No voy a ir a ninguna parte hasta que no tenga más información! ¿Qué prueba?

El jefe dirigió la vista a la antesala. Queen asintió.

—Digamos que se trata de algo cuya búsqueda nunca debimos interrumpir.

Hubo otra pausa.

—Ya veo —dijo Humffrey—. ¿No se referirá, por casualidad, a esa funda de almohada de la que tanto hablaba esa enfermera, Sherwood?

El jefe de policía volvió a mirar a Richard Queen. Esta vez el viejo titubeó. Pero asintió de nuevo, con semblante sombrío.

—Exactamente —dijo Abe Pearl.

—¿La ha encontrado? —El tono de Humffrey tenía una severidad sorprendente.

—No puedo decirle nada más por teléfono. ¿Nos visitará para hablar del asunto, señor Humffrey? ¿Voluntariamente o...? —Se interrumpió deliberadamente.

El millonario permaneció un momento en silencio. Luego dijo lentamente:

—De acuerdo. Estaré ahí dentro de una hora.

En cuanto se interrumpió la conexión, Richard Queen se quitó los audífonos y entró en el despacho de Abe Pearl.

—¿Estás ahora convencido? ¡Ya has oído cómo ha preguntado si has encontrado esa funda! Nunca lo habría dicho de esa manera si supiera que la funda es irreconocible. ¡Ha aceptado la posibilidad de que ese pedazo de tela pueda ser una prueba definitiva! Mira, vamos a preparar ese magnetófono. Será mejor colocarlo donde no pueda verlo... ¡Te digo que le tenemos cogido, Abe!

—El comisario Pearl —dijo Alton Humffrey.

—¿Quién es usted? —inquirió el recepcionista sin dejar de escribir.

—Alton K. Humffrey.

El funcionario alzó la vista.

—¿Humffrey? —dijo en tono rudo, y se levantó—. Tome asiento.

—Esperaré de pie.

—Como quiera.

El policía uniformado desapareció en un pasillo, más allá del refrigerador de agua.

El millonario miró a su alrededor. Estaba muy pálido. Varios patrulleros y dos detectives permanecían ociosos en silencio, mirándole. La palidez de Humffrey se intensificó. Desvió la vista y tiró del cuello de su camisa.

La robusta figura del comisario Pearl apareció en el pasillo.

—Ya ve que me he apresurado a venir —dijo Alton Humffrey. Estaba nervioso, pero su tono era amigable.

—Reynolds, ocúpese de la recepción —dijo el policía—. Harris tiene que tomar notas taquigráficas. Que no me pasen ninguna llamada. Me tiene sin cuidado que haya una revuelta.

—Sí, señor.

Uno de los patrulleros se sentó ante la mesa de la recepción.

—Por aquí, señor Humffrey. —Abe Pearl se hizo a un lado para que pasara.

Alton Humffrey se acercó a él lentamente. Ahora el millonario parecía tan perplejo como nervioso.

Los dos detectives se levantaron y fueron tras él. Humffrey les miró por encima del hombro y volvió la cabeza en seguida.

—Esa puerta, en el extremo del pasillo —dijo el comisario.

Humffrey recorrió el pasillo, con el jefe de policía pisándole los talones. Los dos detectives les siguieron.

Al llegar a la puerta, el millonario titubeó.

—Pase y siéntese, señor Humffrey. Estaré con usted dentro de un momento.

Abe Pearl le dio la espalda y susurró algo a sus dos detectives.

Humffrey entró en el despacho del comisario, inseguro. El hombre que había estado sentado en la recepción se hallaba ahora junto a una ventana, sacando punta a un lápiz. Sobre una silla, al lado del gran sillón giratorio del comisario había un cuaderno de taquigrafía. El funcionario miró a Humffrey, recogió el cuaderno de la silla, lo abrió y tomó asiento, esperando.

Sólo había otra silla en el despacho, de respaldo recto y aspecto de incomodidad. El millonario titubeó de nuevo, pero se sentó.

El comisario entró solo. Rodeó su mesa y tomó asiento. Humffrey echó un vistazo a la puerta. Las sombras de los dos detectives se silueteaban en el vidrio mate.

—Todo esto es increíble, señor Pearl —dijo Humffrey con una sonrisa—. Cualquiera diría que está usted dispuesto a arrestarme.

El sillón giratorio chirrió cuando el jefe de policía de Taugus se retrepó, el ceño fruncido.

—Tal vez debería haber venido con mi abogado —siguió diciendo Humffrey en tono jocoso.

—Su abogado no podría hacer nada por usted —dijo el comisario—. Vamos a enseñarle algo, y espero que haga usted una declaración. Luego puede llamar a diez abogados, si le apetece.

—¿Me va a mostrar algo? —dijo el millonario—. ¿Se trata de la funda de almohada, señor Pearl?

El hombretón se levantó y fue a la puerta de la antesala. La abrió y dijo:

—Adelante, Dick.

Humffrey se levantó a medias.

Richard Queen entró con la funda de almohada protegida por las láminas de vidrio, envueltas en papel de embalaje marrón.

—Queen —dijo Humffrey. Su mirada pasó del inspector al envoltorio que éste llevaba.

—Usted también, señorita Sherwood —gruñó Abe Pearl.

Jessie entró en la estancia.

El millonario se levantó.

—Debería haberlo sabido —dijo Humffrey lentamente—. Debería haberlo sabido.

—Bueno, Dick, aquí lo tienes. Encárgate tú. —El comisario miró al policía uniformado con el cuaderno de taquigrafía—. Empieza a tomar notas, Harris.

El agente preparó el lápiz afilado.

—Si no te importa, Abe, dejaré esto sobre tu mesa. —El inspector dejó el paquete y aflojó la envoltura, pero sin abrirla. Los ojos de Humffrey estaban clavados en el papel marrón. El viejo se enderezó y miró al millonario—. Ésta es toda una prueba, señor Humffrey. No me extraña su interés en que no la descubriéramos.

Ahora Humffrey estaba inmóvil, casi agazapado, sin que al parecer pudiera apartar su mirada del papel marrón.

—Es todo un caso en sí mismo —siguió diciendo Richard Queen—. No sólo echa por tierra el veredicto de muerte accidental que dieron los investigadores de la fiscalía, sino que demuestra que Michael Stiles Humffrey fue asesinado, como insistió la señorita Sherwood desde el principio. Pero incluso va más allá, señor Humffrey. No sólo demuestra que el bebé fue asesinado, sino que también prueba quién le asesinó.

Giró sobre sus talones y quitó el envoltorio de las láminas de vidrio.

—Señorita Sherwood —se apresuró a decir—, a fin de que quede constancia, quiero que identifique esta funda de almohada. ¿Es la que vio usted sobre el rostro y el torso de Michael Stiles Humffrey la noche del 4 de agosto, cuando descubrió al bebé muerto por asfixia?

Jessie se acercó a la mesa.

—Lo es —dijo ella con rigidez, y retrocedió.

Humffrey se estremeció. Ahora su palidez era amarillenta. Se aproximó lentamente a la mesa de Abe Pearl y se quedó mirando la tela colocada entre las láminas de vidrio.

—No se le ocurrió jamás que la encontraríamos, ¿verdad? —dijo en voz baja el inspector Queen—. Ahí tiene la huella sucia... la huella de una mano derecha, tal como dijo la señorita Sherwood. Pero no es sólo la huella sucia de una mano derecha, señor Humffrey, como puede ver. ¡Es la huella sucia de una mano derecha a la que le falta la primera falange del dedo meñique!

De repente Abe Pearl extendió el brazo y cogió la mano derecha del millonario. Éste desdobló el dedo meñique, como si fuera el de un niño, exponiendo su deformidad.

—Maldito asesino —dijo el comisario—. Un hombre capaz de matar a un bebé de dos meses, un niño al que acaba de dar su apellido, ¡por Dios!... De nada van a servirle sus influencias, Humffrey. Está acabado. Con esta funda de almohada como prueba, no tiene posibilidad de escapar. Lo mejor que puede hacer es sentarse en esa silla y empezar a hablar. Quiero una confesión completa, y la quiero ahora.

Le soltó con gesto despectivo e indicó la silla. Entonces se volvió.

—Le felicito por esta magnífica representación, comisario.

Abe Pearl giró sobre sus talones. Alton Humffrey sonreía, y no había el menor rastro de incertidumbre en su sonrisa. Era una sonrisa sin humor, airada y cruel.

—¿Cómo ha dicho?

—Debería haberle advertido sobre Queen, señor Pearl. Parece ser que su locura es contagiosa. —Empezó a pasear por el despacho del comisario, mirando aquí y allá con remilgado disgusto, como si estuviera en un antro. Ignoró por completo a Queen y Jessie—. Muy bien representado, puede estar seguro. El inútil registro de mi finca,

las llamadas telefónicas repetidas, las convocatorias amenazantes, los policías al acecho, esperando abalanzarse sobre el lobo malo y arrastrarlo al estanque, y finalmente... —la mirada del millonario pareció fulminar a Richard Queen y Jessie Sherwood y se posó en la funda de la almohada protegida por el vidrio—, finalmente esos dos farsantes y la producción de esta obra de arte. ¿Quién la ha preparado, comisario, usted o Queen? Supongo que ha sido usted, Queen, y sus viejos amigos de la calle 87 Oeste, porque tiene el toque de la policía metropolitana. Por desgracia, se ha equivocado. Nada más ver eso he sabido que es una falsificación. Pero usted no podía haberlo sabido, ¿verdad? Así pues, ha perdido el tiempo. Toda esa labor primorosa, el diseño del escenario, el suspense, la magnífica actuación, los extras entre bambalinas...

Alton K. Humffrey se acercó de repente a la puerta que daba al pasillo y la abrió.

Los dos detectives miraron a su alrededor, sobresaltados.

Humffrey se echó a reír.

—¿Lo encerramos ahora, jefe? —preguntó uno de los detectives.

—Apártese de mi camino, estúpido —le espetó Alton Humffrey, y salió del despacho.

—No lo entiendo —dijo el inspector Queen—, no lo entiendo de ninguna manera.

Abe Pearl guardó silencio. El patrullero Harris se había ido; los tres estaban solos en el despacho.

—No debería haberte metido en esto, Abe. Ni a ti tampoco, Jessie.

—Por favor, Richard.

—Había mordido el anzuelo —musitó el viejo mirando la funda de almohada que reposaba sobre la mesa—. Durante los primeros momentos, el pez era nuestro. Entonces echó un vistazo a la funda y supo que era una falsificación. ¿En qué hemos fallado? ¿Podría ser la funda, Jessie? ¿Es posible que el tejido, el encaje o el tamaño sean incorrectos?

—No, Richard, no puede ser eso. Es un duplicado exacto de la funda que desapareció. Yo había visto esa funda muchas veces y le comenté a la señora Humffrey lo bonita que es.

—¿Será entonces la posición de la huella?

—Que yo recuerde, está en el lugar en que le dije al señor Kuntzman qué la pusiera.

—Tal vez el motivo esté en lo que no hicimos con ella —dijo Queen de súbito—. Al fin y al cabo, Jessie, la viste bajo una luz muy escasa durante un par de segundos. Supongamos que tuviera alguna otra marca, algo en lo que no te hubieras fijado. Quizá una franja de suciedad, un manchón, un rasguño, algo que no viste.

—Supongo que será eso —dijo Jessie, en tono apagado—. Está claro que no debías haber confiado en mí. Mira en qué desagradable situación te he colocado.

—No hablemos de eso. —Richard Queen hizo una mueca—. Abe siente deseos de estrangularme...

—No me has puesto una pistola en la cabeza, Dick —dijo Abe Pearl, apesadumbrado—. Trato de imaginar qué ocurrirá ahora. ¿Crees que nos pondrá un pleito por lo que hemos hecho?

—En absoluto.

—Podría ponernos las cosas muy difíciles.

—No puede permitírsele, Abe. Lo último que Humffrey desea es provocar una investigación en toda regla. —El inspector alzó la vista—. Mira, esto no es una pérdida total. Hemos confirmado dos cosas importantes. La primera, que aquella noche Humffrey cambió la funda sucia por otra limpia, pues de lo contrario no habría visto la discrepancia. La segunda, que no destruyó la funda sucia, pues estaba dispuesto a creer que la habíamos encontrado. ¡Aún no estamos derrotados!

Jessie le miró fijamente.

—¿Seguir adelante? —le preguntó, perplejo—. Claro que voy a seguir adelante, Jessie. ¿Cómo podría detenerme ahora? Ya está casi vencido.

Jessie empezó a reír. Algo en su risa alarmó a Queen, el cual se le acercó rápidamente, pero ella dejó de reír con tanta brusquedad como había comenzado.

—Lo siento, Richard, es que me ha parecido divertido.

—No veo que esto tenga nada de divertido —gruñó él.

—Perdona —dijo ella, tocándole el brazo.

—¿No vas a seguir colaborando conmigo, Jessie? —le preguntó severamente.

Ella dejó caer su mano a un costado.

—Estoy tan cansada, Richard... No lo sé.

Durante el regreso a la ciudad los dos estuvieron tensos. Él parecía deprimido, resentido y frustrado, una combinación de cosas que Jessie, a quien le dolía la cabeza, no intentó analizar. Cuando la dejó en la calle 71, prometiéndole que estacionaría el coche en el garaje, se alejó sin decir nada más.

Jessie pasó mala noche. Por una vez la aspirina no dio resultado, y la tensión le produjo desagradables picores en la piel. Cuando faltaba poco para que amaneciera, tomó una píldora de seconal y cayó en un sueño profundo. La despertó una serie de estrépitos, miró el despertador y vio que faltaban cinco minutos para las doce. Gloria Sardella estaba dejando bolsas y paquetes en el suelo de la sala.

Con un sobresalto pensó que aquél era el último día del mes.

Entonces tomó una decisión.

—Me vuelvo a casa, Richard —le dijo por teléfono.

—De modo que te has decidido —replicó él, y guardó silencio.

Jessie se preguntó si era posible que las cosas terminaran así.

—Digamos que he dejado que mi instinto decida —dijo ella, procurando parecer locuaz—. Había olvidado que hoy regresaba Gloria. Supongo que he perdido la noción del tiempo, junto con todo lo demás. ¿Estás ahí, Richard?

—Aquí estoy.

—Me sentí tan tonta cuando Gloria entró en el piso esta mañana... Lo menos que podía haber hecho es ir a recibirla a la estación marítima. Naturalmente, Gloria se mostró muy amable, y me dijo que podía quedarme todo el tiempo que quisiera...

—¿Por qué no lo haces? —preguntó él. Parecía tener dificultad para aclararse la garganta.

—No puedo abusar así de Gloria. Ya sabes lo pequeño que es su piso. Además, ¿de qué serviría? Todo esto ha sido un error, Richard. —Jessie hizo una pausa, pero él no dijo nada—. Supongo que lo de anoche, en Taugus, fue la gota que hizo desbordar el vaso. Será

mejor que vuelva a casa y empiece a trabajar de nuevo como enfermera.

—Jessie.

—Sí, Richard.

—¿Es necesario que nos limitemos a hablar por teléfono? Quiero decir que... a menos que no quieras volver a verme...

—Qué tontería dices, Richard.

—Entonces, ¿puedo llevarte a Rowayton?

—Si quieres... —murmuró Jessie.

El inspector Queen conducía tan lentamente que otros conductores, enojados, tocaban el claxon y les adelantaban continuamente, durante todo el trayecto hasta Connecticut.

Le habló del caso durante un rato.

—Revisé algunos informes de los muchachos, de cuando seguían a Humffrey. De todos modos, anoche no podía dormir. Observé algo que en su momento no significó nada.

»Aquel viernes por la mañana, cuando Humffrey se llevó a su mujer del sanatorio Duane, el chófer, según el informe, salió de la ciudad temprano, solo, conduciendo la gran limusina. ¿Recuerdas que Elizabeth Currie dijo que se habían llevado a la señora Humffrey en una limusina privada? Tengo la corazonada de que Humffrey envió a Cullum a New Haven, mientras él se quedaba en la ciudad para despistarnos. Cullum debió de recoger a las dos enfermeras por el camino, y entonces se dirigió al sanatorio. Por lo menos, es una posibilidad. Voy a ponerme a trabajar en eso en seguida... hoy mismo.

—Deberías habérmelo dicho, Richard. No te habría permitido que perdieras el tiempo llevándome a casa.

—Eso puede esperar hasta que regrese a la ciudad —se apresuró a decir el inspector.

—¿Qué te propones hacer? ¿Sonsacar a Henry Cullum?

—Así es,, si puedo averiguar a través de él dónde está Sarah Humffrey...

No hablaron mucho más durante el resto del viaje.

Cuando llegaron a Rowayton, Queen llevó las maletas a la casa, reparó el grifo de la cocina, admiró las cinnias de Jessie y aceptó la

taza de café que ésta le ofreció. Pero no estaban comunicativos: él tendía a ensimismarse y a ella empezaba a dolerle otra vez la cabeza.

Jessie se dijo firmemente que no le ayudaría.

Queen se negó a que le llevara en el coche hasta la estación de Darien, y prefirió pedir un taxi por teléfono.

En el último momento, con el taxi esperando, le dijo de súbito:

—Jessie, no puedo irme sin... sin...

—Dime.

—Bueno, sin darte las gracias...

—¿Las gracias? —Pensó, desesperada, que estaba exagerando las cosas. ¿Cómo afrontaban las mujeres tales situaciones?—. ¿Por qué diablos tienes que darme las gracias, Richard?

Él permaneció un momento con la vista baja.

—Por los dos meses más maravillosos de mi vida.

—Soy yo quien le da las gracias, señor Queen. Tampoco han sido dos meses aburridos para mí.

—No me refiero al caso Humffrey. —Se aclaró la garganta dos veces, la segunda con irritación—. Has llegado a significar... mucho para mí, Jessie.

—¿Lo dices en serio, Richard?

—Quiero decir que un hombre de mi edad...

—¿Otra vez con eso? —dijo ella, alzando la voz.

—Y tú eres tan juvenil, tan bonita...

Jessie temió que su estómago empezara a emitir sonidos indiscretos, como le ocurría siempre que estaba agitada.

¿Sí, Richard?

En aquel momento el taxista empezó a tocar el claxon. Richard Queen se ruborizó intensamente, cogió la mano de Jessie, la agitó como si fuera un pez debatiéndose fuera del agua y musitó—: Te llamaré alguna vez, Jessie.

Dicho esto se apresuró a subir al taxi.

Jessie se sentó en el suelo del vestíbulo y lloró.

Estaba segura de que nunca llamaría. ¿Por qué habría de hacerlo? Ella le incitó al principio y ahora la dejaba plantada. No volvería.

Se castigó tomando dos aspirinas sin agua y reanudó la tarea de colocar la ropa en el armario.

Pensó en el bebé asesinado y sintió de nuevo una oleada de indignación. Mientras colgaba los vestidos se dijo que debía afrontar la verdad: era una solterona llena de sentimientos de culpabilidad, y no se debía precisamente a la menopausia, sino que tenía muchas cosas de las que sentirse culpable. No sólo que él la hubiera dejado plantada, no sólo actuar como una neurótica irresponsable, incitando a aquel hombre, haciendo que se sintiera joven de nuevo y luego dificultándole las cosas tanto como pudo. Se sentía culpable por lo ocurrido con aquella funda de almohada.

Algo se agitó dolorosamente en su interior cuando pensó en la funda. Procuró no pensar más en ella, pero cuanto más lo intentaba, más firme era su fijación en aquel objeto. Estaba segura de que la funda falsificada era exactamente igual que la que ella había visto, pero se había equivocado. A Humffrey le bastó una sola mirada para descubrir el engaño. ¿Cómo pudo haberlo sabido? ¿Qué era lo que ella no había visto, o había olvidado? Quizá si pudiera recordarlo ahora... Eso le ayudaría. ¡Eso la rehabilitaría a los ojos de Richard!

Jessie cerró los ojos y pensó intensamente, y mientras seguía colocando mecánicamente la ropa en el armario, vio de nuevo el cuarto del bebé, se vio a sí misma inclinándose sobre la cuna a la luz mortecina de la lamparilla, la almohada que cubría casi por completo el cuerpecillo inmóvil... la funda... la funda...

Pero no podía ver ningún detalle nuevo en aquella funda, cuya imagen permanecía en su mente tal como la había visto aquella noche.

Dejó caer el vestido al suelo y se acercó a la silla de madera de arce, junto a la ventana, desde donde podía ver su jardín. Era bonito, pero tan pequeño que sería inadecuado considerarlo un paisaje de postal: era más bien de sello de correos. Los dondiegos de día estaban todavía en flor, como las petunias; las bayas del cerezo silvestre eran grandes, brillantes y rojas, y los pájaros las picoteaban a placer. Jessie se sentó en la silla, contemplando el jardincillo sin verlo, y pensó desesperadamente, decidida a encontrar algo que pudiera servir a Richard para reanudar sus investigaciones.

¿Cómo se había librado aquel monstruo de la funda de almohada? No la había quemado, ni la había cortado en trozos diminutos... Estaba bajo el apremio de su propia culpabilidad, de la

histeria de su esposa, de la presencia del doctor Wicks, de la policía que se dirigía a la casa. Cuando una persona se ve apremiada, hace las cosas con rapidez, sin pensarlo demasiado. Richard había observado el miércoles por la noche que Humffrey sólo pensaba en una cosa, «desembarazarse de la funda de almohada de la manera más rápida y fácil posible».

Con un escalofrío, Jessie se puso mentalmente en el lugar del asesino.

«Supongamos que he asfixiado al bebé, que esa enfermera fisgona ha descubierto el cadáver, que reina la confusión en la casa, el doctor Wicks está presente, la policía no tardará en llegar, y, de repente, me fijo en la funda de la almohada con esa huella sucia. No deben encontrarla... sabrían que ha sido un asesinato... tengo que librarme de la funda en seguida... ¿viene alguien?... ¿de quién son esas voces? No deben verme aquí... estoy en el cuarto del niño... he de librarme de la funda, tengo que esconderla... ¿dónde?, ¿dónde?

»¡El tobogán de la ropa sucia!

»Espera, Jessie, espera, eso es demasiado fácil...

»¿Fácil? *Eso es precisamente.* ¡La manera más fácil! Sólo un paso hasta la puerta del tobogán, un movimiento de la muñeca, un empujón, otro movimiento de la muñeca... y la funda de almohada ha desaparecido. Está en el sótano, en el gran cesto que recoge la ropa para lavar... se ha mezclado con el resto de las prendas sucias. Es la manera más fácil y rápida de librarse de ella.

»Por lo menos temporalmente.

»Luego... luego la recojo y la destruyo. En cuanto pueda. En cuanto me sea posible bajar al sótano sin ningún riesgo...

»Supongamos que la policía llega en ese preciso momento. No puedes desaparecer, puesto que llamarías demasiado la atención. Tienes una esposa histérica que necesita atención, tienes que responder a las preguntas de la policía, el cadáver del bebé está en la cuna... tienes que ocultar tu culpabilidad, demasiado evidente... y los sirvientes que cuchichean abajo, tomando café, te verían si intentaras bajar al sótano. Y tendrías la constante necesidad de escuchar cada susurro, de observar cada cambio de expresión, cada ida y venida, para asegurarte de que no sospechan de ti...».

Jessie frunció el ceño. Todo esto parecía muy bien... con una salvedad. La policía había registrado la casa a fondo. El jefe Pearl

ordenó expresamente que se registrara el sótano y los cestos de la ropa, y no habían encontrado la funda de almohada. Así que tal vez...

Así que tal vez la habían pasado por alto.

¡Eso era lo que debía de haber sucedido!, se dijo Jessie, exultante. Por alguna razón no habían encontrado la funda de almohada, y Alton Humffrey debió de pasarlo muy mal mientras la buscaban. Por fin respiró aliviado cuando no la encontraron, y esperó a que se marcharan para bajar sigilosamente al sótano, hurgar en el cesto de la ropa sucia y rescatar la fatal pieza de batista. Pero despuntó el día, avanzó la mañana y los hombres de Abe Pearl seguían en la finca, registrándolo todo, y el millonario seguía temiendo que le vieran si bajaba al sótano.

Entonces, claro está, llegó Sadie Smith, aquella mujer de Norwalk con su automóvil Olds de 1938, que hacía un ruido de mil demonios, en el que iba a la casa los martes y los viernes por la mañana para lavar la ropa sucia...

Sadie Smith llegó para hacer la colada.

Jessie se retrepó en la silla de arce, y le sorprendió descubrir que estaba temblando.

Era evidente que después de aquello Alton Humffrey juzgó que estaba a salvo. Pasó aquel día, una semana, un mes, y la funda de la almohada se desvaneció en el limbo de las cosas olvidadas. Sadie Smith había lavado la funda junto con la demás ropa sucia, sin ver la sucia huella de una mano, o sin darle importancia. Y ése era el final del asunto.

El final del asunto.

Jessie suspiró. Poca ayuda podía prestarle a Richard con sus especulaciones. ¡Pero un momento!

Sin duda Sadie no pudo estar sorda y ciega a lo que ocurrió en la casa aquel día. Sin duda, la señora Lenihan o la señora Charbedeau, o una de las doncellas, debió de mencionarle la funda de la almohada por la que los policías estaban poniendo la casa patas arriba. Aunque los agentes no la hubieran encontrado en el cesto de la ropa sucia, ¿no habría estado Sadie ojo avizor por si la encontraba?

¡Claro que sí!

Entonces, ¿por qué no la había encontrado?

Aún era de día cuando Jessie aparcó ante el bloque de viviendas con fachada de ladrillo en Norwalk. En aquel momento Sadie Smith se estaba poniendo una bata. Era una mujer robusta y muy morena, de brazos musculosos y ojos negros, de mirada festiva y astuta.

—¡Señorita Sherwood! —exclamó al verla—. ¡Vaya, qué sorpresa! ¡Pase, pase! Acabo de regresar del trabajo...

—Lo siento, tal vez debí venir en otro momento, señora Smith. No debía presentarme a la hora de la cena y sin llamarla previamente por teléfono.

—Nunca cenamos hasta las ocho o las nueve, que es cuando mi marido vuelve a casa. Pase a la sala y siéntese, señorita Sherwood. Prepararé un té.

—Gracias, pero ¿por qué no lo tomamos en la cocina? Es muy acogedora, y tengo tan poca oportunidad de estar en la mía propia...

Mientras ponía la tetera al fuego, la señora Smith preguntó en voz baja:

—Se trata de los Humffrey, ¿no es cierto, señorita Sherwood?

—Sí —admitió Jessie.

—Lo sabía. —La mujer morena se sentó en el otro extremo de la mesa—. No tiene que decirme que todavía le preocupa cómo murió ese chiquitín. Es terrible, señorita Sherwood, pero ha muerto y no puede hacerse nada para que vuelva a la vida. ¿Por qué no se olvida de los Humffrey?

—Quisiera hacerlo, pero hay motivos que me lo impiden. Dígame una cosa, Sadie. ¿Recuerda aquel viernes en que vino para hacer la colada? El día siguiente al de la muerte del pequeño Michael.

—Desde luego.

—¿No encontró ese día una funda de almohada de batista, con un encaje delicado... una funda que estaba muy sucia? Tenía la huella de una mano de hombre sucia.

Sadie Smith la miró enarcando una ceja.

—Eso es lo que los detectives me preguntaron muchas veces ese día.

—¿Ah, sí? ¿Y no se lo preguntó alguien más, quiero decir... gente de la casa?

—La señora Lenihan me habló de eso en cuanto llegué. Me contó

lo del niño y me dijo que la policía estaba revolviendo la casa en busca de una funda de almohada sucia. Le respondí que la buscaría con cuidado entre toda la ropa sucia, y así lo hice.

—¿Nadie más le mencionó la funda de almohada, aparte de la señora Lenihan y los detectives?

—No.

—Supongo que nunca la encontré.

—En efecto. Comprobé el contenido del cesto una docena de veces, pero no estaba allí. ¡La tetera! —La robusta mujer se levantó de un salto y empezó a preparar el té.

—¿Había alguna funda de almohada entre la ropa sucia de aquel día?

—No, ninguna.

—¿Ninguna? —Jessie frunció el ceño—. Es extraño.

—También a mí me lo pareció. ¿Lo toma usted con leche y azúcar, señorita Sherwood?

—Sin nada, gracias —dijo Jessie, ensimismada—. No había ninguna funda de almohada...

—Bueno, ahora va a probar estas deliciosas pastas de té que acabo de comprar, y si no lo hace me enfadaré. Sigamos con lo de esas fundas de almohada. Lo primero que se me ocurrió pensar fue que aquella doncella del piso de arriba, tan patosa la pobre, había metido un bulto demasiado grande en uno de los toboganes de la ropa. Ya lo había hecho en un par de ocasiones: la ropa se atascaba y teníamos que extraerla con un desobturador de fontanero que guardaban en el sótano.

—¡Un tobogán atascado! ¿Cree usted que eso es lo que pudo haberle ocurrido a la funda de almohada, Sadie? —preguntó Jessie con excitación—. ¿Es posible que el tobogán ya estuviera atascado y la funda no llegara abajo?

La señora Smith meneó la cabeza.

—No, el tobogán no estaba atascado. Aquella mañana cogí unas pinzas de tender y deslicé una por cada tobogán para ver si estaban desatascados, y comprobé que lo estaban. Entonces me acordé de que el viernes por la mañana es el día en que la doncella del piso superior cambia la ropa de las camas, y debido al jaleo que había habido en la casa aquella mañana, no había llegado a hacerlo. Pruebe una de estas pastas, señorita Sherwood.

—Está deliciosa —dijo Jessie, mordisqueando una—. ¿Comprobó todos los toboganes, Sadie? ¿También el del cuarto del bebé?

—No, ése no. En primer lugar, no me dejaron entrar allí, y, por otro lado, nunca hubo ningún problema de atascamiento en el tobogán de ese cuarto, porque usted siempre deslizaba la ropa sucia desde ahí.

¿Era posible?, se preguntó Jessie ávidamente.

Pero ella era la única persona que había utilizado el tobogán del cuarto del bebé. Siempre se había ocupado ella misma de cambiar las ropas de la cuna, y siempre había echado las piezas al tobogán una tras otra, aunque las sábanas eran tan pequeñas.

Jessie tomó un sorbo de té, desesperanzada.

—... aunque hubo un problema con el tobogán del cuarto del bebé, cuando lo instalaron —decía la lavandera—. Me olvidé de ese detalle, quizá porque nunca sucedió nada.

—¿Cómo? —Jessie alzó la vista—. ¿Qué ha dicho, Sadie?

—Cuando instalaron el tobogán. Antes de que usted empezara a trabajar en la casa, señorita Sherwood. No había cuarto del bebé ni tampoco habitación adyacente —el dormitorio suyo— antes de que los señores Humffrey adoptaran al niño. En el piso superior había una sala, e hicieron dos habitaciones, para el bebé y una niñera. Fue entonces cuando instalaron el tobogán en el cuarto del bebé. Antes no estaba ahí.

—Pero ha mencionado algún problema con el tobogán de ese cuarto durante la instalación...

—Sí, ahora se me ha ocurrido —dijo la señora Smith—. El señor Humffrey estaba fuera de sí. Parece ser que, cuando colocaron el tobogán y el operario lo estaba probando, echando cosas por él, descubrió que tenía un defecto... un trocito de metal o algo que sobresalía en algún lugar del tobogán... y de vez en cuando algo se enganchaba allí. El operario introdujo una herramienta y estuvo palpando hasta dar con el saliente, y lo limó como pudo. Supongo que hizo un buen trabajo, porque a usted no se le quedó nada atascado en ese tobogán, ¿verdad, señorita Sherwood?

Jessie pensó que, en efecto, nunca se le había atascado nada... ¡Pero tal vez había tenido suerte!

Tal vez aquella noche Alton Humffrey había dejado caer la

funda de almohada por aquel tobogán... Era posible que esa vez la tela hubiera quedado enganchada en lo que quedaba del saliente metálico.

Así pues, Sadie Smith no había encontrado la funda, mientras que Alton Humffrey pensó que la lavandera había encontrado la funda y la había lavado... pero la funda se enganchó en el tobogán del cuarto del bebé... y allí seguía.

Jessie colgó el auricular, recogió las monedas y se sentó en la cabina telefónica, mordisqueándose las uñas. Richard Queen no estaba en su piso de Nueva York, por lo que debía haber ido en busca de Henry Cullum. En la comisaría de Taugus le dijeron que el jefe Pearl se había ido y no regresaría hasta el día siguiente, y la llamada a la casa de Pearl había sido infructuosa. El matrimonio debía de haber salido de visita, o a cenar y al cine.

Jessie permaneció allí sentada, sintiéndose frustrada.

Se dijo que tenía que cerciorarse, y no podía esperar al día siguiente. Debía hacerlo aquella misma noche.

Pensó, de repente, que podía hacerlo sin ayuda.

Aceptó esa idea al instante y sin detenerse a reflexionar en las dificultades. Se dijo que si pensaba demasiado no se atrevería a hacerlo. Salió de la cafetería, subió a su coche y se dirigió a Taugus.

La farola de barco electrificada sobre la caseta parecía perdida contra la masa oscura de la isla de Nair.

Jessie condujo lentamente por la calzada elevada, temerosa de que hubiera guardianes fuera de temporada. Si los había, estaba perdida. Cuanto más se acercaba a la caseta, más temerario le parecía su proyecto.

Un hombre grueso, vestido de uniforme, salió de la caseta y alzó la mano.

La barrera estaba bajada. Jessie pensó que allí terminaban sus propósitos.

—Vaya —dijo una voz familiar—. Si es la señorita Sherwood.

¡Charlie Peterson!

—Hola, señor Peterson —dijo Jessie afectuosamente—. ¿Qué

hace usted aquí? Creí que se había ido. Por lo menos usted dijo que iba a marcharse.

—Bueno, ya sabe como son las cosas —dijo el hombretón—. El empleo no es malo, sobre todo después del verano.

—Y cuando los policías no le vuelven a uno loco. —Jessie sonrió, preguntándose qué podría decirle.

—Tiene razón. —El guardián apoyó un codo en el borde de la ventanilla del coche—. ¿Cómo le va, señorita Sherwood?

—Muy bien, ¿y a usted? —Tenía que encontrar una excusa plausible, ¿pero cuál?

—No me quejo. No esperaba volver a verla por aquí. —Peterson la miró de una manera extraña, y Jessie se vio sin escapatoria—. ¿Qué le trae a la isla?

Jessie se humedeció los labios.

—Verá...

Él le acercó más su grueso rostro. El aliento le olía a alcohol.

—No habrá venido por mí, ¿verdad?

Jessie casi se echó a reír. ¡Problema resuelto!

—Vamos, señor Peterson —le dijo pícaramente—. Es usted un hombre casado.

Él soltó una carcajada.

—¡No se le puede reprochar a un hombre vigoroso un poco de fantasía! Si va a la casa, no hay nadie.

Jessie pensó, exultante, en lo afortunada que podía llegar a ser.

—¿No hay nadie, señor Peterson? ¿Dónde está el celador?

—Stallings ha tenido que ir a Concord esta noche. El señor Humffrey le telefoneó para pedirle que llevara unos bulbos o no sé qué para trasplantarlos. En Concord está la residencia invernal de los Humffrey.

—No sé qué hacer —dijo Jessie en tono compungido—. ¿Sabe si Stallings volverá esta noche?

—Supongo que lo hará mañana por la mañana.

—Podría volver mañana, pero ya que estoy aquí... —Le miró suplicante, confiando en que los efectos del alcohol no se hubieran disipado—. ¿Cree que podría entrar en la casa unos minutos? Me olvidé de algunas cosas cuando hice el equipaje, y he venido a recogerlas.

Peterson se rascó su mandíbula prominente. Jessie pensó que

coquetearía con aquel palurdo si era necesario.

—Tratándose de usted, señorita Sherwood... —Entonces, con la mano en la barrera, le dijo—: Espere un minuto.

¿Qué se proponía?

—¿Cómo va a entrar en la casa?

—Oh, ya me las arreglaré —se apresuró a decir Jessie. No tenía idea de cómo lo haría.

—Un momento. —Peterson entró en la caseta y salió poco después, exhibiendo una llave—. Stallings siempre me deja la llave, por si se presenta el señor Humffrey cuando él está fuera de la isla. ¿Necesita ayuda, señorita Sherwood? —le preguntó galantemente.

—No, gracias —replicó Jessie, aferrando la llave.

Mientras avanzaba por la carretera de la isla, se sintió como si ella misma hubiera ingerido licor.

Stallings había dejado encendida la luz sobre la puerta de servicio. Jessie aparcó en el sendero, cerca de la entrada, desconectó el motor, apagó las luces y bajó del coche.

Sus pies hicieron crujir ruidosamente la grava, y Jessie vaciló. Sentía picores en la piel, y se preguntó por qué estaba tan nerviosa, ya que nadie podía oírla.

No obstante, caminó como si temiera pisar arenas movedizas.

Abrió la puerta de servicio y entró por fin en la casa de Humffrey. Se sintió momentáneamente aliviada: cuando estuvo con la espalda contra la puerta, el alivio desapareció.

La oscuridad era absoluta.

Pensó que eso era lo que ocurría cuando una era honesta. Allí no había nadie, ni tampoco en la isla, salvo Peterson, con cuyo permiso estaba allí, y no obstante... Le parecía que la casa estaba llena de ruidos furtivos, como si la madera y el yeso respirasen.

«Recuerda a Michael», se dijo severamente. «Recuerda aquel cuerpecito muerto». Aspiró hondo y despatio, y luego exhaló el aire.

Sus temores desaparecieron de inmediato, y la atmósfera de la casa dejó de serle hostil.

Jessie se apartó de la puerta y avanzó con paso decidido. Su mano tocó la puerta del sótano. La abrió, palpó la pared en busca

del interruptor, lo encontró y encendió la luz.

Bajó las escaleras. Los escalones estaban alfombrados y no produjo ruido alguno.

Al llegar abajo hizo una pausa para mirar a su alrededor.

Sabía dónde estaba la salida del tobogán. Podía verla desde el lugar en que se encontraba, con el gran cesto de la ropa todavía en su sitio, bajo la abertura. Ella misma había lavado siempre los pañales y las camisetas del bebé, negándose a que la señora Humffrey los entregara a la lavandera. «Me gusta saber con qué lavan los pañales de mis bebés», la había dicho a su patrona. «He visto demasiados culitos escocidos».

Era curioso lo que una podía pensar cuando... Se obligó a concentrar sus pensamientos en lo que estaba haciendo.

Sadie Smith había mencionado un «desatascador de fontanero», y Jessie sólo tenía una vaga idea de cómo era ese instrumento. Suponía que servía para desatascar tuberías y otras cosas que se obturaban y eran difíciles de limpiar. ¿Dónde lo guardarían? Entonces recordó que una de las paredes del sótano estaba cubierta de estantes para almacenar herramientas, bombillas y diversos cachivaches. Allí estaría probablemente el desatascador. ¿No estaba en el extremo del sótano, detrás de la estufa?

Jessie pasó junto a los fregaderos donde la señora Smith había lavado prendas a mano, pasó junto a la lavadora automática y la secadora, rodeó la estufa...

Allí estaba.

Encontró el desatascador en el estante inferior, entre unas llaves de tuercas, trozos de tubería y otros accesorios de fontanería. Era inequívoco, un largo cable metálico enrollado, con una especie de cabezal curvo.

Provista del instrumento, se acercó a la salida del tobogán que partía del cuarto infantil, apartó el cesto, insertó el cabezal del cable en la abertura y empujó. Siguió empujando hacia arriba a medida que desenrollaba el cable, el cual producía un sonido chirriante al ascender. Continuó moviéndolo de un lado a otro.

Subió más y más, hasta que finalmente chocó con algo que estaba muy arriba y no avanzó más. Evidentemente, había encontrado la puerta del tobogán en el cuarto del niño.

No había bajado ninguna prenda.

Jessie se sentó en el suelo del sótano y se echó a reír. Sus pinitos detectivescos habían sido un fracaso.

Lo único que podía hacer era devolver el desatascador al estante, apagar la luz, subir a su coche y regresar a su casa.

Todavía sentada en el suelo, bajo la abertura del tobogán, Jessie empezó a recuperar el cable, que fue enrollándose con un sonido rasposo. Apareció el cabezal, y algo arrugado y blanco apareció con él y cayó en su regazo.

La tela era de batista y tenía un borde de encaje. Un encaje Honiton.

Con dedos temblorosos, Jessie cogió la funda de almohada por dos de sus ángulos y la alzó.

La huella de una mano sucia se veía claramente en el centro del rectángulo.

—Lo he conseguido —dijo Jessie en voz alta, asombrada—. Lo he conseguido.

Una voz horriblemente familiar replicó a sus espaldas:

—Sí, lo ha conseguido, señorita Sherwood.

La cabeza de Jessie giró como la de una muñeca. El terror la paralizó.

Alton K. Humffrey estaba al pie de las escaleras del sótano.

Sostenía un arma en la mano derecha, y el arma apuntaba al corazón de Jessie.

El cañón del arma se acercó más y más. «Richard», pensó Jessie. «Richard».

—Ante todo, señorita Sherwood, me haré cargo de esto —dijo la voz horrible.

De un tirón le arrancó la funda de almohada de la mano. Por el rabillo del ojo, Jessie vio que Humffrey la arrugaba con la mano izquierda y se la guardaba en el bolsillo.

La pistola retrocedió, pero no mucho.

—Está asustada, señorita Sherwood, y la comprendo, pero sólo puede culparse a sí misma, aunque supongo que no es un último pensamiento especialmente consolador. Créame, esto me desagrade casi tanto como a usted, pero ¿qué alternativa me queda?

Jessie casi estuvo a punto de decir, ninguna, pero sabía que si

abría la boca no saldría de ella más sonido que el castañeteo de sus dientes.

«Richard, Richard, ni siquiera sabes dónde estoy, ni tú, ni el comisario Pearl, ni nadie excepto Charlie Peterson, ¿y de qué me sirve? Alton Humffrey se ha encargado de eso, pues de lo contrario no estaría aquí apuntándome con una pistola. Vas a morir sola, Jessie, como una idiota, sentada en el suelo de un sótano en una casa vacía de una isla vacía.

»Vas a morir».

—Debe usted comprender que no tengo elección —decía la voz sin el menor rastro de enojo o resquemor—. Ha encontrado la funda de almohada, la ha examinado. Probablemente es usted incorruptible. En cualquier caso, está demasiado relacionada con ese fisgón de Queen. Así pues, debo matarla, señorita Sherwood. No me queda otro remedio.

«Esto no está ocurriendo», pensó Jessie. «No, no es posible que suceda».

—No crea que me complace esa perspectiva. No tengo tendencias asesinas. He descubierto que asesinar es más fácil de lo que creía, pero no es agradable. Su muerte es incluso peligrosa para mí. Peterson sabe que está usted aquí. Podría abatirla como si fuera una intrusa, y decir que disparé antes de darme cuenta de quién era, pero Peterson me informó de su presencia y, naturalmente, también sabe que yo estoy aquí. Así pues, me veo obligado a correr un gran riesgo.

«Voy a despertar de un momento a otro...».

—Cuando usted desaparezca, es evidente que las sospechas recaerán en mí. Después de llevar su cadáver mar adentro y sumergirlo en aguas profundas, tendré que inventar una historia, que no creerán, desde luego, por plausible que sea. Pero al fin y al cabo, ¿qué pueden hacer sin cadáver, sin la evidencia del crimen? Creo que saldré bien librado. Ésta es una habitación a prueba de ruidos, señorita Sherwood, y... perdóneme... pondré mucho cuidado en eliminar las huellas una vez la haya liquidado.

«Es absurdo. Está tratando de asustarme. Nadie podría hablar con tanta calma y tener la intención de acabar con una vida humana. Nadie».

«Richard, Richard».

—Todavía no comprendo por qué ha venido aquí esta noche. — Esta vez la voz del millonario tenía un leve dejo de petulancia—. Desde luego, no tenía idea de que iba a encontrarme con alguien. Vine con la misma finalidad que usted, para revisar el tobogán del cuarto infantil. Esa farsa en el despacho del comisario Pearl... antes de que Queen mostrara la falsificación... hizo que me preguntara cómo podían haber encontrado la funda de almohada. Y eso me hizo recordar la obstrucción del tobogán cuando se instaló. ¿Cómo se enteró de ese detalle, señorita Sherwood? —Jessie se agitó y el millonario dijo bruscamente—. No se mueva, por favor.

—Tengo que hacerlo —se oyó decir a sí misma—. Se me han dormido las piernas, y el cuello...

—Lo siento —dijo él, como si lo sintiera de verdad—. Puede levantarse.

Jessie se puso en pie. Las rodillas no la sostenían, y se apoyó en la pared del tobogán.

—En cierto modo ha sido una desgracia para usted que empleara a un celador —dijo monótonamente el millonario—. Si no fuera porque Stallings estaba presente, habría examinado el tobogán anoche. Pero tuve que volver a Nueva York y buscar una excusa para alejar a Stallings de aquí. ¿Por qué ha venido precisamente esta noche para revisar el tobogán?

—¿Importa acaso? —La cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos.

—Supongo que no.

Jessie oyó un chasquido. Abrió los ojos y miró a aquel hombre horrorizada. Humffrey retrocedía mientras alzaba el brazo, lo extendía con el arma de brillo azulado en el extremo... Podía ver el dedo meñique deforme en la culata, el dedo índice que empezaba a tensarse...

—No me mate, señor Humffrey, no quiero morir, por favor, no me mate.

—Debo hacerlo —musitó Alton Humffrey.

—¡No! —gritó Jessie, y cerró los ojos con fuerza.

El estallido reverberó en el sótano.

Jessie pensó que no sentía dolor, y le pareció extraño. Ningún dolor en absoluto. Había oído el ruido del disparo y el de vidrios rotos...

¿Vidrios?

Abrió los ojos. La mano derecha de Alton Humffrey era una pulpa sanguinolenta. Su arma estaba en el suelo, y se sujetaba convulsivamente la muñeca derecha con la mano izquierda. Su rostro tenía una expresión agónica. Una mano masculina, que sujetaba un revólver humeante, se retiraba de una ventana rota en lo alto de la pared del sótano, mientras que otros dos hombres bajaban saltando los escalones del sótano para arrojarle sobre el millonario herido y derribarle al suelo.

Entonces una figura familiar apareció en lo alto de la escalera y Jessie vio que era él quien había disparado a través de la ventana del sótano. Bajó corriendo las escaleras, con el revólver humeante todavía en la mano, y la abrazó.

—Richard —dijo Jessie, antes de desmayarse.

Al despertar vio un techo blanco. Había algo familiar en el aplique de la luz y las molduras, y miró a su alrededor. Naturalmente, era su habitación, la que estaba al lado del cuarto del bebé. Pensó que el pequeño lloraría al cabo de un momento, sonaría el despertador y ella saltaría de la cama...

Entonces recordó.

Jessie se incorporó en la cama.

La señora Pearl estaba sentada en la mecedora, al lado de la cama, sonriéndole.

—¿Cómo se encuentra, Jessie?

—Creo que bien. —Jessie bajó la vista. Alguien, confió en que hubiera sido Becky Pearl, le había quitado el vestido y la faja—. ¿Ha sido usted quien...?

La mujer menuda asintió. Se levantó para apagar la luz de la mesilla de noche y encendió la del techo.

—¿Qué hora es? —preguntó Jessie. También le habían quitado el reloj.

—Alrededor de las tres de la madrugada. Ha dormido mucho, después de que el doctor Wicks le pusiera una inyección. ¿No se acuerda?

—Trato de acordarme, Becky, pero... ¿Cómo es que está usted aquí?

—Nos localizaron a Abe y a mí en casa de unos amigos, en

Westport. Cuando supe la horrible experiencia por la que había pasado, le pedí a Abe que me dejara acompañarle. Richard quería llevarla a un hospital, pero el doctor Wicks dijo que no era necesario. ¿Está segura de que se encuentra lo bastante bien para levantarse?

—Sí. —Jessie apoyó rígidamente las piernas en el suelo—. ¿Dónde está Richard?

—Todavía está aquí, con todos los demás. Aún no quieren mover a Humffrey. Ha perdido mucha sangre y está en cama, custodiado. —La expresión suave de Beck Pearl se endureció—. Es curioso que cuiden tanto de los asesinos. Yo le habría dejado desangrarse hasta morir.

—No debe decir una cosa así, Becky.

—Usted es enfermera, Jessie —dijo la mujer menuda en voz baja—. Yo soy sólo una mujer que ha tenido hijos y que tiene nietos. Ese hombre asesinó a un bebé.

Jessie se estremeció.

—Déjeme que la ayude, querida.

—No, por favor. Podría decirle a Richard que estoy levantada.

Beck Pearl sonrió y salió de la estancia.

«Todo ha terminado», se dijo Jessie una y otra vez mientras se ponía la faja. «Sí, todo ha terminado realmente».

Le estaba esperando en el pasillo.

—Richard.

Él la tomó en sus brazos.

—¿Seguro que estás en condición de levantarte?

—Me has salvado la vida.

—Estás muy pálida.

—Me has salvado la vida, Richard —repitió ella.

Él se sonrojó.

—Será mejor que te sientes.

La condujo al gran sofá frente al despacho de Alton Humffrey. Jessie se fijó en su semblante fatigado. Fatigado y... algo más. ¿Inquieto, quizá?

—¿Qué hacías aquí, Jessie? Cuando miré a través de esa ventana del sótano y vi que Humffrey te apuntaba con su arma, no podía dar

crédito a mis ojos.

—Te llamé por teléfono antes de venir, pero no estabas, y tampoco pude localizar al comisario Pearl ni a su esposa.

Jessie le contó lo que había averiguado durante su visita a Sadie Smith y cómo, obedeciendo a un impulso, había decidido investigar el tobogán por su cuenta, cuando no pudo dar con él ni con el jefe de policía de Taugus.

—Lo que no entiendo, Richard, es qué hacías *tú* aquí. Creí que estabas en la ciudad, buscando a Henry Cullum.

—Empecé a hacerlo, pero tropecé con Johnny Kripps y Wes Polonsky. —Sonrió—. Estaban vigilando por su cuenta el piso de Humffrey en Park Avenue. Fue una suerte, porque Wes tenía allí su coche. Estuvimos al acecho, esperando que Cullum apareciera, a fin de sonsacarle el paradero de la señora Humffrey. De pronto vimos que Humffrey salía con mucho sigilo. Iba solo, y actuaba de una manera tan rara que decidimos seguirle.

Entró en el garaje, salió con su coche y se dirigió a la autopista del West Side. Le seguimos hasta la isla de Nair, y eso fue todo.

Jessie apoyó la cabeza en su hombro.

—Todo ha terminado, Richard.

—No, no ha terminado.

Su hombro estaba rígido. Jessie se irguió rápidamente.

—¿No ha terminado? ¿Qué quieres decir, Richard?

Él se oprimió los ojos.

—No sé hasta qué punto es conveniente que te lo diga, Jessie. ¿Puedes encajar un duro golpe?

—Un duro golpe... —Se preguntó alarmada de qué se trataba ahora. ¿Qué ha ocurrido?

—No podíamos imaginar que íbamos a complicarnos tanto la vida cuando nos metimos en esto. No recuerdo haber investigado nunca un caso como éste.

—¿Por qué lo dices?

Él se levantó y le cogió la mano.

—Te lo enseñaré, Jessie.

Los dos detectives del comisario Pearl, Borchert y Tinny, estaban en el despacho. Borchert leía *La República*, de Platón, con el ceño muy fruncido. Tinny dormitaba en un sillón de cuero.

Ambos se incorporaron de un salto cuando Queen abrió la

puerta. Les indicó con la mano que no se movieran; Borchert volvió a sumirse en aquella lectura que parecía pasmarle y Tinny se retrepó y cerró los ojos de nuevo.

—Ahí está, Jessie.

La funda de almohada sucia estaba extendida sobre la mesa de Humffrey. Habían quitado todos los demás objetos.

—Ésta es la que yo encontré —dijo Jessie—. La saqué del tobogán conectado con el cuarto del niño. Entonces él... entró y me la arrebató.

—Entonces la has visto.

—Sólo le di un vistazo.

—Examínala, Jessie.

Ella se inclinó sobre la pieza de tela. Ahora que la veía bajo una luz intensa y sin prisas, le pareció notable lo bien que había recordado la posición de la huella de la mano cuando supervisó la falsificación.

Meneó la cabeza.

—No puedo ver nada especial en esto, Richard. ¿Es que hay algo en el dorso? Nunca he mirado ahí.

—La verdad es que sí lo hay. —Cogió la funda por el ángulo superior derecho y la volvió un poco. Algo por debajo de la parte posterior del encaje, Jessie vio una pequeña mancha, de color marrón rojizo—. Es una mancha de sangre, probablemente procedente de un rasguño en un dedo. Sin embargo, recuerda que Humffrey no miró el dorso de nuestra falsificación. La teníamos del otro lado, sobre la mesa de Abe, bajo el vidrio. —Colocó la pieza en su posición anterior—. ¿Todavía no ves en qué nos equivocamos?

Jessie miró fijamente la funda.

—No.

—Echa otro vistazo a la huella, Jessie. Esta vez mírala bien.

Entonces lo vio, y su mente saltó a aquella noche de agosto en el cuarto del bebé y su breve atisbo de la almohada sobre el rostro de Michael. Por primera vez desde aquel momento, Jessie Sherwood vio la almohada tal como la había visto entonces.

Lo que había olvidado hasta ahora era que el meñique de la huella era un dedo completo.

No le faltaba la primera falange.

—Por eso Humffrey supo que la funda que le mostramos era

falsa. —El inspector Queen se encogió de hombros—. Le enseñamos una huella a la que le faltaba la punta del dedo meñique. Él sabía que la funda verdadera tenía una huella con los cinco dedos.

—¡Pero no comprendo! —exclamó Jessie—. A Alton Humffrey le falta la punta del meñique. ¿Cómo es posible que su mano derecha dejara esta huella?

—No pudo dejarla.

—Pero...

—No pudo, y, en consecuencia, no la dejó.

Jessie le miró boquiabierta. El silencio se hizo tan intenso que Borchers alzó la vista del libro, inquieto, y Tinny abrió un ojo.

—Pero Richard...

—Humffrey no mató al bebé, Jessie. Supongo que sabían lo que se hacían cuando me jubilaron. —El viejo suspiró—. Estaba tan seguro de que Humffrey eliminó a Finner y la Coy que lo veía con toda nitidez: un solo asesino. Pero no era un solo asesino, Jessie. Es cierto que Humffrey asesinó a Finner y Connie Coy, pero otra persona asesinó al bebé.

Jessie se oprimió la frente con las manos, tratando de imponer algún orden en sus pensamientos.

—Humffrey no dudó ni por un momento que el bebé era suyo... En eso también me equivoqué. Sabía que era hijo suyo, y eso es lo esencial. Aquella noche, cuando vio la funda de la almohada, supo que su hijo había sido asesinado, y también quién lo había hecho. Fue entonces cuando se deshizo de la funda de almohada. Estaba decidido a hacer que pareciese un accidente. Por eso dijo que *él* había puesto allí la escalera, cuando en realidad no la había tocado. Fue el asesino del bebé quien puso la escalera, con la intención de que el asesinato pareciera obra del sobrino.

»Cuando Finner se puso en contacto con Humffrey y le dijo que se reuniera con nosotros en su despacho, Humffrey comprendió que, a menos que le cerrara la boca a Finner, podría salir a la luz la historia de los padres verdaderos de Michael, lo cual conduciría directamente a la muerte del pequeño. Así que eliminó a Finner y se llevó los documentos probatorios. Y cuando dimos con Connie Coy a pesar de todos los obstáculos y ella estuvo dispuesta a nombrar a Humffrey como el padre verdadero de Michael, mató a la muchacha.

»Todo fue un encubrimiento, Jessie. Un encubrimiento para impedirnos conocer el verdadero motivo del asesinato del bebé, para evitar que la repulsiva historia saltara a la prensa, para proteger el sagrado apellido Humffrey.

—Alguien más —dijo Jessie, perpleja—. ¿Quién más, Richard? ¿Quién?

—¿Quién tenía la mejor razón para odiar al hijo ilegítimo de Alton Humffrey? ¿Quién es la única persona en el mundo por la que Alton Humffrey podría sentirse culpable y el impulso de encubrirlo, cuya revelación como infanticida ensuciaría tanto el apellido Humffrey como si él mismo lo hubiera hecho? ¿Quién es la que insistió históricamente —hasta que Humffrey la puso a buen recaudo— que había sido «responsable» de la muerte del pequeño Michael... pero todos la interpretamos mal? —Richard Queen meneó la cabeza—. Sólo hay un posible candidato como asesino del bebé, Jessie. La huella de una mano en la funda de la almohada es la de Sarah Humffrey.

El comisario Pearl asomó la cabeza en la habitación.

—Hola, Jessie. ¿Ya está recuperada? Dick, el hombre está plenamente consciente y dispuesto a hacer una declaración. Será mejor que vengas.

Jessie se acercó al umbral del dormitorio, que estaba lleno de hombres, policías de Taugus, el funcionario de la fiscalía estatal, Merrick, descorbatado una vez más, el doctor Wicks, muchos policías federales, Wes Polonsky y Johnny Kripps.

Y Alton Humffrey.

El millonario estaba tendido en la gran cama, apoyado en unas almohadas, con la mano derecha vendada.

Ahora el color de su piel no era cetrino, carecía de color. El rostro en forma de cuña carecía de expresión o movimiento, como el de un cadáver. Sólo los ojos estaban vivos, como dos prisioneros que se debatían por escapar.

—Esperaré con Beck Pearl, Richard —dijo Jessie débilmente, y se alejó tambaleándose.

Richard Queen se retrepó en la silla, ahíto y feliz.

—Ha sido la mejor comida que he tomado jamás.

—¡Delicioso, Jessie! —dijo Beck Pearl, no sin hacer una ligera reserva mental sobre la salsa—. Es realmente una cocinera estupenda, Dick. ¡Imagínate, tener un talento así además de ser enfermera diplomada!

—No es más que un asado de ternera —dijo Jessie, restando importancia a su hazaña, como si tuviera el hábito de pasarse todos los domingos varias horas ante el horno, rociando la carne con una salsa experimental de ajo, zumo de limón, vino de Burdeos, caldo y queso parmesano, y rogando para que el resultado fuese comestible.

—Pero como iba diciendo... —Un eructo interrumpió al comisario Pearl.

—¡Abe! —exclamó su esposa.

—Ustedes perdonen.

Era domingo, el 9 de octubre, un día especial, un día apropiado para celebrar el hecho de estar vivos. Jessie había planeado cuidadosamente aquel día en que los amigos de Richard Queen se sentarían en su pequeño comedor de Rowayton y le dirían —se lo dirían también a él— lo buena cocinera que era. Pero Abe Pearl insistía en hablar y hablar de lo que ella había confiado que dejarían de lado en aquella ocasión.

—Magnífico —dijo Richard Queen, sonriente—. Insuperable, Jessie.

—Muchas gracias —murmuró ella.

—... Esa mujer va a tener suerte —siguió diciendo Abe Pearl—. Su manaza se corresponde exactamente con la huella de la almohada. El análisis de su sudor en el laboratorio da el mismo resultado que los restos de sudor en la tela. La sangre es igual que la de la mancha en el dorso de la funda, debida a un rasguño que se hizo al manipular la escalera de mano. El polvo de la escalera es el mismo que el de la funda. ¡Hasta las huellas dactilares producidas por la mezcla de polvo y sudor son las suyas! —El comisario Pearl se oprimió el vientre para evitar otro eructo—. Y sin embargo —al llegar aquí alzó la voz— os digo que Sarah Humffrey no irá jamás a la silla eléctrica. Si no estaba loca de atar —quiero decir después de que hubieran adoptado el bebé, cuando oyó casualmente a su marido hablar por teléfono con Finner y se dio cuenta de que su

querido marido le había traído a casa a su propio bastardo— si no estaba entonces chalada, no hay duda de que lo está ahora. Pronunciarán un veredicto de locura y la mandarán a un manicomio. No veo la manera de que el Estado pueda impedirlo.

—Abe —dijo Beck Pearl.

—¿Qué?

—¿No te gustaría dar un paseo para hacer bien la digestión?

Por fin se quedaron a solas en el pequeño jardín de Jessie. Abe Pearl estaba paseando por la playa mientras su esposa trabajaba en la cocina, haciendo ruido con los platos para demostrar que no escuchaba a través de la ventana abierta.

Y ahora que estaban solos, no parecían tener nada que decirse. El mismo silencio peculiar de otras veces se interponía entre ellos.

Jessie se dedicó a arrancar algunas flores y Richard Queen permaneció sentado en el sillón de mimbre blanco, bajo el cerezo silvestre, contemplando los reflejos del sol en el cabello de la mujer.

«Si no me dice algo pronto, me echaré a gritar», pensó Jessie. «No puedo recoger flores eternamente».

Pero él seguía sin decir absolutamente nada.

Finalmente Jessie tiró las flores al suelo y se volvió hacia él.

—¿Quieres decirme qué diablos te pasa, Richard?

El inspector se sobresaltó.

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

—¿Es que soy yo quien ha de hacerte proposiciones?

—Prop... —Produjo el mismo sonido que si hubiera mordido una patata caliente—. ¿Proposiciones?

—¡Sí! —gimió Jessie—. He esperado hasta que se me ha agotado la paciencia, y tú no haces más que poner esa cara de palo y sentir lástima de ti mismo. Soy una mujer, Richard, ¿no lo sabes? Y tú eres un hombre... aunque tampoco parece saber eso... y los dos estamos solos y creo que nos que... queremos mutuamente...

Él se levantó tirándose del cuello de la camisa, con una expresión de asombro.

—¿Quieres decir... que te casarías conmigo, Jessie? ¿Conmigo?

—¿Qué crees que te estoy proponiendo, Richard Queen, una partida de ajedrez?

Queen dio un paso hacia ella.

Se detuvo y tragó saliva.

—Pero Jessie, soy un viejo...

—¡Ah, maldita sea! Eres un viejo chiflado.

El inspector fue a su encuentro.

Mucho después, cuando el sol se ponía y los Pearl se habían ido hacía rato, el brazo de Richard Queen pasó de los hombros a la cintura de Jessie, y le musitó dulcemente:

—Me pregunto qué va a decir Ellery de esto.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

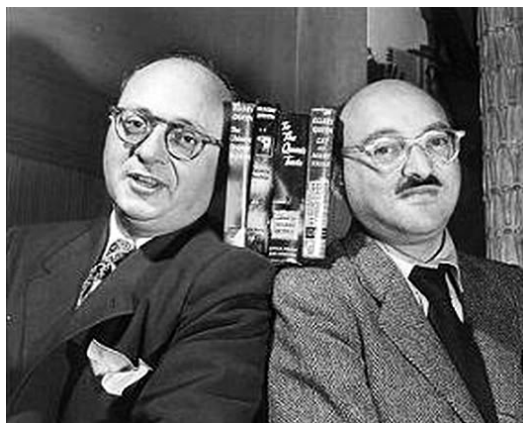
41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



Manfred B. Lee (izq.) y Frederic Dannay (dcha.)

ELLERY QUEEN es el seudónimo de dos primos estadounidenses, de origen judío, Frederick Dannay (nacido Daniel Nathan, Nueva York, 20 de octubre de 1905 – 3 de septiembre de 1982) y Manfred Bennington Lee (nacido Manford [Emanuel] Lepofsky, Nueva York, 11 de enero de 1905 – 3 de abril de 1971), escritores de literatura policíaca y creadores del personaje que lleva el mismo nombre que su seudónimo, con una amplia producción personal entre 1929 y 1970, y muchas otras obras escritas bajo su patrocinio y autorización usando el mismo seudónimo.

Trabajaban en una agencia de publicidad en Nueva York. Su colaboración comenzó en 1928, cuando se presentaron a un concurso literario con el seudónimo de Ellery Queen.

En 1941 fundaron una de las revistas de historias de detectives más famosas, *Ellery Queen Magazine*. Escribieron docenas de libros y guiones para la radio de Ellery Queen. También utilizaron el

seudónimo de Barnaby Ross y crearon una franquicia con su nombre con el que publicaron otros escritores.

Manfred Benington Lee padecía insomnio y era habitual que sus hijos le encontraran leyendo en la cocina de su casa de Roxbury, Connecticut, a altas horas de la madrugada. Murió en 1971.

Frederic Dannay fue el editor jefe de *Ellery Queen Magazine* durante toda su vida. Murió en 1982 en White Plains, NY.